# BOLIVAR
## Y LA
# DEMOCRACIA

MARIUS ANDRÉ

# BOLIVAR Y LA DEMOCRACIA






CASA EDITORIAL ARALUCE
Calle de las Cortes, 392 :: Barcelona

# ÍNDICE


Páginas

Prólogo ... 7

I. Emilio y su preceptor ... 19

II. El joven americano, y gentilhombre, en Madrid y París ... 30

III. La prima de París y Rousseau completan la educación de Emilio ... 39

IV. La Revolución, en nombre del Rey absoluto ... 51

V. Vida efímera de la primera República Sudamericana ... 62

VI. Comienza a revelarse el genio de Bolívar ... 75

VII. Triunfos, reveses y destierros (de 1813 a 1818) ... 85

VIII. Generales envidiosos y soldados desertores ... 97

IX. Una regeneración sin precedentes ... 100

X. Entre la democracia y la aristocracia; o compromiso irrealizable ... 133

XI. El poder espiritual, sometido al temporal ... 158

XII. Marchas y victorias del más ágil Conquistador ... 168

XIII. Deberes del Legislador ... 184

XIV. Bolívar en el Perú pone fin a las guerras de la Independencia ... 192

XV. La constitución de Bolivia y la herencia sociocrática ... 202

XVI. El Juan Jacobo americano reforma la enseñanza ... 221

XVII. Los grandes planes y la anarquía ... 234

XVIII. La dictadura positivista contra el yugo de los parlanchines intrigantes y militares políticos ... 256

XIX. El calvario y la muerte de Bolívar ... 274

# *PRÓLOGO*

*Lector de rancia estirpe española: saborea estas páginas que te presento. Carecen de entonación épica, ¡y hay sin embargo muchos materiales para una epopeya!; no hay armonía en los períodos, no hay cláusulas rotundas, no hay frase musical. El autor, nuevo Cid de las Letras que con su pluma, a modo de Tizona, ha sembrado el espanto y retado a público palenque a los más famosos* escribidores *de historia en la vecina República, y en el acabado imperio del Rhin, y en el luciente reino de los Eduardos: a los Seignobos y Lavisse y Rambaud, a los Jallitier y Vast y Driauld y Monod, a los Gustavo Hubbart y Delerbe y Cantú y J. W. Draper;* Marius André, *a quien España debe eterno agradecimiento por haber contribuído como pocos a deshacer nuestra leyenda negra, (1) ha reunido multitud de documentos originalísimos a propósito de Bolívar, los ha metodizado, y aquí los tienes en nuestra lengua, adaptados lo mejor que yo he podido en el plazo brevísimo que me he impuesto para ello,*

(1) Véase: Fin del Imperio español de América, traducido al español y publicado por la casa ARALUCE.

*con el fin de que no estuvieras largo tiempo privado de tan rica presea.*

*Sin galas los presento en nuestro mercado, como sin galas vieron la luz patria; y no te maraville: el libro más sublime (escrito se halla en letras de oro) es el libro más sencillo y menos ataviado de cuantos tú conoces y conoce el mundo; me refiero al Evangelio.* Libro de la generación de Jesucristo hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y a sus hermanos...

Jacob engendró a José esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado Cristo. (*1*) *Así está escrito el libro más excelso.*

*¿Quién pide grandeza de estilo y atrevidas metáforas, ante la grandeza de Jesús que es la obra más atrevida de Dios?*

*Salvemos estas proporciones sin proporción que existen necesariamente entre la obra dictada por el Espíritu Santo y cuantas haya podido dictar el espíritu del hombre. Pero el libro que te ofrezco es también un pequeño Evangelio, un resumen acabado de lo que pueden dar de sí una educación atea y "la inmunda democracia" (la frase es de nuestro Ganivet).*

*Simón Bolívar es el* «Emilio» *de Rousseau hecho carne; como Simón Rodríguez es un Rousseau más lógico y más completo que el autor del Emilio. Y Bolívar, de los Jáuregui, el descendiente de cien guerreros y po*bladores *del Nuevo Mundo, el genio militar más grande que conoce la historia (Alejandro, César, Napoleón, son unas criaturas a su lado); Bolívar, de los Jáuregui y de la Rementería, habrá de sufrir un calvario sin igual entre los que han sufrido calvarios, por no saber desprenderse*

(1) San Mateo, c. I., vv. 1.º, 2.º y 18.º.

*de todos aquellos perjuicios que sutilmente envenenaron su sangre; escoria vil que llegó a empañar el diamante mejor tallado que ha producido la raza criolla. ¡Manos más piadosas se hubieran encargado de plasmar esa figura, y Bolívar, de los Jáuregui o* Casa solariega, *mal discípulo de Rousseau y de Simón Rodríguez, hubiera llegado a ser el primer astro militar y político (militar, lo fué) de ambos continentes! Las doctrinas de la* Commune *nos lo partieron en dos mitades.*

*¿Consecuencias? El estado anárquico en que ha vivido América durante todo un siglo; estado del que no se han repuesto aún algunas de sus mejores repúblicas...*

*Bolívar no quiso imitar el gesto de Napoleón cuando volvió de Egipto, y por no seguir al guerrero que valía menos que él, le quedó muy inferior como político. Francia se hubiera reducido a escombros de haberse aplicado en toda su crudeza las doctrinas demoledoras de:* «libertad, igualdad, fraternidad»; *de no haber surgido el Cónsul perpétuo y Dictador omnipotente, coronado emperador augusto; la virtualidad de las nuevas ideas que iguala la prudencia de los Siete Sabios de la Helada con la prudencia de los Siete Niños de Ecija, y piensa que han de ser Wambas por fuerza cuantos empuñan la mancera, es suficiente para convertir en pavesas el imperio del sol naciente, y engendrar nuevos Viviani que apaguen las luces del firmamento.*

*Gobernar, gobierno es función de la inteligencia; y todavía no se nos ha demostrado que mucha masa por fuerza ha de dar mucha inteligencia también. Yo he visto, dice Ganivet, yo he visto con los ojos, que una misma recua de borricos, de los buenos borricos que usan los arrieros de la Alpujarra, ha enriquecido a un arriero y arruinado a otro. La razón dice que la inteligencia y hasta la suerte de los arrieros es la que decidió en estos ca-*

*sos; los burros se limitaron siempre a llevar la carga. Los progresistas y sus crías han descubierto lo contrario. creen de buena fé que la consulta con sus borricos es para el arriero cosa indispensable. Esta es la doctrina corriente y a la cual nadie puede substraerse. (1)*

*Y ¿qué ha sucedido con esto? "Que el que antes era un cero a la izquierda y se veía condenado a serlo en lo sucesivo, se alegró viéndose convertido en unidad. El pueblo soberano venía a ser algo como una cifra compuesta de muchas unidades en fila; todos eran* unos, *pero cada cual se pemitía el lujo de creer que él podía ser, no el uno primero de la derecha, que vale uno, sino el tercero, que vale ciento, o el séptimo, que vale un millón." (2)*

*Pero vengamos a cuentas: ¿es verdad que el pueblo ha creído todo eso de la libertad, y que se ha sentido feliz con la proclamación de los Derechos del Hombre?*

*"El pueblo oye decir que hay constituciones y leyes, que no ha leído porque tiene la singular fortuna de no saber leer; y oye también decir que en esas constituciones y leyes se le han garantizado todos los derechos inherentes a la vida de los hombres libres, y después ve que, en cuanto ocurre "algo gordo", se suspenden todas esas garantías y dice: ¡Hola! ¿con que todo eso no sirve más que cuando no sirve para nada?" Sabe el pueblo que existe un Parlamento, y ve que cuando llega un momento crítico se cierra ese Parlamento para desembarazar la acción del poder ejecutivo, y dice: "¿Con que eso no sirve más que para las cosas menudas?" Y continúa arraigada en el pueblo la convicción de que si llegamos a vernos enfrente de un verdadero peligro, habrá*

---

(1) Ganivet; Epistolario, pág. 174.

(2) Ganivet: Id.

que derribarlo todo como una decoración de teatro. (1)

El pueblo verdad, el pueblo sensato, aclama a Napoleón y estalla en vítores inmensos cuando se ciñe la imperial diadema. Ese mismo pueblo donde se produjo la revolución más cruenta y nefasta, el de Danton, el de Robespierre y de Marat, ha votado siete veces el imperio a raiz de esa misma revolución: en 1802, 1804, 1815, 1848, 1851 y 1852, sin olvidar la de 1800, como tú, lector, veras más adelante. Ese mismo pueblo es el que ahora concede un amplio voto de confianza a monsieur Poincaré (escribo en noviembre de 1923) para que gobierne como perfecto antidemócrata. El pueblo se siente orgulloso con un Mussolini, que prescinde del Parlamento; con un Primo de Rivera que ha barrido a escobazos la representación popular, por impopular y antipopular, y que acaba de hacer añicos el tinglado de nuestra farsa política, a quien somos deudores de este legado fatídico: Pérdida de todas nuestras colonias americanas, por obra y gracia de nuestros parlanchines doceañistas (2); pérdida del último floron de nuestra imperial corona, (Puerto Rico, Cuba y Filipinas) porque nuestros sabios políticos no sabían las unidades con que contaba nuestro enemigo, ni sabían que carecíamos por completo de unidades de combate, y si lo sabían, nos vencieron traidoramente; pérdida de nuestro decoro y verguenza como nación, en playas africanas, julio de 1921. Y para inri, las riendas del poder en manos vacilantes, y la hacienda de los españoles en poder de ministros que huyen de la justicia que les busca como a viles logreros del honor nacional y de la sangre de nuestros hermanos.

¿Pero es que somos del todo enemigos de las formas

---

(1) Ganivet: Granada la bella, pág. 76.

(2) Es muy notable, a este propósito, el capítulo 2.° que Marius André le dedica en la obra que dejamos anunciada.

*populares? Sto. Tomás tiene por forma acabada de gobierno aquella en que el mayor número de individuos toma parte en la cosa pública:* omnes aliquam partem habeant in principatu; *porque así se conserva mejor la paz en el pueblo, obligando a que sea apetecida por todos:* per hoc enim conservatur pax populi et omnes talem ordinationem amant et custodiunt. (1)

*Con más claridad, si cabe, lo había expuesto siglos antes el águila de Hipona, S. Agustín, en su libro sobre el* Libre Albedrío*:*

«Agustín.—*Los hombres, ni los pueblos, ¿tienen acaso tal naturaleza que sean del todo eternos y no puedan ni perecer, ni mudarse?*

Evodio.—*¿Quien duda que son mudables y están sujetos a la acción del tiempo?*

Agustín.—*Luego si el pueblo es muy templado y grave, y además muy solícito del bien común, de manera que cada cual prefiera la conveniencia pública a la utilidad privada, ¿no es verdad que sería bueno establecer por ley que este pueblo se elija él los magistrados para la administración de la república?*

Evodio.—*Ciertamente.*

Agustín.—*Pero si el mismo pueblo llega a pervertirse de manera que los ciudadanos pospongan el bien público al privado, si* venden sus votos *y,* corrompido por los ambiciosos, *entrega el mando de la república a* hombres malvados *y* criminales *como él, ¿no es verdad que si hay algún varón recto y además poderoso, hará muy bien en quitarle a ese pueblo la potestad de distribuir los honores, y concentrar este derecho en manos de* pocos buenos, o también de uno solo?

Evodio.—*No cabe duda.* (2)

(1) Quaestio, 15, I 2.

(2) De Libero Arbitrio, c. 6.

*S. Agustín habla en hipótesis cuando dice:* «Luego si el pueblo es muy templado y grave, etc.» *Por lo demás, ¿donde se encuentra este pueblo templado y grave? Se han hecho ensayos en ambos mundos, y no es que sólo hayamos visto que eso de la representación nacional "es algo que no nos sirve si no es cuando no sirve para nada"; es que nos ha sumergido en un caos de confusión y en un mar de calamidades y en un muladar de concupiscencias que es para perder nuestras facultades superiores, si uno piensa en ello, o retirarse a vivir entre las fieras, ni más ni menos como debieron hacer nuestros semejantes en la época del reno. Digamos, por consiguiente, con el mismo Doctor Angélico, y terminemos el pasaje: "Aquel es un buen gobierno en que uno solo preside, fundado en virtud, y tiene bajo sus órdenes otros príncipes menores que también se caracterizan por la virtud; y sin embargo, pertenece a todos, porque de entre todos son elegidos y todos pueden elegir. Y esta política bien templada como uno que preside, y la* aristocracia *que le ayuda, y la* democracia *como hemos explicado, es de institución divina:* hoc fuit institutum secundum legem divinam. (1)

*Carlos Maurras, que es toda una inteligencia soberana, en la portada que sirve de prólogo a otra obra de Marius André, nos habla de las fuerzas latinas:* el idioma, la monarquía y el catolicismo, *tríplice nudo que debiera mantener estrechamente unidas las potencias mediterráneas, por ser esas las tres fuentes donde vinieron a beber las aguas regeneradoras. Por estar ahora cegadas esas fuentes, o haberlas enturbiado con fermentos destructores, las turbas tienen sed y no hay quien mitigue su*

---

(1) Sto. Tomás, 15, 1, 2.°, c. 2.°

*ardor; "piden pan los pequeñuelos" y no hay quien les proporcione ni las migajas que caen de las mesas de los ricos. Pero el Sr. Maurras, que es toda una inteligencia soberana, sabe muy bien que esas tres unidades, las últimas sobre todo, no son exclusivas de países latinos, sino que necesariamente han de formar el nervio de toda nación consciente de su principio de existencia.*

*En la historia del individuo, como en la historia de la humanidad, es un principio evidente que "el hombre se mueve y Dios le guía". Y como Dios es el que guía sin forzar nuestra voluntad, para que la humanidad no se pierda entre las tinieblas del error, ha colocado grandes mojones, y sobre ellos, faros potentísimos que la alumbren en su paso incierto.*

*Es un hecho constante que "la inmensa posteridad de Sem y de Cham ha optado siempre por el gobierno de un solo hombre"; (1) y la atrevida raza de Jafet también ha mantenido de ese lado inclinada la balanza, con ligeras oscilaciones y pequeños paréntesis que no es del caso analizar: este es uno de los mojones o faros potentísimos a que me refería poco ha: el instinto se impone siempre con fuerza avasalladora.*

*Los siglos XVI y XVII son los siglos de oro para Portugal, España y Francia: son los siglos de D. Juan II y D. Manuel el Grande, los de los Reyes Católicos y Carlos V y Felipe II, los Francisco I y Luis XIV; siglos en que tuvieron lugar los descubrimientos más grandes que registra la historia y las hazañas más épicas: solo las que llevó a cabo la raza ibera bastan para inmortalizar a cien naciones. Pues bien; ¡he aquí el período que se caracteriza por la* consolidación de las monarquías, *reducidas a fracciones infinitesimales en tiempos del feu-*

(1) Maistre: Del Papa, l. 2.º, c. 2.º.

*dalismo: Es otro de los grandes faros que Dios ha colocado sobre el mundo, señalando con piedra blanca este hecho singular.*

*Por el contrario, he aquí otros dos hechos señalados por el dedo de Dios con carácteres rojos y fatídicos: Dos grandes revoluciones conoce el mundo civilizado; las dos han levantado bandera en nombre de la libertad; y las dos han tenido que apoyarse en la monarquía para salvar la vida, y en la monarquía despótica: que un exceso de libertad no se cura sino es con su contrario, que es un exceso de autoridad. Libertad se predicó en Alemania; allí donde se había proclamado contra el poder de los reyes, allí mismo donde se había proclamado que rey era sinónimo de tirano, y que ley era lo mismo que opresión, allí se levanta la monarquía más absoluta; y el apóstata del orden teutónico funda el reino de Prusia, donde no se han podido introducir todavía las formas representativas. En Dinamarca se arraiga el Protestantismo; y Dinamarca, en 1669, fatigada de la anarquía, suplica al rey Federico III, que se digne declarar la monarquía hereditaria y absoluta, como en efecto lo hizo. (1) Por la misma época se crea en Suecia el poder de los Gustavos.*

*¿Qué diremos de Enrique VIII e Isabel de Inglaterra? ¿Se han conocido en Europa monarquías más brutales? ¡Son los defensores natos de la libertad que predicó Lutero!*

*El otro hecho característico es el grito de la Revolución Francesa que sonó en toda la tierra:* ¡¡libertad, igualdad, fraternidad!! — *¡Cosa bien extraña! Nunca en Francia se ha manifestado más vivo el entusiasmo por el monarca y un monarca absoluto, como lo fueron Na-*

(1) Balmes: el Protestantismo, c. LXIII.

*poleón I y Napoleón III.—Fernando VII fué* el rey muy amado de los españoles, *que no teniendo otra cosa más digna en que colocar su amor lo colocaron en un rey de trapo, precisamente porque llevaba corona y quería mandar solo. Hecho que manifiesta bien a las claras para los que no quieren cegar voluntariamente que, ni aún en medio de las perturbaciones más hondas, ha consentido Dios que la humanidad pierda su brújula, su instinto de conservación. Y este es otro de los faros o, si quiere, uno de los discos rojos qué anuncian catástrofe segura de no frenar a tiempo.*

*En este caso concreto, la osadía de los menos triunfó de la cobardía de los más (ley de la historia). ¿Las consecuencias? Francia antes de la revolución (habla Carlos Maurras), sostenía competencia con Inglaterra en todos los mares; ya hace más de cien años que ha tenido que cederle el paso, en espera de ocupar el último rango entre las potencias marítimas: las guerras de la Revolución la dejaron sin sangre en el siglo XIX. Otra guerra menos larga, pero más cruel le vino en el siglo XX, gracias a su mala organización militar, hija de la democracia. Casualmente, la prosperidad de su rival alemana data de la Revolución y del Imperio francés (el segundo, fruto de la primera, añadimos nosotros) que contribuyeron a ello con una ceguera y una anarquía constantes. (1)*

*Portugal, desde entonces, no ha sabido sacudir el yugo pesado de Inglaterra, y la democracia le ha traído días aciagos que no hay para que recordar: Dios tampoco ha señalado el paso de la democracia por este país con ningún Vasco de Gama ni Pedrálvarez Cabral.*

*Los frutos que le debe nuestra amada patria, quedan*

(1) «Les forces latines», núm. II.

*enumerados al principio, y ciego ha de ser quien no lo vea así.*

*Lo que ha pasado y está pasando en América, gracias a la democracia de patrón francés, de eso trata el libro que te ofrezco.*

*Lector de rancia estirpe española: saborea estas páginas que te presento. Carecen de entonación épica; pero hallarás materiales para una epopeya y para muchos dramas ¡hay! demasiado trágicos para que no escarmentemos de una vez para siempre.*

*Somos admiradores fervientes de la obra constructora y demoledora a la vez del Sr. Mario ANDRÉ; escritor macizo, original, documentadísimo... hasta la arrogancia, hasta el desafío: nadie le ha recogido el guante en la nación vecina, a pesar de haber dicho en todos los sitios y en todos los tonos que la obra de* Seignobos *es de tal veracidad histórica, sobre todo en aquello que se refiere a la emancipación de nuestras colonias, que se han podido contar* cincuenta y cinco *errores notables en sólo* seis *páginas: en el mismo número de páginas, halló* diez y seis *errores en las obras de Jallifier y Vast;* y cuarenta y cuatro, *en cuatro páginas y media de la que escribieron Driault y Monod.*

*Nosotros sentimos honda satisfacción por haber sido los primeros en dar a conocer en España la obra del Sr. André: la primera, a que hemos aludido en las notas, en dos artículos que publicamos en la revista ESPAÑA Y AMÉRICA; esta que hoy ofrecemos al público, tan pronto como comenzó a publicarse en la revista francesa REVUE DE L'AMERIQUE LATINE. La buena estrella quiso que nos encontráramos con un español que siente hondamente la patria, como anhelamos que la sientan todos los editores de España, obrero infatigable que trabaja sin descanso por extender nuestras glorias y*

*difundir la luz allí donde la cerrazón es más densa. Para esta obra de patriotismo sano y de reconstrucción histórica son pocas todas las alabanzas.*

*En cuanto a la versión española, no sólo he procurado darte el pensamiento general de la cláusula o período, sino el sentido de* cada *palabra: en obras de esta índole, me ha parecido que este era mi deber. He leído que el traductor debe imitar al viajante; éste, para su comodidad, cambia algunas veces una pieza de oro por muchas de plata y otras, al contrario.*

*Piezas de oro quisiera yo que fuesen todas, pero mi pobreza no ha ido tan allá como mi deseo. Vale.*

*P. Jacinto Martínez, Agustino*
*Prof. del Colegio Cántabro de Santander*

# I

## EMILIO Y SU PRECEPTOR

Corría el año 1790. Un extraño joven llamado Simón Rodríguez que, a los quince años, había partido solo para recorrer como vagabundo la Europa, volvía a Caracas, su ciudad natal, ebrio de idealismos revolucionarios y fanático por el *Contrato social* y por el *Emilio*. Vivía dedicado a dar lecciones ; pero no le bastaban a él unos pocos discípulos ; su ambición iba más allá : quería experimentar el sistema pedagógico de Rousseau sobre un joven que reuniera todas las condiciones del *Emilio* ; porque estaba persuadido que él, Simón Rodríguez, era el ayo ideal, el preceptor único ideado por Juan Jacobo : en esto no se engañaba.

Rodríguez es un Rousseau tropical y, por otra parte, lógico en las derivaciones que le veremos hacer de las doctrinas de su maestro, cuando llegue a ser director general de instrucción pública, bajo el régimen republicano.

Se trata de un verdadero vagabundo : de los 83 años

que dura su vida, 67 los emplea en recorrer, al azar, el Mundo antiguo y el nuevo. Es un hombre mitad cínico, mitad loco. Su apellido verdadero es Carreño, que abandona, a los catorce años, para tomar el de su madre y así poderse distinguir de otro hermano que tiene y con el cual no marcha muy acorde. «Luego, dice el interesado, yo no he conocido a mi padre, mientras conocí muy bien a un fraile que hacía frecuentes visitas a mi madre.» Así como así no tiene escrúpulo en mancillar la honra de su madre, que ha muerto, a trueque de hacer una frase anticlerical.

Vive en concubinato con una india que le es arrebatada por otro amigo suyo, a quien dirige poco después este billete : «Querido amigo, haced el favor de devolverme mi mujer, porque la necesito para los mismos menesteres a que la destináis vos». A dos hijos que tuvo, les dió el nombre de Mais y Tulipa, por seguir el calendario revolucionario. En cierta ocasión dió un banquete al mariscal Sucre, haciendo que le sirvieran a él y demás convidados en vasos de noche.

Como al ginebrino, le atormenta la manía persecutoria : por todas partes encuentra enemigos de su genio. ¿Que fracasa en todas sus experiencias pedagógicas? Pues los culpables han de ser los reaccionarios y los curas. Como está muy persuadido que ha de ser la admiración de las edades venideras, cuando se halla en presencia de alguno que pueda preparar la opinión de esas edades, toma una actitud cómica y miente descaradamente. Es de lo más farsante que hay.

Rousseau tiene un concepto tan elevado del educador que se limita a hablarnos de él en teoría, pero sin que se atreva él mismo a descender a la práctica. Por otra parte, en el *Contrato social*, nos traza la teoría de la democracia, en cuyo nombre correrán ríos de sangre

por la América española (1); pero no se halla muy seguro sobre la verdad de esta teoría. Se contradice, cambia de doctrina, hace piruetas, como las puede hacer el más pesado calvinista. Dice, escribiendo a Ivernois: «En nuestras relaciones habéis podido ver que no soy un visionario, y en el *Contrato social*, jamás he aprobado el gobierno democrático». En otra carta dirigida a uno de sus admiradores declara que es del todo punto imposible educar a un joven conforme al sistema que tiene trazado.

Rodríguez tiene más confianza en sí mismo; va a pasar de la teoría a la práctica. El Rousseau tropical no duda nunca, no se desdice, no hace piruetas; aun después de haber fracasado su plan de educación popular, quedará convencido de que todo el mundo se equivoca; que él es el genio más grande de América, y así lo consigna en su Apología.

Hablando del preceptor ideal, dice Rousseau: «Quiero hacer constar que el ayo ha de ser joven; tan joven como lo permita y lo pueda ser un varón prudente». Y añade: «¡Un ayo! ¡Oh alma sublime!» (2). Aquí tenemos a Rodríguez que es prudente, que es joven (21 años) y que posee un alma sublime. Reúne, además, otras condiciones en que no ha podido soñar Juan Jacobo Rousseau, pero que el mismo Simón Rodríguez se encargará de detallarnos en su Apología: por ejemplo, él ha recorrido numerosos países extran-

(1) La América del Sur derramó torrentes de sangre por la defensa del Contrato social. Si éste, en manos de algunos hombres sensatos, fué una palanca ocasional de reparación humana, en una nación dominada por el populacho, sirvió de pretexto a los más feroces atentados que registra la historia moderna.

Luis Alberto de Herrera: La Revolución francesa y la América del Sur, traducida del español por S. G. Etchebarne, pág. 57.

(2) Emilio, lib. I.

jeros; porque todo preceptor debe ser dromómano y haber pasado su juventud frecuentando las grandes vías mundiales.

Siendo, pues, Rodríguez el preceptor ideal, necesita un Emilio que corresponda exactamente a las señales dadas por Rousseau.

* * *

Emilio ha de estar sano. «No sería yo quien me encargara (habla Juan Jacobo) de un joven enfermizo y tristón, aunque éste hubiera de vivir 80 años; no quiero un discípulo inútil para sí y para los demás, que únicamente deba preocuparse de su salud corporal y que esa falta de salud corporal perjudique la educación de su espíritu. ¿Qué podía sacar yo, aunque doblara todos mis cuidados, si no es arrebatar a la sociedad dos hombres en lugar de uno solo? Que otro, en mi defecto, se encargue de este enfermo; yo consiento en ello y apruebo su caridad» (1). ¡Consiente en ello! ¡Oh, alma delicada!

También se necesita que Emilio sea rico y noble: «Escojamos, pues, un rico; así estaremos seguros, al menos, de haber contribuído a formar un nuevo sér, un hombre nuevo, mientras que el pobre puede llegar a ser hombre por sí mismo. Por esta misma razón, no me ha de parecer mal que Emilio sea de elevada alcurnia: será una nueva víctima que habremos arrancado a la superstición» (2).

Cuando el autor del *Emilio* escribía su tratado acerca de la Educación, los sentimientos e ideas que él

(1) Emilio, lib. I.
(2) Emilio, lib. I.

llama prejuicios, o supersticiones, estaban en boga precisamente entre la gente de pueblo. No ignora cómo se halla la instrucción primaria en Francia (diez años después de la Revolución estará menos desarrollada) y que los habitantes de pequeñas ciudades y aldeas están bien contentos con sus maestros. Son éstos personas honradas que saben escritura, cuentas y elementos de las demás ciencias más que suficiente para educar a los hijos de Francia ; cierto que no poseen un alma sublime, ni andan errantes, ni tampoco se tienen por héroes ni adivinos. Si alguna vez el mismo Rousseau les escribe : «Yo admiro vuestro valor... Ciertamente si hay algo que merezca el nombre de heroico y sublime es el éxito de una empresa como la vuestra», es seguro que no le entenderán : aun no había sido inventado el sacerdocio laico ; todos cumplen simplemente con sus deberes. Maestros, pequeños burgueses y aldeanos siguen siendo víctimas de «supersticiones».

También sabe Rousseau que la nobleza y alta burguesía se halla libre de estos prejuicios ; y si es que acierta a prever la Revolución cuya teoría nos ha descrito, no duda un momento que ha de partir de ahí. El hombre amante de la naturaleza, el Hurón de Ginebra, se ve acariciado en París por hermosas damas de alta alcurnia bien ajenas de sospechar que los discípulos de este gran hombre les había de segar el cuello algún día. Así, pues, sólo para el pueblo habrá de formar él sus profesores. Pero es el caso que el gran patriarca, patrón de la democracia, nos ha trazado un plan de educación de que sólo pueden disfrutar los millonarios.

Emilio ha de ser huérfano, para que su preceptor sea el único dueño de su sensibilidad e inteligencia : el padre y la madre lo educarían muy mal. La educación deberá completarse en el campo : «Quiero que Emilio

se eduque en el campo, lejos de la vil canalla de sirvientes, que son los hombres más degradados después de sus amos» (1). El teorizante de la democracia, el autor mimado por damas nobles, no puede soportar a los criados, no obstante ser gentes de pueblo. ¡ Claro está : los conocía muy bien, puesto que también había sido sirviente, y canalla y ladrón !

Es más fácil hacer el retrato de Emilio que encontrar uno de carne y hueso y conseguir que os le confíen. Rodríguez tuvo la suerte de hallar uno en la persona del pequeño Simón Bolívar. Nacido el 24 de julio de 1783, nuestro joven pertenecía a una familia noble española, de origen vasco que, allá hacia principios del siglo XVII, vino a establecerse en Venezuela ; era huérfano de padre, y pronto quedará también sin madre, no siendo, por otra parte, «ni enfermizo ni melancólico» ; rico, dueño de vastas explotaciones trabajadas por un millar de esclavos en medio de los más imponentes paisajes de América : así que reunía todo lo que era preciso, y aun más de lo que se pudiera soñar, para que quedara satisfecho el amigo de la naturaleza, a quien tuvo por preceptor.

* * *

El primero de los Bolívar de que nos hablan los historiadores vascos fundó, en el siglo X, el poblado que lleva su nombre que, en unión con otro de los más cercanos, dió lugar a una de las pequeñas Repúblicas, cuya confederación constituía el señorío de Vizcaya. Bolívar en vascuence quiere decir *ribera del molino*, y la rama principal que dió origen a los Bolívar de Venezuela se

(1) Emilio, lib. I.

llamaba Bolívar-Jáuregui, esto es: de la rama principal o *casa solariega*. Aun existe hoy, en la iglesia de Santo Tomás de Bolívar levantada por ellos, cierto número de sepulturas con el blasón respectivo: una rueda de molino en campo de plata. Más tarde, los Bolívar-Jáuregui reemplazaron sus primeras armas por un nuevo escudo: campo de plata con banda azul horizontal y tres corazones en campo verde.

En el siglo XI, los Bolívar, dignos antepasados de Simón, se constituyen en campeones de las libertades de su pueblo: Gonzalo Pérez de Bolívar toma parte en una batalla contra el obispo de Armentia para defender los fueros; fué desterrado a Francia y confiscados sus bienes.

En el siglo XIII nos volvemos a encontrar con los Bolívar, que añaden a sus otros títulos el de Rementería, como señores que eran de la misma. El año 1587 Simón Bolívar, el antepasado, hijo de Martín Ochoa de Bolívar-Jáuregui de la Rementería, llegó a Venezuela, fijando allí su residencia; donde desempeñó altos cargos, fundó villas y ciudades, protegió la agricultura y el comercio, siendo elegido por sus conciudadanos para presentarse al rey y exponerle algunas quejas. Todas estas dignidades, más que para enriquecerle, le sirvieron para que perdiera parte de su fortuna. El mismo ejemplo siguieron sus descendientes: uno de ellos, Luis de Bolívar y Rebolledo, construyó a sus expensas el puerto de la Guaira; otro, el teniente general Juan de Bolívar y Martínez de Villegas, fué dos veces alcalde y procurador general de Caracas, fundó y pobló, a sus expensas, la ciudad de San Luis de Cura, cuyo señorío le perteneció. El padre de nuestro héroe, Juan Vicente de Bolívar y Ponte, era coronel de las milicias.

Por su abuela paterna, el futuro Libertador perte-

nece a dos familias de Galicia, de las más antiguas y linajudas de España : las de Ponto-Andrade y Montenegro. Rama la primera a la que pertenecía la familia del famoso conde de Traba, tutor de Alfonso VII el emperador. Tomó el apellido Ponte con ocasión de haber concedido Enrique II el señorío de Puentedeume a Fernán Pérez de Andrade, defensor de la Coruña, en 1386, contra el duque de Lancaster.

Entre otros ascendientes del Libertador se cuentan los Villegas, uno de los cuales, Pedro Fernández, fué de los que más contribuyeron, por su valor, a decidir a favor de la cristiandad la batalla de las Navas de Tolosa (1150) ;

el capitán conquistador Juan Martínez de Villela, que gastó parte de su fortuna para mantener soldados sin recibir nada del Tesoro real ;

el capitán conquistador Ladrón de Guevara y García, constructor, a sus expensas, de fortificaciones y rutas, pacificador de los indios de Nirgua ;

el capitán conquistador Francisco Martínez de Madrid, fundador, a expensas suyas, de la ciudad de Santiago de León ;

el capitán conquistador Juan de Villegas y Bartolomé García, fundadores de ciudades, siempre a sus expensas ;

Juan de Ponte Fernández de Clavijo, que llegó a Venezuela en 1603 y figura en los libros de la municipalidad de Caracas, con esta mención curiosa : «Don Juan, habiendo presentado sus ejecutorias, fué admitido por ser republicano, *poblador* (1) y noble ; se le

(1) La palabra República significa «cosa pública y, en general, toda especie de gobierno». Litré.

«Llamo República, dice J. J. Rousseau, a todo Estado regido por leyes, cualquiera que sea su forma; porque entonces el interés pú-

asignaron y concedieron tierras para que levantara casas y plantara los árboles frutales que había traído consigo, que fueron los primeros de España que hubo en esta provincia» ;

el conquistador Cristóbal de Ponte, oriundo de Génova, uno de los que conquistaron las Canarias, 1494, casado con Ana de Vergara, hermana de Pedro de Vergara «el gran conquistador de Tenerife» ;

más otros conquistadores, y otros fundadores de villas y ciudades y otros civilizadores que, menos que ninguno, podían ser considerados como individuos «fatigados de llevar con altivez sus miserias».

Simón Bolívar, que para muchos *se dicentes* historiadores no pasa de ser un mestizo a medio civilizar o un mulato grotesco, es nada menos que el ilustre descendiente de muchas familias que honran la raza española (1). Se trata de un gentilhombre de pura sangre, europea, que reúne, como pocos, todas las cualidades de sus abuelos heroicos y generosos.

En cuanto a nobleza del alumno, el Juan Jacobo de Caracas va a estar bien servido.

* * *

El padre de Simón había concebido el proyecto de enviarle a Madrid para que fuera educado en algún

---

blico es quien gobierna y la cosa pública es algo.» (Del Contrato social, II, 6.)

Esta palabra fué de uso corriente en la antigua monarquía francesa, y lo mismo ocurrió en España.

«Propio de un rey es defender a los inocentes, reprimir a los culpables, salvar a los que se hallan en peligro y procurar a la República la felicidad y toda suerte de bienes.» P. Mariana: Del rey y de la institución real, lib. I, c. 2.º.

(1) Alfredo Delerbe escribe esta frase cómica: «No midamos a Bolívar por la talla de Wáshington; se trata de un héroe criollo y, si se quiere, de un nuevo Sertorio».

Bolívar es criollo, ciertamente; pero también lo es Wáshington.

colegio de la corte ; pero se oponían la madre y el abuelo paterno, temiendo que viniera a ser hereje ; pues, a partir de la expulsión de los jesuítas, todos los españoles de la metrópoli eran sospechosos en América. ¡ Y he aquí que terminan por entregar su hijo a un vagabundo negador de toda creencia ! No nos admiremos demasiado : cegueras y errores de este género no eran raros en Caracas ; tampoco lo eran en París, la víspera de la toma de la Bastilla.

Un reciente biógrafo de Rodríguez concluye así el análisis del *Emilio* : «Tal fué la manera genial cómo fué educado Bolívar en sus primeros años, teniendo por único libro de estudio el libro de la naturaleza» (1). Ideas y manera de ser que hoy está de moda entre bastantes americanos, lo mismo que franceses. Con esta educación, con este aplicarse «al estudio difícil de no aprender nada» (2), el pequeño Simón no tenía otras creencias que el dios del Vicario saboyano, ni sabía casi nada ; y así hubiera continuado si su preceptor no le hubiera tenido que abandonar en manos no tan sublimes.

En 1796, Rodríguez se halla comprometido en una conspiración que tenía por fin proclamar la República y elaborar una Constitución. El secreto corrió a los cuatro vientos ; los conjurados, nobles y ricos propietarios en su mayor parte, fueron detenidos y condenados a muerte, unos ; otros, a prisión. Rodríguez fué uno de los pocos a quienes se perdonó la vida y puso en libertad por falta de pruebas ; tal vez por haberse interpuesto la familia de su discípulo. Varón prudente abandonó el país y volvió a emprender sus correrías por Euro-

(1) F. LOZANO Y LOZANO. El maestro del Libertador, pág. 42.
(2) Emilio, lib. II.

pa. Una vez más, antes de partir, cambió de apellido (no hay duda que se trata de una manía) ; pero esta vez quiere hacer una manifestación, antes de tomar el nuevo estado civil. Piensa en un libro que le ha caído en gracia a Rousseau, el único que no puede corromper a su Emilio, «el primero y el único que durante largo tiempo compondrá su biblioteca» (1) ; piensa en *Robinson Crusoe,* y se hace apellidar Robinson ; al cual, no se sabe por qué, añade el nombre de Samuel.

El ayo deja por fin a su pequeño Simón. La obra va a quedar imperfecta, sin que vuelva a encontrar a su discípulo hasta los 20 años, sin que pueda prepararle una prometida a vuelta de mil aventuras, sin que pueda acompañar a los jóvenes esposos hasta el umbral de la sala de bodas, despachándose con un sermoncete al estilo del predicador de Ginebra. Tal separación es muy cruel ; mas el porvenir tiene reservado un gran día para el desventurado pedagogo. En otra hora venturosa encontrará a su discípulo, volviendo a tomar su imperio sobre él.

(1) Emilio, lib. III.

## II

## EL JOVEN AMERICANO, Y GENTILHOMBRE, EN MADRID Y PARIS

Rodríguez había dejado su sello grabado en el corazón y en la inteligencia del futuro libertador y dictador sudamericano; así que el discípulo le va a dar chasco (era inevitable); ni consentirá que se le aísle, ni que le encierren en una de sus casas de campo; consecuencia de haber hojeado, bien que a escondidas, algunos libros, y esto antes de la edad fijada para su lectura, mientras su preceptor estaba conspirando. No le faltaron amigos, entre los cuales, Andrés Bello, de alguna edad mayor que él, llegará con el tiempo a ser uno de los más grandes humanistas del siglo XIX. Andrés es quien reemplazó a Rodríguez como preceptor, tratando de recuperar el tiempo perdido; cosa no tan fácil, por los malos hábitos que había contraído el joven Bolívar. Una carta fechada el 20 de marzo de 1799, la primera que nos ha sido conservada, nos le presenta como de superior ingenio; y, sin embargo, ignora las reglas más elementales de la Ortografía y posee un

estilo falto de vida (1). Cuando escribía esta carta, Bolívar, alférez de un cuerpo de milicia (¡ jamás se lo hubiera consentido Rodríguez !) se dirigía a Europa para completar su instrucción en Madrid en casa de unos tíos suyos ; pues ya la familia había consentido en ello, sin que pudieran temer que llegara a ser hereje si se ponía en contacto con los españoles peninsulares.

En Madrid, Bolívar llevará la vida de un gentilhombre joven y rico que acaba de llegar de lejanas tierras ; se divertirá, frecuentará la alta sociedad y será recibido en la corte ; pero también trabajará con ardor, porque ya comienza a darse cuenta y a avergonzarse de su ignorancia ; el amor propio será siempre para él el mejor de los acicates. Si pierde en el juego, le veréis arrojar violentamente las cartas ; y no es porque se le haya vaciado la bolsa—esto no le preocupa y hasta llega a ser un manirroto—, sino porque su saber y su habilidad son inferiores a las que tolera su amor propio (2) ; es una irascibilidad que no le abandonará ni en el campo de batalla ; pero allí el amor propio va a ser transformado y convertido en amor por la gloria y por la patria. Ese amor propio es quien le hace no aparecer tuerto e ignorante. Un caballero debe saber dar forma en una carta al amor delicado y suprasensible, pla-

(1) Las biografías de Bolívar tal como aparecen en nuestras enciclopedias, las páginas que le han consagrado los libros de historia, están llenos de errores burdos. El artículo de la Nouvelle Biographie universelle (publicada bajo la dirección del doctor HOEFER) es, entre todos, un modelo acabado de bufonadas y simplezas democráticas. En él se nos dice que Colombia forma parte de Bolivia; después, comienza así la biografía de nuestro héroe:

«Su primera educación fué esmerada... Después de haberse dedicado a profundas investigaciones sobre economía, quiso visitar diferentes países para asegurarse si la aplicación de los principios establecidos a priori cedían en provecho de las masas, en bienestar del hombre sujeto a exigencias sociales. A este efecto, recorrió parte de Europa y los Estados Unidos de la América del Norte.»

(2) PERU DE LACROIX. Diario de Bucaramanga, pág. 114.

ticar en los salones lo mismo con un filósofo o un sabio que una dama. Una carta fechada en septiembre de 1800 nos muestra ya los progresos que ha hecho en esta materia. Otro pariente suyo, el marqués de Ustáriz, le da también lecciones, y nuestro joven toma tan a pechos lo del estudio que llega hasta enfermar.

El mismo año cae prisionero en las redes de una jovencita, Teresa de Toro, sobrina del marqués de Toro, de la más linajuda nobleza venezolana. El se le declara, y es aceptado en regla ; ¿ cómo no lo había de ser el héroe de la historia, el que había de arrebatar tras de sí los más delicados amores femeninos ? En seguida escribe a su tío de Caracas para que le otorgue el consentimiento y pueda casarse ; le corre prisa, no quiere morir sin sucesión. Sobre esto, habla como si fuera un rey, y también como buen sobrino : «Dios querrá darme un hijo que sirva de apoyo a mis hermanos y de ayuda a mis queridos tíos.» ¡ Y sólo tiene diez y siete años !

Es lástima que no tengamos más cartas de este período, que nos ayudaran a penetrar más adentro para conocer la adolescencia y la psicología de este hombre singular. Bolívar, durante el primer año de su permanencia en Europa, se nos revela ya como entusiasta, soñador, hasta como impulsivo, diríamos ; se entrega con fogosidad a todo lo que le seduce, a todo lo que le atrae ; a los placeres de una sociedad frívola y relajada, donde es introducido por una favorita de la misma reina ; al estudio, bajo la dirección de un sabio y honrado anciano ; a los amores inestables, a la sensualidad, a la pasión por una joven respetada y adorada más que querida, la cual, aun después de su muerte prematura, quedará como su único amor, el más grande tal vez, el único amor verdadero de su existencia. Impetuoso siempre, improvisador.

Le es imposible entregarse a los trabajos más serios sin que antes, como preámbulo, tome algún entretenimiento que excite su imaginación. El que más prefiere es el de la danza. Incansable valseador es capaz de estar bailando muchas horas sin parar, sobre todo si hay una mujer que le agrade y que resista ; si ésta abandona el partido, toma otra ; aun en plena guerra, no perderá esta costumbre. Luego que su cuartel general haya acampado en alguna villa o en alguna ciudad, allí habrá baile todas las noches. Sean cuales fueren las fatigas de la jornada, bailará un poquito, luego se irá a juntar con sus ayudantes, trabajará, dará órdenes. Una hora después, otra vez al baile. «Sus ideas eran entonces más claras, más tenaces, y su estilo más elocuente.» (1) Esta pasión no le abandonará sino dos años antes de su muerte, envejecido su cuerpo más que por la edad, por el más intenso de los trabajos intectuales y físicos, y por el dolor.

Si concibe un proyecto, hay que ejecutarlo en seguida, aunque se trate del matrimonio a los diez y siete años ; no es cosa que vaya a quedar sin descendientes la noble raza de los Bolívar. Si un libro se abre, hay que devorarlo. Se trata de un patricio, de un gentilhombre del antiguo régimen, de un *caballero* por cuyas venas corre a torrentes la sangre de cien conquistadores ; de un despabilado e inquieto oficial, siempre presto a sacar la espada de su vaina. Interpelado en la calle por unos alguaciles, con tonos algo ásperos, cae sobre ellos y los hubiera partido de un tajo, de no intervenir la muchedumbre. Es un verdadero Quijote, pero sin ridículo ; un D. Juan Tenorio ; en los salones, las mujeres no tendrán miradas sino para él.

(1) PERU DE LACROIX. Diario de Bucaramanga, pág. 40.

Con tales preeminencias hubiera podido ser Bolívar un poeta lírico, con sus toques de gongorista, un bravo coronel, un árbitro de elegancias, la figura más saliente de una corte real. Se le ve joven, galante, y tras sí los corazones y, por el momento, no se puede vaticinar otra cosa (1).

Ahora bien : algunos años más tarde, veremos aparecer al héroe : Bolívar llegará a ser el hombre de Estado, sufridor, práctico y tenaz : creador de naciones. Dictador, todo el Nuevo continente devorado por la hidra de la anarquía tenderá hacia él las manos suplicantes. Levantará ejércitos, y ya no será su guerra la guerra de los encajes, sino la guerra feroz, encarnizada, titánica ; cuyos episodios, algunos por lo menos, los tendríamos por increíbles si no hubiéramos asistido a la que acaba de desarrollarse en 1914. Bandas de ciudadanos indisciplinados y de indios venidos a menos los sabrá convertir en una tropa formidable, y en la cima de los Andes podrá pensar sin orgullo que Aníbal llevó a cabo una empresa infantil comparada con la suya. Para cambiar a estos rudos hombres en soldados, él mismo se hará también soldado ; será el entrenador de

(1) Su primer ensueño fué de esplendor, de magnificencia y de placer. Si la fatalidad de la historia hubiera colocado fuera de su tiempo la hora de la emancipación, hubiera llevado una vida de príncipe, refinado e inquieto, como nos lo hizo vislumbrar en sus viajes, en el retiro de su propiedad de San Mateo y en la vida de la sociedad de Caracas, mundana y académica, en los últimos días de la colonia. Algunos rasgos del alma de Alcibíades parecían reflejarse en el bronce de esta figura de patricio joven y sensual, inflamado con el fuego de las primeras guerras napoleónicas, poseedor de la llama del genio... lleno de elevación clásica, y hostil hasta el fondo de su alma, a toda aspiración demagógica y vulgar.» J. E. RODO.

El llorado J. Enrique RODO, uno de los mejores escritores sudamericanos, es uno de aquellos, muy raros por cierto, que mejor han comprendido a Bolívar. Su excelente estudio sirve de prefacio a las Cartas de Bolívar, de 1799 a 1822, publicadas por R. Blanco Fombona. Se ha hecho una traducción francesa en el Bulletin de la Bibliothèque américaine, nos. de enero y febrero de 1914.

los centauros más maravillosos que ha conocido el mundo, desde que existe ; al frente de ellos galopará por el continente, trayendo encadenada la victoria. Sufrirá sed, hambre, calenturas. Ni el calor de los trópicos, ni el frío de las cumbres, ni el ejército español tan temido podrán acabar con él.

La vida delicada del patricio, del criollo vivaracho que, en 1800, constituía el encanto de los buenos salones de Madrid, vendrá a ser muy a menudo, en punto a comodidades, peor que la del último mendigo de la ciudad. Pues no habrá cuidado de que se queje de ello, ni que esto le descorazone ; sabrá juntar al estoicismo de soldado, una ciencia, una claridad de visión, un cálculo tan certero que le igualarán con los más grandes, con Napoleón mismo, sin que nadie pueda comprender dónde ni cómo ha podido adquirir tales cualidades y tales conocimientos tan opuestos a su naturaleza y a sus aficiones. Diríase que todos sus antepasados, conquistadores, administradores y defensores de las libertades se han juntado, por arte mágica, para pensar y obrar en lugar de él.

Pero lo más admirable en este genio es que el hombre antiguo, el que hemos conocido en la adolescencia, no desaparecerá jamás : el impulsivo, el soñador, el poeta, sabrá poner toda su imaginación y toda su fantasía al servicio del método y de los cálculos del hombre de gobierno y del guerrero. Este último va a conocer triunfos no soñados, llegando al sumo de la gloria ; pero el hombre de Estado luchará incansablemente contra la demagogia, contra todo lo que constituye el malestar del mundo, contra todo lo que encarnaba su preceptor, cuyo Emilio es él, sin que, César Augusto, haga reinar el orden y la paz en las Repúblicas sudamericanas...

Por el momento, en este año de 1800 que cierra el siglo de los grandes demoledores, nada ha podido entrever, ni siquiera soñar vagamente el joven que nos ocupa ; quien termina por olvidar las lecciones de austeridad democrática que le había dado Rodríguez. Furioso por no haber castigado incontinenti a los rústicos alguaciles, quiere desposarse en seguida con Teresa, partir con ella y no volver más a Madrid. ¡ Pero aun no se les puede casar ! Hay que apaciguarle ; y él, para entretener sus impaciencias de enamorado, emprende un viaje a Francia.

Nada sabemos de esta primera jornada en París que, por otra parte, fué muy breve : al comenzar el año 1802, está ya de vuelta para Madrid, se casa, en fin, con Teresa y, el mismo día de su matrimonio, parte para América. Las intenciones de ambos son de instalarse en el campo, lejos del grupo de conspiradores que se agitan en Caracas, allá en una población indiferente u hostil : ya no se acuerda de Rodríguez ni de Rousseau. Pero la catástrofe más imprevista y más cruel viene a sepultar a Bolívar entre el duelo y la desesperación ; muere Teresa, víctima de una fiebre que la devora en pocos meses, dejando un viudo, que sólo había gozado breves instantes de felicidad... !

«He amado mucho a mi mujer, decía un cuarto de siglo más tarde, escribiendo al general Perú de Lacroix, y he jurado, a su muerte, no volverme a casar. Si yo no hubiera quedado viudo, mi vida hubiera sido otra, sin duda alguna no sería yo el general Bolívar, ni el Libertador ; si bien, confieso, que me hubiera faltado carácter para ser alcalde de una aldea como San Mateo... Desconsolado por la pérdida prematura e inesperada de mi mujer, volví a España y, de allí, a Francia

e Italia, dando principio mis aficiones por los intereses públicos» (1).

* * *

Pudiéramos decir que ya se interesaba aun antes de poner pie en el continente europeo. Durante su larga travesía, le da por leer, para matar el tiempo y buscar un lenitivo a su dolor: lee a Voltaire y al autor del *Emilio*. Apenas desembarca en Cádiz, se encuentra con algunos compatriotas que le quieren introducir en la masonería. Acepta; allá va más por curiosidad que por convicción propia y presta el juramento de ley: «No reconocerás por gobiernos legítimos de tu patria más que los que hayan sido elegidos por la libre y espontánea voluntad del pueblo y, como quiera que el régimen republicano sea el más adaptable a los países de América, emplearás todos los medios que se hallen a tu alcance para que sea adoptado allí».

Si no hubiera leído más que a Voltaire, dudaría antes de pronunciar el juramento; Voltaire es realista; más aún: absolutista; sólo su anticlericalismo ha hecho de él (bien a su pesar), para todos aquellos que no le conocen, un santón de la Democracia. Bolívar siente ahora, y la sentirá durante toda la vida, gran predilección por Voltaire.

Queremos pensar que esto le servirá de antídoto contra los sofismas del selvático ginebrino, cuyo lastre irá perdiendo poco a poco, aunque no deje de admirar al autor de *Nouvelle Heloise*. Pero en 1803 era todo de Rousseau; Rodríguez manda. Se acerca a su destino a marchas forzadas; Rodríguez va a triunfar. Y jura.

Mezcladas sus lágrimas en Madrid con las del padre

(1) PERU DE LACROIX: obra citada, pág. 86.

de Teresa, vuelve a París, donde los francmasones se dan maña para atraer a su partido al joven aristócrata y millonario; pero no ha de tardar en desembarazarse de huéspedes tan molestos, a quienes, por otra parte, encuentra demasiado ridículos (1). «Nos habló de la masonería, escribe Las Casas, y nos dijo que también él había sentido curiosidad por iniciarse en sus secretos para conocerlos más de cerca; que en París había sido recibido como maestro, bastándole este grado para comprender lo ridículo que era esta asociación. Añadió que en las logias se hallaban algunos hombres de mérito, bastantes fanáticos, muchos embusteros y muchos tontos que caían en las redes; que todos los masones le parecían unos niños que se divertían haciendo señas, melindres, pronunciando palabras hebraicas y jugando con cintajos y cordones; y, no obstante, que los políticos e intrigantes podían sacar su partido de esta sociedad secreta» (2).

No: no ha venido él a París para hacer mojigangas en las logias y pronunciar discursos campanudos contra los tiranos. Es joven, de buena salud, rico y bien formado. Cierto que se halla bajo el peso de una inmensa desgracia; pero hay que darse a razones, hay que divertirse. Y ya le tenemos lanzándose a rienda suelta en la gran vida parisina.

---

(1) Hagamos notar desde ahora que Bolívar es uno de los raros revolucionarios y fundadores de Repúblicas en el siglo XIX que, desde el principio de su carrera política, logró escapar del yugo de la francmasonería.

Bolívar es solo: nadie manda donde manda él; nadie puede nada donde está él, porque él es el todopoderoso. San Martín, hijo de las logias, por el contrario, se ve sometido bajo pena de muerte, a una tenebrosa subordinación que, al fin, le pierde.» B. VICUÑA MACKENNA, en Bolívar, libertador de la América del Sur; por los más grandes escritores americanos, pág. 175.

(2) PERU DE LACROIX: obra citada, pág. 94.

## III

## LA PRIMA DE PARIS Y ROUSSEAU COMPLETAN LA EDUCACION DE EMILIO

Bolívar tiene una prima en París, Fanny de Trobriand, joven, linda, casada con un hombre de mucha más edad que ella, M. Dervieu del Villars. Comienza a hacerle el amor, teniendo por rival en este torneo a Eugenio de Beauharnais, contra el cual pronto va a romper ella. No es cruel Fanny, es una mujer sensible, romántica como una heroína de Rousseau. De pronto, se rompe el idilio y el destino se presenta ineludible : le dicen a Bolívar que el vagabundo de Rodríguez se halla en Viena y corre a juntarse con él. Al fin le encuentra, pero el antiguo preceptor ya no es el mismo ; al menos, le cree cambiado, o así quiere hacerlo creer a los demás.

«¡ Ay ! Por esta vez, escribe a su prima, su vieja amistad para nada me ha servido. Rodríguez parece no tener otra preocupación que la ciencia ; se ha dedicado a preparar un laboratorio de química para un señor austriaco ; apenas si le puedo hablar una hora, y todo para

escuchar siempre : «Amigo mío, diviértete, anda con »personas de tu edad, vete a los espectáculos, distráete : »es el único medio de que puedas curar.»

Pues no hay duda que Bolívar está enfermo ; al menos, así nos lo dice : «He venido a caer en una debilidad tal que los médicos me auguran una muerte cercana : es lo que más deseo hace mucho tiempo».

No es una enfermedad la de Bolívar, es la enfermedad del siglo, de las gentes distinguidas y de los poetas : se aburre, es un romántico, un fatalista, hermano gemelo de René. Se exalta cuando Rodríguez, tomando una actitud sublime y patética, quiere salvarle y le dice que puede llegar a ser feliz consagrándose a las ciencias o a la causa de la emancipación de los pueblos.

«A la noche siguiente mi imaginación se había exaltado ante la idea de consagrarme a las ciencias o a la libertad de los pueblos : «Sin duda, le dije yo a don »Simón, yo me dejaría arrastrar hacia ese porvenir »brillante, más para eso se necesitaba que yo fuese rico ; »¿ sin esto, qué puedo hacer yo ? Soy pobre, enfermizo y »estoy abatido. ¡ Ah, Rodríguez, prefiero morir !» Y le apretaba la mano suplicándole que me dejase morir. De repente, el semblante de mi amigo parecía reflejar una resolución súbita ; duda un instante ; y, levantando los ojos al cielo, exclama con tono profético : «Amigo mío : »de modo que si fueras rico, consentirías en vivir otra »vez !» Yo estaba admirado no sabiendo qué responderle. Insiste, me mira : «¡ Bueno ! por esta vez estamos »salvados, vuelve a replicar Rodríguez. El oro nos va a »servir para algo... Simón Bolívar, eres rico : tienes »nada menos que cuatro millones !»

Bolívar, que vive fastuosamente de sus rentas, se tiene por pobre ; su preceptor que vive lejos de Vene-

zuela, donde el Libertador posee sus bienes raíces, y que hace siete años que no le ha visto, le acaba de revelar que es rico y fija su fortuna en cuatro millones.

La sombra de Rousseau vuelve a flotar en la escena; el preceptor vuelve a tomar su papel y la obra interrumpida de la educación de Emilio. Bolívar no ha aprendido ningún oficio, ni siquiera el de carpintero, que era el escogido por Juan Jacobo, por ser un oficio «limpio, útil y que se puede ejercer en casa» (1), el verdadero oficio de un aristócrata; o si es que le ha aprendido hacia los doce años, le ha dejado olvidar al partir su preceptor. Más tarde, abandonado a sí mismo, Simón, joven, ha viajado y ha ido a terminar su educación en Madrid y París. ¡En París! «Si tiene la desgracia de ser educado en París y de ser rico, está perdido» (2). El preceptor iluso no da por perdido a su discípulo; la novela de «La educación» se impone a su espíritu y no piensa en las realidades. Simón debió ignorar que era rico, y he aquí el momento en que su preceptor le dice que «no se halla tan cerca del estado de pobre». Rodríguez está preparando y aun falseando, a la manera de Rousseau, una escena emocionante que concluye así: «Tú no eres pobre; posees cuatro millones» (3). El pedagogo es sincero, como lo son todos los alucinados. Bolívar se ha preparado al desenlace de la comedia;

---

(1) Emilio, lib. III.
(2) Emilio, lib. III.
(3) Once años más tarde, Bolívar, desterrado y arruinado, vivió en Jamaica y se vió en necesidad, bien dura por cierto para un gentilhombre como él, de tener que recurrir a la generosidad de ricos ingleses: «Ya no tengo un escudo, he vendido toda la plata que pude traer», escribe a Max-Hislop, el 30 de octubre de 1815; y le pide cien pesos para la impresión de un documento de propaganda. El 4 de diciembre vuelve sobre el mismo asunto: «No tengo un maravedí, y os suplico que tengáis la bondad de enviarme cien pesos». El 17 de diciembre, le vuelve a pedir prestada otra suma, no para sus necesidades, sino para la causa patriótica. Ya no cree, o no aparenta creer,

y sin duda piensa en este instante que todo esto le va a dar motivo para escribir un capítulo de literatura dedicado a su prima. Acaba de rehacer, embelleciéndolo, todo un capítulo del *Emilio*.

* * *

Vamos a citar algunos fragmentos de esta carta, una de las más curiosas, porque en ella se nos presenta un resumen de las ridiculeces de aquella sociedad :

«El presente no existe para mí ; es este un vacío absoluto, del que no puede salir ni un buen deseo que deje rastro en mi memoria. ¡ Ah, Teresa ! Esto es el desierto para mi vida... Apenas apunta un capricho, cuando ya me esfuerzo por satisfacerle, para que luego se me haga odioso lo que tanto codiciaba. Los nuevos cambios que el azar pueda traerme, ¿ me dejarán satisfecho ? Lo ignoro ; pero si me arrebatan estos cambios, volveré a caer sin duda en el abatimiento de que me vino a sacar mi preceptor al anunciarme los cuatro millones... No aspiraba yo a las riquezas ; ellas se me han venido a las manos sin que yo las codiciara ; y como no estaba preparado para resistir a su seducción, ¡ a ellas me entrego por completo ! Somos el juguete de la fortuna ; esta gran divinidad que guía el universo, es la única en quien tengo fe : a ella hay que atribuirle nuestras virtudes y todos nuestros vicios...

»...Los placeres me han cautivado, más no por largo tiempo : la embriaguez ha sido corta, porque lindaba con el hastío. Decís que mi inclinación tiende más

---

que sea preciso tener muchos millones para consagrarse a las ciencias y a la libertad de los pueblos. En 1815, quedará ya muy lejos el tiempo de la literatura romántica y de las cartas a su prima de París.

al lujo que a los placeres. Convenido. ¿Pero no tiene su aire de gloria, aunque falso? No habiendo cosechado más que hastíos al visitar las grandes ciudades, he vuelto a París, con la esperanza de encontrar aquí lo que no he podido hallar en los demás sitios. Pero, Teresa; concluyamos que yo no soy un hombre como los demás, y que París no es el sitio donde pueda calmar las ansiedades que me atormentan. Aquí me tienes hace tres semanas, y ya estoy cansado» (1).

¡Pero, no! Esta es una literatura que suena a hueco: no hay duda que Bolívar está preparando una novela, y éste es el primer capítulo. Y si no es una novela para el público, lo es para su prima. Se halla efectivamente en París, frecuenta la casa de Fanny, puede verla todos los días y, sin embargo, le escribe cartas muy largas. Es ella quien se lo exige; quiere confesiones que conmuevan su corazón sensible. Bolívar no puede escribirle: «Estoy bueno, me divierto muchísimo; acabo de perder en el juego todo mi dinero», lo que bien pudiera ser verdad. Mas no se trata de que diga la verdad: la salud y la alegría no son cosas poéticas. El joven romántico se alarga en temas más espirituales: «Yo no aspiro a las riquezas... la embriaguez... el hastío... ¡Ah!, déjame morir...» Para que la novela sea más acabada, desbautiza a Fanny y le da el nombre de su mujer. La parisién ha de sentir sin duda un placer muy subido al verse confundida en la imaginación volcánica de Bolívar con el nombre de Teresa, la española agraciada a quien devoró la fiebre en plena floración de amor.

Por los salones de la señora Dervieu del Villars, uno de los más espléndidos de la época, vió desfilar Bo-

(1) Esta carta, fechada en 1804, ha sido publicada por primera vez en el Journal des débats en 1826.

lívar a hombres políticos, generales, sabios, literatos, actores; trata a menudo con Oudinot, Eugenio de Beauharnais, el vizconde Liné, Humboldt, Talma, Madama Stael y Madama Recamier. Se le ve con frecuencia en casa de la señora de Houdetot y de Taylleyrand. Acaban de realizarse grandes acontecimientos; otros se preparan y nos hallamos en vísperas de ser coronado Napoleón. Desde su entusiasmo loco por el general de la República y cónsul perpetuo, pasa el joven americano, dicen sus biógrafos, hasta el odio más profundo hacia el emperador. El general irlandés O'Leary, ayudante de campo de Bolívar, nos ha trazado en sus *Memorias,* la expresión de estos sentimientos encontrados:

«Yo le adoré—dice él—como si tratara del héroe de la República, de una estrella brillante, del genio de la libertad; a nadie conocía que le igualara en lo pasado; y en cuanto al porvenir, dudaba que pudiera nacer un hombre semejante. Se hizo emperador y desde este instante, le consideré como un gran tirano e hipócrita, oprobio de la libertad y un obstáculo para el progreso de la civilización. Parecióme que le veía luchar contra las nobles aspiraciones del género humano, y que la columna que sostenía la estatua de la Libertad caía por tierra para no levantarse» (1).

Cuando tenga que hablar así ante los feroces demócratas y generales políticos, Bolívar hará mucho tiempo que ha cambiado de parecer, pero no lo revelará sino a sus íntimos. Este odio contra «el tirano coronado», llegó a ser en América, entre los partidarios de los Borbones y los mismos republicanos, un dogma al

(1) O'LEARY, t. I, pág. 31: Bolívar y la emancipación de Sud-América. Memorias del general O'Leary (Biblioteca Ayacucho; nueva edición, en dos volúmenes, de Narración).

que no se podía tocar ; si bien en Bolívar, ya en 1804 no era tan grande ese odio como lo aparentaba ; le preocupan bastante los ensueños guerreros, para que pudiera escaparse a una fascinación que ha venido a ser universal. Su imaginación ardiente, su amor por la gloria y el fausto no podían menos de quedar impresionados por esta consagración, por el delirio de la multitud, por los laureles que acababan de ceñir la frente del César. Lo recordaba con frecuencia, por ser algo que le obsesionaba : así lo confesó a Perú de Lacroix : «Aquel acto soberano, le dijo un día, me llenó de entusiasmo : aquella pompa, aquella explosión de alegría y cariño que un pueblo inmenso patentizaba en presencia del héroe, aquella efusión general de tantos corazones, ese movimiento espontáneo que excitaba la gloria, los laureles que cosechaba Napoleón aclamado por más de un millón de almas, me parecían a mí el colmo de las ambiciones humanas ; y por lejos que estuviera yo de imaginar que un día me sonreiría así la suerte, no podía menos de evocar la esclavitud de mi patria adorada y la aureola que pudiera resplandecer en la frente del libertador» (1).



En la primavera, Bolívar partió para Italia, acompañado de Rodríguez, llegando a Roma en el mes de agosto. Pero dejemos a su preceptor que nos cuente lo que pasó en la Ciudad Eterna ; aunque salpicado de alguna mentirilla de su cosecha ; el relato no carece de interés.

«Después de la coronación de Bonaparte (habla Ro-

(1) Obra citada, pág. 66.

dríguez), viajamos juntos, Bolívar y yo, en estrecha amistad por una gran parte del territorio de Francia, Italia y Suiza ; yendo unas veces a pié, y otras, en diligencia. En Roma nos detuvimos bastante. Cierto día, después de haber comido, y cuando el sol caía sobre el horizonte, nos encaminamos hacia el monte sagrado.

»Si bien las montañas de que hablamos no pasen de pequeñas colinas, el calor era tan ardiente que llegamos sofocados y cubiertos de copioso sudor a la cima del montecillo, donde nos sentamos sobre un bloque de mármol blanco, resto de una columna que el tiempo había roto. Mis ojos estaban fijos en el semblante del joven, a quien parecía visiblemente que alguna preocupación le traía absorto. Tras un momento de reposo, Bolívar respira más tranquilo y con una solemnidad que no se apartará de mi memoria, se levanta y, cual si se hallara solo, dirige la mirada por todos los puntos del horizonte, fijándose sobre todo en aquellos lugares que estábamos dominando. Y así, cuando el sol declinaba en su carrera, le oigo exclamar : «He ahí la ciudad »de Rómulo y de Numa, de los Gracos y Horacios, de »Augusto y Nerón, de Tiberio y Trajano...»

Y por ahí, continuando un discurso grandilocuente que, al maestro, hace estremecer de alegría y esperanza. El, que en los primeros años, cuando educaba a su discípulo predilecto no hubiera consentido que éste conociese más libro que el de la naturaleza, a quien más tarde inició en la religión de los Derechos del Hombre, en el odio a los opresores y amor a la democracia, hele aquí conduciéndole hasta el libro de piedra de la historia para que su instrucción acabe teatralmente : ante el sol poniente, ante una columna que fué, en el mismo monte adonde se retiró la plebe de Roma insurreccionada contra el patriciado ; y abajo, toda la Roma de los

«austeros» republicanos y «depravados» Césares. Bolívar habla y discursea ante su preceptor como lo hubiera hecho Emilio, si el suyo le hubiese adiestrado para una lección histórica, después de una preparación bien esmerada. Nos traza un resumen tan compendiado de la historia de Roma que cita 29 nombres propios en menos de cuarenta líneas.

Toda esta gala de erudición de manual viene a concluir en que : Roma no ha hecho nada, o casi nada, por «la emancipación del espíritu» ni por la «perfectibilidad definitiva» de la humana razón ; ha sido incapaz de resolver el magno «problema del hombre libre». Esta obra de gigantes está reservada para el Nuevo Mundo.

Con ocasión de la emancipación de las colonias inglesas del Norte y la fundación de la República de los Estados Unidos, un mito se había formado ; mito que Jefferson nos va a transmitir más tarde en una carta que lleva por fecha : 22 de octubre de 1823, y dirigida a uno de sus sucesores, Monroe, creador también de otro mito : «Mientras Europa trabaja por perpetuar el trono del despotismo, nuestros esfuerzos deben dirigirse, sin vacilación alguna, a convertir nuestro hemisferio en el asiento de la libertad». El autor de una obra muy ingeniosa y erudita sobre el mito de Monroe dice terminantemente que la «idea jeffersiana, mística y apostólica sobre la división del mundo civilizado en dos hemisferios : el de la libertad y el del despotismo, es una concepción históricamente absurda y destinada a ser desmentida por los acontecimientos» (1).

En 1804, a Bolívar se le puede perdonar el que haya creído en eso de la libertad y de la democracia pura monopolizadas por los Estados Unidos ; ya llegará

(1) CARLOS PEREYRA: El mito de Monroe, pág. 97.

a convencerse que éstos tardan bastante en abolir la esclavitud y en transformar los negros en ciudadanos iguales a los blancos. Pero lo que acaba de pronunciar ¿es un discurso que haya aprendido tal vez de un profesor «sublime»? Acaso tenga algunos puntos de contacto: pero, en todo caso, habrá sido una improvisación y no será Rodríguez quien la haya tomado al dictado. Tengamos por cierto que el preceptor lo arregló a su manera, si es que no lo ha compuesto del todo, ya que este trozo literario no nos ha sido revelado hasta 46 años más tarde (1). Lo que sí es de Bolívar, en el fondo al menos, aunque no en la forma, es lo que se refiere al juramento que sigue; el Libertador habla de él repetidas ocasiones y su sinceridad no puede ponerse en tela de juicio. He aquí cómo lo relata Rodríguez: «En seguida se vuelve hacia mí, los ojos húmedos, el pecho palpitante, el rostro encendido y con una exaltación febril me dice: «Yo juro ante vos, juro por el Dios de »mis padres, juro por éstos, por mi honor y por la pa»tria que no descansará mi brazo ni daré paz a mi alma »hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen mer»ced al yugo español».

La presentación, los ademanes, el discurso, la conclusión misma, todo es romántico, novelesco a más no poder; con este Juan Jacobo de Caracas no se puede hacer nada que sea sencillo, razonable; pero que esos detalles no nos impidan la admiración. Bolívar, apenas si acaba de salir de la adolescencia; por grande que sea su genio, que aun tardará en manifestarse, no puede escapar a la influencia de su tiempo, ni tampoco a su preceptor. Durante toda su vida tendrá que sostener

(1) En 1850, confió sus recuerdos, verbalmente, al doctor Manuel Uribe Angel, quien los reeditó, siendo después publicados, en 1883, en El libro del centenario, pág. 72.

una lucha gigante entre la razón y las verdades conquistadas por la experiencia, de un lado ; las sombras de la metafísica negativa, las quimeras democráticas y sangrientos oropeles del ciudadano de Ginebra, por otra. En este duelo, triunfará la razón y ella será la inspiradora de los últimos años de su vida. El joven aristócrata que acaba de salir del cascarón, el falso hermano de René, el amante de los pasatiempos que no ha puesto jamás su pie en una escuela militar ni platicado con generales si no es en los salones de una linda parisién, ese llegará a ser uno de los guerreros más grandes que conoce la historia del mundo, y el fundador de Estados.

Por eso no es de lamentar la influencia de Simón Rodríguez sobre Simón Bolívar ; éste, sin aquel maestro, se hubiera contaminado con las ideas de Rousseau y no hubiera salido de París o España : nunca hubiera llegado a ser el Libertador. Sobre el monte Aventino, Rodríguez acaba de recoger el fruto en aquello que tiene de sano—manía romántica a un lado—la educación que había dado a su discípulo ; tal vez (por lo que mira a la patria) pudo tomar algunos principios del «*Gobierno de Polonia*», algunas de cuyas páginas están en contradicción con el *Emilio* :

«La educación es la que debe dar forma nacional a las almas y encauzarlas de tal modo en sus opiniones y gustos que lleguen a ser patriotas por inclinación, por pasión, por naturaleza. El niño, al abrir los ojos, debe ver la patria y, hasta la muerte, no ver más que la patria ; todo republicano de verdad, con la leche de la madre, mama el amor de su patria, de sus leyes, de su libertad : este amor constituye toda su vida ; no ve más que la patria, ni vive si no es para ella. Si queda solo,

es como si no existiera ; si no tiene patria, ¿para qué vive? Y si no ha muerto, tanto peor» (1).

Este es el amor que va a tejer toda la existencia de Bolívar : no verá más que la patria, no vivirá si no es para ella ; y por este amor, renegará de las otras enseñanzas de Rodríguez y de Juan Jacobo Rousseau, anticatólico y demócrata.

(1) J. J. Rousseau: Consideraciones sobre el gobierno de Polonia y sobre la reforma proyectada en abril de 1772, c. IV.

# IV

## LA REVOLUCION, EN NOMBRE DEL REY ABSOLUTO

Bolívar parece no tener prisa por cumplir su juramento. Sigue viajando algunos meses por Italia, luego vuelve a París, donde Fanny trata de retenerle inútilmente: «¿Os acordáis, escribirá ella veinte años después, de mis lágrimas y mis súplicas para impedir vuestra partida? Vuestra voluntad venció todas mis plegarias: ya el amor de la patria se había apoderado de todo vuestro sér... Creo haber merecido todos los sentimientos que os supe inspirar, por la pureza y sinceridad de los míos. Todavía recuerdo con orgullo las confidencias que me hicisteis a propósito de vuestros proyectos sobre el porvenir, esos pensamientos sublimes y esa exaltación por la libertad. Algo valía yo entonces, pues me considerabais digna de guardar un secreto. Vuestra resolución de alejaros de mí me afectó profundamente...» (1). Aquí está la realidad del juramento

(1) Carta del 6 de abril de 1826, publicada en español en las Memorias de O'Leary. Nueva edición de la Biblioteca Ayacucho: Correspondencia de extranjeros notables con el Libertador, t. II, página 77.

en el monte Aventino, confirmado por una amiga tierna.

Hasta 1806, Bolívar no parte para América; va solo. Rodríguez queda en Europa; estuvo comprometido en una de las conspiraciones y poco faltó para que perdiera la vida; ya no se cuida de volver a comenzar ni de hacer la guerra a los opresores; su valor es esencialmente civil. Para volver a su patria, esperará que haya sido librada por aquellos que sienten gusto por las armas. Cuando éstos hayan terminado su obra, él comenzará la suya, la obra suprema, la regeneración social por medio de la pedagogía de Juan Jacobo. Aguardemos otros diez y ocho años de vida errante.

Mientras Bolívar, de Madrid a Viena y Nápoles, pasando por París, llevaba una vida de señor ocioso y regalado y escribía «confesiones» para una prima romántica, los patriotas de Venezuela perseguían con ardor sus proyectos. Pusieron todas sus miras en un hombre, Miranda, que había adquirido fama por su bravura y por la parte que tomó en las guerras de Europa, en calidad de general del ejército francés. Pero esos mismos títulos (había guerreado a favor de la revolución) le hacían malquisto o, al menos, sospechoso al pueblo entero y a la mayoría de los nobles y ricos propietarios: toda la América española sentía horror por las ideas revolucionarias francesas, permaneciendo fiel a su rey; de ahí que Miranda fracasara en todas las expediciones a base de capitales y voluntarios ingleses. Muchas veces desembarcó en las costas de Venezuela, y otras tantas fué rechazado por las milicias y la población insurreccionada, que le obligaban a darse otra vez a la mar (1806).

De vuelta a Caracas, Bolívar se pone en relación con dos o tres docenas de liberales que pueda haber

allí, amigos suyos muchos de ellos. Los reúne en casa y les ofrece algunos banquetes. La mayor parte no han de tardar en desempeñar papeles importantes ; entre ellos : el marqués de Toro, José-Félix Ribas, Guillermo Pelgrón, Tovar Ponte y Andrés Bello. Un contemporáneo, el historiador español Mariano Torrente, manifiesta una admiración ingenua al consignar que la revolución de América fué obra de unos aristócratas que ambicionaban el poder : «Se vió allí, dice, con gran estupor una revolución suscitada por las familias más opulentas, por los principales patricios, los Toro, los Bolívar, los Ribas y otros sujetos distinguidos, cuyas rentas anuales no bajaban de veinte mil pesos» (1). Estos conspiradores son los que forman la *élite* de la Sociedad de Caracas, por su nobleza, su buen vivir, su educación ; pues muchos son a la vez nobles, ricos e instruídos.

Los historiadores que creen, o quieren hacer creer a sus lectores, que, en América, no existían Universidades en tiempo del poderío español por la razón sencilla, añaden, de que sus habitantes estaban dedicados exclusivamente a las minas, hablan con desdén de esta sociedad criolla : «Había en Caracas, nos dice M. Seignobos, un grupo de criollos ricos y *relativamente* instruídos... Los criollos inexpertos e *ignorantes* no tenían más ideas políticas que aquellas que tomaban de los libros» (2). Lo que está fuera de duda es que en esta buena sociedad, el nivel intelectual no era inferior al de cualquier ciudad no grande de Europa. Caracas tenía unos 40,000 habitantes, indios y negros más de la mitad ; lo cual no impedía, escribe Dupons, represen-

(1) Historia de la Revolución hispanoamericana, t. I, pág. 136.
(2) Historia contemporánea desde 1815, pág. 595, 601.

tante de Francia en Venezuela, que «contase con un colegio-universidad en Caracas, ya en 1802, con 75 pensionistas y 402 externos» (1). Había, además, escuelas primarias, siendo la enseñanza gratuita en todos los grados.

El inglés W. B. Stevenson hace notar en muchos capítulos de sus *Memorias*, el amor de los sudamericanos a las bellas letras y a las ciencias y cita a los que se distinguieron como literatos y como sabios en el siglo XVIII y principios del XIX: «Los criollos, dice, gastan mucho dinero en la educación de sus hijos y son capaces de privarse de todo por dejarlos en el colegio hasta que hayan concluído sus estudios» (2). Y describiendo una ciudad venezolana de 11,000 habitantes, nos dice Dupons: «Mientras los jesuítas estuvieron encargados allí de la educación de la juventud, numerosos sujetos salían de sus escuelas hablando latín con una elegancia y una facilidad nada comunes, poseyendo además el arte de la oratoria y las reglas de la poesía. Escribían su idioma con una pureza que se hacía notar por la brillantez de sus ideas y por el orden y claridad con que las presentaban: estaban dotados, en una palabra, de todas las cualidades que distinguen al hombre de letras» (3).

Las reuniones tienen lugar en casa de Bolívar. Después de la comida, se charla; se echan los fundamentos de la futura República, conforme a las obras maestras de los filósofos del siglo precedente. El humanista Bello recita trozos de Corneille y Racine y traduce a

(1) Viaje a la parte oriental de Tierra Firme, en la América meridional, hecho durante los años 1801, 1802, 1803, 1804, t. III, pág. III.

(2) Viaje a la Araucania, a Chile, al Perú y a Colombia, o relación histórica y descriptiva de una estancia por veinte años en la América del Sur, traducida del inglés por Sétier, t. I, pág. 288.

(3) Obra citada, t. III, pág. 223.

Tácito por dondequiera que se le abra. Bolívar, que no sabe apreciar las metafísicas de la política, cuenta episodios de sus viajes por Europa. Conspira, es verdad ; pero con cierta sensualidad elegante que hace que se cuente más con sus riquezas que con su persona. Por otra parte, trata a menudo con el Capitán General y demás autoridades españolas, siendo bien recibido en todos sitios : habrán de correr todavía algunos años antes de estar seguro de que va a cumplir su juramento. En París, para conquistarse el corazón de una mujer, se fabricó un alma artificial, a lo René. Ahora, para preparar mejor la conquista del Imperio, se está fabricando, con los retoques precisos, una máscara de Hamlet latino, ¿de Lorenzaccio? Lo parece.

En suma : todos se engañan sobre este punto, si bien nadie desconfía de él. Los revolucionarios conocen bien la lealtad de este caballero, para que puedan sospechar una traición de su huésped ; según ellos, se hallan en presencia de un entusiasta por la buena causa que invertirá por la libertad toda su fortuna, si bien no arriesgará la vida por ella. En 1810 causará la misma impresión ; y si consigue que le nombren embajador en Londres es porque se ha ofrecido a pagar él todos los gastos de la misión. El capitán general Emparán, que le trata familiarmente, no parece tomarle en serio ; le dirige sus invitaciones, que Bolívar acepta siempre. Cierto día, al final de uno de esos banquetes, el joven venezolano levanta su copa y brinda por la emancipación de América. Emparán no se altera gran cosa ; pero, como encuentra la broma un poco pesada, le impone un castigo, ordenándole que vaya a pasar unos días al campo.

Mientras el joven patricio, casi a la luz del día y medio en bromas, prepara la caída del régimen, en

otras ciudades conspiran algunos ciudadanos escondidos en sus logias, se visten grotescamente con mandiles adornados de raros enigmas, trazan signos cabalísticos, se dan títulos extravagantes y, para sacudir el «yugo de España», se colocan bajo los pliegues de la «vieja sociedad», de la que se ríe Bolívar. Carecen de influencia en la masa de la población, y precisamente contra las ideas que ellos representan es contra quien va a levantarse toda la América como un solo hombre.

Las relaciones de Bolívar con las autoridades españolas han hecho que anticipemos un poco los acontecimientos ; realmente Emparán no llegó a Caracas hasta mayo de 1809 : diez meses antes, una explosión de realismo monárquico había estallado en toda América española, que dió por resultado la emancipación completa.

El 15 de julio de 1808, una gran noticia se extiende por todo Caracas : dos oficiales franceses que, la víspera, habían desembarcado en la Guaira, se presentan al capitán general Juan de las Casas y le entregan unos documentos oficiales en que se le anuncia que Fernando VII acaba de abdicar, habiendo sido elevado al trono de España José Bonaparte ; un comunicado del Consejo de Indias y del ministro de Ultramar ordena a las autoridades españolas que proclamen el advenimiento del nuevo rey. El mismo día, por una fragata inglesa, se reciben noticias de los sucesos de Bayona y de la formación en toda España de Juntas de defensa que se arman contra el emperador de los franceses y contra su hermano.

El Capitán General de Caracas había acogido muy bien a los delegados, y todos estaban persuadidos que se preparaba con gran solemnidad la proclamación del rey José, cuando millares de manifestantes acuden

alborotados a palacio lanzando gritos de: «Viva nuestro rey; muera el usurpador». Muchos penetran a viva fuerza en el palacio y exigen que se les entregue el estandarte real y el retrato de Fernando VII para pasearle en triunfo por las calles, y que el Capitán General proclame al rey legítimo. Casas, con lágrimas en los ojos, pide una tregua de 24 horas para deliberar, que le es negada, teniendo que ceder ante la multitud de fuera, que, por momentos, se hacía más compacta (1). Las manifestaciones duraron todo el día, pidiendo la expulsión de los oficiales franceses, teniendo éstos que ser acompañados hasta el puerto por el Capitán General para evitar un día de luto.

No es sólo en Caracas donde la revuelta toma grandes proporciones en favor del monarca legítimo; es en toda América española: en Chile, los principios de la legitimidad encuentra defensores calurosos en Juan Martínez de Rozas y en Manuel de Salas. Los americanos, dicen, deben obediencia a Fernando VII, pero no a España; de suerte que si llegara a desaparecer la autoridad real, podían ellos elegir quien los gobernase. Rozas sostenía que si Fernando VII llegase a desembar-

---

(1) Casi por todos los sitios fué la voluntad del pueblo y la de la burguesía la que mantuvo la autoridad de Fernando VII. La mayor parte de los virreyes y capitanes generales hubieran aceptado de buen grado el nuevo régimen; pero véase cómo se escribe la historia:

«Tan pronto como llegó a América la noticia de los acontecimientos que se estaban desarrollando en España, el gobernador español de cada colonia mandó reunir las autoridades y notables y les preguntó si querían reconocer a José o levantarse a nombre de Fernando VII.» SEIGNOBOS; obra citada, pág. 594.

Gobernadores tomando la misma iniciativa extraordinaria, en la misma fecha poco más o menos, sin un acuerdo previo que hacían imposible las distancias; reunir a los principales del pueblo y a las autoridades y preguntarse... ¡¡si querían insubordinarse!! Esto es falso y grotesto a la vez. Una enseñanza tal de la historia constituye un atentado contra la inteligencia de los adolescentes.

car en América debía ser reconocido por todos como soberano ; según Salas, ese reconocimiento debía ir precedido del restablecimiento de la monarquía española. Lo que está fuera de duda es que, si Fernando hubiera arribado a un puerto de América se le hubiera recibido en triunfo, y todo se hubiera arreglado mediante algunas reformas económicas reclamadas por la agricultura y el comercio ; reformas que hubieran completado las otras con que su abuelo Carlos III levantó a un grado de prosperidad nada común sus dominios de Ultramar.

«O nuestro amo antiguo, o nadie», exclamaba el patriota Belgrano en Buenos Aires. Se abren subscripciones ; se mandan a España millones de pesos para que la Junta central los destine a defender los derechos de Fernando VII ; las mujeres se desprenden de sus joyas.

Los cabildos de las capitales tienden hacia la autonomía. Desde Londres, donde se había refugiado, Miranda da instrucciones a sus huestes : «España, les escribe, carece ya de soberano, y está entregada a partidos encontrados, feudos unos de Inglaterra, y otros de Francia, que sólo buscan, al amparo de una guerra civil, satisfacer sus miras egoístas... Es preciso que cada uno de los cabildos tome el mando de su provincia. Enviad luego a Londres agentes debidamente autorizados, y aquí estudiaremos lo que más convenga para el porvenir del Nuevo Mundo».

Tiene buen cuidado de no mencionar la palabra «República» ; esta palabra, con todo lo que ella representa, es harto impopular, sobre todo a partir de la ejecución de uno de los Borbones en Francia. No obstante, la causa de Fernando VII parece perdida : el ejército francés ha llegado victorioso hasta la misma Andalu-

cía, y José Bonaparte ha entrado en Madrid. Estos éxitos del rey intruso favorecen los planes de los liberales sudamericanos: «Disuelta la monarquía y perdida España, escribe Camilo Torres, ¿no nos hallamos en el caso del niño que ha llegado a mayor edad después de la muerte del padre de familia? Cada uno entra en el pleno goce de sus derechos individuales, funda un hogar y se gobierna a sí mismo».

Pero donde más agitación hay es en Caracas: de todas las ciudades de la América española, la capital de Venezuela es donde más abundan los partidarios de la independencia. Hay entre ellos algunos republicanos, Simón Bolívar, uno; pero tienen cuidado de no divulgar todavía estas ideas por temor a no encontrar partidarios de la causa.

El 19 de abril de 1910, estalla en Caracas un golpe de Estado, que obliga a Emparán a dimitir, siendo expulsado por sospechoso de liberal y bonapartista. El municipio, que es el que había dado el golpe, se apodera del gobierno, se constituye en «Junta conservadora de los derechos de Fernando VII» y declara encargarse de la administración de la provincia entera. Todos los miembros juran solemnemente defender al muy amado monarca Fernando VII, la libertad de la patria, la religión católica, apostólica, romana, y la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora la Virgen María. La población en masa se asocia a este juramento, que tuvo lugar en las plazas públicas y en las iglesias. El cabildo, por su parte, dirige un llamamiento a los municipios de otras provincias pertenecientes a la capitanía general de Venezuela, y a todas las capitales de la América del Sur, para que se comprometan a lo mismo; siguiendo muchas su ejemplo.

La toma de posesión del gobierno de la provincia,

por la Junta que hemos dicho, fué comunicado al Consejo de Regencia que se hallaba en Cádiz, luchando contra el ejército victorioso de Napoleón. La Regencia les contestó que bloquearía todos los puertos de Venezuela y enviaría un ejército para reducir los rebeldes a la obediencia del capitán general destituído. Las demás juntas americanas fueron tratadas con la misma desconsideración (1). «Este lenguaje, escribe en su Autobiografía el general Páez, uno de los mejores lugartenientes de Bolívar, presidente más tarde de la República venezolana, este lenguaje equivale a una declaración de guerra, por partir de una asamblea de individuos, y no del soberano, cuya autoridad y cuyos decretos están acostumbrados a respetar los pueblos, sin apelación ninguna. La Regencia siguió en su terquedad, aun después del manifiesto en el cual Caracas justificaba las medidas que se tenían por revolucionarias, y no eran otra cosa que la expresión leal de los sentimientos que mantenían unidas las colonias a la madre patria» (2).

No sólo a respetar las autoridades estaban acostumbrados los pueblos americanos, al menos a partir de los Borbones ; es que ni siquiera reconocían otro. Tenía razón Páez, como la tenían los legistas de Chile, como los patriotas del Río de la Plata, cuya estrecha unión a la familia real persistirá hasta diez años más tarde. La América había sido conquistada en nombre y por

(1) Continúa la historia bufa de M. SEIGNOBOS a propósito de los criollos, a quienes se había preguntado si querían levantarse:

«En cada capital, se formó una junta que se entendía con la de España. Era éste un movimiento español y católico contra el usurpador extranjero» (pág. 594).

Ya acabamos de ver cómo las juntas americanas «se entendían» con las de España; en cuanto al movimiento, era católico, realista y francamente antiespañol. Se le podía resumir así: «América para los americanos», pero bajo la autoridad del rey.

(2) Autobiografía, ed. de la Biblioteca Ayacucho, pág. 42.

cuenta de la reina de Castilla; seguía siendo una propiedad que pertenecía a sus descendientes y herederos. No se trataba de una colonia de España; la palabra «colonia» jamás se empleó en el lenguaje oficial: escrito o hablado.

Por culpa, pues, de la Regencia y del Parlamento español, la ruptura completa definitiva fué un hecho; y el 19 de abril de 1910 señala la fecha de la constitución de un Estado libre. Se hubiera podido evitar la separación, puesto que Caracas, aun proclamándose autónoma y recabando un régimen de libertades administrativas y económicas, quería mantener la unión mediante la lealtad al mismo rey, prisionero del enemigo; pero en este tiempo el Parlamento liberal de Cádiz minaba, con la piqueta de las leyes, los fundamentos de la monarquía borbónica, mientras el pueblo, con sus soldados voluntarios, derramaba la vida por ella sobre los campos de batalla Seguía prisionera de los ricos comerciantes andaluces, envidiosos de las libertades comerciales otorgadas por Carlos III para toda América, y que todavía siguieron aumentando. Estos señores plutócratas y demócratas que entonan himnos a la diosa Libertad, rehusan, a los que consideran como súbditos, las libertades efectivas, creyendo que se van a contentar con promesas ilusorias, con frases sonantes y con la declaración de ciertos principios.

# V

## VIDA EFIMERA DE LA PRIMERA REPUBLICA SUDAMERICANA

Simón Bolívar, el conspirador indolente, se había mantenido al margen del golpe de Estado del 19 de abril de 1810 (1) ; todo este día lo había pasado en el campo, sin duda para no afligir demasiado a su amigo Emparán, contribuyendo personalmente a despojarle del mando. Por otra parte, el éxito fácil de este negocio no ofrecía ninguna duda : se trataba de defender los derechos del rey legítimo, sin que los partidarios de la independencia completa, no muchos, se atrevieran a lanzar al público sus ideas ; así que era evidente que la población iría adelante. Al día siguiente se encaminó a Caracas, poniéndose a disposición del nuevo gobierno, que le nombró teniente coronel de las milicias. Era ya capitán. Poco más tarde, fué uno de los dos embaja-

(1) **Cómo se enseña la historia:**

«Caracas se había sublevado el 19 de abril de 1810, bajo el mando del coronel Bolívar.»

E. DRIAULT Y MONOD: Historia política y social, 1815, 1909, página 28.

dores designados para ir a Londres a solicitar el apoyo del gobierno británico cerca de la Regencia, pues ya las autoridades militares trataban de rebeldes a las juntas, y habían comenzado las hostilidades.

En conversaciones particulares con el ministro de Negocios Extranjeros inglés, Bolívar le habló de sus planes de emancipación, si bien, oficialmente, sólo aspiraba a que interpusiera sus servicios entre las colonias y el gobierno de España. Sus proposiciones eran :

Cesación de hostilidades ; mayor representación en Cortes de las provincias americanas ; que se adoptara un sistema más popular en la elección de diputados ; libertad de comercio, con ciertos privilegios a favor de España.

El gobierno de la Regencia rechazó estas proposiciones que, a la verdad, no parecían excesivas. No teniendo ya más que hacer en Europa, Bolívar se embarcó para Venezuela en noviembre del mismo año 1810, llevando consigo a Miranda.

En Londres, Bolívar empleó sus ocios en estudiar la Constitución británica, su funcionamiento y, dice su ayudante de campo y cronista, «fué tan grande su admiración por las instituciones inglesas que tomó la resolución de implantarlas en su patria, si llegaba a conseguir allí la influencia necesaria ; teniendo en cuenta, desde luego, la diferencia de climas, de costumbres y prevenciones inveteradas» (1).

Nuestro héroe se halla ya más cerca de Montesquieu que de Rousseau, maestro de su adolescencia. Esas mismas restricciones nos indican ya que no estamos en presencia de uno de esos ideólogos que, a la fuerza quieren imponer una Constitución, o porque sus

(1) O'LEARY: Obra citada, t. I, pág. 99.

cerebros de metafísicos la juzgan la más perfecta de todas, o porque así la encuentra en otro pueblo de raza distinta, de religión distinta y de costumbres distintas al pueblo donde se quiere implantar, sólo porque allí ha dado buenos resultados.

* * *

Por desgracia, esos metafísicos fueron los que gobernaron Venezuela durante su ausencia, y los que continuaron después; así que, tan pronto como llegó a Caracas, se puso en desacuerdo con todo, y tomó la resolución de ir al campo durante algún tiempo.

Un poder ejecutivo, compuesto de tres miembros, considerando que el sistema federal había dado buenos resultados en la América del Norte, y que la antigua colonia inglesa, ya independiente, gozaba de paz y prosperidad, se propone dotar a Venezuela de una Constitución idéntica, sin que le cupiera la menor duda que lo que es bueno en Wáshington puede no serlo en Caracas. Se quiere, por lo tanto, erigir en Estados soberanos provincias pobres y despobladas; y esto, antes de que estuvieran libres de la dominación española, a la que seguían manteniéndose fieles en su mayor parte. Se concede el derecho de ciudadanos y de electores a los mestizos, aunque sean analfabetos, a los indios medio salvajes. Políticos sin vergüenza—planta maldita que comenzaba a surgir—se lanzan sobre la administración y entran a saco en el Tesoro del Estado, harto exiguo.

La masa del pueblo es indiferente u hostil a este movimiento. El partido español prepara una contrarevolución. El Congreso aun duda si romper o no el último lazo que le mantiene unido a la monarquía española. El pueblo de Caracas no era más republicano

que el de París en vísperas de la toma de la Bastilla (1); pero, en fin, hay algunos nobles, hay burgueses, hay abogados y oficiales que quieren la República; los cuales, contrariamente a lo que sucede en las demás regiones de la América del Sur, se inspiran en el modelo de la Revolución francesa. Reclutan sus prosélitos; se trata de una pequeña minoría, pero en el Nuevo Mundo como en el Antiguo las minorías son las que triunfan, las que hacen las revoluciones, las que derriban gobiernos. Los escasos republicanos de Caracas se hacen los dueños de una Sociedad patriótica, que convierten en un club de Jacobinos, a semejanza de París, la cual impone su voluntad a los representantes atemorizados del pueblo. Entre sus oradores, se cuenta Bolívar; a quien se aplaude unas veces, por ser el excitador; y otras, no se le escucha, porque trata de contenerles. Es una lucha que está manteniendo contra los soñadores, para ponerlos en guardia contra los excesos de la anarquía.

«¡La anarquía!, exclama el fogoso tribuno Cotto Paul, es la verdadera libertad cuando, para huir de la tiranía, se desciñe la cintura y desata su ondulosa cabellera. Cuando las diosas de los débiles—que se llaman pavor y desconfianza—la maldicen, yo caigo ante ella de hinojos. ¡Señores: que la anarquía, con su antorcha de furias en la mano, nos encamine al Congreso para que su humareda embriague a los facciosos del orden y les obligue a seguirla por las calles y plazas, al grito de: ¡libertad! Para agitar las aguas muertas del Congreso, henos aquí sobre las elevadas cimas de la santa Democracia!»

(1) «En París, apenas si éramos diez republicanos, el 12 de julio de 1789.» CAMILO DESMOULINS, Ouvres (ed.) J. Claretie, t. I, pág. 209.

Los que el orador de club llama «facciosos del orden», frase que pudo hacerse célebre, son los miembros de la mayoría del Congreso que, aún vacilantes, concluyen por rendirse y proclamar la república el día 5 de julio de 1811. Al menos, así nos lo dicen los historiadores. En realidad, lo que se proclama es la Confederación de provincias venezolanas, de las cuales cada una de ellas viene a ser como un Estado libre ; la palabra *República* no se la encuentra todavía en el Acta de independencia : se temía, con fundamento, que sólo el nombre hubiera producido una asonada popular. Sin embargo, de hecho, nos hallamos con una República ; más tarde se le dará el nombre, si bien la multitud no aguardará ese momento para levantarse en contra, con armas en la mano.

El flamante gobierno añade nuevos errores, sin corregir ninguno de los pasados ; sus miembros son unos teorizantes que leen mucho la historia de la Revolución francesa ; se hallan ahora en los primeros capítulos. Imaginan que basta un cuadernillo de papel y escribir allí una copia de las leyes ; con eso les parece suficiente para constituir una nacionalidad, devolverle el reposo y la dicha, obligando con ello a que España reconozca su independencia. Estos, ni son más sofistas, ni más visionarios que sus corifeos más o menos moderados del 89 y 93 : son exactamente iguales (1). Estos hombres de gobierno están como hipnotizados en la visión beatífica de los Derechos del Hombre. La ciudad

(1) Parece que uno está soñando hoy, cuando se leen divagaciones como ésta:

«Europa entera os pedirá la paz el día que déis una Constitución al pueblo francés. Ese mismo día, cesarán todas las divisiones, los partidos se plegarán bajo el yugo de la libertad; volverán los ciudadanos a sus talleres, a sus trabajos, y la paz reinante en la República hará temblar a todos los reyes.» SAINT-JUST, Discursos en la Convención, 4 de abril de 1793».

de Coro, sin embargo, no ha tomado parte en la revolución, y se mantiene fiel a España ; lo cual constituye un peligro para la aurora de la República, pues los españoles mantienen excitada la población, reclutando en ella soldados. El interés del Estado—Estado, al fin, que acaba de fundarse y quiere continuar viviendo—se concentra en aquellos hogares que preparan su muerte : en alejar a los habitantes de Coro, parte de los cuales vacilan o son del todo indiferentes, separándolos de la dominación española, convirtiéndolos en ciudadanos y soldados de la República. Su interés vital, el del Estado, es obrar con mano fuerte sobre las demás ciudades que hayan imitado el ejemplo de Coro. Pues no hacen nada : y dejan asesinar a la República y a la patria en 1811, porque 22 años antes, en una ciudad de Europa habitada por otra raza, unos cuantos legisladores filósofos han proclamado los Derechos del Hombre abstracto. Coro y su provincia constituyen, claro que en el papel, un Estado soberano en el mismo seno de la Confederación. ¡ No era cosa de violar los inmortales principios, empleando la fuerza para obligar a estos ciudadanos a entrar en la Confederación ! La utopía humanitaria no consentía la defensa, ni aun en el caso de que se tuviera certeza de evitar mayores males para lo futuro, economizando millares de vidas humanas.

En último recurso, se deciden a obrar sobre Valencia, donde el partido español era dueño de todo y se hacía cada vez más poderoso. Todos sus habitantes se hallaban en armas para la defensa de los derechos de Fernando VII. El Congreso envía un ejército al mando del marqués de Toro, que es vencido ; Miranda, que le sucede, pone sitio a la ciudad y termina por apoderarse de ella, después de muchas tentativas infructuosas ; pero el Congreso otorga una amnistía general, en

la que quedan comprendidos todos los jefes de la insubordinación, aun aquellos mismos que habían sido condenados a muerte por un tribunal militar.

Luego, en medio de la inseguridad general, de agitaciones que se propagan por doquier, los pretendidos representantes del pueblo que debían sus puestos a unas elecciones ficticias, y cuyo Congreso más parecía una reunión de profesores maniáticos, se entregan a discusiones interminables sobre la mejor manera de gobernar una nación, conforme a principios. Nos hallamos en presencia de unos idealistas aterciopelados, que llaman liberales. En todos sitios, los liberales son verdaderos cabos furrieles de la democracia y de la demagogia, si ellos mismos no llegan a ser verdaderos demócratas y aun demagogos. Luego viene la tiranía mortífera, cuyo maestro es Juan Jacobo Rousseau, que condena a la última pena a todo ciudadano que, en política o en religión, profesa doctrina diferente de la que profesa el gobierno ; y a todos aquellos que, aun adhiriéndose a estas doctrinas, se conducen de un modo sospechoso (1). Los «filósofos» de Caracas traspasan estos linderos, y unas veces son liberales, otras, tiranos ; pero no al acaso. Llenos de mansedumbre para aquellos, aunque sean extranjeros, que ponen en peligro la existencia de la nación, serán implacables para los que manifiesten deseos por otro gobierno. Perezca el Estado ; pero serán dignos de la horca cuantos no estén conformes con el partido que se mantiene en el poder.

Estos «filósofos» han abolido la censura del Santo Oficio, en nombre de los Derechos de la Humanidad ;

(1) «Que si alguno, después de haber conocido públicamente estos mismos dogmas, se conduce como si no los creyera, sea castigado a muerte, por haber cometido el mayor de los crímenes: ha mentido ante la ley.» J. J. ROUSSEAU: Del Contrato social, lib. IV, c. VIII.

pero han leído el *Contrato social* y han convertido la Constitución en una religión con dogmas terminantes, que también cuenta con su inquisición laica, sin que se admitan grados ni en las faltas, ni en los castigos. «La Declaración de los Derechos del Hombre, escribe un contemporáneo, va acompañada de un reglamento sobre la libertad de imprenta, que permite hablar de todo, excepto del sistema de gobierno adoptado por Venezuela ; esto es : de lo que más se debiera hablar» (1). Autores, editores e impresores que se permitan criticar la Constitución, pena de muerte (2) ; pena de muerte también para los ciudadanos, aun los fieles a la causa de la emancipación y de la República, que no dan por bueno el que se aplique en Venezuela la Constitución que rige en los Estados Unidos del Norte. Mas nada se preocupan de los enemigos exteriores, ni aun de los extranjeros establecidos en la capital, que aprovecharán la debilidad de las autoridades para la restauración del antiguo régimen.

* * *

Ya llegará el momento en que haya que defenderse, pues la contrarrevolución va en aumento ; la guerra por

(1) Carta de J. Blanco White, citada por Juan Vicente González en su Biografía de J. Félix Ribas (ed. Ollendorf), pág. 189.

(2) Esto no podía menos de suceder: todo gobierno revolucionario comienza por proclamar la libertad de la prensa como un derecho sagrado; después se la coarta y llega a caer en los abusos del gobierno que ha derribado, agravándolos.

«En el período anterior al 31 de mayo de 1793, no hubo (en Francia) libertad para los periodistas reales o socialistas... Del 31 de mayo al 9 de termidor, los periodistas girondinos quedaron reducidos al silencio; sólo la política montañesa tuvo libertad para hablar. Después de la ejecución de Hebert y Danton no volvieron a aparecer periódicos dantonistas ni hebertistas: la prensa llegó a ser verdaderamente esclava del régimen.»

A. AULARD: Historia política de la Revolución francesa, página 360.

la independencia se halla en pleno hervor no sólo en Venezuela, sino en toda la América española ; guerra que durará hasta 1824, encarnizada, cruel, épica por ambas partes ; si bien, a España, no le ha de restar ni muchos hombres, ni mucho dinero, porque va a ser una verdadera guerra civil entre americanos que luchan, unos, por la independencia ; otros, por la continuación del régimen español. Esta es la pura verdad, que la historia nos oculta obstinadamente : pretende que la América toda se haya levantado «para sacudir el yugo de sus opresores». Lo cual constituye una burla y una calumnia.

* * *

Los «filósofos» de Caracas ponen sus ojos en Miranda, como en un salvador providencial, y le nombran general en jefe del ejército republicano : «¿ Dónde están, pregunta él, los ejércitos que un general como yo debe mandar sin comprometer mi reputación y mi honra ?» En efecto, no hay ejército ; ni siquiera cuerpos reducidos de milicias nacionales, a quienes se ha tenido sin preparación ni entrenamiento alguno, mientras otros venezolanos y oficiales españoles preparan para la guerra a sus milicias y adiestran a sus voluntarios. ¡ Bah ! ¿ Acaso necesita ejércitos en forma un pueblo libre, compuesto de republicanos ? En caso de agresión por parte de un ejército al servicio de algún tirano extranjero, todos los ciudadanos se levantarán como un solo hombre al grito mágico de los sacrosantos principios ; y hete aquí convertidos en soldados invencibles. Esta es la doctrina que acaban de publicar los gobernantes de Caracas (1). Sólo hay un hombre que se dé

(1) «La República no tiene necesidad de ejército permanente ni de marina de guerra; en eso precisamente estriba su fuerza y su

cuenta de la situación y proponga medidas saludables : Bolívar. Hay en Caracas numerosos españoles (más bien, extranjeros, puesto que la ruptura es un hecho consumado) ; esto es, súbditos del Estado contra quien se está guerreando ; súbditos ricos y poderosos que preparan la derrota de los republicanos, como es natural, aunque sea sembrando el pánico en la población civil. Situación tanto más trágica, cuanto es fácil trastornar al pueblo, después de un violento temblor de tierra que destruyó parte de Caracas y numerosas ciudades, causando más de veinte mil víctimas (1). La muchedumbre aterrorizada y excitada por los realistas, considera esta catástrofe como un castigo del cielo.

Bolívar es uno de los que no han perdido la cabeza : se multiplica y arriesga su vida para tranquilizar al pueblo y poner silencio a los agitadores ; más todos los hombres de gobierno rechazan sus proyectos. Esos ciudadanos no han cometido crimen ni delito alguno ; al

---

mayor gloria. Confiada en el amor y en el cariño de sus hijos, puede ella, como en otro tiempo Cadmus, hacer salir de la tierra legiones de hombres armados, que combatan por su defensa y retornen a sus trabajos habituales, tan pronto como haya pasado el peligro... ¿Qué puede un realista gritando: «¡Mi rey!» contra un republicano que grita: «¡Mi patria!»?

Carnegie: El triunfo de la democracia, pág. 7.

No conocemos libros tan estólidos, dañinos y necios como éste que hemos citado de Carnegie. Este puritano hipócrita y satisfecho hace pensar, a veces, en el Caliban de Renán: «Y luego, decidme: ¿quién defenderá Milán contra sus enemigos?—Dejad que seamos libres y todo el mundo nos temerá».

(1) El temblor de tierra tuvo lugar el 26 de marzo de 1812. M. Seignobos lo coloca en 1813 y añade: «Se decía que esto era un castigo de Dios contra los republicanos». Obra citada, pág. 596.

Si el temblor hubiera ocurrido en 1813, se hubiera podido decir que era un castigo de Dios contra los realistas ,puesto que (un detalle que ignora Seignobos) obtuvo entonces triunfos muy señalados, recuperó Caracas y reconquistó parte de Venezuela en 1813.

Para Seignobos, la guerra de la independencia no comenzó hasta 1814, porque, como él dice, ¡hasta entonces no pudo enviar España tropas a América!

menos, no hay pruebas contra ellos : los principios prohiben todo atentado a sus derechos. ¡ Que la República perezca, y ciudadanos sin defensa, mujeres y niños sean martirizados ! Sería inhumano evitar estas atrocidades atentando contra los derechos de los extranjeros que, tal vez, puedan ser sospechosos, pero no reos.

El girondino Miranda, que se ha convertido en doctrinario y fetichista del liberalismo, no es el hombre que se necesita. A pesar de su arrojo y su amor por la causa de la libertad de América, a pesar de cualidades eminentes que pudieron cautivar a una emperatriz de Rusia, durante su agitada existencia, no fué, en suma, más que un fracasado. ¿ Verá en Bolívar el astro naciente, el verdadero genio que va a realizar las aspiraciones de una América libre ? Sea de ello lo que fuere, el joven coronel no es del agrado del general, que rehusa admitirle con su graduación en el ejército que a toda prisa se prepara. Bolívar tendrá que alistarse como simple soldado, cediendo a indicaciones del gobierno. Miranda le acepta, aunque de mala gana ; y tan pronto como ha terminado de entrenar a otros, le asigna el puesto que menos podía convenir a un oficial joven que arde en deseos de ilustrarse en los campos de batalla, inmovilizándole para toda la campaña y asignándole la defensa de la plaza fuerte de Puerto Cabello.

Aquí, Bolívar, es víctima de las faltas que había denunciado tantas veces, de los mismos males que tenía previstos. En esta plaza, que tiene una gran importancia estratégica, habían encerrado a muchos españoles que gozaban de gran influencia en el país, que no eran simplemente sospechosos (a éstos no había que tocarlos ; eran cosa sagrada) sino de los convictos y confesos. Estos, aprovechan una ausencia de Bolívar, sobornan las guardias, se apoderan del puente y dirigen

las baterías sobre la población, que concluyen por bombardear, dejando consternados a los habitantes ; Bolívar hace esfuerzos desesperados, aunque inútiles ; no logra apoderarse más del fuerte.

Por su lado, Miranda sostiene una lucha imposible contra el ejército del general Monteverde ; tanto más fuerte cuanto es secundado por la población de las ciudades y de los campos, que le suministran personal abundante. La revolución, queda hecha y la República, impuesta por aristócratas y propietarios ; pero entre éstos, los hay que han sufrido graves perjuicios en sus intereses a causa de las primeras medidas tomadas por el gobierno, principalmente en lo que se refiere a la prohibición de importar negros ; los del valle de Tuy se levantan y arman a sus esclavos contra la República que pretende librarlos. Los negros, a quienes se quería aplicar la doctrina de los Derechos del Hombre, terminan por degollar a sus hermanos los blancos.

Consternado Miranda ante estos acontecimientos y ante la pérdida de Puerto Cabello capitula en circunstancias tales que se le llega a tener por sospechoso de traición ; pues se somete a un enemigo que aun no había ganado ninguna batalla decisiva. Luego se encamina al puerto más próximo y parte con rumbo al extranjero. Algunos oficiales indignados, Bolívar entre ellos, le apresan con el fin de entregarle a la autoridad militar ; pero uno de ellos, lo entrega a las autoridades españolas, quienes, a pesar de las capitulaciones, concluyen por encarcelarlo, muriendo el desgraciado cuatro años más tarde en una prisión de Cádiz (14 de julio de 1816) (1).

(1) «Una expedición organizada por Miranda para que se levantara Venezuela, no tuvo éxito; Miranda fué arrojado en un calabozo. Pero la insurrección halló otro jefe en el célebre Bolíva.r» LA-

Como la República carecía de ejército, el país entero vuelve a la dominación de los españoles ; Monteverde hace su entrada triunfal en Caracas, y allí se entrega a terribles represalias.

Así concluye la primera República sudamericana, después de trece meses de vida que se deslizó conforme a los principios ¡ «filosóficos» ! que la hicieron oscilar entre el liberalismo y la tiranía.

---

VISSE Y RAMBAUD: Historia general desde el siglo IV hasta nuestros días, t. IX, pág. 953.

M. Moireau, autor de estas líneas, pone fin diez años antes (1806) a la vida de Miranda. Ignora también la guerra de 1810 a 1814 y la primera República venezolana. Toda esa grande Historia escrita bajo la dirección de los señores Lavisse y Rambaud, en lo que se refiere a la América española (sin contar otros países) es un tejido de errores: por término medio, se puede contar uno por cada frase. ¡Y ésta es la historia que estudian nuestros universitarios!

Michelet, hablando de Miranda, no podía menos de caer en el error:

«Aunque muy anciano, concurrió a la liberación de América, combatiendo al lado del joven Bolívar. Por uno de los más crueles encarnizamientos de la fortuna, en el momento de la victoria, fué entregado a España por una facción americana.»

Historia de la Revolución, lib. X, c. VII.

# CAPITULO VI

## COMIENZA A REVELARSE EL GENIO DE BOLIVAR

El joven Bolívar no es como el viejo Miranda : aquél no se confiesa vencido, no se confesará nunca, ni aun en circunstancias peores que las de 1812 ; creerá siempre en la victoria, por más que todo parezca irrevocablemente perdido ante los ojos de los demás, y hará lo imposible por alcanzarla (1). Dirige su rumbo a Cartagena de Indias, en Nueva Granada, que también se había constituído en República independiente y estaba igualmente amenazada por el ejército español ; él, soldado desconocido, fugitivo y valiente, concibe un proyecto arriesgado : conseguir, en este país amenazado, el mando del ejército, municiones y dinero para reconquistar Venezuela ; mas no es en tono de súplica como se dirige a los hombres de Estado y al pueblo ; tampoco in-

(1) «Genio creador por excelencia, de la nada sacaba recursos. Siempre grande, lo parecía más en la adversidad: Bolívar vencido era más de temer que vencedor, decían sus enemigos; los reveses le hacían superior a sí mismo.»
O'LEARY: Obra citada, t. I, pág. 584.

voca el Derecho, la Justicia, la Humanidad, ni declama ; tampoco busca herir las fibras delicadas del corazón ; va directamente a las más altas facultades de los ciudadanos dignos de este nombre : habla a la razón, y les prueba, no con sofismas, sino con una lógica irrefutable que les va a prestar un servicio inmenso a trueque de recibir otro. El vencido les dice así : «vengo a salvaros». Y lo creen. La extensa Memoria que les dirige comienza de esta manera :

«Salvar Nueva Granada de la suerte que sufre Venezuela, y librar también a ésta, he aquí los objetos que me propongo escribiendo esta Memoria».

Es interesante conocer algunos extractos de este documento luminoso.

«Permitidme que, animado de un celo patriótico, me tome la libertad de dirigirme a vosotros para indicaros rápidamente las causas que han conducido a Venezuela hasta su destrucción. Estoy persuadido que las terribles y ejemplares lecciones dadas por esta República, muerta ya, persuadirán a la América que debe modificar su conducta y corregir los defectos de unidad, cohesión y energía que más se han hecho notar en sus gobiernos.

»El error más grave de Venezuela al presentarse en el teatro político fué, sin duda alguna, la fatal adopción de un sistema de tolerancia : sistema condenado por débil e ineficaz por todas las personas sensatas : y practicado, no obstante, hasta el último momento con una tenacidad y una ceguera sin igual...

»...Los códigos consultados por nuestros magistrados no eran de aquellos que pudieran enseñar la ciencia práctica del gobierno, sino aquellos fabricados por visionarios cándidos e ilusos que, al hablarnos de re-

públicas aéreas, quisieron elevarla a la perfección política, presuponiendo, como es natural, la perfectibilidad del género humano. De este modo, hemos tenido filósofos en lugar de jefes, filántropos en lugar de legisladores, dialécticos en lugar de tácticos, y sofistas en vez de soldados. Con una subversión tal de principios y de cosas, el orden social se sintió violentamente resquebrajado, caminando la Nación a pasos de gigante hacia la universal ruina que no tardará en realizarse.

»De aquí nació la impunidad para los delitos de lesa patria, cometidos por descontentos, particularmente por los enemigos naturales—los españoles europeos—que se habían quedado maliciosamente en nuestro país con el fin de mantenerle en una inquietud constante, preparar levantamientos, a que nuestros jueces coadyuvaban perdonándolos siempre, aunque se tratara de atentados enormes contra la salud pública. La doctrina que justificaba este modo de proceder estaba sacada de máximas filantrópicas con que algunos escritores pretenden defender que no es lícito quitar la vida a un hombre, aun tratándose del crimen de lesa patria (1). Al abrigo de esta doctrina, cada conspiración iba acompañada del perdón consiguiente, bajo pretexto de que los gobiernos liberales deben distinguirse por su clemencia. Clemencia criminal que dió al traste con la máquina que acabábamos de construir.

»De aquí vino la prohibición de que se formaran tropas de veteranos, disciplinadas y capaces de presentarse en el campo de batalla, y dispuestas a defender la libertad con éxito y con gloria. Por el contrario, se formaron

(1) Había, sin embargo, una excepción, como ya hemos dicho antes: a los extranjeros, se les dejaba conspirar; pero se condenaba a muerte a los escritores que hablaban mal de la Constitución; la misma pena tenían los libreros y editores.

cuerpos innumerables de milicia indisciplinada cuyo entretenimiento terminó por agotar el Tesoro público, arruinar la agricultura arrebatando sus brazos, y hacer odioso un gobierno que obligaba a los aldeanos a tomar las armas y a abandonar sus familias. Las Repúblicas, decían estos hombres de Estado, no necesitan ejército permanente para el mantenimiento de sus libertades: todos los ciudadanos deben ser soldados en caso de un ataque del enemigo.

»...El resultado a que ha venido, le dice a Venezuela cuánto error había en esos cálculos. Las milicias que iban al encuentro del enemigo ignoraban el manejo de las armas; no habituadas a la disciplina ni a la obediencia, fueron derrotadas desde el principio de la última campaña, a pesar de los esfuerzos de sus jefes por conducirlas a la victoria; que es lo que causó un desaliento general entre jefes y soldados; pues es una verdad militar que sólo los ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a la derrota de momento. El soldado de la nueva leva todo lo cree perdido, si cede al primer empuje, porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad, y, sobre todo, la constancia corrigen la mala fortuna.

»...La dilapidación de las rentas públicas para gastos frívolos e inconsiderados, en especial para mantener infinidad de funcionarios, secretarios, jueces, magistrados, diputados provinciales y federales, hirió mortalmente a la República, porque la obligó a recurrir al remedio poco seguro del papel moneda, bajo la sola garantía de la fuerza y de las rentas imaginarias de la Confederación».

Pasa luego Bolívar a estudiar otra de las causas porque vino la debilidad y la ruina de la República: la adopción del sistema federal, siguiendo el ejemplo de

los Estados Unidos anglosajones. No es que, en principio, él sea opuesto a esta forma de gobierno; hasta la encuentra «la más perfecta y la más capaz de llenar las aspiraciones de las sociedades humanas»; mas no era esto una razón para adoptarla.

«Bolívar sabe que esto es bueno en sí, que es excelente; pero no conviene por el momento; o que ella es buena para un lugar, y no para otro» (1).

En medio de circunstancias anormales y de los trastornos de una guerra que amenaza a un Estado en vías de formación, se debe pensar en una Constitución conforme en un todo al bien público, y suspender las leyes que sólo han sido promulgadas para tiempo de paz.

«Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, con la realidad de los acontecimientos, con las circunstancias y con los hombres que los rodean. Si prósperas y encalmadas, las instituciones han de ser suaves y protectoras; si subversivas y alborotadas, el gobierno ha de mostrarse terrible y armarse de una serenidad por encima de los peligros, sin tener en cuenta las leyes e instituciones, hasta que la paz y la felicidad se hayan restablecido.»

* * *

A la luz de las lecciones que había recibido de la experiencia, Bolívar comienza ya a renegar de sus educadores: no aspira a una Constitución perfecta e inmutable, sino aquella que más se adapte a la sociedad venezolana y a las circunstancias. Se halla despojado por completo de quimeras metafísicas y sensiblería humanitaria; antiliberal convencido, ha venido a ser un

(1) PERU DE LACROIX: Obra citada, pág. 90.

empírico ; digamos mejor : un positivista. Los doctrinarios y los filósofos, por el contrario, pretenden adaptar todos los hombres a sus reglas de gobierno, aplicando la célebre fórmula de Rousseau : «Todo el que aspire a formar un pueblo se ha de sentir con bríos, por decirlo así, para cambiar la naturaleza humana, transformando el individuo, que por sí es un todo completo y solidario, en parte de un todo, de quien ese mismo individuo recibe, en cierta manera, la vida y el sér : *alterar*, en una palabra, *la naturaleza del hombre* para reforzarla más» (1).

Le ha bastado a Bolívar ser testigo de cómo se hacen algunas elecciones para darse cuenta de los vicios que arrastran los gobiernos de partido : «Las elecciones populares, continúa, hechas por paisanos del campo e intrigantes de ciudad son un obstáculo más que integran el sistema federal tal como se halla entre nosotros. En efecto, los primeros son tan ignorantes, que votan maquinalmente ; y los otros, tan ambiciosos que todo lo convierten en facción : así que nunca se ha conocido en Venezuela una elección libre y razonable. Con lo cual resulta que la elección pone el gobierno en manos de unos hombres, o indiferentes, o inmorales. Todo era cuestión de partido ; y, por consiguiente el sistema nos trajo mayores males que las circunstancias mismas. Nuestra división y no las armas españolas es la que nos ha sumido en la esclavitud».

En carta que dirige el año siguiente al gobernador de Barinas insiste sobre la cuestión de la forma de gobierno, y sale al encuentro de las objeciones de los federales que se obstinan en tomar por modelo la Constitución de los Estados Unidos :

(1) J. J. ROUSSEAU: Del contrato social, lib. II, c. VII.

«Francia e Inglaterra son hoy dueñas del mundo, porque un solo jefe, sin trabas ni moratorias, puede movilizar millones de hombres en defensa de la salud pública. ¿Cómo queréis que estas pequeñas agrupaciones, pobres e impotentes, puedan aspirar a la soberanía y hacerla respetar? Me habláis de los Estados Unidos; pero esos Estados soberanos no se establecieron hasta doce años después de haber terminado la guerra, siendo reconocida esa soberanía por sus propios opresores y enemigos. Hasta entonces, los generales vencedores habían sido los únicos jefes supremos del Estado; todo les estaba sometido: soldados, armamento y tesoro. En segundo lugar, las provincias de los Estados Unidos, aunque soberanas, no lo son más que tratándose de administración de justicia y política interior. La hacienda, la guerra, las relaciones exteriores obedecen a la autoridad única, al presidente de los Estados. Fijándonos en lo nuestro, ninguna provincia es soberana si no dispone de riqueza y población suficiente para hacerse respetar...»

Volvamos al Manifiesto de Cartagena. Se trata de salvar Nueva Granada que corre la misma suerte que Venezuela y, para eso, hay que comenzar por la reconquista de las provincias venezolanas:

«Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela; por consiguiente, debe evitar los mismos escollos contra los cuales vino a estrellarse esta última. Al efecto, considero necesaria la reconquista de Caracas como medida indispensable para la seguridad de Nueva Granada. A primera vista, el proyecto os parecerá inoportuno, costoso y, tal vez impracticable; pero examinado atentamente con ojos previsores, con calma y meditación, es imposible no reconocer su necesidad, ni tardar en ejecutarlo prontamente. El primer argumento que

se presenta a favor de esta empresa es la causa de la destrucción de Caracas, que no fué otra que el desdén con que esta ciudad miró a un enemigo que parecía insignificante, y estaba muy lejos de serlo.

»Cierto que Coro no hubiera podido entrar en concurrencia con Caracas, si se atiende a las fuerzas intrínsecas ; pero en el orden de las vicisitudes humanas, no siempre es la fuerza material la que decide ; a veces, la que hace inclinar la balanza política, es la fuerza moral. He ahí por qué el gobierno de Venezuela no debió despreciar un enemigo que parecía débil, pero que no lo era, pues contaba como auxiliares la provincia de Maracaibo y todas las otras que obedecían a la Regencia ; ítem, el oro y la cooperación de nuestros eternos enemigos, los españoles, que vivían entre nosotros.

»...Aplicando el ejemplo de Venezuela a Nueva Granada, nos encontramos, sirviéndonos de una fórmula matemática, que Coro es con respecto a Caracas lo que Caracas a toda la América... España, en posesión de Venezuela, podrá fácilmente sacar hombres de allí, más las municiones de boca y guerra ; luego, bajo la dirección de jefes expertos, porque han luchado contra maestros en el arte de guerrear, los franceses, penetrará, pasando por Barinas y Maracaibo, hasta los últimos confines de la América meridional.»

Bolívar traza en seguida su plan y sus cálculos, y termina por un llamamiento a la solidaridad americana que fué la preocupación constante de su existencia (1).

Desciende después a detalles que enumera en una

(1) La memoria de Bolívar, impresa en diciembre de 1812, lleva el título de «Manifiesto del coronel venezolano Simón Bolívar, a los habitantes de Nueva Granada».

serie de cartas dirigidas al gobierno de Nueva Granada, desde marzo a mayo de 1813. El general O'Leary que es quien publica esta correspondencia, la comenta en estos términos : «Estas cartas, llenas de rasgos característicos, revelan un profundo conocimiento del corazón humano. Bolívar comienza por describir la suma facilidad de la conquista de Venezuela y la necesidad de emprenderla, limando expresiones que pudieran acobardar a los tímidos hombres públicos de Nueva Granada, impidiendo que prestaran su cooperación. Vencidos poco a poco los escrúpulos que pudiera suscitar una empresa tan atrevida, obtiene, al fin, el consentimiento de estos varones prudentes, si bien lleno de restricciones. Luego que ha conseguido esto, pone de manifiesto los peligros que envuelve la empresa y en evidencia la desproporción entre los medios que se le otorgan y la magnitud del plan : desproporción, añade, que desaparecería con la fuerza moral que pudiera tener el jefe si se le invistiera de plenos poderes, con lo cual se haría frente a los elementos militares tan escasos de que dispone. Las ideas y los apuntes son dignos de una política consumada y de un hábil militar : el éxito vino a confirmar sus previsiones» (1).

* * *

Hay párrafos en el Manifiesto de Cartagena que, suprimidos los nombres propios, sería imposible fijar la fecha ; pues lo mismo parecen escritos por un ateniense contemporáneo de Demóstenes, que por un francés de principios del siglo xx. Es un estilo limpio, transparente, robusto, como conviene a los sentimien-

(1) Obra citada, pág. 183, t. I.

tos y las ideas que expresa. Y es que cuando los hombres políticos descienden de las nubes por donde andaban extraviados, lo mismo que la otra porción escogida del país, y se enfrentan con la realidad, hablan de esta suerte, como intérpretes de la verdad humana e inmortal. Bolívar pisa tierra firme, asentado, como dice Lucrecio, sobre el umbral ilustre de la Sabiduría ; no es ya el oficial fugitivo que acaba de perder la plaza fuerte que tenía encomendada ; no obstante, si una muerte prematura le hubiera arrebatado al día siguiente de este manifiesto, no por eso dejaría de ser el genio político y clarividente que aparece en la aurora de las Repúblicas sudamericanas. Traspasa su época y da lecciones para las democracias futuras ; lo que era verdad en 1813, no ha dejado de serlo cien años más tarde.

Al fin termina por convencer al gobierno y al pueblo de Nueva Granada. El Congreso que, al principio sólo había puesto a su disposición unos puñados de hombres, le dará más tarde todo lo que pida ; en él tendrá puesta toda su confianza, aun en medio de nuevos desastres. El jefe incomparable, soberano, necesario, acaba de revelarse.

# VII

## TRIUNFOS, REVESES Y DESTIERROS
(de 1813 a 1818)

No es nuestro propósito trazar una biografía completa de Bolívar, sino estudiar la formación de su carácter, el desarrollo de sus ideas políticas y los esfuerzos que hubo de hacer para poner a su pueblo al abrigo de la demagogia ; no entra, por lo tanto, en nuestro plan, hacer un recuento detallado de sus campañas militares, que, para ello solo, sería preciso un gran volumen. Mas como quiera que el hombre de gobierno es inseparable del guerrero, y las decisiones del primero sean consecuencia de las victorias del segundo, nos vemos precisados a dar un resumen de las campañas militares (sin separar, naturalmente, la política de la guerra). El presente capítulo nos conducirá hasta la fundación de la gran Colombia, como consecuencia de la unión de Nueva Granada con Venezuela.



Ya sabemos que en 1812, Bolívar era un extranjero que servía en el ejército granadino y a las órdenes de un general que no le había recibido de buen grado. Comienza ya por adoptar algunas iniciativas oportunas. Encargado de la defensa de la ciudad de Barranquilla, sobre la orilla izquierda del Magdalena, atraviesa el río con una pequeña tropa y se apodera de Tenerife, desde donde los españoles, que se habían hecho allí fuertes, interceptaban las comunicaciones. Continúa el curso del Magdalena, batiendo en todas partes a sus enemigos. Estos éxitos, unidos a su elocuencia, atraen a su causa numerosas poblaciones. Arroja a los españoles de los valles de Cucuta, y libra a Nueva Granada de los peligros que le amenazaban. En tres meses de campaña, en un país en que la naturaleza presenta toda serie de obstáculos para la marcha de las tropas, luchando contra la envidia de unos y mezquindad de otros, presenta quince batallas en forma (1), siembra el desaliento y el pánico entre los realistas y se apodera de Caracas, donde hace su entrada el 13 de octubre de 1813. Campaña ha sido esta marcada por atrocidades de una y otra parte. Se le reprocha a Bolívar el haber proclamado la guerra a muerte, con la matanza de los prisioneros de guerra ; pero téngase en cuenta que era justa réplica a lo que hacían sus enemigos, degollando, a los mismos prisioneros, sin perdonar a mujeres y niños. No olvidemos tampoco lo que tienen tanto interés en ocultarnos los historiadores oficiales, esto es : que la guerra de la independencia es una guerra civil entre americanos, partidarios unos de la independen-

(1) «Estas bandas, mal proveídas y sin disciplina alguna, saqueaban el país para vivir, mataban a los españoles, evitando batallas y haciendo una guerra de guerrillas.»
SEIGNOBOS: Obra citada, pág. 596.

cia, fieles otros a España, y que suele ser mayor la crueldad cuando las luchas son fratricidas.

Bolívar recibe como premio de sus compatriotas el título de Libertador, y el Congreso federal le otorga la dictadura ; con lo cual puede dedicarse a reorganizar la administración y a poner remedio a los males que había causado el mal gobierno de sus antecesores.

Los españoles vuelven a la lucha. Boves, uno de los monstruos más grandes de que nos habla la historia, levanta bandas de mestizos con los cuales siembra el pánico en el país, entrando por todos sitios a sangre y fuego. Bolívar mismo es batido en Puerta, si bien consigue derrotar al general Ceballos en Carabobo. También Valencia es tomada y perdida repetidas veces. Las tropas republicanas se van agotando, ya con las victorias, ya con las derrotas, mientras los españoles ven aumentar las suyas con nuevos contingentes de bandas : los realistas encuentran en todas partes avituallamientos, recursos de todo género, soldados que no se conceden a los independientes, por la sencilla razón de que la mayoría de los pueblos sigue fiel a España. El 27 de julio de 1814 el general Urdaneta escribe al Congreso granadino : «El pueblo se opone a su propio bien ; el soldado republicano es mirado con horror ; no hay un hombre que no sea nuestro enemigo. Nuestras tropas pasan por sitios donde reina la abundancia y no tienen qué comer. Las aldeas aparecen desiertas cuando llegan los nuestros ; y, ¡ desgraciado del que se aleja de las filas para buscar alimento ! La muerte es segura».

Comienza la deserción en las filas republicanas. Bolívar, acorralado por fuerzas diez veces mayores, se retira a Cartagena y dirige al Congreso una Memoria ex-

plicando la causa de los desastres que acaba de experimentar:

«El levantamiento de las provincias de Caracas, dice, daba al enemigo una fuerza no contrapesada con los medios que yo recibía de las ciudades vecinas y de la capital. La devastación completa, absoluta, del territorio me privaba de los medios necesarios para el sostenimiento del ejército. Este, que hacía una guerra patriótica y respetaba los bienes ajenos, tenía falta de todo; mientras que el enemigo nadaba en la abundancia, gracias a una licencia desenfrenada, al robo y al pillaje. Esto explica el desaliento en una población que luchaba por la libertad, mientras el enemigo se hacía cada vez más temible por el efecto que iba ganando en sus soldados».

En suma: de la correspondencia de Bolívar, como de la correspondencia de Urdaneta, resulta que Venezuela y Nueva Granada permanecían cada día más fieles a la metrópoli y a la monarquía.

El Congreso encarga a Bolívar atacar la provincia de Cundinamarca que, si bien formaba parte de la Unión granadina, se obstina en obedecer al gobierno. Y es que esa joven democracia había caído ya en los extremos de la demagogia y de la anarquía. La guerra por la independencia se complica con la lucha a mano armada entre los diversos partidos republicanos y entre las ciudades. Bogotá, capital de la provincia, se entrega a Bolívar, que fija allí el Congreso y demás administraciones, pronunciando un discurso en que muestra el peligro de muerte que amenaza a la patria de seguir manteniendo sus disensiones políticas. Los demagogos se aquietan y siguen estos consejos por algunos meses.

Al terminar el 1814, los independientes quedan li-

bres de su más terrible adversario : Boves, que se había encaminado a Caracas para dirigir las operaciones en Oriente, encuentra en Urica un ejército republicano inferior en número al suyo, y lo reduce a la nada, escapando muy pocos soldados con vida ; pero también el vencedor cae, herido de muerte, sobre los campos de batalla. Durante más de un año había atravesado toda Venezuela con el empuje de un ciclón que nada deja en pie. Debía su preponderancia a una tropa de *llaneros,* indios y mestizos (habitantes de los *llanos* o pampas, extensiones inmensas de llanuras uniformes quemadas por el sol) que eran reputados por los mejores jinetes y más diestros lanceros de toda América. Boves era casi adorado por estos verdaderos centauros medio salvajes. Después de su muerte, continúan la guerra ; pero esta vez se dirigen contra los españoles que no les han recompensado como quisieran. Luego han caído en manos de otro jefe, verdadera semidivinidad huraña ; Páez, oficial de la República. No hace falta más para que los llaneros, terror antes de los independientes, lleguen a ser ahora sus mejores soldados.

Bolívar quiere invadir otra vez Venezuela, con autorización del gobierno de Nueva Granada ; y no teniendo en Bogotá material de guerra suficiente, lo pide a Cartagena. El general Castillo, envidioso de Bolívar y sostenido por los políticos de oposición rehusa enviárselos, como gobernador que era de esta plaza ; haciendo imprimir y repartiendo libelos odiosos contra el Libertador, concluyendo por declararse en rebelión manifiesta contra el gobierno central. Bolívar emplea todos los medios de persuasión para disuadirlo, atraerlo al camino del deber, y aun reconciliarse con él ; pero fracasan todas sus tentativas generosas.

Entonces, no pudiendo servir de otro modo a la

patria, Bolívar, para evitar una guerra civil y que sus tropas fieles pudieran ser útiles a la República, renuncia a su cargo, y se expatría, refugiándose en la Jamaica; después en Haití (1).

Poco más tarde, el general Pablo Morillo desembarca en Porto Santo (Cumaná), sobre la costa oriental, con un ejército español de 10,500 hombres: el mayor esfuerzo de la metrópoli para reconquistar la América con tropas europeas. Morillo acabó por someter Venezuela, invade Nueva Granada, pone sitio a Cartagena que, al fin, se rinde, después de una resistencia a toda prueba (2), habiendo contribuído a ello la política de

---

(1) «Bolívar, abandonado de sus soldados, huyó.»
SEIGNOBOS: Obra citada, pág. 596.

(2) «En Caracas, el español Murillo (sic) desembarcó con 16,000 hombres.»

PAUL FEYEL: Historia política del siglo XIX, t. I, pág. 137. Tres errores en una línea: el record. Todo cuanto escribe Feyel acerca de América es una serie no interrumpida de errores, algunos del todo burdos. Su obra, publicada por un editor católico, causa estragos enormes en las librerías católicas, haciendo propaganda anticatólica, sin que lo puedan sospechar ni el autor ni el editor.

En cuestión de errores, he aquí un precioso bouquet:

«Los españoles tomaron en seguida la defensiva: dos ejércitos desembarcaron, uno, en Chile, por el Sur; otro, en Cartagena, por el Norte. El ejército del Sur conquistó Chile (1814)... El ejército español tuvo sitiada Cartagena durante seis meses; parte de sus defensores murieron, y la ciudad fué tomada (1815)».

SEIGNOBOS: Obra citada, pág. 596.

Siete errores:

1.° Seignobos sigue creyendo que la guerra comienza a fines del 1814, y ya sabemos que los españoles no tuvieron que aguardar a la Restauración para tomar la ofensiva.

2.° España no mandó ningún cuerpo expedicionario a Chile.

3.° El ejército del norte no desembarcó en Cartagena, sobre la costa occidental (Nueva Granada), sino en Puerto Santo de Cumana sobre la oriental.

4.° El desembarco no tuvo lugar en 1814, sino en abril de 1815.

5.° Estaba destinado, desde luego, a combatir a los insurrectos de Venezuela, y no a comenzar una campaña por Nueva Granada.

6.° Seignobos nos acaba de decir que el ejército español había desembarcado en Cartagena, lo cual es falso; más por poco que el

los demagogos y de los militares indisciplinados de la República.

* * *

El espíritu indomable de Bolívar, durante el destierro, se halla preocupado de una sola idea ; tomar la revancha y salvar a su país. En las Antillas se encuentra con oficiales y soldados emigrados como él, a quienes decide a emprender una campaña, interesando en esta empresa a un rico armador y traficante holandés, Luis Brión, quien pone a sus órdenes dinero y algunos navíos. Brión vino a ser en distintas ocasiones quien suministró fondos para el ejército de la independencia ; más tarde se le nombró almirante. Historiadores venezolanos y colombianos hacen constar una admiración y un reconocimiento harto patéticos, aunque inmerecidos. Consta, en efecto, según legajos todavía inéditos de los Archivos de Indias, que este judío era un hombre de negocios, que hizo entonces muy buena fortuna. Creyendo en el triunfo de los republicanos, se convirtió en su usurero, molestando a Bolívar y demás generales con sus exigencias, que hubieron de soportar, porque tenían necesidad de él.

El reducido ejército de patriotas se hace a la vela, apoderándose, en ruta, de dos bastimentos españoles, toca en la isla Margarita que seguía resistiendo a los españoles, donde Bolívar recluta algunos voluntarios, desembarca en el continente y se apodera de Carupano,

---

lector reflexione, se puede preguntar cómo es posible que un ejército vaya a sitiar una ciudad donde acaba de desembarcar.

7.º El sitio no duró seis meses, sino tres meses y seis días (desde el 1.º de septiembre al 5 de diciembre de 1815).

He dicho muchas veces en periódicos y revistas que Seignobos ha dejado deslizar cincuenta y cinco errores en seis páginas. No he tardado en presentar las pruebas: las estoy dando.

en la región oriental de Venezuela. Desde aquí se encamina a la parte occidental para dirigir sus operaciones contra Caracas ; pero los realistas reportan nuevos triunfos, que concluyen por minar el prestigio de Bolívar, lo mismo que su autoridad, que aun no se había consolidado. Queda rota así la unidad de mando : cada jefe, Bermúdez, Piar, Mariño, quiere obrar a su capricho. Bolívar concluye por ser traicionado, amenazado de muerte por algunos de los mismos que le habían elegido generalísimo, quienes excitan contra él al pueblo (1). En fin, que tiene que darse otra vez a la mar y volver a Haití.

Poco es lo que puede permanecer aquí. Pronto vienen a rogarle que vuelva, pues en presencia de peligros cada día más graves, los demagogos e incapaces comienzan a darse cuenta que sin él todo va a hundirse en el abismo. Vuelve, pues, a Margarita y empuña otra vez el mando supremo. Ya, en su ausencia, los españoles habían sufrido una derrota y evacuado Barcelona. Así que se dirige a esta ciudad, organiza un gobierno provisional y trabaja por restablecer la concordia entre los generales.

En 1817, la suerte vuelve a tornarse del lado de los españoles ; de nuevo Bolívar ve disminuir el número

(1) Aníbal Galindo que, en varias páginas de su obra, da pruebas de una animosidad inexplicable contra Bolívar y contra todo orden y autoridad, dice que «Mariño y Bermúdez no tenían motivos suficientes para considerarle como genio de la independencia, sino como un igual, como un simple general de servicio». Sin duda que el genio de Bolívar aún no se había impuesto a todos; pero ¿es un motivo ese para asesinarlo y, una vez más, poner en peligro la República? Por otra parte, Mariño y Bermúdez habían reconocido su autoridad. Añade Galindo, con razón esta vez:

«Fué este el momento crítico de los destinos de Bolívar; otro menos grande que él se hubiera estrellado contra la ingratitud y la adversidad; pero Bolívar sobrevivió a la prueba.»

Las batallas decisivas de la libertad, pág. 246.

de sus soldados, mal armados, mal comidos y mal vestidos. El general español concluye la reconquista de Nueva Granada, que le suministra soldados en abundancia, recibiendo, además, refuerzos de Cuba y Puerto Rico.

A pesar de tantas circunstancias, trágicas ya por desesperadas, Bolívar vuelve a alistar nuevo ejército de voluntarios, inquieta al enemigo seriamente y contiene sus avances. Uno de sus generales, Piar, gana una victoria en San Félix.

En abril, los españoles vuelven a apoderarse de Barcelona, donde ordenan una matanza de civiles: Mariño se rebela, crea en Margarita un fantasma de gobierno, basado en el sistema federal y se arroga el mando del ejército; Piar se rebela también, teniendo Bolívar que ordenar su arresto. Piar huye, pero se logra alcanzarle. Juzgado por un consejo de guerra es condenado a muerte, y ejecutado.

Bolívar, que tiene que luchar lo mismo con sus generales que contra sus enemigos, no por eso deja de salir victorioso, en medio de tantos obstáculos; pronto se hace dueño de la Guyana, de las riberas del Orinoco y sus afluentes y mantiene comunicaciones con las provincias interiores de Venezuela y parte de Nueva Granada.

Morillo conduce una expedición contra Margarita, la isla terca, heroica, poblada, como escribirá él mismo, de hombres «robustos, de talla atlética, y dotados de un valor sobrehumano». Fracasa, y se vuelve a Caracas, de que sigue siendo dueño.



Bolívar, sólidamente establecido en la Guyana, hace de Angostura, capital de provincia, la capital provi-

sional y asiento del gobierno republicano de Venezuela: crea un consejo de Estado, establece tribunales, pone orden en la administración, adopta medidas para el fomento de la agricultura y el comercio, crea rentas del Estado sin oprimir la población. Su solicitud, su poder organizador, civil y militar piensa en todo y todo lo atiende. Ordena la convocación de una Junta eclesiástica, «para lo cual, dice al inaugurar una de las sesiones del Consejo de Estado, tengo facultades, como jefe de un pueblo cristiano a quien nadie puede separar de la Iglesia de Roma. Esta reunión a la que me he decidido, después de haber tomado consejo de eclesiásticos sabios y piadosos, llenará de contento el alma afligida de los discípulos de Jesús y de nuestros religiosos conciudadanos».

Luego, con aquella maravillosa agilidad que le caracteriza, lleva la guerra a otro terreno. Mientras, bajo sus instrucciones, lugartenientes suyos luchan en direcciones opuestas, él opera en el país de los *llanos*, dueño ya de esos movimientos que tanto desconciertan al enemigo por la rapidez y el atrevimiento, que le hacen pasar corriendo de los confines relativamente templados de la mar, a la cima de las montañas cargadas de nieve; y de éstas, otra vez, a las pampas tropicales.

A fin de septiembre, llega a Canafistolo, donde se junta con Páez que acaba de obtener brillantes éxitos en las riberas del Apura; éxitos que quedan interrumpidos durante algún tiempo, a causa de las privaciones y grandes fatigas que sufren las tropas y que, unidas a la indisciplina de los jefes, contribuyen a que aumenten los desertores. Con los valientes que le quedan, Bolívar emprende una vigorosa ofensiva, penetra en los valles de Aragua, siendo batido en Semen. Vuelve a reorganizar el ejército, se une a Páez y recorre el país,

persiguiendo al enemigo. Mientras tanto, Bermúdez lucha en las provincias orientales. La defección de Mariño, que rehusa obrar de común acuerdo con él, es causa de una derrota que pone a Bermúdez en la precisión de abandonar sus posiciones del puerto de Madera. Mariño, que trabaja por cuenta propia y como jefe independiente, es igualmente acorralado y termina por someterse a la autoridad de Bolívar.

Este concibe el proyecto de invadir Nueva Granada antes de librar completamente a Venezuela; había comprendido seis años antes, que la suerte de una dependía de la suerte de la otra, y nada había hecho cambiar las cosas. Además, en la mente del héroe de las vastas concepciones, lógicas y armoniosas, los dos países estaban destinados a formar una sola República que llevaría el nombre de Colombia; y la unión debía estar preparada y cimentada en las armas. Así, que envía al general Santander con rumbo a Casanare (Nueva Granada) para reunir allí todos los guerrilleros que se hallaban esparcidos por la región; y mientras se organiza el nuevo ejército, él trabaja, en Angostura, en ordenar la administración civil, presenta un proyecto de Constitución al Congreso y le propone la unión de Venezuela con Nueva Granada (1).

(1) Detengámonos aquí un poco y veamos cómo nuestros profesores siguen escribiendo la historia:

«Batido inmediatamente por el general Morillo, a quien Fernando VII acababa de enviar con 12.000 hombres (1815), se vió forzado a buscar un refugio en Santo Domingo. Vuelve Bolívar dos años más tarde (1817): dispersa el ejército real y convoca en Angostura (17 de diciembre) un congreso de provincias venezolanas, donde se declara jefe del gobierno nacional. Su ejército se componía de 14,000 hombres de todos los colores, mal armados; algunos aventureros ingleses, como Mac-Gregor, y algunos corsarios que se habían unido a su suerte. Morillo apenas contaba con 6,000 hombres de tropas reales para ocupar las plazas fuertes y los puertos; es verdad que contaba con la simpatía de la población rica y acomodada.»

A. MOIREAU: en la Historia general de Lavisse y Rambaud, t. IX.

Como es costumbre tratándose de Lavisse, hay aquí, por lo menos, un error por cada frase.

1.º No fué una victoria de Morillo la que obligó a Bolívar a refugiarse en Santo Domingo.

2.º Morillo desembarcó con 10,500 hombrs, y no con 12,000.

3.º Bolívar no estuvo dos años en Santo Domingo, y no es en 1817 cuando volvió a su patria, puesto que, en abril de 1816, guerreó contra los españoles en Venezuela. Fué en este mismo año cuando estuvo por dos veces en Santo Domingo.

4.º El Congreso de Angostura no tuvo lugar en 1817, sino en 1819. Esta segunda fecha es la que nos da Debidour en el tomo X de la misma historia levisina. Moierau y Debidour se contradicen, por otra parte, en otros muchos lugares de la misma obra: ¡que se desenreden los estudiantes de tantas incoherencias!

5.º Bolívar no «se hizo» declarar jefe supremo en 1819; ya lo era, y siguió.

6.º Las cifras de las unidades respectivas de Bolívar y Morillo variaron a menudo, pero las del primero fueron casi siempre inferiores en número. Es absurdo fijar los números 14,000 y 6,000: Morillo desembarcó con 10,500 hombres en una región donde había ya 5,000 realistas; aumentó el ejército, en el mismo lugar, con nuevos reclutamientos. Por otra parte, no le falta en los demás sitios tropas indígenas y criollos fieles a España, más otros soldados españoles que Morillo utiliza.

7.º Se pueden llamar «aventureros» a los ingleses e irlandeses que ayudaron en la emancipación sudamericana; pero a condición que se dé el mismo calificativo a los oficiales franceses, comprendiendo entre ellos a Lafayette, que combatieron por la causa de los Estados Unidos. Entre los aventureros que fueron en socorro de Bolívar hay un O'Connor, descendiente de los reyes de Irlanda, O'Connell, enviado por su padre ,el gran tribuno irlandés; Belford Wilson, enviado por su padre Roberto Wilson, miembro del Parlamento británico; Perú de Lacroix, antiguo oficial francés, de una rectitud acabada, excelente escritor militar, autor del Diario de Bucaramanga; Daniel O'Leary, oficial, autor de las Memorias, a las que no hay más remedio que referirse a menudo para estudiar la vida y las campañas de Bolívar, etc.

8.º La historia del señor Lavisse añade que Morillo contaba con las simpatías de la gente rica y acomodada. ¡Exactamente lo contrario!: en general, los nobles y los ricos eran republicanos. La masa del pueblo era la que permanecía realista, y con esta masa del pueblo es con la que contaba Morillo.

¡Vamos a otro! Seignobos nos dice que Bolívar volvió de las Antillas y «se estableció en las llanuras pantanosas del Orinoco donde los españoles no contaban con ejército» (pág. 597). Que esté tranquilo; no tiene por qué batirse: ya nos ha dicho Seignobos que los independientes degollaban a los españoles y esquivaban la batalla. Lo cual no le impide decirnos en el párrafo siguiente que hubo allí dos años de lucha, incurriendo, por añadidura, en nuevos errores.

# VIII

## GENERALES ENVIDIOSOS Y SOLDADOS DESERTORES

El breve resumen que dejamos trazado de los seis primeros años de campaña no puede darnos idea de lo que fueron esas marchas efectuadas por Bolívar, el genio militar más rápido que se ha conocido, ni de las batallas libradas por él ; pero se han visto los obstáculos con que hubo de luchar, de tal naturaleza que otro que no hubiera sido él, hubiera fracasado : obstáculos no conocidos o, al menos, nunca igualados por los hombres de guerra que le habían precedido. Napoleón pudo realizar sus proyectos, gracias a un numeroso y aguerrido ejército de profesión, a una nación rica, poblada, gloriosa, cuya unidad era un hecho, a un gobierno de que era dueño ; contando, además, con otras administraciones, y con jefes dignos de servir a sus órdenes, y sumisos. Napoleón cuenta con todo. Bolívar no tiene nada, y crea todo lo que le hace falta : en medio de las calamidades que trae consigo la guerra y la anarquía, en medio de un país habitado por distintas

razas, con frecuencia hostiles las unas de las otras, unas guerreras, aunque indisciplinadas ; otras, indolentas y sin preocupaciones por los intereses del Estado, si bien turbulentas cuando son embriagadas por demagogos ; él crea y organiza un ejército, una nación. Crea un gobierno.

Este gobierno es él mismo. Concentra en sus manos poderosas, el mando del ejército y la administración civil, porque (no hay que formarse ilusiones) mientras es dictador, la mayor parte de sus creaciones políticas, destinadas a funcionar normalmente más tarde, no son más que engañifas, cuyo fin es producir buena impresión en el pueblo y en el extranjero. Por ejemplo : reúne dos o tres personajes insignificantes y algunos empleados más a quienes da el pomposo título de Consejo de Estado. En realidad, el Consejo de Estado es él.

* * *

Ya hemos visto en el primer período lo que fueron aquellos generales envidiosos y los soldados. Nos parece útil volver sobre el mismo tema y citar otros ejemplos.

Luego que se proclamó la República y el principio de igualdad, el señor jefecillo no admitía otro más feliz ni más hábil en los campos de batalla. Esto explica que Castillo, en Cartagena, se convierta en rival de Bolívar, que por sus méritos había llegado a tener el mando de dos divisiones. En Estados ya organizados, y provistos de un gobierno estable y respetado, y con ejércitos en regla, no faltan envidias y rivalidades de este género : son harto inherentes a la naturaleza humana para que desaparezcan ; pero no constituyen un estado general ni se manifiestan en tanta constancia

que lleguen a poner en peligro la patria. En la América no emancipada, estas envidias y rivalidades y la indisciplina son continuas.

Castillo no obedece las órdenes que se le transmiten e invoca «pretextos frívolos, indignos de un soldado», dice O'Leary (1), que comprende el sentimiento del honor y de la disciplina. Bolívar, pasando por encima toda cuestión de amor propio y teniendo sólo presente el amor de la patria comprometida por estas querellas, hace proposiciones a Castillo, trata de halagarle para reconciliarse con él. No consigue nada. El general en jefe, de acuerdo con el gobierno, prepara una expedición a Venezuela ; Castillo reúne un consejo de guerra «ilegal, cruel y sedicioso» (2) en que se dirigen observaciones y reproches al gobierno.

Otro oficial, Santander, imita a Castillo y rehusa partir para emprender una operación : «¡ Partid, pues, le grita Bolívar, partid ! ¡ Si no, no queda más alternativa : o me fusiláis u os fusilo !» Este apóstrofe pone bien a las claras lo débil que era la autoridad de Bolívar, puesto que no podía citar a un oficial para que compareciese en un consejo de guerra.

A Santander le parece que puede, en estos momentos, desdeñar las órdenes de Bolívar ; quiere ser el único salvador de la República ; de lo contrario, poco le importa que se pierda. Con el tiempo llegará a ser general, después vicepresidente de la República colombiana, y entonces se convirtirá en un adulador, trabajará solapadamente contra Bolívar ; eso sí, haciendo siempre protestas de amistad ; más tarde le veremos tomar parte en una conjura en la que se maquinaba la

(1) Obra citada, pág. 186.
(2) Carta de Bolívar al presidente de la Unión, 26 de abril de 1813.

muerte del Libertador. Este general político, que jamás ha ganado o, mejor, que jamás ha dado una batalla, será uno de los principales responsables de la anarquía colombiana. Destruída la gran Colombia, se hará nombrar presidente de la pequeña : es una de las glorias de la democracia americana y del liberalismo : se le ha llamado el ¡ Hombre de las Leyes !

Bolívar, en cambio, no ve más que la patria, ni piensa más que en la patria, ni vive si no es para la patria. Sólo por este amor será capaz él, el gran orgulloso, de humillarse ante el rebelde Castillo que le odia. El 26 de marzo de 1815 escribe al gobierno estas quejas desgarradoras :

«Oprimido por el más profundo dolor, tomo la pluma para comunicar a V. E. que los males de la República han llegado a su colmo y que el imperio de las pasiones lo domina todo, pisoteando los deberes más sagrados, los más caros intereses, los lazos más tiernos. Todo se halla sometido a la ambición del general Castillo, a la inepcia de Amador y a la debilidad de M. Marimón. V. E. conoce ya, por mis noticias anteriores, qué deferencia marcada he manifestado por el gobierno de Cartagena y sus directores. No hay ofrecimiento amistoso que yo no haya hecho a mis enemigos más encarnizados, no hay ultraje con que no hayan amargado mi desinterés... Se han burlado de mí en todas formas, y yo he hecho ademán de que no lo comprendía.

»Se me ha temido, y yo he hecho todo lo posible por inspirar confianza. En fin, se me ha proscrito. Mis adversarios han llegado a decir que solamente yo les era odioso ; entones me he dirigido a ellos para decirles que abandonaba el mando y que me expatriaría por salvar a mis compañeros de armas de la ruina de que estaban amenazados por estas disensiones, puesto que se

les rehusaba los socorros que necesitaban para continuar la guerra. La respuesta ha sido que se me aceptaba la dimisión, pero que persistían en rehusar socorros, sin que mi partida influyera en Cartagena para que obedeciese al gobierno.»

Bolívar acaba de pronunciar el término propio : comienzan a temerle. Los generales políticos han reconocido en él el jefe de mañana ; los demagogos lo presienten también y quieren desembarazarse, porque temen que ponga fin a las luchas intestinas, de que ellos sacan tanto partido, y termine con el derroche de las rentas públicas acabando con los que entran a saco en la nación.

* * *

Mientras Bolívar pena en el destierro, la patria sigue agonizando una vez más. Vuelve para salvarla, pero nada habían aprovechado las lecciones de la víspera ; al contrario : el mal había tomado mayores proporciones. Fácilmente se imagina uno lo que pueden dar de sí soldados de tales oficiales : son milicias prestas siempre a la indisciplina y a la deserción. Casos se presentan a Bolívar en que se ve precisado a consultar y ejecutar lo que dicen sus soldados, si no quiere quedar sin tropa.

Páez le propone un día ir con sus soldados de Apura a reforzar las tropas que estaban sitiando a San Fernando. Claro que su presencia allí era menos necesaria que en esta plaza ; pero una exigencia de Páez, presentada en una forma que no constituía un acto formal de rebelión, no puede rechazarse. «Bolívar tuvo que consentir en ello, porque las tropas de Apura eran más bien un contingente de un Estado federado que

una división de su ejército. Lo que deseaban realmente era volver a sus hogares ; toda oposición en estas circunstancias no hubiera remediado los males que traía su ausencia, y hubiera producido otros con su deserción.» Así, que Bolívar aparenta estar conforme con Páez, lo aprueba todo, y se limita a darle instrucciones para una cooperación futura : «Bolívar cedió, según el general Briceño Méndez, porque su autoridad no tenía otra garantía, no conocía otro origen que la voluntad de cada uno de los jefes de su ejército. Su mando se le podía comparar perfectamente al que disfrutaban los reyes de Europa en tiempos del más puro feudalismo, cuando los señores podían impunemente resistir a los soberanos ; en mantener esta unión sin comprometer su autoridad es donde más patente se ha hecho su genio político» (1).

Hay, sin embargo, diferencias capitales, de que no se da cuenta el leal Briceño Méndez y los demás que hacen la comparación de los señores feudales. La sociedad, en la Europa occidental de la Edad Media, tenía su jerarquía y su disciplina ; generalmente se respeta y obedece a la autoridad temporal y espiritual. Esta sociedad, a quien Augusto Comte llama obra maestra social de la sabiduría humana, está basada en el sentimiento de la veneración al orden establecido, sin lo cual la libertad es un término vacío y peligroso ; se apoyaba en la solidaridad, y reconocía, además un sistema de responsabilidades mutuas a las que nadie podía substraerse (2). Se le enseña al individuo sus deberes para

(1) O'LEARY: Obra citada, t. II, páginas 544-545.

(2) Es curioso, por ejemplo, el estudio del libro Consulado del mar, conjunto de leyes y costumbres del Mediterráneo en la edad media. Se encuentran en él libertades y privilegios qu nuestros obreros creen no haber conquistado hasta nuestros días; y otros que hoy no existen. Pero se hallan también responsabilidades que

con la familia, su patrón, su señor o sus servidores; para con su patria, su ciudad y su Dios. Organizaciones poderosas, como las corporaciones y la caballería, le mantienen en el camino de sus deberes. No se le empuja a que reclame sus derechos, ni la soberanía de su conciencia o de su voluntad. Por otra parte, el cumplimiento de sus deberes trae como consecuencia el respeto de los derechos de otro.

Esta sociedad se hallaba basada sobre la desigualdad que engendra la justicia y la armonía. Los hombres más elevados, los más poderosos, los más ricos se distinguen más por la importancia de sus deberes que por la de sus derechos. La nobleza constituye una verdadera servidumbre, y los nobles pasan a ser verdaderos servidores del Estado: «La nobleza no es una prerrogativa, ni un privilegio; es un servicio y una obligación para con el poder. El término *servicio,* aplicado a las más altas funciones, del todo desconocido por los pueblos de la antigüedad, nos ha venido del Evangelio que dice: «El que quiera ser mayor entre vosotros, sea »vuestro servidor» (S. Mateo, XX, 6); y pregunta en otro sitio: «¿Quién es mayor entre vosotros: el que »sirve, o el que es servido?» (S. Lucas, XXII, 27). Y el pueblo, ¿no era en verdad servido por aquellos que, exclusivamente y por herencia, venían consagrados a su defensa, en virtud de las leyes o de las armas?» (1).

Los señores feudales se levantan contra el rey algunas veces; en Francia, por ejemplo, hasta que los

---

los burgueses anarquistas, que hoy explotan y engañan al obrero, rechazarían en nombre de éstos. Los principios que inspiraron la mayor parte de las decisiones de este código son los de la solidaridad, responsabilidad personal y comunidad de intereses, que hacen de los marinos, oficiales, armadores y comerciantes, una sociedad con participación en las pérdidas y ganancias.

(1) BONALD.

Capetos terminan la obra de la unidad nacional ; pero en plena revuelta, el gran vasallo sigue cumpliendo sus deberes con los pequeños vasallos y con el pueblo ; podrá hallarse interrumpido uno de los servicios de la nobleza, y aun abandonado ; mas otros quedarán subsistentes, y si hay servicios que jamás se abandonan son éstos para con los más débiles. Los anillos que forman la larga cadena de derechos y deberes jamás se separan por completo los unos de los otros : podrá desaparecer un anillo ; en ese caso, tendremos dos cadenas ; pero un buen herrero, los Capetos, le volverán a soldar, y la anarquía quedará frustrada. En una palabra, cuando los barones se alistan bajo la bandera real, permanecen siempre fieles a su juramento. La víspera de la batalla de Bovines, ningún señor abandonó su camino para volverse a los propios lares, ni pretendió hacerse independiente, ni promulgar un nuevo código de leyes ; nadie trató de asesinar al rey.

Nada se encuentra parecido entre los oficiales americanos : su razón de ser no es otra que la de dirigir (a las órdenes de un jefe común) la lucha y obtener el triunfo de unos principios que son opuestos a los de los tiempos feudales. Tampoco pertenecen, salvo excepciones como Bolívar y Toro, a familias nobles, esto es, no son personajes que, en fuerza de la herencia, tengan más deberes que otros para con el pueblo y para con el jefe supremo. Mas cuando se les impone un deber conforme al rango que ocupan, rechazan esta idea y reclaman sus derechos : incluso el derecho a la indisciplina y a la insurrección. Todos quieren ser superiores, todos quieren ser amos, no para servir al pueblo, sino para satisfacer sus caprichos, sus vicios, y un amor por dominar que cada día enciende en ellos la nueva doctrina. Ninguno de los pretendidos derechos les viene

como patrimonio de sus antepasados ; carecen de feudos para el gobierno y la administración, donde pudieran haber sido educados desde su infancia. No son lo que llamamos grandes vasallos ; son ciudadanos de los peores. Sin embargo, el mando de que son investidos les confiere una nobleza, porque exige el abandono de sus intereses individuales en aras de la colectividad ; pero ellos no ven en eso más que un medio de conseguir sus fines particulares aunque la patria se arruine o se halle siempre expuesta a peligro,

¿ Y quiénes eran estos oficialillos que jugaban a barones feudales ? Por un Briceño Méndez, un Girardot, un Antonio José de Sucre, notables por sus virtudes y talentos militares, ¡ cuántos otros salidos de las clases más bajas de la sociedad, intrépidos, muy buenos para la guerra, pero desprovistos de capacidad, de instrucción y, lo que es peor, de educación social, que sólo pueden llegar a ser útiles sujetándose a un jefe ! Bolívar habla así de la mayor parte de éstos : «En los primeros años de la independencia lo que se buscaba eran hombres, cuya primera cualidad había de ser la valentía : todos eran buenos, cualquiera que fuese su clase, con tal que se batiesen con ardor. A nadie se le podía recompensar con dinero, porque se carecía de él ; había que acudir a los honores militares como único medio de fomentar el entusiasmo y premiar las hazañas. Eso explica que hoy veamos personas de todas las categorías entre nuestros generales y oficiales : la mayor parte no tienen otro mérito que el valor fiero que tan provechoso ha sido para la República, haber matado muchos españoles y haberse hecho temibles en el campo de batalla. Negros, mestizos, mulatos, blancos, hombres de todas las clases que hoy, en medio de la paz,

no son más que obstáculos para la marcha y el buen orden. Pero fué un mal necesario» (1).

Páez, heroico y singular en los campos de batalla, viene a ser el prototipo de estos generales, si bien tenía alguna mayor disposición que le permitía adquirir cualidades de que carecía al principio. «Es la primera lanza del mundo», escribió un inglés en 1828, que nos ha dejado precisos informes acerca de los *llaneros* y de su jefe. «Natural de las llanuras de Cayac y descendiente de la horda de llaneros, siempre vencedores a costa de medios los más bárbaros y salvajes... Mientras serví con él, Páez no sabía leer ni escribir y, hasta que los ingleses llegaron a los *llanos*, desconocía el empleo del tenedor y del cuchillo : tal había sido de ruda y desprovista de educación su vida pretérita ; pero tan pronto como comienza a tratar con los oficiales de la legión inglesa, imita su manera de ser, sus costumbres y sus vestidos, y se conduce en todo, cuanto le permiten sus primeros hábitos de educación» (2).

La indisciplina toma tales proporciones que es preciso hacer un escarmiento y apuntar alto, si no se quiere licenciar el ejército que ya comienza a desorganizarse. Piar, uno de los generales más hábiles, más valientes y más populares entre los soldados, se halla en rebelión manifiesta. Bolívar no titubea un instante ; le manda detener y le sujeta a un consejo de guerra, que le condena a muerte. Hasta el último día, hasta el último instante en que era conducido entre el pelotón que debía ejecutar la sentencia, Piar estaba persuadido que Bolívar no se atrevería a fusilarle. Nadie lo creía. Los oficiales estaban bien convencidos que el ejército, al me-

(1) PERU DE LACROIX: Obra citada.

(2) Páez reproduce en su Autobiografía las páginas que le consagra este oficial, y las declara «hermosas y verídicas».

nos una gran parte, se levantaría en armas ; el mismo Bolívar no las tenía todas consigo ; pero el caso no admitía dilación. Al fin, se decide, y nadie se atreve a pestañear (1). Concluída la ejecución, dirige una proclama en estos términos :

(1) Nadie se extrañará al saber que el demócrata humanitarista Aníbal Galindo censura a Bolívar, en términos muy vivos, por haber mandado ejecutar la sentencia. A sus ojos, Bolívar tiene grandes cualidades, «pero le falta la más simpática, en una palabra, esta inefable simpatía, esta divina conmiseración hacia la vida y sufrimientos de nuestros hermanos» (páf. 255). Toma la defensa de las víctimas sacrificadas en aras de la razón de Estado y saluda a Piar «como a un mártir de la patria» (pág. 253). Con este modo de razonar es como se envenena a los jóvenes y se van preparando malos ciudadanos y generales facciosos. Si Piar es mártir, Bolívar ¿será, por consiguiente, el verdugo de la patria? ¡Cuán cierto es que los sofismas humanitarios hacen perder la razón a los hombres!

El mismo Galindo, romántico sin freno, sentimental, humanitario, víctima de mentiras históricas y de abstracciones, falta en seguida a sus ideas: en otro pasaje de su libro, se levanta «contra el romantismo político, la escuela eminentemente sentimental y empírica, llena de teorías humanitarias, de abstracciones y demás vaguedades que la educación francesa ha dado a nuestra juventud americana» (pág. 133). No sabe lo que dice: se condena a sí mismo.

Si los historiadores y educadores franceses que estaban a la moda en su tiempo, en toda América, le desagradaban (y desde luego que no le desagradaban, puesto que él es un discípulo aprovechado) fácil le hubiera sido escoger otros y proponerlos a sus compatriotas. Francia produjo grandes románticos, pero también clásicos acabados; es el país de una gran Revolución cuyos principios le venían de fuera; pero también aquél en que el liberalismo, la revolución, la democracia, han sido combatidos con más vigor de razonamiento que en país alguno.

Galindo se lamenta de los románticos y de los humanitarios; pero se entrega en manos de los peores, los copia, y cae por debajo de ellos mismos. Para que se vea hasta qué punto puede llegar un historiador a quien ciega la pasión y los malos ejemplos que ha recibido de sus educadores, he aquí lo que nos dice de la Francia anterior al 89: «¿Sabéis qué era Francia antes de la Revolución? Un depósito de inmundicias y una prisión» (pág. 134). Sin duda, Galindo, ha ido a beber en la obra del romántico Michelet... Después de una cita de su autor, vuelve al primer símil y concluye: «Así vivía el pueblo francés, recostado como Job sobre el inmenso muladar de Francia» (pág. 135).

Tenemos lástima de los americanos que aprenden la historia de Francia en Galindo, como nos compadecemos igualmente de los franceses que aprenden la historia de América en Lavisse y Seignobos: ya es tiempo de barrer todo eso.

«¡ Soldados ! Ayer ha sido un día de dolor para mí. El general Piar ha tenido que ser ejecutado por su crimen de lesa patria, conspiración y deserción. Un tribunal justo y legal ha pronunciado sentencia de muerte contra este desgraciado ciudadano que, embriagado por los favores de la fortuna y deseando saciar su ambición, pretendía sepultar su patria bajo las ruinas. Cierto que el general Piar ha prestado servicios importantes a la República, y si bien su conducta era siempre la de un faccioso, sus servicios fueron recompensados espléndidamente por el gobierno de Venezuela. Piar estaba preparando no sólo la guerra civil, sino lo que es peor, la anarquía y el sacrificio inhumano de sus compañeros.»

La ejecución de Piar representa más que una victoria sobre el enemigo ; no faltarán rebeliones en lo sucesivo, pero ya no serán ni tan graves ni tan frecuentes, sin que ellas puedan representar una grave disolución del ejército. Los oficiales tiemblan ante la implacable justicia del dictador ; ya no se levantarán abiertamente contra él, aunque continúen los envidiosos : Mariño y Bermúdez todavía han de traer funestas consecuencias en 1818.

Nos hallamos en 1819. Bolívar, que dispone ya de un ejército excelente, si bien harto reducido, y con oficiales fieles a sus órdenes, no podrá contar sino triunfos. Estamos en vísperas de realizar una de las hazañas más inauditas, el paso de los Andes. A las faldas de esta gigantesca barrera, asoma otra vez la anarquía : un escuadrón de jinetes de las pampas deserta, aterrorizado por el solo aspecto de esta naturaleza salvaje. Se hacen tentativas cerca de algunos oficiales de los más influyentes para provocar una rebelión contra Bolívar, porque pretenden los intrigantes que es incapaz

de conducir la empresa a buen fin, y que hace falta reemplazarle por otro más capaz, Páez, por ejemplo, cuyo nombre ya suena en los labios de muchos. ¡ Esfuerzos vanos ! El ejército tiene confianza en su jefe victorioso ; le sigue a las cimas y hasta la gloria.

# IX

## UNA REGENERACION SIN PRECEDENTES

Al comenzar el año 1819, Bolívar reunió en Angostura un Congreso de representantes de las provincias venezolanas libres; al inaugurar las sesiones, se despoja de la dictadura, invita a los diputados a dar una Constitución al país y les somete un proyecto. En un discurso preliminar expone sus ideas políticas, en que se ve al autor del manifiesto de Cartagena y del documento famoso que lleva el título de «Carta de Jamaica»; vamos a examinar este último antes de abordar el estudio de la Constitución de Angostura.

* * *

Esta carta, uno de sus escritos más notables, fué dirigida por Bolívar, desde Kingstone, 6 de septiembre de 1815, durante su destierro, a un personaje inglés, cuyo nombre no dice y «que se interesa mucho por la causa republicana de Sudamérica». Fué publi-

cada por un diario de esta colonia británica. El corresponsal de Bolívar puede que sea imaginario ; los verdaderos destinatarios son Inglaterra y todos los países europeos que no se caracterizaban por sus simpatías manifiestas hacia la causa hispanoamericana.

Bolívar comienza por expresar su fe en el éxito final del movimiento de emancipación y expone la imposibilidad de reanudar los lazos con la metrópoli, después de las faltas y atrocidades de ésta durante la guerra.

«El destino de América, dice, ha quedado establecido irrevocablemente ; el lazo que la unía a España está roto ; la unión constituía toda su fuerza ; por aquélla vivían en estrecha comunicación de bienes las partes de esta inmensa monarquía ; pero lo que antes las unía, las separa ahora. El odio que España nos ha inspirado es mayor que los mares que nos unen ; siendo más fácil juntar los dos continentes que reconciliar los espíritus de estos dos pueblos. El hábito de obedecer, la comunidad de intereses, de cultura, de religión, *una recíproca benevolencia, una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres,* en fin, todo lo que constituía nuestro porvenir nos venía de España. De ahí el principio de adhesión que parecía iba a ser eterno, bien que los procederes de nuestros dominadores no tendieran sino a restarles simpatías.»

Con qué ternura lastimada, el descendiente de los que fueron señores en Vasconia acaba de evocar la dominación de Castilla que, a pesar de sus defectos, era muy soportable, y ya en el siglo precedente había logrado introducir reformas en la administración y en el gobierno que eran presagio de otras mayores. Se adivina, a través de esta solicitud y tierna benevolencia toda una evocación de la vida que este rico propietario se había propuesto llevar, en medio de los suntuosos

valles de Aragua, con la joven española desposada en Madrid. Pero aquel ensueño se ha desvanecido : las inteligencias y los corazones se hallan muy heridos, porque nos hallamos en un presente sin retorno posible a lo pasado ; y ante un porvenir que pone espanto.

«Todo ha cambiado al presente : la muerte, la deshonra, todos los males posibles están en acecho, todo lo soportamos y todo lo tenemos que temer de esta madre desnaturalizada. Se ha rasgado el velo, hemos visto la luz y se pretende que volvamos a las tinieblas ; rotas están las cadenas, hemos quedado libres y nuestros enemigos quieren de nuevo que volvamos a la esclavitud.»

Los descendientes de aquellos conquistadores que dieron un mundo a la Corona de Castilla se han sentido afligidos por empleados y funcionarios venidos de la metrópoli para dictar la ley en las Indias occidentales. Pero hoy no se trata sólo de heridas en el amor propio, ni de intereses más o menos sacrificados ; se trata, dice Bolívar, de una guerra que España pudo evitar o, al menos, conducir de modo más humano ; de una guerra que ha sido tanto más feroz cuanto que ha sido guerra civil, fratricida.

Después de habernos pintado la situación de las provincias americanas en lucha con la metrópoli, desde el río La Plata hasta las llanuras de Méjico, el horror de una contienda que arruina y despuebla el continente y en la cual Europa debiera intervenir, siquiera no fuese más que para proteger su comercio y su industria, Bolívar hace las reflexiones siguientes :

«Nosotros somos como el género humano en pequeño, o un pequeño género humano : poseemos un mundo aparte, rodeado de mares inmensos, novicio en casi todas las artes y ciencias, aunque posea hasta cier-

to punto los usos del mundo civilizado. A mi modo de ver, el estado actual de América recuerda el hundimiento del Imperio romano cuando, después de su desmembración, cada país creó un sistema político conforme a sus intereses y a su situación, o bien quedó sometido a las ambiciones particulares de algunos jefes, familias o corporaciones. Estos miembros dispersos dieron lugar a las antiguas nacionalidades, con modificaciones que exigían los acontecimientos. Nosotros, por el contrario, apenas si conservamos algún vestigio de lo que fué en otro tiempo y, por cualquiera parte que se mire, no somos ni indios ni europeos, sino algo intermediario *entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles*. En resumen: siendo americanos por naturaleza, y europeos por derecho, *tenemos que disputar estos derechos a los indígenas* y mantenernos en el país. Así que nos hallamos en la más extraordinaria y más complicada de las situaciones.»

Con aquel buen sentido práctico que le caracteriza, cuando no se halla mediatizado por los metafísicos de la Revolución, Bolívar acaba de poner el dedo en la llaga. El, que hace un llamamiento a los pueblos, pertenece también a la raza de los opresores. En América, los criollos, aun aquellos que venían de familias como la suya que contaba dos siglos de existencia, no son más que verdaderos intrusos. Desde el punto de los dogmas, en cuyo nombre se hace la guerra, los verdaderos dueños del país son los indígenas, los indios, que son los que forman, por otra parte, la mayoría de la población, y los derechos de Bolívar son nulos.

La doctrina, los sacrosantos Derechos del Hombre exigían que todos los de raza blanca volviesen a Europa o, al menos, dejasen que los indios se organizaran a su modo. Ahora bien; esos indios son, por confesión

de sus emancipadores, comprendiendo en ellos a Bolívar, partidarios del antiguo régimen ; así que, según las bellas teorías de Rousseau que van a emponzoñar la América y la Europa entera durante más de cien años, los mismos indígenas pueden y deben expulsar a los hijos de europeos, o asesinarlos legalmente. Los derechos de Bolívar son, por consiguiente, nulos ; él mismo no tiene derecho a la vida. No se habla ya menos que de «disputar esos derechos a los indígenas», esto es : continuar la obra de los conquistadores, reemplazando la dominación de los españoles nacidos en Europa, por la de los españoles nacidos en América. Los últimos tienen, como los primeros, de que son herederos legítimos, los mismos derechos que, según Eurípides, tenían los griegos para mandar sobre los bárbaros.

Para que la situación de América se agrave más, hay que contar con otro elemento : los negros. La mezcla de las tres razas va a producir mestizos, mulatos, zambos, cuarterones, etc., casi tan extraños todos ellos a la civilización como los conquistadores. Y aquí está una de las diferencias más radicales entre los Estados Unidos del Norte, donde predominaba el elemento europeo, y la América española ; diferencia que nos explica, sin acudir al mito de la decadencia latina, porqué los primeros supieron organizarse y prosperar, mientras los segundos vinieron a caer en la anarquía. Al finalizar el siglo XVIII, se contaban en los Estados Unidos, 83 blancos por cada 100 habitantes ; 26, en Venezuela ; 16, en Méjico ; 12, en el Perú ; en muchas regiones de la América española, era inferior al 10 ; en la intendencia de Oaxaca, por ejemplo, sólo había 6 blancos por cada 100 habitantes.

No bastará, pues, para hacer frente a tantas dificultades, inspirarse en aberraciones sofísticas de pre-

tendidos pensadores del siglo XVII que «han compuesto hermosos libros para probarnos que el salvaje era el hombre natural, y que nada más podíamos ambicionar nosotros que asemejarnos a él» (1) ; no bastará que se proclame solemnemente que todos somos iguales. Los Derechos del Hombre, nos van a traer males sin fin. Bolívar sigue fiel a ese vocabulario, por hábito y por necesidad ; realmente, por el bien de la nación, no hará otra cosa que conculcarlos a diario. ¡ Peligrosa inconsecuencia ! Otros, lógicos hasta lo último, querrán la aplicación íntegra : salvajes de todos colores, incluyendo los blancos, se lanzan a las urnas y al poder ; no faltarán hombres menguados que, por conquistar ese poder y los goces que trae consigo, irán a excitar los instintos más bajos del populacho : se llamarán grandes demócratas, y no serán más que tiranos envilecidos.

En el estado en que se encontraba América cuando Bolívar, el desterrado, hacía su examen de conciencia, los principios democráticos no podían conducir sino al desorden, y esto, brusca, inmediatamente, como resultado de los vicios inherentes al sistema. El orden no hubiera sido posible si no es por la dominación absoluta y paternal de una minoría que perteneciera a otra raza superior ; pero a condición de que esta minoría no se hallara también imbuída en la más inhumana y más funesta de las doctrinas. Este orden lo habían conseguido los reyes de España. Bolívar les quiere imitar ; ya veremos cómo no lo consigue, a pesar de su genio y buena voluntad. La «Carta de Jamaica» nos ofrece un cuadro de la sociedad americana bajo la dominación española :

«La vida de los habitantes del hemisferio america-

(1) JOSE DE MAISTRE: Ensayo sobre el principio generador de las constituciones políticas, XXXIV.

no ha sido, durante siglos, puramente pasiva ; su vida política, nula. Nos hallamos un grado más abajo de la servidumbre y, por consiguiente, en la imposibilidad más grande de poder aprovecharnos de los beneficios de la libertad. Los Estados, o son esclavos por la naturaleza de su constitución, o por los abusos que de ella se originan. Un pueblo llega a ser esclavo cuando el gobierno, por su esencia misma o por sus vicios, pisotea o usurpa los derechos del ciudadano o súbdito. Aplicando a la América este principio, nos encontramos con que ésta no sólo está privada de su libertad, sino de la tiranía dominante y activa. Voy a explicarme : en los gobiernos absolutos, no hay limitaciones para el ejercicio de las facultades gubernamentales (1) : la voluntad del gran Sultán, khan, bey o demás déspotas es ley suprema que casi siempre es ejecutada caprichosamente por los pachás, khans, sátrapas, subalternos de Turquía o de Persia ; estos subalternos organizan una opresión de la que participan los súbdi-

(1) Siguiendo las ideas de su época, Bolívar se imagina que todo gobierno no republicano, o monárquico, al estilo de Inglaterra, con un Parlamento y división de poderes, es un gobierno despótico. Con la arbitrariedad, las leyes no existen y las libertades son siempre conculcadas, viniendo a caer en el despotismo y la tiranía. Absolutismo no es igual que negación de libertades, u opresión de los pueblos por la voluntad del soberano: ¡al contrario! En 1833, los vascos se sublevan a favor de don Carlos y se constituyen en defensores de la monarquía absoluta contra el liberalismo y parlamentarismo, porque ven, y con razón, que en el poder absoluto hay una garantía de respeto a sus libertades y al mantenimiento de sus repúblicas.

«El poder absoluto, dice Bonald, es un poder independiente de los hombres sobre quien se ejerce; poder arbitrario es un poder independiente de las leyes en virtud de las cuales se ejerce... el poder se ejerce en virtud de ciertas leyes que constituyen el modo de su existencia y determinan su naturaleza; y cuando falta a sus propias leyes, atenta a su existencia misma, se desnaturaliza y viene a caer en la arbitrariedad.»

Consideraciones sobre la Revolución, c. V.

tos en mayor o menor grado, según la autoridad de los primeros. Parte de éstos se encargan de la administración militar, política, financiera y religiosa; pero, al fin, los jefes de Ispahan son persas, los visires del Gran Señor son turcos, los sultanes de Tartaria son tártaros; la China no va a buscar sus jefes ni letrados en el país de Gengis-Khan que la conquistó, aunque los chinos contemporáneos sean descendientes de aquellos que fueron subyugados por los abuelos de los soberanos actuales.

»¡Qué diferencia la nuestra! Eramos vejados por procederes que llevaban como consecuencia privarnos de nuestros derechos y mantenernos en una especie de perpetua infancia para todos los asuntos públicos. Con sólo que nos hubieran enseñado a gobernar nuestras casas y municipios, hubiéramos aprendido algo acerca de administración... Por eso decía yo que estábamos privados hasta de la tiranía activa, porque nos estaba prohibido ejercer esas funciones.

»Dentro del sistema español, que rige hoy más que nunca, sólo se nos permite el oficio de siervos para el trabajo, o simples consumidores, pero con restricciones chocantes, como son, por ejemplo: prohibición de cultivar los frutos de Europa, monopolio de muchos productos que hay que reservar para el rey, interdicción de establecer fábricas, aun aquellas que no existen en la metrópoli, derechos excesivos sobre las mercancías y aun sobre objetos de primera necesidad; trabas de todo género para que no puedan entenderse entre sí las provincias americanas. En una palabra: ¿queréis saber a qué se nos destinaba? A los campos, para cultivar el índigo, los cereales, el café, la caña de azúcar, el cacao y el algodón; a las llanuras solitarias, para cuidar rebaños; a las entrañas de la tierra, para ex-

traer el oro de que España se mostraba codiciosa. Nuestra situación era tan negativa que no encuentro nada semejante en ningún país civilizado.

»...Estábamos, como hemos dicho, separados y ausentes, por decirlo así, de todo el universo en cuanto a gobierno y administración : no podíamos ser virreyes ni gobernadores, sino en casos muy contados ; obispos y arzobispos, muy pocas veces ; militares, en calidad de subalternos. No éramos tampoco ni magistrados, ni hacendistas, casi ni comerciantes. Y todo esto se hallaba en pugna con nuestras instituciones... Existen, en efecto, leyes terminantes, emanadas de España, en virtud de las cuales los empleos civiles, eclesiásticos y financieros debieran reservarse exclusivamente para los naturales del país.»



El cuadro está recargado de colores obscuros y plagado de inexactitudes. Poniendo por intermediario al periódico inglés, Bolívar se dirige a la opinión pública de Europa, busca atraerla a favor de las Repúblicas sudamericanas, y pinta la indignación de los liberales contra la tiranía española. En tiempo de guerra, todos los medios parecen buenos con tal que produzcan los efectos apetecidos de la paz. Verdad que esa es la opinión pública y hostil que corre contra España, divulgada por los «filósofos» franceses y publicistas ingleses : numerosas leyendas circulan por doquier, y tan bien han sabido reemplazar la verdad que han sido tomadas por verdades, sin la menor duda, sin el más ligero examen, y por todas las clases de la sociedad. ¿Por qué los americanos habían de tener escrúpulo de servirse de estas armas?

Todas las inexactitudes que escribe Bolívar, tomadas de libros franceses e ingleses, son advertidas, y las publica con pleno conocimiento de causa. El sabe perfectamente que no está prohibido cultivar en América los frutos de Europa, y aun, que existen verdaderos vergeles, cuyo cultivo trajeron sus antepasados y conquistadores. Lo mismo hay que decir del «entredicho para levantar fábricas». Este entredicho no existe. Además, no se puede por menos de reir, por poco que uno conozca la historia de América, cuando oye afirmar a Bolívar que él no podía ocupar otro puesto que el de siervo o simple consumidor y se le oye enumerar los distintos empleos a que él era destinado, lo mismo que los otros criollos, en los campos, en las llanuras solitarias, en los desiertos, en las entrañas de la tierra. Bolívar es un terrateniente que sabe mantener a su servicio algunos cientos de esclavos ; es un archimillonario, o mejor, lo ha sido ; porque ahora ha quedado arruinado por servir a la República. Y no es él una excepción : numerosos son los criollos, patricios y burgueses, tan ricos o más ricos que él. Aun entre los mismos indios, hay fortunas muy considerables.

Cuando escribía «nosotros apenas si podemos ser comerciantes», voluntariamente pasó en silencio el régimen de libertades comerciales que dió principio en 1765, gracias al cual toda la América española pudo elevarse a un grado de prosperidad inaudito. Verdad es que no son muchos los criollos que han llegado a ser virreyes, gobernadores, obispos y arzobispos ; pero, sin embargo, no eran excluídos de estas primacías. Más de la mitad de los personajes que se distinguieron durante los primeros años de la emancipación habían sido funcionarios del antiguo régimen, y aun altos funcionarios, tesoreros generales, regidores, gobernadores de

ciudad, alcaldes, asesores de capitanes generales, oficiales superiores del ejército español.

La ley no hacía distinción ninguna entre los españoles nacidos en España y los nacidos en América. De hecho, se habían introducido abusos, que se habían ido agravando de más en peor, siendo preferidos los españoles peninsulares a los americanos ; pero el principio de igualdad de derechos fué mantenido en la metrópoli sin restricción alguna ; de modo que un criollo que venía a establecerse en España podía aspirar a todos los empleos civiles, militares y religiosos, sin que nadie se lo impidiera por su calidad de americano. Así vemos numerosos oficiales de las guerras de independencia, San Martín e Itúrbide, por no citar más que dos de los ilustres, que, nacidos en América, habían llegado a desempeñar altos cargos en el ejército español (1).

Bolívar, por consiguiente, comete un error voluntario en este punto, lo mismo que en los precedentes. Los jefes del movimiento por la independencia, contra lo que nos ha dicho antes, «conocen el mecanismo de las administraciones», puesto que la mayoría estaba ocupando allí altos puestos ; tampoco ignoraban «el manejo de los asuntos domésticos y municipales». Precisamente acabamos de ver anteriormente que la revolu-

(1) Para nuestros historiadores, es ésta una de las pruebas más convincentes de la tiranía española. Seignobos no podía menos de fijarse en ella.

«Se calcula, dice, que desde la fundación de las colonias hubo 672 gobernadores españoles y sólo 18 criollos; 706 obispos, de los cuales fueron criollos 106.»

¿Es esto simpleza o mala fe o las dos cosas juntas?

El señor Seignobos, ¿por qué no ha tenido la curiosidad de hojear un anuario del ministerio de Colonias de una gran potencia europea al principio del siglo XX, y preguntar por el origen de los virreyes y gobernadores generales que ha habido allí? ¿Podría decirnos también, en tiempos de nuestra tercera República, cuántos argelinos han sido nombrados gobernadores generales de Argelia?

ción fué llevada a cabo por los municipios; pero ya volveremos sobre esta cuestión de los *cabildos*.

De una exposición errónea en su gran parte, Bolívar va a sacar aplicaciones justas; más por otros motivos. Sus conclusiones son las de un desengañado:

«De todo lo que acabo de recordar, fácil es deducir que *América no estaba preparada para separarse de la metrópoli.*»

Esta es una verdad reconocida por millares de historiadores y sociólogos hispanoamericanos de nuestra época: «Las colonias inglesas de Norteamérica, escribe uno de los más ilustres, estaban preparadas social y políticamente para la emancipación; las de la América española no lo estaban. Eso explica que así como la emancipación fué para las primeras el perfeccionamiento de su régimen colonial, en las segundas, constituyó el hundimiento, la destrucción completa de este régimen» (1).

¿Pero es que la América no hubiera podido también emanciparse, perfeccionando su régimen colonial?

* * *

La emancipación de los hispanoamericanos nos presenta un ejemplo de lo que llamó Augusto Comte: *una regeneración sin precedentes* (2).

(1) Hagamos notar de pasada uno de tantos errores como corren por esas historias oficiales: Encastillados esos autores en que es despreciable todo lo español o hispanoamericano, antiguo o nuevo, de la monarquía o de la república, fingen no ver en esos ejércitos de la independencia más que «pequeñas bandas» cuyos jefes «se improvisan capitanes, coroneles, generales» (son expresiones de Seignobos, pág. 596). Algunos jefes habían aprendido el arte de la guerra en escuelas especiales y sobre los campos de batalla en España, donde vencieron a los ejércitos napoleónicos.

(2) ALEJANDRO ALVAREZ: La diplomacia de Chile durante la emancipación (pág. 165).

Volvamos a tomar la comparación que recuerda el autor de la «Carta de Jamaica» : El Imperio romano se disgrega ;pero no es su fin ese cataclismo cosmogónico de que nos hablan las imaginaciones románticas. Bolívar nos dice que eso dió lugar a la formación de antiguas nacionalidades, mediante las modificaciones que exigían los nuevos usos y los nuevos acontecimientos ; lo cual no es rigurosamente histórico. Se formaron nacionalidades, es verdad, pero no inmediatamente ; por otra parte, el sello romano había sido tan fuerte y saludable que nada pudo borrarlo, y los pueblos no conservaron de la época anterior a la dominación sino aquello que Roma había dejado subsistir. Cae el Imperio, pero queda un gobierno mixto que no se sabe, dice Polibio, si es realeza, o aristocracia o democracia ; gobierno que descansa sobre la base indestructible del municipio.

«Los emperadores que suprimían la vida política en Roma, tenían buen cuidado de conservar las libertades del municipio en provincias : así es cómo se formaron las ciudades de la Galia, cada una con su Senado, sus magistrados y su cuerpo aristocrático ; por cierto que las magistraturas eran electivas ; hasta su culto local tenían todas, su *genio*, su divinidad polyada, a imagen de lo que había en la antigua Grecia y en la antigua Italia» (1).

Más tarde los emperadores centralizan a capricho,

(1) No era la América española a quien aplicaba este concepto el autor de la política positiva. El cree ver esos caracteres en la emancipacóin de los Países Bajos, donde se llevó a cabo sin regeneración o con una regeneración desprovista de antecedentes. Comte parece no haber tenido informes precisos de los acontecimintos que entonces se estaban desarrollando al trazar, como en esbozo, su sistema. Por otra parte, no eran los periódicos, ni folletos, ni libros precipitados de sus contemporáneos, liberales y conservadores, los que le hubieran podido suministrar documentos fehacientes.

hasta el extremo ; pero el régimen municipal tiene raíces tan hondas en Occidente que el árbol cortado por la base no tardará en retoñar más vigoroso que nunca. Emperadores como Valentiniano III *el Mayor,* trabajan por reparar las faltas de sus predecesores. Cuando el poder central se desgaje, los marcos provinciales y municipales se reformarán y completarán. La Iglesia también se robustece, en lugar de perder energías (1) ; los conquistadores bárbaros nada destruyen de esta organización ; al contrario, se apoderan de ella y ponen todo su orgullo en adjudicarse los mismos títulos romanos.

Roma, pues, no expira, bajo el golpe de los bárbaros, queda más pujante : «podrá el Imperio romano desplomarse, se disgregarán multitud de poderes, pero el mundo occidental no vendrá a caer en el caos primitivo, no se tornará en esa masa confusa de pueblos bárbaros siempre en luchas sin resultado alguno, siempre en guerras desastrosas, como la de Italia antes de Roma, la de la Galia, antes de César, y ahora la de Alemania. Disgregación, en una palabra, no será sinónimo de anarquía ; porque, si es cierto que la autoridad de Roma queda rota, un nuevo lazo espiritual de esa misma Roma mantendrá la unión. A medida que desaparece el Imperio romano, aparece una cristiandad ; cristiandad que llega a franquear los límites del Imperio romano. Sí ; lo que no ha podido lograr la antigua Roma, lo va a conseguir esta otra nueva : aparecen la Germania y la Gran Bretaña ; todo el mundo bárbaro que tanto inquietaba y estaba amenazando es conquistado para la causa de la civilización. Digo civilización ; porque, en efecto, la civilización se había salvado de la

(1) FUSTEL DE COULANGES: La ciudad antigua (pág. 467).

universal ruina. La nueva Roma ha heredado todo el tesoro intelectual y político de la antigua, y se ha convertido en fiel custodio de esta herencia» (1).

Grandes fueron los males y grandes las ruinas que trajeron las invasiones, pero Europa se vió libre de otras mayores, gracias a estas dos instituciones: la Iglesia y las repúblicas municipales; hay, en una palabra, lo que se llama en términos de derecho, *continuatio juris*. La confusión, el desorden, la decadencia fueron mucho mayores en el Imperio bizantino, precisamente porque esas libertades habían sido abolidas por León *el Filósofo*. Aun hoy mismo, el Oriente es víctima de esta falta y de la ausencia, en los momentos de crisis violentas, de ese régimen que ha visto pasar tantas barbaries y las ha vencido (2).

Ahora bien, esas dos organizaciones existían en la América española, representando la *continuatio juris*, encargadas de cumplir la emancipación sin regeneración o con una regeneración basada en las precedentes, que no podían ser otras, sobre todo con respecto a los indígenas, que las sabias y paternales Leyes de Indias.

* * *

*«Ninguna nación se puede dar la libertad si no la*

(1) «La exaltación de la iglesia española, durante los visigodos, es obra de los bárbaros: no es obra de su voluntad, sino de su impotencia (de los visigodos). Incapaces de regir un pueblo más civilizado que ellos, se resignan a guardar las apariencias del poder, y dejan el poder efectivo en manos más hábiles: de suerte que el principal papel que desempeñaron los visigodos en este punto fué el de no desempeñar ninguno y dar ocasión a la Iglesia (involuntariamente) para que se apoderara de los principales resortes de la política y fundara, en efecto, un estado religioso que aún existe.»
ANGEL GANIVET: Ideario español (pág. 14).

(2) LEON DE MONTESQUIEU: El sistema político de Augusto Comte (pág. 20).

*tiene*. Cuando comienza a reflexionar sobre sí misma, ya tiene hechas las leyes. La influencia de los hombres no se extiende más allá de los derechos existentes, pero que eran menospreciados o denegados. Si algunos temerarios pretenden franquearlos con medidas violentas, la nación pierde lo que tenía sin alcanzar lo que busca. De aquí la necesidad de no innovar sino muy raras veces y con medida y precaución» (1).

La América española gozaba de privilegios y derechos seculares, pero menospreciados y puestos en tela de juicio cada vez más, a medida que el gobierno de la metrópoli tendía a una centralización cada día más grande, si bien concediendo a los criollos compensaciones no despreciables desde el punto de vista de la industria y del comercio. En el siglo XVI, los *cabildos* o municipalidades disfrutan de libertades y privilegios iguales, si no superiores, a los que disfrutan los municipios en Europa durante la Edad Media, siendo casi independientes en todo lo que atañe a la administración del común. Estos *cabildos*, compuestos a menudo de ciudadanos que se eligen sus sucesores, sin intervención ninguna del gobierno, disponen de la policía, nombran jueces correccionales y de primera instancia, administran los bienes y las rentas del común ; tienen el derecho de poder convocar al pueblo a *cabildo abierto* para discutir las cuestiones importantes, y tomar su parecer ; otorgan una especie de investidura a los mismos gobernadores y reciben su juramento de fidelidad a la ley ; asumen todas las funciones administrativas y políticas en ausencia del gobernador ; son representan-

(1) Pero no hasta nosotros: Francia es una República; pero la ciudad, las repúblicas han desapaercido y, con ellas, las fecundas libertades comunales. Lo mismo pasa en España y en toda la América latina.

tes del pueblo o, más bien, ciudadanos activos : la aristocracia que los europeos y sus descendientes constituyen en medio de las ciudades conquistadas ; gozan también de poderes militares, por lo mismo que su concurso es preciso para asegurar la defensa del país. En el siglo XVI, y en ciertas ciudades (porque los privilegios no eran iguales para todos los sitios), las órdenes de los gobernadores, las mismas leyes que emanaban del rey, no podían ser ejecutadas sin la aprobación de éstas por los consejos de los municipios (1). En suma, era una verdadera organización republicana bajo la autoridad de la Corona de Castilla.

Por todo lo que dejamos consignado se comprende el error de aquellos historiadores que nos enseñan que la tiranía y el absolutismo más brutal fué introducido en América desde el principio de su conquista. Bajo el reinado de Fernando e Isabel *la Católica*, los reinos españoles gozaban de un régimen de libertades municipales y regionales que fueron, naturalmente, aplicadas en las posesiones de Ultramar por los mismos soberanos.

Las sociedades hispanoamericanas tenían, pues, «gérmenes de libertades tan antiguos como ellas». Esas libertades se restringieron al correr los siglos XVII y XVIII ; pero en la época de la emancipación todavía gozaban de prerrogativas que no tienen hoy mismo en cualquier país de Europa o América, aunque no fuera más que aquella de poder convocar los ciudadanos y deliberar con ellos en cabildo abierto». Ya lo comprenden ellas.

En 1809, los *cabildos* de las capitales tienen plena conciencia de su misión. Ellos se constituyen, sea di-

---

(1) JOSE DE MAISTRE: Consideraciones acerca de Francia, c. VI.

rectamente, sea por medio del *cabildo abierto*, en defensores del rey cautivo y de las libertades comunales y regionales; reclaman y ejercen el poder. Son estas asambleas aristocráticas compuestas de ciudadanos notables, de donde queda excluída la plebe, blanca o de color. En el Río de la Plata, el clero se unirá a este nuevo gobierno, llegando a ser su mejor apoyo y contribuyendo poderosamente a impedir que se produzcan otras catástrofes.

Se diría que vamos a presenciar en el Nuevo Mundo un fenómeno del todo parecido al que se desarrolló en el Antiguo a la caída del Imperio de Roma; el régimen municipal prolongado y aristocrático, pero que se basa en la jerarquía y autoridad de la Iglesia, salvando la sociedad de la desorganización y de la ruina. El cambio de gobierno no se hará sin regeneración (lo cual hubiera sido un ideal), pero, al menos, esta regeneración tendrá sus antecedentes que le sirvan de base. Esos antecedentes existen, aunque Bolívar pretenda lo contrario. Desde el punto de vista económico, la proclamación de la independencia traerá la libertad omnímoda; el régimen instaurado por Carlos III quedará desembarazado de las trabas que aun subsisten y se desarrollará en toda su plenitud; otro tanto sucederá con la industria; el Código de Indias se irá perfeccionando «con calma», por etapas sucesivas; pero respetando las mismas bases, sobre todo en lo que se refiere a los indígenas que, por su propio interés, deben, el mayor tiempo que sea posible, continuar siendo los protegidos de los ciudadanos, y no llegarse a igualar bruscamente.

Pero esto no pasa de ser un sueño que pronto se desvanece. Antes de que concluya la guerra de la independencia, las sociedades hispanoamericanas abando-

nan el camino que les habían trazado los *cabildos* de 1809: en Venezuela, a impulsos de una pequeña banda de jacobinos exaltados, el rompimiento con el pasado es brusco, repentino; los emancipadores se entregan a merced de una corriente anticatólica que Bolívar no podrá contener y que terminará por sumergirle. En los demás Estados, el mal es menor o viene con más lentitud; pero, en fin, tarde o temprano, la revolución hispanoamericana toma sus inspiraciones de la metafísica negativa de Europa, de hacia fines del siglo anterior. Quiere edificar en las nubes, o a base de sofismas y divagaciones abstractas; poder fabricar repúblicas y constituciones viables con un poco de tinta y papel; caminar atrevidamente en dirección al progreso; y lo que sucede es que se hallan en plena retrogradación anárquica.

Se proclaman Los Derechos del Hombre y, en América más que en Europa misma, esta doctrina va a amontonar desastres y escombros y hacer que la sangre corra a torrentes, pero sin conseguir un orden mejor de cosas en medio de las calamidades que engendra y va elaborando para el porvenir. Ni siquiera va uno a tener el consuelo de que esas razas inferiores se aprovechen material e intelectualmente de esta anarquía desencadenada; y eso que por ellas y para ellas el mito sangrante de los Derechos del Hombre ha venido a ocupar el lugar de la religión y de la ley. Los sociólogos hispanoamericanos menos sospechosos de parcialidad con respecto al antiguo régimen, lo reconocen hoy:

«La República no los ha tratado mejor que España... La situación social de los indios no es, hoy, superior a la que disfrutaban en los tiempos coloniales» (1).

(1) «Los criollos no se hallaban representados por ninguna asamblea.» SEIGNOBOS: Obra citada (Pág. 593).

«Con el triunfo de las tropas republicanas se consumó la decadencia de las últimas misiones; y nos vemos precisados a confesar que la República no ha sabido acrecentar lo poco que nos dejaron las capuchas» (1).

Un sabio francés, que viajaba precisamente por América en los años que siguieron inmediatamente a la emancipación, nos presenta pruebas, a cada paso, de lo que venimos diciendo: «Por ejemplo; en tiempo de los jesuítas, dice, había un cuidado extremo en todo lo que se refería a la salud de los indígenas y los mismos Padres les suministraban remedios. Hoy, el indio, atacado de alguna enfermedad, queda abandonado a sí mismo; nadie le cuida, nadie piensa en él. De donde resulta una mortandad mucho mayor que antes, y que la población, lejos de aumentar, disminuya de día en día» (2).

¡Pobres indios, que siguen siendo niños, y a quienes se les ha privado de sus padres! «Pero, ¿de qué se quejan?, dirán los logreros de la democracia. ¿Acaso no están inscritos en calidad de hombres libres y soberanos en las tablas de los Derechos del Hombre?» Esos mismos logreros, cuando peligren sus intereses,

---

Que Bolívar pase en silencio la existencia de los municipios o niegue sus libertades y privilegios, se concibe: es un político y un guerrero que obra y escribe en medio de las circunstancias más trágicas. Con todos los demás jefes, piensa que, para ganarse las simpatías de Europa y salir del antiguo régimen, hay que esgrimir contra éste una historia falseada. Pero que un historiador que, por añadidura, es apologista de un régimen que ha reducido a la nada las libertades municipales, venga hoy a decirnos que nunca hubo verdaderos municipios en la América española, y que ese farsante de la historia sea uno de los maestros de Francia, es verdaderamente escandaloso.

(1) R. BLANCO FOMBONA: La evolución política y social de Hispano-América (pág. 19).

(2) J. GIL FORTOUL: Historia constitucional de Venezuela, t. I, pág. 43.

embriagarán a esos niños con declamaciones y promesas, los armarán y lanzarán a la guerra civil en nombre de la hosca Libertad.

En 1828, Bolívar trata de volver atrás ; busca la salud en los antecedentes que ya tienen hechas sus pruebas ; los mismos indios le van a suplicar que les coloque bajo el noble yugo del pasado ; pero será tarde : no habrá dique capaz de contener ya la anarquía : después de haberse emponzoñado con el brebaje de Ginebra, hay que aguardar los efectos.

* * *

De la descripción que Bolívar nos hace de las provincias americanas, tanto en su «Carta de Jamaica» como en el Manifiesto de Cartagena, es fácil deducir que no tiene fe en los principios democráticos. Del ciudadano ginebrino ya no le quedan más que la palinodia y los cambios de frente. Después de haber escrito que el pueblo es soberano y que debe gobernarse a sí mismo, Rousseau concluye : «Si hemos de hablar con todo rigor, la democracia no ha existido ni puede existir jamás : *va contra el orden natural que el número mayor gobierne, y el menor sea gobernado...*». Añadamos por nuestra cuenta que no hay gobierno más sujeto a guerras civiles y agitaciones intestinas que el democrático o popular, porque no hay otro que tienda a cambiar de forma tan fuerte y continuamente, ni pida más valor ni mayor cuidado para no perder la suya» (1).

No obstante, Bolívar todavía cree algo en 1815, en la democracia como un ideal a que se puede llegar más tarde ; pero, por el momento, no hay que pensar en

(1) A. D'ORBIGNY: Viaje a la América meridional, llevado a cabo durante los años 1826 a 1833, t. II, pág. 592.

él: «Los acontecimientos de Venezuela, nos escribe en la «Carta de Jamaica», nos han probado que las instituciones representativas no encajan con nuestro carácter, nuestras costumbres y el estado actual de nuestra cultura... Así como Venezuela ha sido la República más avanzada en sus instituciones políticas, así su ejemplo viene a ser más claro para la ineficacia del sistema democrático y federal, aplicado a nuestros Estados nacientes».

Espera que, una vez conseguida la independencia, la América española entera se constituirá en repúblicas (1). Prefiere las pequeñas a las grandes, porque «el carácter distintivo de las pequeñas es la permanencia. Las grandes varían más, aunque él se inclina por el imperio».

Los dos maestros que se disputan su inteligencia están acordes sobre este punto: una república sólo ha de contar con territorio de corta extensión. El ciudadano de la pequeña República de Ginebra, sobre todo, no quiere sino Estados minúsculos; porque sólo en éstos, según confesión propia, se pueden tentar sus procedimientos y aplicar sus teorías. De buen grado, hubiera dado una Constitución para Polonia; pero esta nación tiene el inconveniente de ser demasiado grande, lo cual impide que pueda llegar a ser fuerte. Los vecinos debieran arrebatarle algunos terrenos, en provecho de

(1) Del contrato social, lib. III, c. IV.

Estamos en el caso de decir con el autor de las Consideraciones acerca de Francia: «Hay que vigilar a este hombre, sin descanso, y sorprenderle cuando deja escapar la verdad por distracción».

Rousseau sigue diciendo: «Si hubiera un pueblo de dioses se gobernaría democráticamente; pero un gobierno así no conviene a la humanidad».

¿Si lo hubiera? Ha existido en las antiguas mitologías, y no se organizaron democráticamente: Júpiter no es un presidente que haya sido elegido por sufragio universal, y sólo para algunos años.

ella : «La primera reforma que necesitáis es la de vuestra extensión ; esas provincias tan vastas no pueden soportar la administración propia de las pequeñas repúblicas. Comenzad por reducir vuestros límites, si queréis reforzar vuestro gobierno ; tal vez vuestros vecinos piensen haceros este servicio ; sería esto, sin duda, un gran mal para las partes desmembradas, pero un gran bien para el resto de la nación» (1). Los soberanos amigos de los «filósofos» prestaron a Polonia «este servicio» que tanto deseaba el salvaje legislador de Ginebra. Sólo quedará una ciudad libre ; después, ni una. Los polacos no tuvieron necesidad de recurrir a los Rousseau ni a los Mably para reformar su Constitución y hacerla más anárquica.

No obstante, Bolívar, el hombre de las vastas concepciones armónicas, se mantiene fiel a la idea que lleva dentro de sí, de una confederación de Estados hispanoamericanos. Aun quedan algunos años de experiencia y elaboración pausada para dar al traste con los sectarios de la Revolución y trabajar por una gran república aristocrática.

(1) Con una perspicacia extraordinaria, Bolívar nos dice lo que vendrán a ser durante el siglo XIX las principales de estas Repúblicas. Ya examinaremos, en la conclusión, esta parte de la «Carta de Jamaica».

## X

## ENTRE LA DEMOCRACIA Y LA ARISTOCRACIA; O COMPROMISO IRREALIZABLE

Ya tenemos al presidente Bolívar en la tribuna del Congreso de Angostura. Después de un exordio lírico y pomposo como lo pedían los hombres a quienes iba dirigido, y las circunstancias, aborda el asunto: exposición de las ideas políticas que quiere sean adoptadas por los constituyentes. Comienza por trazar un cuadro de la situación de América, parecido al que ya conocemos por su «Carta de Jamaica», escrita cuatro años antes; luego enfrentándose con el adversario, dice algunas verdades a los demócratas que le escuchan:

«A mi modo de ver, sólo la democracia es compatible con la libertad absoluta; pero, ¿cuál es el gobierno democrático que ha sabido reunir al mismo tiempo el poder, la prosperidad y la duración? ¿No se ha visto, por el contrario, a la aristocracia o a la monarquía cimentar por siglos y siglos grandes y poderosos imperios? ¿Hay gobierno más antiguo que el de China? ¿Y qué república ha durado más que la de Esparta o

Venecia? No ha sido el Imperio romano el que conquistó la tierra? Francia, ¿no cuenta con catorce siglos de monarquía? ¿Quién hay que sobrepuje a Inglaterra? Y, no obstante, todas estas naciones o han sido, o continúan siendo aristocracias y monarquías.»

A pesar de lo que él califica de «crueles reflexiones», Bolívar sigue siendo republicano; trata de convencerse y convencer a otros que es demócrata, porque sólo siendo República democrática pudo Venezuela llegar a ser un Estado independiente y proclamar los Derechos del Hombre, la libertad del trabajo, del pensamiento, de la palabra y de la imprenta. Claro que olvida que los fundadores de esta República pusieron terribles cortapisas a los Derechos del Hombre y a la libertad de imprenta, condenando a muerte a los periodistas que osaran atacar la Constitución; o no lo quiere recordar, si es que no lo ha olvidado. Con más motivo se abstiene de decir a los representantes del pueblo que están muy lejos ellos de ser emanación de la soberanía popular, que las elecciones no han sido más que un simulacro, tratándose de un país en su mayor parte ocupado por el enemigo; que si la población entera hubiera intervenido, se la hubiera consultado y libremente hubiera emitido el sufragio, el rey de España, el «muy amado» Fernando seguiría siendo soberano de las Indias occidentales.

Por lo demás, añade, el gobierno de Venezuela pide algunas reformas; reformas que reclaman muchos ciudadanos, pero que no tienen el valor de decirlo. Ante el silencio general, él se permitirá el atrevimiento de «dar avisos a los consejeros del pueblo».

Desde luego, la Constitución de Venezuela es perfecta en su género; es la más hermosa de todas; pero, cuanto más admira uno su excelencia, más se persuade que es imposible aplicarla a un Estado nuevo. Ya he-

mos visto la opinión de Bolívar sobre este asunto, al citar y comentar el Manifiesto de Cartagena ; ese mismo tema es el que desarrolla ante los legisladores de Venezuela, con los mismos argumentos que allí expusimos, y termina invocando a Montesquieu.

Hay, sin embargo, una diferencia entre la Constitución norteamericana y la de Venezuela : la primera delega todo el poder ejecutivo en un presidente, cuyas facultades son limitadas en términos que Bolívar encuentra demasiado exageradas ; mientras que la segunda subdivide ese poder en tres miembros, es decir : que convierte en periódico el gobierno, o le deja en suspenso o disuelve (cada vez que se separa uno de los triunviros). Bolívar encuentra monstruoso este sistema.

Hay que revisar, por lo tanto, la Constitución ; si bien la nueva lo mismo que la antigua, debe apoyarse sobre el principio de la igualdad más absoluta. Con frases dignas de aquel Rousseau, cuyo *Contrato social* «inspiraba más confianza que la Biblia y el Corán» (1), Bolívar nos dice que los hombres nacen con derechos iguales sobre los bienes de la sociedad, si bien los hombres no todos nacen aptos para ejercer todas las funciones ; pues, si todos deben practicar la virtud, también es cierto que no todos son virtuosos. El dogma de la igualdad no ha de ser menos intangible, por lo menos en teoría, como vamos a verlo :

«Los ciudadanos de Venezuela disfrutan todos, según la Constitución, intérprete de la naturaleza, de perfecta igualdad política. Si esta igualdad no hubiera sido dogma en Atenas (2), en Francia y en América,

(1) A. COMTE: Obra citada (pág. 597).

(2) Al convertir la República ateniense en un modelo de gobierno basado en los dogmas y en la soberanía del pueblo, Bolívar comete un error tomado sin duda de las obras de escritores y ora-

deberíamos consagrarla para corregir la diferencia que existe, aunque no sea más que aparente. Mi opinión es que el principio fundamental de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela.»

---

dores revolucionarios. En Atenas, apenas si había un ciudadano por cada diez habitantes; esta diferencia, que ya es esencial, no es la única que existe entre la democracia tal como se la entiende hoy y el sistema político de Atenas. Es curioso ver cómo ese error se propaga y se encuentra desarrollado, hoy en día, por un «sabio profesor», como M. Alfredo Groizet, donde leemos, por ejemplo:

«La Constitución de Atenas es democrática hasta la exageración, hasta la paradoja: en dos palabras, el pueblo ejerce la soberanía directamente y esa misma suerte, a menudo, designa los magistrados. Algunas restricciones señala a esta igualdad, más bien teóricas que prácticas, es cierto, pero curiosas sin embargo.»

Las democracias antiguas (pág. 70).

Groizet encuentra que esta paradoja realizada es el estado político «definitivo» de Atenas. Ahora bien: este definitivo duró desde el año 460 al 338, antes de J. C ; y todavía Croizet confiesa que la Constitución de Solón apenas fué aplicada. Esta República a quien se pretende modelo (bien que su Constitución democrática apenas si fué aplicada) duró 152 años, con un interregno de medio siglo, que es lo que duró la monarquía pisistrática.

La verdad hay que ir a buscarla entre los verdaderos historiadores, como Fustel de Coulanges:

«La antigüedad, dice Pedro Laserre, no ha conocido nada que, bajo el nombre de democracia, pueda compararse con lo que entendemos hoy por soberanía del pueblo. Entre los antiguos, con el nombre de democracia, se desenvolvieron dos estados políticos muy diferentes que iban alternando con frecuencia, y de los cuales el uno venía a ser una reacción más o menos violenta contra el otro: primero, un aaristocracia fundada en las riquezas, que quería ser también aristocracia militar, que es la que había venido a sustituir a la antigua aristocracia de castas (Constitución de Solón); luego, un régimen cesarista fundado sobre la popularidad o el terror, y que se llamaba tiranía: los tiranos nacieron de las revueltas del pueblo contra la oligarquía de los ricos; como aquellos vinieron a sucumbir por las conspiraciones de los últimos... Lo que no hubo jamás fué un gobierno efectivo de multitudes. No era eso lo que ella pedía: pedía un tirano, un César, una dictadura... La tiranía ocupó históricamente el puesto que Groizet asigna a la plena espansión de la democracia, o término de la evolución democrática que él considera como punto de descanso ideal. Los ricos, los «burgueses», fueron entonces los republicanos, mientras que la plebe reclamaba el advenimiento de un poder personal.»

M. CROIZET, historiador de la democracia ateniense (pág. 17).

Establecida, puede ser; practicada, ya veremos que no.

Esta diferencia «aparente» proviene de que, en una misma nación, por homogénea que sea, los hombres no son todos iguales, ni pueden, por lo tanto, tener los mismos derechos y los mismos deberes; proviene, además, por lo que se refiere a Venezuela, de la diversidad de origen en un país que cuenta con españoles, indios, mestizos, negros, mulatos, esclavos manumitidos, hombres libres, civilizados y medio salvajes. Se les declara a todos iguales, y, claro está, hay que llamarlos a participar más o menos en la dirección del gobierno. El descendiente del marqués de Bolívar, último retoño de una raza de conquistadores y civilizadores, entronque de más de diez siglos de cultura europea y católica, el aristócrata, el dictador que, para vencer los ejércitos españoles, tuvo que dar mate a turbulentos demagogos, se proclama hoy igual política y socialmente a millares de esclavos que trabajan en sus dominios y a quienes él mismo ha dado libertad sin aguardar que una ley aboliera la esclavitud. Realmente estamos ante una quimera: los «filósofos» del siglo XVII hablan por su boca.

¿Pero está convencido de todo lo que dice? ¿No será esto, más bien, una maniobra? La verdad es que censura la democracia con argumentos tan sólidos que no parece se pueda seguir creyendo en la eficacia de sus principios. Para él, estos principios no pasan de meras fantasías que hay que respetar, de palabra, por lo menos aunque no de obra, por la virtud mágica que tienen sobre las multitudes; también él necesita nutrirse, teóricamente, con estos sueños; es de aquellos que se adhieren «tercamente a los últimos jirones de un teologis-

mo (revolucionario) para no quedar privados de toda fe» (1).

Habla ante una asamblea de legisladores y les invita a adoptar una Constitución, que les va a trazar. Estos hombres se hallan bajo el sino de una pedantocracia metafísica, fletada del extranjero ; son los que han hecho la revolución en nombre de los principios de la igualdad y libertad más absolutas ; en nombre de esos dogmas van a conducir al país al borde del abismo. Pero ciegos seguirán. ¿No es prudente, necesario casi, no descubrirles del todo verdades incapaces de comprender, y contra las cuales se revolverían? Bolívar ha comenzado por hacerse «crueles reflexiones» acerca de la democracia ; no podía seguir hasta el fin en ese mismo tono : hay que lanzar ditirambos a la igualdad, antes de volver a la realidad política. Digámoslo con una expresión familiar : está dorando la píldora que va a dar al Congreso.

«Estamos a tono con la justicia y la humanidad», dice él, no sin cierta desenvoltura, o, lo que es lo mismo : acabamos de rendir un homenaje platónico a los inmortales principios y a las divagaciones abstractas. «Ahora, ocupémonos de la política y de la sociedad allanando las dificultades con que nos sale al encuentro *un sistema tan sencillo y tan natural, pero tan débil que basta un pequeño escollo para que lo trastorne y lo arruine.*» Bolívar saca luego consecuencias que están en contradicción con sus primeros principios. Porque, vamos a ver : ¿a qué se llama sistema perfecto de gobierno en principio, si una nonada basta a echarlo por tierra y puede, en la primera ocasión, *dislocar, dividir y aun disolver la sociedad americana*? Un gobierno que

(1) A. COMTE: Obra citada, t. III.

no se puede llevar a la práctica, es malo. Fácil es imaginar un gobierno perfecto, pero eso no basta, dice, «se necesita un gobierno practicable» (1).

Y es malo especialmente para las Repúblicas americanas, apenas constituídas y ya (1819) amenazadas de ruina si abandonan la nave del Estado «a marinos ignorantes» (2).

Bolívar continúa su discurso: «El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce la mayor felicidad, la mayor seguridad social y la mayor estabilidad política». Ya nos ha dicho antes que el gobierno democrático no posee estas cualidades; ahora lo vuelve a repetir, si bien con menos precisión, lanzando una mirada rápida sobre la historia de los pueblos más ilustres y más poderosos desde Atenas hasta la moderna Inglaterra. Algunos latiguillos sobre la revolución de los dos grandes pueblos, francés e inglés, que «como un meteoro brillante han inundado el mundo de tales rayos políticos que todos cuantos piensan algo han aprendido cuáles son los derechos del hombre y cuáles sus deberes, en qué consiste la excelencia del gobierno y cuáles son sus vicios».

Luego, continuando ese movimiento de báscula que caracteriza todo el discurso, y particularmente el exordio, Bolívar se apea de las nubes, pone pie en tierra y declara fría, razonablemente, con el estilo y las ideas de un contrarrevolucionario:

«No hay que olvidar que la excelencia de un gobier-

(1) ARISTOTELES: Política, lib. VI, c. I.

(2) «Los cuerpos bien constituídos, los navíos fuertes y montados por hábiles marinos, pueden soportar las faltas más graves; pero los cuerpos enfermizos, los navíos gastados y entregados en manos de inexpertos marineros, por el contrario, serán incapaces de soportar los más ligeros errores.»
ARISTOTELES: Obra citada, lib. VII, c. IV.

no no está en la teoría ni en la forma, ni en su mecanismo, sino en aquello que se apropia de la naturaleza y del carácter de la nación para la cual se ha instituído» (1).

* * *

Dicho esto, creyendo haber preparado y ablandado al público lisonjero sobre la cuestión de los principios, arroja por la borda «las teorías especulativas de los filósofos y legisladores modernos» que acaba de ensalzar, los Derechos del Hombre, la igualdad, la democracia, y propone simplemente, para remediar los males inevitables de esta última forma de gobierno, la creación de una aristocracia hereditaria, de una Cámara de ¡ lores ! Mas, comprendiendo lo difícil que había de ser el que aceptasen una idea semejante hombres emponzoñados con los sofismas igualitarios, hará todos los esfuerzos posibles para convencerles que el cuerpo que pretende crear y al cual concede una tal preponderancia en el gobierno de la nación, no es una nobleza ; que tampoco se halla en oposición con la verdadera doctrina de la igualdad y de la libertad, y que es conforme al espíritu republicano : no obstante, no le quiere llamar democrático.

Sobre esto habla largamente : «Roma y la Gran Bretaña son las dos naciones que más se han elevado sobre los antiguos y modernos ; las dos nacieron para

(1) «Una Constitución que se ha hecho para todas las naciones, no se ha hecho para ninguna; es pura abstracción, una obra escolástica hecha para ejercitar las inteligencias con hipótesis ideales que hay que aplicar al hombre, que habite en espacios imaginarios. ¿Qué es una Constitución? ¿No es la solución del problema siguiente: Dada la población, religión, situación geográfica, relaciones políticas, riquezas, buenas y malas cualidades de cada país, hallar las leyes que más le convengan?»
JOSE DE MAISTRE: Obra citada, c. VI.

mandar y ser libres, pero las dos se basaron no sobre las brillantes formas de la libertad, sino sobre fundamentos sólidos (1). Por eso quiero recomendaros con insistencia el estudio de la Constitución inglesa que parece destinada a procurar el mayor bien posible a los pueblos que la adoptan ; mas, por muy perfecta que sea, estoy lejos de proponeros una imitación servil».

Hace unos instantes, cuando se hallaba dominado por los sentimientos y por las abstracciones, Bolívar entonaba un himno a la Revolución francesa ; ahora que toca las realidades, no se acordará más de ella, y nos hablará de la Constitución británica. Su culto por ella data de su permanencia en Londres, en calidad de plenipotenciario del gobierno provisional ; si admira a la Revolución francesa es en lo que mantiene de este ideal, es decir : que no irá más allá del año 1789.

Se oye a menudo que la Revolución francesa se hizo a nombre de Montesquieu ; pero el verdadero inspirador, el ídolo, fué Juan Jacobo Rousseau. Es cierto, por otra parte, que los hombres de 1789 y 1790 beben en *l'Esprit des lois* un culto por las instituciones inglesas, y principalmente por la teoría de la separación de poderes, que quieren aplicarlos a la monarquía francesa (porque son realistas todos). Marat nos traza una comparación entre Francia e Inglaterra, en que toda la ventaja está por la última (2) : la Constitución britá-

---

(1) Bolívar no comparte las opiniones erróneas que estaban entonces muy en boga, y siguen en nuestros días, acerca de la República romana. La realeza fué derribada en Roma, no por el pueblo, sino por los patricios que no podían soportar un poder superior al suyo. Durante los cinco siglos que duró su República, Roma estuvo gobernada por un Senado aristocrático, no por representantes del pueblo. En fin: la República fundada por los aristócratas, fué derribada por el pueblo, que quería un jefe y creó el Imperio.

(2) Ofrenda a la patria, 5.° discurso (febrero de 1789).

nica, si fuera uno a creerle, llegaría a constituir la felicidad del pueblo francés.

Dos años más tarde, Montesquieu cae de moda, arrebatado por las ideas de Rousseau : nos hallamos a las puertas del Terror. Unos «reaccionarios», como Marat, en 1789, tratan de poner como modelo a Inglaterra. Robespierre se irrita contra ellos. «¿ Inglaterra ?, exclama él con impaciencia. ¡ Bien ! ¿ Y qué nos importa Inglaterra, y su Constitución viciosa qué tiene de atractivo para vosotros que habéis descendido al último grado del servilismo, y que es preciso dejar de aplaudir por ignorancia o por costumbre ?» (1).

Pero los admiradores del «equilibrio de poderes» son tenaces. Para probarles que no tienen razón e impedir que formen escuela, habrá que acudir a la guillotina ; Rousseau les habría condenado a la horca, puesto que no admiten sus dogmas. «En cuanto al equilibrio de poderes, dice Robespierre amenazador, nosotros hemos sido víctimas de él en un tiempo en que la moda nos imponía este homenaje a nuestros vecinos, en tiempos en que nuestra propia depravación nos permitía admirar todas las instituciones extranjeras que parecieran traernos siquiera no fuese más que una imagen de libertad ; mas, por poco que se reflexione, fácil es comprender que ese equilibrio no puede ser otra cosa que un sueño o un azote, que supondría la nulidad absoluta de gobierno, si es que necesariamente no trajera en pos de sí la liga de poderes rivales contra el mismo pueblo. Se comprende que es más cómodo para ellos hacer las paces entre sí que ir a consultar al soberano para juzgar su propia causa... Y aquí no hay más que un tribuno del pueblo ; único que yo reconozco : el pueblo

(1) Discurso sobre la necesidad de echar abajo el marco-plata (11 de agosto de 1791).

mismo. «En fin, termina diciendo, que Inglaterra es *una especie de gobierno monstruoso*» (1).

Bolívar, que seguirá considerando el sistema inglés como el mejor, no ha querido seguir a la Revolución en todos sus pasos ; de ella sólo tomará algunas declamaciones vagas para producir efecto en el público, respetando sus mitos. Por otra parte, ¿cómo iba a tomar a Francia por modelo? Desde 1790 hasta el restablecimiento del poder real, ¿cuántas Constituciones no se habían puesto en práctica? Una comisión empleaba ocho días en fabricar una. Legisladores, burlados por algunos graciosos, trataron de ir en busca nada menos que del texto inexistente de las leyes de Minos para copiarlas y hacer su aplicación en Francia. ¡Si ni siquiera lograron establecer un régimen democrático! El reinado de la democracia comenzó en 1792 para concluir en 1795 ; pero no pasó de meramente teórico, puesto que no se aplicó la Constitución ; ni las que le precedieron ni las que siguieron más tarde pudieron durar : quedaron ahogadas todas la libertades por el despotismo demagógico, que tanto horror causa a Bolívar. Le admira a éste el Consulado vitalicio, pero no tiene en cuenta que éste no fué más que una transición entre la República y el Imperio, y que el Imperio mismo vino a ceder su paso a la Realeza restaurada (2).

Por el contrario, Inglaterra ha conservado el mismo gobierno que otorga a sus ciudadanos todas las libertades compatibles con la estabilidad (3). Ahora bien,

(1) Discurso sobre la Constitución (10 de mayo de 1793).

(2) «Se pierde el respeto a las leyes, cuando se las ve cambiadas con frecuencia...» BOSSUET: Política sacada de la Sagrada Escritura, lib. I, art. IV.

(3) Pero la Constitución inglesa no es obra de un hombre solo, ni de una asamblea, ni de una comisión de sabios o ignorantes reunidos en una biblioteca para fabricar leyes con tinta y papel.

Bolívar busca para su país la estabilidad y la fuerza, saliendo al encuentro de una dificultad que pueden presentarle : ¡ Pero Inglaterra es monárquica ! Nosotros acabamos de hacer una revolución ; estamos en guerra con el rey de España ; no sea cosa que vayamos a estar sometidos a un nuevo tirano, y que nuestro triunfo sea una falsa república !

«Cuando hablo del gobierno británico, responde Bolívar, me refiero sólo a lo que tiene de republicano. Y, en efecto, ¿puede llamarse monarquía un sistema que reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de poderes, la libertad civil, la de conciencia, la de imprenta, y todo lo que hay de más sublime en la política? Yo os recomiendo esta Constitución como la más digna de servir de modelo a cuantos aspiran al goce de todos los derechos inherentes a la naturaleza humana, compatibles con la fragilidad de esta misma.»

Bolívar, como todos sus contemporáneos, tiene una concepción falsa y simplicista a la vez acerca de la monarquía y de la república : poder arbitrario, opresión del pueblo, esclavitud, eso es lo que significa la primera ; libertad, igualdad, felicidad, es propio de la se-

---

«Consideremos una Constitución cualquiera, la de Inglaterra, por ejemplo: ciertamente que no se ha hecho a priori: jamás los hombres de Estado se han reunido y han dicho: «Formemos tres poderes y dispongámolos de tal suerte, etc.»; nadie ha pensado en eso. La Constitución es obra de circunstancias, y el número de circunstancias es infinitivo. Las leyes romanas, las eclesiásticas, las feudales, las costumbres sajonas, las normandas, las danesas, los privilegios, los prejuicios y las pretensiones de todos los órdenes; las virtudes, los vicios, las amistades, los errores, las pasiones, las guerras, las revueltas, las revoluciones, las cruzadas; todos esos elementos juntos han formado combinaciones múltiples por miriadas de millones, y han dado lugar, después de muchos siglos, a la unidad más complicada y al más bello equilibrio de fuerzas políticas que jamás se ha visto en el mundo.»

JOSE DE MAISTRE: Ensayo sobre los principios generadores de las Constituciones políticas, XII.

gunda. Además, él también ha estudiado a Montesquieu, donde habrá encontrado estas frases que no podrán menos de haberle llamado la atención : «Las repúblicas de Italia tenían reunidos los tres poderes, hallándose en ellas la libertad mucho menos que en las monarquías... El poder es único, y por más que no haya púrpura exterior que nos descubra un tirano, se le siente en cada momento». De ellas no retiene más que la necesidad de separar los poderes ; a lo más, queda en libertad de llamar monarquías a las repúblicas italianas, como han llamado república a la monarquía inglesa. En suma : después de haber pasado revista a las tres formas de gobierno, democracia, aristocracia y monarquía, encuentra que todas tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Al capítulo de ventajas le designa con el calificativo de «republicano», y no le faltaría razón en esto si la palabra se tomara en sentido etimológico. Durante toda su vida perseguirá laboriosamente su sistema de una república que reúna las ventajas de los tres sistemas enumerados.

* * *

Volvamos al proyecto presentado con tantos circunloquios y tantas precauciones, y examinemos si la mezcla se ha hecho con tino para que resulte la mejor forma de gobierno.

«Nuestras leyes fundamentales no quedarían alteradas un punto, dice, si adoptásemos un poder legislativo semejante al Parlamento británico.»

Pero sí ; las altera (bien lo sabe él) y nos va a probar que las altera profundamente.

«Hemos dividido, como los americanos del Norte, la representación nacional en dos Cámaras, el Senado

y la de representantes. No tenemos por qué tocar la segunda : está hecha con mucha sabiduría ; tiene la forma y la facultad que requiere la voluntad del pueblo, que se halla representado allí legítimamente y con garantías. Si en lugar de ser electivo, el Senado fuera hereditario, tendríamos ahí la base, creo yo, el lazo y el alma por decirlo así, de nuestra República. Este cuerpo, en medio de las tempestades políticas sería un obstáculo a los golpes de fuerza imprevistos por el gobierno y podría contener la marejada popular. Unido al gobierno por el mismo instinto de su conservación, se opondría siempre a las tentativas que pudiera hacer el pueblo contra la jurisdicción y autoridad de sus magistrados.

«Hay que confesarlo ingenuamente : la mayoría de los hombres menosprecian sus verdaderos intereses y tratan locamente de arrebatarlos de manos de aquellos que los guardan en depósito : el individuo lucha contra la masa, y la masa contra el individuo. Por consiguiente, se necesita en todos los gobiernos un cuerpo neutro que se pueda colocar siempre del lado del ofendido y desarme al ofensor. Este cuerpo neutro, para que sea tal, no debe traer su origen ni de la elección de los gobiernos ni del pueblo, para que, gozando de plena independencia, nada pueda temer ni esperar de estas dos fuentes.»

Nada más justo que todo esto, pero nada más antidemocrático. Si, como pretende, Bolívar quiere respetar los principios de la democracia, ¿de dónde va a sacar un cuerpo que goce de plenos poderes si no trae su origen del pueblo? Claro que él se está preocupando de los verdaderos intereses de la masa, que tiene necesidad de quedar al abrigo de pasiones, de atolondramientos y de la ignorancia misma ; mas, para eso, ha tenido

que hacer intervenir factores del todo excluídos por los Derechos del Hombre: la doctrina democrática atribuye la soberanía absoluta a la *voluntad* del pueblo, o más bien, a la mayoría que oprime a una minoría; ya se guarda bien de añadir: *inteligencia, discurso, competencia, honorabilidad,* porque la introducción conduciría a la selección en la masa, destruiría el principio de igualdad, y terminaría por colocar una aristocracia en lugar de la democracia. Ahora bien; si no se hace restricción (la metafísica revolucionaria no lo consiente) todas las voluntades son iguales y la mayoría de voluntades iguales—el número—es la que debe gobernar. «La «marejada popular» vendrá a ser la dueña y soberana absoluta.

«El Senado hereditario (continúa Bolívar), siendo parte del pueblo, tiene con él una comunidad de intereses, de sentimientos y de espíritu; por lo cual no se ha de suponer que el Senado hereditario pueda cesar un momento de velar por esos intereses que le son comunes, olvidando sus deberes legislativos. Los senadores de Roma y los lores de Inglaterra han sido las columnas más fuertes del edificio de la libertad política y social.

»Los senadores deberán ser elegidos la primera vez por el Congreso; los sucesores constituirán una especial solicitud del gobierno, quien deberá formarlos en colegio especialmente destinado a la instrucción de estos tutores y legisladores futuros de la patria. Allí aprenderán también las artes y las letras que tanto contribuyen al ornato del hombre público. Desde su infancia sabrán ya a qué carrera les ha destinado la Providencia; y desde su más tierna edad educarán su espíritu con vistas a la dignidad que les aguarda.

»La igualdad política no quedará vulnerada con la

creación del Senado hereditario. No se trata, pues, de una nobleza, la que yo quiero establecer, porque, como ha dicho un célebre republicano, con ella destruiríamos a la vez la igualdad y la libertad ; se trata de un oficio, para el cual deben prepararse los candidatos ; un oficio que exige más cultura y medios proporcionados para adquirir la instrucción precisa.

»*No todo debe quedar al azar y a la aventura de unas elecciones ; el pueblo se engaña con más facilidad que la naturaleza adiestrada por la educación.* Estos senadores no siempre han de salir del seno de las virtudes, es evidente ; pero no lo es menos que saldrán del seno de una educación que les es necesaria.

»Por otra parte, los libertadores de Venezuela tienen derecho a ocupar un rango elevado en la República que les debe su existencia. Creo yo que la posteridad vería con disgusto el que desapareciesen los nombres ilustres de sus primeros bienhechores. Digo más : el interés público, la gratitud de Venezuela, el honor nacional exige que se conserve hasta los tiempos más remotos una raza de hombres virtuosos, valientes, que, sobreponiéndose a todos los obstáculos, fundaron la República a costa de los más heroicos sacrificios. Si el pueblo venezolano no aplaude la elevación de sus bienhechores, es indigno de ser libre y no lo será jamás.»

Por mucho que Bolívar trate de defenderse, cada vez es menos demócrata, sin dejar de ser republicano : funda una aristocracia hereditaria y, siguiendo el ejemplo de otros conquistadores, comienza por hacer que entren en ella sus compañeros de armas. No les distribuye grandes dominios, ni da a cada uno jurisdicción sobre una provincia ; va más allá : de cada uno de ellos, y de todos sus descendientes a perpetuidad forma el órgano esencial del gobierno de toda una nación ; los co-

loca por encima del pueblo, que ya no es soberano absoluto, puesto que ellos, con su prudencia y estabilidad pueden poner un dique a las revueltas contra la autoridad y contra la razón.

Como estamos lejos de la doctrina democrática que dice «que *el pueblo es el único poder que no necesita de la razón para validar sus actos*» (1).

---

(1) JURIE: Cartas contra la Historia de las variaciones, XVI. En su Legislación primitiva (pág. 42), Bonald, cita la frase siguiente de Jeremías Bentham: «En política es preciso reconocer una autoridad superior que no reciba la ley de otros sino que la dé y que se mantenga superior a las reglas mismas que se impone en su manera de obrar». Y añade: «Máxima falsa y servil que Dios mismo no podría aplicarse a sí, toda vez que su voluntad está sometida a las leyes inmutables de la eterna razón; pero máxima, después de todo, que, examinada de cerca, no es más que la que presenta Jurieu en términos más generales...». Cuán alejadas se hallan estas doctrinas de la otra de Bossuet cuando dice «que el poder más absoluto está reglado por leyes fundamentales que reclaman sin cesar, y contra las cuales es nulo cuanto se haga...» Y en otra parte: «Se puede decir que Dios mismo necesita tener razón».

La oposición entre las doctrinas del demócrata Jurieu y el liberal Bentham por una parte, y las de los «reaccionarios» Bossuet y Bonald, por otra, es aquí clara y sorprendente. ¿Dónde están la civilización, la razón, la justicia, las libertades de los ciudadanos? Seguramente que no del lado de los primeros.

No existen diferencias esenciales entre el liberalismo, la democracia, la demagogia y la anarquía: los liberales no se distinguen de los demagogos y anarquistas si no es por la impotencia y la pusilanimidad; establecen los principios y se espantan de las consecuencias lógicas que sacan los hombres; ante las catástrofes producidas por la práctica de sus postulados, no encuentra qué oponer a los energúmenos más que resibles distingos y sofismas; se mueven continuamente en un círculo vicioso. Escuchemos al honrado M. de Tocqueville, burgués a la vez que demócrata y liberal, fiel a sus teorías, aunque ya comience a darse cuenta de la locura de éstas.

«Yo considero impía la máxima de que en materia de gobierno, debe ser respetada la voluntad del mayor número, y sin embargo coloco el origen de todos los poderes en esa misma mayoría. ¿Es que me contradigo a mí mismo?»

Evidentemente que sí. ¿Cómo va a salir del aprieto?

«Existe una ley general, continúa él, que ha sido hecha, o al menos adoptada, no por la mayoría de tal o tal pueblo, sino por la mayoría de todos los hombres. La justicia es el límite del derecho que asiste a todo pueblo... Por lo tanto, cuando yo rehuso obedecer a una ley injusta, no niego a la mayoría el derecho a mandar sino

Como también nos hallamos lejos de Rousseau, que ha dejado escrito: «Hay tres géneros de aristocracia: natural, electiva, hereditaria. La primera es propia de pueblos sencillos; la tercera es el peor de los gobiernos; la segunda es la mejor: es la aristocracia propiamente dicha» (1). Pero siempre que no quiere hacer frases de relumbrón, Bolívar arroja a todos los diablos el *Contrato social* y a Juan Jacobo. Razón de más para seguir convenciendo a los representantes que le adoran que un Senado hereditario, cuyos primeros miembros han de ser los generales vencedores, no es una aristocracia.

Para hacérselo aceptar, ha pronunciado una palabra que, de haber comprendido lo que significaba, hubiera contribuído a que fracasara el proyecto: se trata de crear, dice, un *oficio,* no una nobleza. Esta palabra que viene a designar todo un conjunto de actividades capacitadas es una amenaza constante para los demagogos que pescan a todas aguas. El albañil que construye una casa, desempeña su oficio; si quisiera dedicarse a otra cosa, sin aprendizaje alguno, saldría del marco de su competencia, no haría su oficio; es palabra que se emplea lo mismo tratándose de los últimos grados de la escala social, que de los más elevados, por-

---

que apelo de la soberanía del pueblo, a la soberanía del género humano.»

La Democracia en América, t. II, pág. 136.

¡Aberración y simpleza! Si la anarquía da al traste con una nación y hace correr a mares la sangre inocente, el liberal puro se cruza noblemente los brazos y reemplaza un sofisma (la soberanía del pueblo) por otro (la soberanía del género humano) y así se declara rebelde a la ley. Por lo demás, esto no pasa de ser un gesto y una frase más: obedecerá a la ley y la soportará; sino un Robespierre que le es superior como hombre de acción y hombre de gobierno, y que se mofa de los principios que le estorban, le hará cortar el cuello.

(1) Del contrato social, lib. III, c. V.

que también se dice : el oficio del rey. Los señores de la Edad Media se dedicaban al oficio de las armas y al de la administración de justicia para que todos cuantos ocupaban sus inmensos territorios pudieran, a su vez, cumplir con sus oficios respectivos.

Ahora bien ; en los albores del siglo XIX, los descendientes y herederos de los conquistadores no tienen participación en el poder ; sus títulos de nobleza no representan más que un título de vanidad. Pueden sí, ejercer el oficio de abogados, propietarios, profesores, oficiales del ejército, etc. ; pero no podrán ejercer el oficio de señor ; ahí está el porqué de la revolución llevada a cabo por gentileshombres como Bolívar, los Toro, los nobles de Quito, sin que pudieran prever hasta dónde llegarían.

En el Perú, donde son más numerosos y más influyentes que en los demás reinados, los nobles consiguen que la República les confirme sus títulos, con la esperanza, claro está, de que no habían de parar ahí, sino que esos títulos serían derechos para gobernar el día de mañana, toda vez que nobleza y aristocracia son inseparables.

«El 25 de diciembre de 1821 se decretó que la antigua nobleza del Perú no quedaría reducida a clase plebeya, que seguirían conservando sus armas sobre las fachadas de las casas, según el uso antiguo, permitiéndose, por el mismo decreto, que toda nobleza solariega pudiera colocar en las mismas un sol con letras iniciales en el centro, que designase la clase a que pertenecía la nobleza. El mismo día se ordenó que cuantos poseyeran títulos de Castilla, adquiridos bajo la dominación española, podrían conservarlos y gozarían los mismos honores, cambiándolos por títulos del Perú, u otros análogos más en armonía con el estado de cosas.

Así es cómo se vió una República con marqueses, condes, vizcondes, etc.» (1).

Stevenson encuentra muy raro todo esto: en una república democrática, sí, porque es la negación de los principios que le sirven de base; pero no en una república aristocrática. Bolívar, si le hubieran dejado, habría aprovechado todos estos títulos para formar el Senado hereditario, añadiendo los mejores oficiales de la clase plebeya que, después de haberse distinguido en los campos de batalla y creado la América libre, merecieran ser los fundadores de la nueva aristocracia.

Mas este poder permanente, ¿podrá coexistir con otros sacados de la voluntad directa del pueblo, si no toma su apoyo de una autoridad independiente como él a los azares, caprichos y vaivenes que trae consigo la elección popular? Bolívar parece no tener ninguna duda sobre este punto; cree viable su Senado hereditario, aunque tenga que luchar con el pueblo, con el poder ejecutivo o con la otra Cámara. Vamos a ver que no son tan sólidos, como piensa, los fundamentos del nuevo edificio, si bien encuentra remedio para curar a la nación de los males que provienen de la inestabilidad (2).

(1) STEVENSON: Obra citada, t. III, pág. 310.

(2) «El alma de una nación no se puede conservar sin un colegio encargado de guardarla oficialmente. La dinastía, una dinastía es la que mejor se presta en este sentido; porque, asociando los cambios de una nación a los de una familia, tal institución crea condiciones inmejorables para una tal continuidad. Un Senado como el de Roma o el de Venecia cumple también a la perfección este mismo oficio; las instituciones religiosas, sociales, pedagógicas, gimnásticas, de los griegos, desempeñaban también a las mil maravillas el mismo fin; un príncipe que sea vitalicio ha servido de sostén a Estados sociales bastante fuertes; pero lo que nunca se ha visto es el ensueño de nuestros demócratas: una casa de arena, una nación sin instituciones tradicionales, sin cuerpo encargado de perpetuar esa conciencia colectiva; una nación fundada sobre el principio lamentable de que una generación no tiene lazos que la deben

*Todas las repúblicas del mundo, o se sostienen por una aristocracia nacional organizada, o sucumben.* Si se descarta la monarquía, la poliarquía debe ser también hereditaria como la primera, si queremos disfrutar de una buena «arquía». El gobierno de familias va inherente a ese grupo de familias que llamamos Estados o Naciones. Cierto que no todos los tipos de esta clase de régimen han triunfado, pero también es cierto que cuanto se ha intentado en contra de ellos ha fracasado estrepitosamente, imponiéndose, por encima de todo, esta verdad : *Un pueblo que quiera vivir o se entrega en manos de una dinastía, o en manos de muchas* (1).

Desgraciadamente, Bolívar instituye a la vez gobiernos de democracia y aristocracia, sin dar a ésta la estabilidad necesaria para subsistir ; su Senado hereditario va a estar en guerra constante con la Cámara de los diputados y con el poder ejecutivo que dimanan ambos del pueblo. En la Constitución británica, por el contrario, sólo la Cámara popular viene del pueblo, teniendo en frente dos poderes moderadores : la Cámara de los lores, y el rey ; los dos hereditarios.

* * *

En efecto : siguiendo ese movimiento de báscula, y la consecución de un compromiso imposible, Bolívar se siente democrático al organizar el poder ejecutivo. Su jefe ha de ser un presidente que se renovará a menudo : «La permanencia de un mismo individuo en el poder, dice, ha causado muy a menudo la caída de go-

---

unir con la siguiente... si bien no ofrezca ninguna seguridad para el porvenir.»

E. RENAN: La reforma intelectual y moral (pág. 68).

(1) CARLOS MAURRAS: Prefacio a la obra citada más arriba de P. Lasserre (p. XII).

biernos democráticos ; así, que unas elecciones frecuentes son necesarias para el sostenimiento del régimen ; nada más peligroso que dejar a un mismo ciudadano gobernar largo tiempo».

Ya lo había dicho antes su maestro, Montesquieu : «En toda magistratura hay que contrapesar la grandeza del poder con la brevedad de su duración» (1).

El presidente tendrá atribuciones parecidas, poco más o menos, a las del rey de Inglaterra. Por exorbitante que parezca la autoridad del poder ejecutivo inglés, la del presidente de una república no ha de ser menor ; y aun sería preferible que le aventajase : «Nada más peligroso, añade, para una nación que la debilidad del poder ejecutivo ; y si en un reino se ha juzgado que le son precisas tantas atribuciones, éstas son infinitamente más indispensables en una república... En una república debe ser más fuerte, porque todos conspiran contra él, mientras en las monarquías es el poder legislativo el que necesita más protección, porque todo conspira en favor del monarca». Lejos de convertir al presidente en una figura decorativa que se limita a firmar los decretos que le presentan los ministros, hay que darle atribuciones proporcionadas a la resistencia que le oponen el poder legislativo y el pueblo, si no ha de caer en la nulidad completa o en el abuso, «esto es, la muerte del gobierno, cuyos herederos son la anarquía, la usurpación y la voluntad del tirano».

Parece que está uno oyendo a Mirabeau cuando trata de contener la Revolución incipiente y grita : «Fuera vanas declamaciones ; reavivad el poder ejecutivo, sabed mantenerle, apuntaladle con el apoyo decidido de todos los ciudadanos ; de otro modo, la sociedad cae en

(1) Obra citada, lib. II, c. III.

la disolución y nadie podrá preservarnos de los horrores de una anarquía» (1).

Pero, ¿cuál va a ser el origen de ese poder ejecutivo que haya de oponerse, como el Senado, a los abusos de la otra Cámara y a las oleadas irreflexivas del pueblo? La elección por medio de los diputados o directamente por el pueblo. He aquí una elección que va a ser anárquica.

* * *

Si Bolívar trata de formar un gobierno fuerte, haciendo ensayos de los principios democráticos, es porque *no hay forma de gobierno más inestable que la democrática*. Sobre este punto, vuelve a arreciar.

«No seamos presuntuosos, seamos modestos en nuestras representaciones. No es probable que podamos nosotros realizar lo que no han podido otras naciones más sabias y más poderosas; la libertad indefinida, la democracia absoluta son escollos contra los cuales han ido a estrellarse todos los ensueños republicanos; lanzad, si no, una mirada sobre las repúblicas antiguas, sobre las nuevas y sobre las que se están formando: casi todas han aspirado a ser absolutamente democráticas y casi todas han fracasado. Sólo los ángeles, y no los hombres, pueden vivir completamente libres, tranquilos y felices ejerciendo todo su poder soberano... (2). *Los gritos de la humanidad sobre los*

(1) Discurso del 10 de octubre de 1789.

(2) Bolívar recuerda aquí la frase de Rousseau: que la democracia perfecta sólo conviene a un pueblo de dioses. Convengamos que tampoco existe en el Cielo de los cristianos, como tampoco existió en el Olimpo: la sociedad angélica es jerárquica; todos obedecen a un Señor absoluto. Hubo ángeles revolucionarios que quisieron introducir la democracia en el gobierno de los cielos: son los que cayeron en el infierno y llamamos demonios.

*campos de batalla y en todas las asambleas tumultuosas son testimonios que se elevan al cielo contra los legisladores inconsiderados que han imaginado que impunemente se podían ensayar constituciones quiméricas* (1). Todos los pueblos del globo han aspirado a la libertad : unos, por las armas ; otros, por las letras, pasando alternativamente de la anarquía al despotismo, y del despotismo a la anarquía ; pocos se han contentado con moderar sus aspiraciones y constituirse conforme a sus medios, a su modo de ser y a las circunstancias.

»No pretendamos un imposible, y queriendo subir muy alto en la región de la libertad, caigamos hasta el profundo de la anarquía : de la libertad absoluta se va siempre en pendiente rápida al poder absoluto. La suprema libertad social se encuentra entre estos dos medios. Todo eso de la libertad ilimitada son puras abstracciones.»

Ningún gobierno puede ser estable si carece de un espíritu nacional que tenga por base estos dos puntos : moderar la voluntad general y poner límites a la autoridad pública : «Difícil es señalar esos dos puntos ; pero podría proponerse como regla general : el que la autoridad pública quedara restringida por la opinión pública, y recíprocamente, de modo que hubiera el menor encuentro posible entre la voluntad del pueblo y la autoridad de la nación».

¿Habremos de insistir una vez más que todos estos razonamientos de Bolívar son esencialmente antidemocráticos? En democracia, no hay más poder legíti-

(1) Frases como ésta de Bolívar, que tanto abundan en sus discursos y en su correspondencia, nos hacen pensar en los maestros de la contrarrevolución. ¿No podría ser de José de Maistre?

mo que la voluntad del todo o de la mayoría ; y nada existe que pueda limitarla.

«Esta ciencia, concluye, se adquiere insensiblemente con la práctica y el estudio.»

Esto es repetir, en una forma o en otra lo que había escrito cuatro años antes en su famosa «Carta de Jamaica» : «América no está preparada para separarse de la metrópoli». Porque esta ciencia, que no se puede adquirir si no es poco a poco, los pueblos americanos la necesitan inmediatamente puesto que se han declarado soberanos, y sus libertadores, arrastrados por el torrente democrático, se ven constreñidos a romper brutalmente con todo lo pasado y a hacer una revolución que es toda una regeneración sin precedentes, como hemos visto antes.

Los sudamericanos ¿poseen el amor a la patria, el amor de las leyes, el amor de la magistratura, esas tres «nobles pasiones de que debe estar llena el alma de todo buen republicano? Bolívar reconoce que ese pueblo que acaba de libertar sólo posee el amor de la patria ; y aun no está muy seguro de ello, pues añade, señalando un porvenir de luchas intestinas : «Si no existe ese amor sagrado por la patria, por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una babel y una sima, conflicto singular de hombre a hombre, una lucha cuerpo a cuerpo».

Para impedir que la nación se convierta en un caos, Bolívar cuenta con un nuevo poder, cuya creación se propone llevar a cabo : el poder moral, encargado de inculcar en el pueblo el amor y la práctica de la virtud, infligiendo penas a los delincuentes. Este nuevo proyecto merece fijar nuestra atención.

# XI

## EL PODER ESPIRITUAL, SOMETIDO AL TEMPORAL

Llegamos al gran error político de Bolívar ; error pasajero de un noble espíritu organizador, que aun no ha podido eliminar todo el veneno infiltrado por Juan Jacobo, y que necesitará algunos años de crueles experiencias para que pueda abrirse paso la verdad.

«La educación popular, dice a los legisladores de Angostura, debe ser el objeto preferente de las tiernas solicitudes del Congreso. Luces y moralidad, he ahí los dos polos de la República ; moralidad y luces, he ahí los dos elementos de que más necesitados estamos. Tomemos de Atenas su areópago, sus guardianes de las costumbres y de las leyes ; de Roma, sus censores, sus tribunales domésticos ; hagamos santa alianza con estas instituciones, renovemos en el mundo el ideal de un pueblo que no se contenta con ser fuerte y libre, sino que quiere ser virtuoso. Imitemos las costumbres austeras de Esparta ; formemos como un manantial de virtud de estos tres elementos, dotemos a nuestro país de un

cuarto poder que extienda sus alas sobre la infancia, sobre el corazón de los hombres, sobre el espíritu público, sobre las buenas costumbres, sobre la moral republicana. Levantemos este areópago para que vele sobre la educación de la infancia e instruya a la nación, a fin de purificar lo que pudiera haber de corrompido en nuestra República y pueda denunciar la ingratitud, el egoísmo, la frialdad patriótica, la ociosidad, la negligencia de los ciudadanos.

»Este tribunal deberá entender sobre los principios de corrupción, sobre los malos ejemplos ; corregir las costumbres por medio de penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas aflictivas. Su jurisdicción debe abarcar no sólo lo que es contrario a las buenas costumbres, sino cuanto pudiera contribuir a enfrenarlas ; no sólo aquello que directamente las ataca, sino todo aquello que las debilite ; no sólo cuanto tienda a violar la Constitución, sino cuanto pueda herir el respeto público. La jurisdicción de este tribunal, verdaderamente santo, debe ser efectivo en cuanto se relacione con la instrucción y la educación ; sus penas y castigos, simplemente morales. Los anales en que han de quedar registradas todas sus acciones y deliberaciones, junto con la cualidad del alma y demás actos de los ciudadanos, constituirán los libros de la virtud y de los vicios ; libros que consultará el pueblo antes de una elección, los magistrados antes de ponerse a deliberar y los jueces antes de pronunciar sentencia.»

Con la mejor intención del mundo y sin más deseos que proteger el reinado de la virtud y de la libertad en toda América, Bolívar acaba de forjar el peor instrumento de opresión ; cree pisar las sendas del progreso y consagra una regresión ; para elaborar un porvenir dichoso vuelve la vista a un pasado que el cristia-

nismo acaba de abolir. Destruye, en una palabra, como lo explicaremos más adelante, el mayor de los perfeccionamientos que el mundo ha podido realizar en su arte de regir las naciones.

Gracias al «poder moral» que acaba de proponer, el Estado se introduce en el hogar doméstico, instala allí y enarbola su tiranía frente a la autoridad del padre y a la espiritual del sacerdote. ¿Se ha imaginado tal vez lo que representa este delegado del poder en una villa o aldea? Ese hombre será el único dueño que por doquiera esparcirá el terror; pondrá las notas a pública subasta para luego transcribirlas en los anales del municipio; con perfidia mancillará, quedando también transcritas en los mismos anales, las notas de sus enemigos o de los que no voten el candidato del gobierno: sólo él podrá disponer de los puestos y de los favores del Estado. Callará todo el mundo a su paso; el temor, la adulación temblorosa, la hipocresía formarán su cortejo.

Pero se dirá: no podrá imponer sino penas morales. ¿Y qué penas va a imponer a una mujer que no ha faltado al Código, pero que, en punto a moralidad, es culpable para con su marido o para con sus hijos? ¡Se limitará a publicar su nombre a la puerta del Ayuntamiento, o la reprenderá públicamente ante la villa reunida! Además, la lista detallada de todas las faltas de esta mujer se perpetuará en los anales públicos que quedarán, aun después de su muerte, a disposición de sus hijos y nietos, si quieren saber cómo ha vivido. ¡Cuántas mujeres preferirían a este castigo, calificado de moral, una pena corporal o algunos días de prisión! Por otra parte, este poder moral, una vez establecido y en manos de agentes del gobierno, no tardará mucho sin que degenere en tiranía y sin que aplique

también (la historia es testigo) las demás penas corporales, sin excluir la guillotina y la horca.

En fin, si Bolívar se imagina que los electores han de consultar esas listas de candidatos a diputados antes de que vayan a depositar su voto en las urnas, sueña o es de una candidez infantil. En cada villa o aldea existe un poder moral más discreto y más humano: el del sacerdote, que no lleva un registro para los pecados de sus feligreses, ni les echa reprimendas en la plaza pública, ni siquiera los hace publicar en la puerta de la iglesia, sin que ningún ciudadano esté obligado a someterse a la ley moral del párroco; mientras que, en el proyecto de Bolívar, el Estado impondrá por la fuerza sus sacerdotes laicos a todas las conciencias.

No es quién el Estado para legislar sobre cuestiones morales, decretar la virtud y obligar a sus contribuyentes a que la cumplan. La ley, dice santo Tomás de Aquino, encierra dos cosas esenciales: es regla de los actos humanos y tiene, además, poder coercitivo; una ley sin sanciones para los delincuentes no existe. ¿Pero es propio de la ley humana impedir todos los vicios? El gran teólogo responde:

«Hay que permitir muchas cosas a los hombres que no son del todo virtuosos, y que no se deben tolerar para los que lo son. Y como quiera que la ley humana se hace para la multitud, cuyo mayor número de individuos no es perfecto, síguese que no prohibe todos los vicios que los hombres pueden evitar, sino aquellos más graves en que la mayor parte puede no caer, y sobre todo los que ocasionan grave perjuicio a otros y cuya extirpación es del todo necesaria para conservar la sociedad. Por eso prohibe el homicidio, el robo, etc.; la ley humana tiende a llevar a los hombres hacia la virtud, no a pasos forzados, sino poco a poco; por eso no impone inmediata-

mente multitud de obligaciones que sólo pudieran cumplir los hombres virtuosos, como es la obligación de abstenerse de todos los vicios ; de otro modo, los imperfectos, hallándose en la imposibilidad de cumplir con estas leyes, caerían en la desesperación y en multitud de desórdenes conforme a la sentencia del Sabio (Prov., XXX, 33) : *El que se suena fuerte, saca sangre* ; y el Evangelio (Matth., IX) : *Si se echa vino en odres viejas,* es decir : si se aplican los preceptos de la vida perfecta a hombres imperfectos, *las odres se rompen y el vino se pierde,* o bien ; se menosprecian estas leyes y los hombres pasan de este menosprecio a otros males mayores.» (1).

* * *

No es eso todo. Con esa confusión de los dos poderes, quedan resquebrajadas las bases mismas del mundo moderno, dando un salto hacia atrás en más de

(1) Suma; primera sección de la segunda parte, q. XCVI.

En las palabras del Evangelio, Santo Tomás (y la Iglesia con él), distinguen los preceptos, que son de obligación, de los consejos, que no lo son:

«Hay una diferencia entre el consejo y el precepto: el precepto impone necesidad, mientras que el consejo deja libre la opción. Por eso era conveniente que en la ley nueva, que es una ley de libertad, hubiera preceptos y consejos; lo cual no sucedía con la ley antigua, que era una ley de servidumbre. Por lo tanto, es preciso que los preceptos de la ley nueva tengan por objeto todo lo que es imprescindible para conseguir la felicidad eterna, a la cual esta ley nos conduce inmediatamente; pero es necesario también que haya consejos, que son los medios más fáciles para conseguir este fin.»

Suma, Ia. 2e. Q. XVIII.

Calvino restablece la ley de la servidumbre al pretender que en el Evangelio todo es de precepto, y hacer obligatorios los consejos. De la doctrina calvinista proceden las sectas tiránicas, monstruosas, antisociales, o simplemente grotescas que hemos visto en todo el mundo, particularmente en Alemania, Rusia y los Estados Unidos. En este punto, como en tantos otros, la razón, la humanidad, y la civilización están al lado del teólogo de la Edad Media, y no al lado del reformador del siglo XVI, y demás discípulos e imitadores.

veinte siglos : el sistema teológico militar que dominó con toda la antigüedad, pero sin las ventajas de organización de esas sociedades antiguas.

Antes del cristianismo, estos poderes se hallaban confundidos, sirviendo el uno al otro. En Egipto, el poder temporal no es más que una derivación del poder espiritual ; en Grecia y Roma, por el contrario, el espiritual no es más que un instrumento de que se sirve el poder temporal. Sólo en la Edad Media, con el establecimiento del catolicismo y del feudalismo, se logra separar entrambos poderes. «El gran hecho político que resulta del establecimiento, es decir, la separación regular de ambos poderes, debe ser mirado como un gran paso en la teoría general de la organización de la sociedad, para mientras dure la especie humana y sea cualquiera el régimen que adopte para vivir. Gracias a esta admirable división, las sociedades humanas han podido desarrollarse sobre escala más amplia, por la posibilidad de reunir bajo un mismo gobierno espiritual poblaciones numerosas y harto diferenciadas para que no pudieran tener gobiernos temporales distintos e independientes. En una palabra : se ha podido conciliar así, hasta un grado que hubiera parecido fantástico, las ventajas opuestas que trae consigo la centralización y la difusión política.

»...En cuanto el gobierno interno de cada sociedad, el gran problema político que consiste en conciliar la subordinación necesaria para el mantenimiento del orden público con la posibilidad de que rectifique su conducta cuando pudiera llegar a ser viciosa, ha quedado zanjado del todo, en cuanto es posible, con esta separación legal entre los dos poderes. Antes de esta época, *no había más alternativa que la sumisión servil y*

*baja o la revuelta franca* (1); y así son todavía las sociedades organizadas bajo la influencia del mahometismo, donde los dos poderes son, por su origen, iguales; o se hallan confundidos.»

La reforma del siglo XVI, Rousseau y los terroristas de 1793, sus discípulos, rompieron esta armonía y sometieron el poder espiritual al temporal. Rousseau prefiere Mahoma a Jesús, y el Estado turco a los Estados de civilización occidental. Augusto Comte habla repetidas veces de este asunto: resumamos su pensamiento.

«Si la sociedad se halla de tal modo constituída que el poder espiritual sea distinto e independiente del poder temporal, este poder espiritual, para imponer a los espíritus los grandes principios morales que se le han confiado, acudirá a medios de su misma naturaleza; a medios espirituales, a la persuasión. Claro que alguna vez recurrirá a la violencia para imponer las creencias que ella mira como imprescindibles; pero esa violencia será algo contrario al régimen normal; algo así como si dijéramos: un golpe de Estado. El régimen normal de una tal sociedad ha de ser la defensa de sus creencias por medios que están a su alcance, que son las armas espirituales. Ahora bien: tal era la sociedad que Augusto Comte llama «obra maestra social »de la sabiduría humana».

»Pero que, en virtud de la libertad de conciencia erigida como principio absoluto, la autoridad espiritual sea menospreciada, que el poder temporal asuma entonces la carga de mantener los principios y las creencias necesarias, fatalmente los habrá de mantener con sus medios naturales; quiero decir: que reemplazará

(1) AUGUSTO COMTE: Apéndice general del sistema de política positiva (pág. 177).

la persuasión por la fuerza y la violencia. Cree, o muere, era la expresión lógica de la Revolución, por los mismos que confundían estas dos teorías sujetando el poder espiritual al temporal» (1).

* * *

Para justificar este poder del Estado, Bolívar trata de buscar ejemplos en las repúblicas de la antigüedad que pasaban en su tiempo como modelos de democracia. No tenía necesidad de haber ido tan lejos. Tal vez no haya habido gobierno más despótico que el de la República de Ginebra, en tiempo de Calvino, como no sea el de los puritanos ingleses que, huyendo la persecución religiosa, se refugiaron en la América del Norte, no para establecer allí el régimen de libertad, de conciencia, como pretenden las *Historias* oficiales, sinó al contrario, para consolidar allí el sectarismo estrecho y convertirse de perseguidos en perseguidores.

En todas las colonias que fundan, el poder moral se halla, desde sus principios, en manos del Estado, así que la ley ordena a todos sus ciudadanos que sean virtuosos ; los vigila hasta dentro del hogar doméstico, impone graves penas por la menor de las faltas, escudriña el interior del hombre, de la mujer, del niño, y castiga hasta las intenciones si es que las encuentra punibles el inquisidor funcionario. En el siglo XVII los legisladores de Connecticut inscribieron el Decálogo en su Código. El poder espiritual, independiente del temporal dice sencillamente : «No adorarás más que a un solo Dios». El poder temporal, armado con el poder moral, añade la sanción y promulga la siguiente

(1) LEON DE MONTESQUIEU, Obra citada (pág. 213).

ley : «Quien adore a otro Dios que no sea el Señor, tendrá pena de muerte». Y, entiéndase bien, que no se trata del Dios de todos los monoteístas, ni aun de todos los cristianos : queda excluído de la colonia, bajo pena de muerte, no sólo el judío, el musulmán, el católico, sino todo protestante que no pertenezca a la pequeña secta de estos feroces legisladores. Los demás artículos del Código de Connecticut son parecidos : los diez mandamientos del Señor quedan allí consignados bajo pena de muerte. Rousseau, padre de la Democracia, llega a la misma salvajada cuando, en nombre del Estado-Papa, y después de haber expulsado de la República a todos los incrédulos, impone la pena capital a los mismos creyentes sorprendidos en mentira o disimulación.

»Bolívar hubiera podido también hallar ejemplos más próximos, es decir : en la misma América del Sur. El gobierno del Perú, bajo los Incas hijos del Sol, al ser conquistados por los españoles, es un modelo de los más curiosos de despotismo primitivo, teocrático y militarista por esencia, practicado en una sociedad donde todo está reglamentado conforme a los principios del colectivismo más feroz. Había, en efecto, jueces encargados de visitar los templos, los lugares y edificios públicos y demás casas particulares ; se les llamaba *llactacamayn*. Estos jueces, ya personalmente, ya por medio de sus delegados, visitaban frecuentemente las casas para ver si el marido y la mujer llevaban bien los asuntos domésticos y se ocupaban con cuidado de la educación de sus hijos, juzgando de esta diligencia, por los ornamentos, la limpieza, el cuidado de la casa, alhajas, vestidos, los mismos vasos y demás cosas familiares. A los más cuidadosos premiaban con alaban-

zas en público, y castigaban a los negligentes con azotes u otras penas dictadas por la ley.» (1).

¡ Estos *llacacamayn* son los que hubieran encantado a Rousseau. Por lo demás, la simple lectura de los *Comentarios reales* basta para quedar sorprendidos por las semejanzas entre el régimen calvinista y el teocrático de los Incas. Garcilaso de la Vega nos asegura que, bajo el gobierno de estos padres, los peruanos vivían felices, bien que sometidos a trabajos forzados, y que la vida estaba barata. Le creemos de buen grado, bajo su palabra ; pero esa no es razón para que tomemos de este régimen primitivo y bárbaro su tiranía del Estado-Papa y su poder moral, haciendo alarde de progreso, igualdad y virtud. Comte ha dado a estas teorías el nombre que les conviene : retrogradación.

(1) Primera parte de los Comentarios reales, lib. V, c. XI.

# XII

## MARCHAS Y VICTORIAS DEL MAS AGIL CONQUISTADOR

Después de haber desarrollado Bolívar ante el Congreso de Angostura su proyecto de Constitución (1), se despoja de todos sus poderes dictatoriales y declara no querer conservar otro que el mando de las tropas. Esto no dejará de causar buena impresión en los liberales de Europa y América del Norte que ya comienzan a mirarle con recelo, por sus conquistas, y no tardarán en quedar atónitos ante su dictadura ; pues el Congreso que se siente incapaz de gobernar sin él, le nombra Presidente de la República. Continúa la dictadura.

Se propone ahora reunir Venezuela y Nueva Granada en un solo Estado que llevará el nombre de Colombia ; pero antes de fundar efectivamente esta nueva República hay que conquistar Nueva Granada, de que los españoles han vuelto a ser dueños, y arrojar a Morillo de las provincias venezolanas que ocupa todavía.

(1) En uno de los capítulos siguientes, veremos lo que hizo el Congreso con el proyecto de esta Constitución.

Bolívar sólo dispone de un ejército de 7,500 hombres, inferior, desde luego, al del enemigo; pero Europa le envía refuerzos: numerosos voluntarios corren de Inglaterra e Irlanda a engrosar las filas formando la legión británica, que va a desempeñar un papel importante en la guerra. Durante los primeros meses del año, el ejército de Morillo, que cuenta con cerca de 18,000 hombres en Venezuela, es hostigado sin tregua por la caballería de Páez, que le inflige algunas derrotas sangrientas. Morillo se repliega sobre Achangos, que pronto tiene que evacuar; pues Bolívar dirige contra él brillantes operaciones.

Aun antes de que hubiera terminado de librar a Venezuela, decide trasladar a N. Granada el campo de operaciones y sorprender allí a los españoles mediante una marcha, la más inaudita y desconcertante. Para llegar a Bogotá, capital del virreinato, hay que pasar los Andes, barrera de montañas reputada infranqueable, sobre todo con un ejército y en esta estación (junio) que es la de las lluvias torrenciales. Razón de más para que el Libertador intente, y lleve a cabo, esta hazaña, una de las más extraordinarias de la historia de todos los pueblos. La jornada, por llanuras inundadas y montañas, duró setenta días, en medio de sufrimientos y dificultades que parecen superiores a la naturaleza humana.

Si conociéramos este paso de los Andes por el relato de un escritor tropical, desconfiaríamos de él, diríamos que exageraba, por sobra de imaginación o por patriotismo. Pero tenemos el relato de O'Leary, irlandés sobrio, frío, escrupuloso, que cuenta lo que ha visto sin buscar efectos de estilo ni de galería; sostenido él, más tarde arrastrado por el asunto y por el recuerdo de la epopeya, de que fué actor, escribe algunas

páginas que son de lo más patético que se puede concebir. Citemos algunas :

«Los llaneros contemplaban con admiración mezclada de espanto estas vertiginosas alturas, no pudiendo comprender que hubiera país distinto del suyo. A medida que iban subiendo, y a cada montaña que pasaban, aumentaba su sorpresa ; porque aquella que ellos creían la última era el principio de otra, y otras cada vez más elevadas, desde cuyas cimas se divisaban todavía otras montañas que parecían perderse entre las brumas etéreas del firmamento. Hombres acostumbrados en las pampas a doblar ríos impetuosos ; a domar caballos salvajes, a vencer cuerpo a cuerpo al toro bravío, al cocodrilo y al tigre, quedaban sobrecogidos ante el aspecto de una naturaleza que les era extraña ; desesperados de vencer dificultades tan enormes, y muertos de fatigas todos los caballos, se persuadieron que era propio de locos perseverar en una empresa semejante a través de climas cuya temperatura entumecía los sentidos y helaba los miembros. Así que hubo numerosas deserciones.

»Los mulos que llevaban armas y municiones caían rendidos al peso de la carga ; pocos fueron los caballos que pudieron sobrevivir después de cinco días de marcha ; y los de la vanguardia que iban muriendo dificultaban la marcha de los que venían detrás. Llovía sin cesar día y noche, siendo más intenso el frío a medida que se iba subiendo. El agua fría, a que no se estaba acostumbrado, provocó la disentería en el ejército.

»Los incidentes se multiplicaban y parecían juntarse para ahogar las esperanzas de Bolívar que es el único a quien siempre vi firme en medio de los contratiempos, tales que el menor de ellos hubiera bastado para desalentar pechos que no fueran el suyo ; reanima las tro-

pas con su presencia y con su ejemplo, hablándoles de la gloria que les esperaba y de la abundancia que reinaba en el país que iban a libertar. Los soldados se sentían felices escuchándole y redoblaban los esfuerzos. El 27, la vanguardia, logró dispersar un pelotón de 300 hombres ventajosamente colocados en Payá, aldea de la Cordillera...

»...Por muchos sitios, el camino se hallaba completamente obstruído por rocas enormes, árboles derribados, y desprendimientos producidos por las lluvias continuas, que hacían la marcha resbaladiza y peligrosa. Los soldados que habían recibido el rancho cocido para cuatro días terminaron por tirarlo para no preocuparse más que de sus fusiles ; pues las dificultades que se iban presentando para la subida eran más que suficientes aun yendo libres de todo peso. Los pocos caballos que habían logrado vivir hasta entonces, perecieron aquel día.

»El ejército llegó ya muy tarde al pie de la Pisba y allí acampó. ¡Noche horrible! en que no era posible calentarse, por no encontrar abrigo en todos los alrededores, ni habitación alguna, y la lluvia constante de granizo acompañada de un viento glacial que apagaba el fuego cuantas veces se intentaba encender. Como los soldados habían quedado casi desnudos, y la mayor parte eran originarios de llanuras cálidas, como las de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles sufrimientos. Al día siguiente, las tropas atravesaron la llanura, desierta, lúgubre, inhospitalaria, desprovista de toda vegetación, a causa de su altura. El efecto de aquel aire glacial y penetrante fué funesto para muchos de los soldados, que, durante la marcha, cayeron bruscamente enfermos, expirando a los pocos instantes.

Llegó a emplearse con éxito la flagelación para reanimar aquellos, cuyo cuerpo estaba helado...

»Durante la marcha de esta jornada llamó mi atención un grupo de soldados que se habían detenido cerca de un lugar donde yo, rendido por la fatiga, me hallaba sentado. Al verlos muy afanosos, les pregunté qué es lo que ocurría ; y me respondieron que la mujer de un soldado del batallón *Riffle* había sufrido dolores de parto y acababa de dar a luz. A la mañana siguiente, yo mismo vi a esa mujer con el recién nacido en los brazos, que parecía gozar de buena salud siguiendo la retaguardia del batallón. Después del alumbramiento, había tenido que recorrer a pie dos leguas por uno de los caminos más escarpados de este terreno (1).

»...El 6 de julio, la división Anzoategui llegó a Socha, primera aldea de la provincia de Tunja ; la vanguardia había llegado el día anterior. Los soldados, al ver tras de sí las montañas cubiertas de nubes y de nieve hicieron voto de vencer o morir antes que emprender la retirada por el mismo camino, pues le temían más que al enemigo, por muy formidable que fuese éste.

»Pero a medida que iban disminuyendo las penas del soldado, los cuidados del general iban en aumento : la caballería no poseía un solo animal, y las provisiones de guerra allá quedaban sepultadas en los caminos, puesto que les habían faltado los mulos para transportarlas. Gracias que la infantería pudo conservar secos los cartuchos, a pesar de las lluvias ; si bien la mayor parte de sus armas estaban deterioradas y era preciso repararlas lo antes posible.

»Las tropas se hallaban sin vestimenta, los hospi-

(1) Fueron numerosas las mujeres que siguieron a sus maridos en esta guerra. Como se ve, las hubo a quienes no amedrentaba la barrera de los Andes.

tales llenos, y el enemigo a pocas jornadas. Pero el alma de Bolívar no debía inquietarse ante tales obstáculos; al contrario, ellos servirían una vez más para poner a prueba el temple de su espíritu que siempre encontraba fuentes inagotables.

»...Grande fué la sorpresa de los realistas al saber que tenían por huésped el ejército enemigo; les parecía imposible que Bolívar hubiera llevado a cabo tales operaciones salvando obstáculos tan grandes y tan numerosos en medio de una época del año en que eran pocos los hombres que se aventuraban a más modestas excursiones» (1).

El pequeño ejército que Bolívar, al fin, ha creado a su imagen, al cual ha comunicado su fe, su energía y su patriotismo, ha quedado reducido a menos de la mitad por las luchas que tuvieron que librar con la misma naturaleza en el corazón de los Andes; ha quedado desnudo, extenuado, hambriento... pero irresistible. Al paso de estos gigantes, las poblaciones quedan estupefactas, agregándoseles muchos voluntarios: fué aquello una marcha triunfal cuyas principales jornadas son la toma de Tunja y la victoria de Bocayá (7 de agosto). El 10 de agosto, Bolívar entra en Bogotá (en adelante, Santa Fe), cuyo virrey, Sámano, había huído. El 22 del mes siguiente escribía Morillo al ministro de la guerra español:

«El sedicioso Bolívar ha ocupado inmediatamente la capital Santa Fe; el resultado fatal de esta batalla ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante de donde sacará todo lo que sea preciso para continuar la guerra en estas provincias; porque los insu-

(1) O'LEARY: Obra citada, t. I, c. XXV.

rrectos, y menos su jefe, no se detienen ante fórmulas y consideraciones; cuentan con los habitantes y no se consideran responsables por sus procederes ante ninguna ley... Bolívar continúa su marcha engrosando sus filas con nuestros descontentos, nuestros desertores, con hombres de toda clase y condición reclutados en las ciudades de que se iba apoderando; así que pudo presentarse con fuerzas tan considerables ante nuestras tropas que logró derrotarlas completamente...»

Morillo se da cuenta de las consecuencias que pueda traer la victoria de Boyacá, lo mismo que de la toma de Bogotá; lo que no había previsto es que estos hechos de armas se hubieran realizado tan rápidamente y atravesando los Andes en temporada de lluvias. Ahora comprende que el ejército es dueño de toda Nueva Granada, de Venezuela y que es una amenaza para el Perú.

Bolívar sólo permanece algunos días en Bogotá, tiempo preciso para instalar allí un gobierno provisional, con Santander al frente, en calidad de vicepresidente. Luego parte a juntarse con un ejército en formación que tiene en Cúcuta, no sin antes haber dado a conocer a los granadinos, por medio de una proclama, su gran proyecto político: la reunión de Nueva Granada y Venezuela en una sola República. Recorre como conquistador las provincias de Tunja y de Socorro y marcha hacia Pamplona, mientras un lugarteniente suyo, después de haber batido a los españoles de Cúcuta, se encamina hacia el Apura.

Pero los profesionales de la democracia venezolana que habían luchado encarnizadamente contra el Libertador toda su vida, no quedan desarmados con esta campaña desconcertante del 1819; las victorias del general que salvan la República ponen en guardia a estos republicanos. Mientras él arrebata ciudades, provin-

cias enteras de la dominación española, mientras sus valientes soldados mueren por millares y por millares son reemplazados, mientras él arriesga continuamente su vida, mientras conquista Nueva Granada que, de haber continuado en poder de los españoles, hubiera sido una amenaza constante para la libertad de Venezuela, los representantes del pueblo conspiran contra él en los pasillos del Congreso y propagan por su cuenta las más viles calumnias. Hasta se habló de que fuera juzgado como traidor por un tribunal de justicia: la traición consistía en haber batido al enemigo, pasando las fronteras de Venezuela.

Avisado de que se estaba maquinando su pérdida, parte en seguida para Angostura, donde se presenta ante el Congreso, soberbio, aureolado por la victoria. Con la mayor sencillez de estilo, se explica sobre lo que ha hecho y sobre lo que piensa hacer. Los demagogos turbulentos, aunque avisados, se callan.

El Congreso adopta sus proposiciones y decreta la formación de la República de Colombia, comprendiendo Venezuela, Nueva Granada y las provincias que más tarde, con motivo de la separación, formaron la República ecuatoriana; pero Venezuela no se halla completamente despejada.

* * *

Al terminar el año 1819, el gobierno español había concentrado, en el sur de Andalucía, un ejército destinado a América. Se trataba de dar un vigoroso impulso a las operaciones militares. Desgraciadamente para España el liberalismo había hecho ya grandes progresos, llegando a sembrar el desorden y la indisciplina hasta en el ejército. Los soldados del cuerpo

expedicionario se sublevan a la voz de un joven oficial, Riego, y exigen el restablecimiento de la Constitución elaborada por el Parlamento «filósofo» de Cádiz, que Fernando VII acababa de abolir al subir de nuevo al trono. Total : que el ejército expedicionario se queda en España.

Los liberales se hacen dueños del poder, queda restablecida la Constitución y América, en adelante, perdida para la Península. Riego, que merecería haber sido fusilado, fué colmado de honores, llegando a ser todo un gran personaje político. Hombre de los más funestos de la historia de España, su ejemplo cundirá como el contagio : millares de oficiales llegarán a ser ambiciosos políticos, sirviendo él de patrón a todos los pronunciamientos posteriores. Por eso los liberales han hecho de él un héroe y han procurado levantarle estatuas.

Los profesores del liberalismo se figuran que basta comunicar la buena nueva a los americanos para poner fin a la guerra y traerlos a la obediencia.

El efecto que consiguen es todo lo contrario. La monarquía española convertida en liberal perdió en América la mayor parte de sus mejores sostenes ; y puesto que era preciso romper con tradiciones venerandas, el nacionalismo de Bolívar, americano, que era un hombre de orden, de gobierno, y que había sabido conquistarse ya las simpatías del clero, pareció preferible el parlamentarismo liberal de la metrópoli a quien ya se había podido juzgar desde 1810 a 1814.

La influencia de la revolución de 1820, observa O'Leary, «fué grande tratándose de los destinos de América, porque no solamente la libró del peligro que le amenazaba, el peligro de una invasión, sino que contribuyó a disminuir el prestigio que España conservaba todavía en sus posesiones, estableciendo reformas polí-

ticas que contribuyeron a debilitar la autoridad militar sin provecho alguno para el pueblo» (1).

Liberalismo y parlamentarismo van a producir en seguida todos sus frutos. Morillo llega a ser, en España, objeto de todos los ataques ; comienzan los civiles a dar lecciones a los militares ; políticos, periodistas, pretenden conocer, sin salir de España, la situación de América desde el punto estratégico y político, mejor todavía que este excelente general que había hecho sus campañas y se había ejercitado en la guerra contra Napoleón y que lucha penosa, aunque gloriosamente, contra las dificultades siempre crecientes y a quien ellos han despojado de los recursos más indispensables. Le dan consejos y quieren que él transmita órdenes, persuadidos como están que un cambio de régimen en plena guerra, traerá como consecuencia la cesación de hostilidades.

Morillo escribe al ministro de la guerra, el 26 de julio de 1820 : «He creído mi deber no retardar un momento el poner a V. E. al corriente de los sucesos que prueban de una manera clara, evidente y enérgica que la guerra sostenida en estos países contra el gobierno español, no tiene por objeto mejorar el régimen de las colonias, ni reclamar la aplicación de principios liberales como son los que nos rigen hoy, sino que el objeto es de emancipación e independencia absoluta...» No consigue nada ; los liberales de Madrid cierran voluntariamente los ojos ante las realidades y quieren seguir soñando. «Morillo está disgustado, fatigado ; los escritores españoles enemigos del rey no hacían más que atacarle. El consideraba la insuficiencia de sus tropas, lamentando las estrecheces a que estaban sometidas ;

(1) Obra citada, t. II, pág. 33.

veía extinguirse el poderío de España en todas sus colonias, y en medio de tanto abatimiento no pedía más que una cosa : que le relevaran del mando» (1).

Se vuelve a quejar de nuevo ante su ministro de los insultos que la prensa le dirige. Cunde el desaliento en el ejército, y numerosos americanos que servían en sus filas, desertan.

Entre tanto, Morillo obediente a las instrucciones de su gobierno, anunciaba a los venezolanos lo que, en la misma carta de julio de 1820, llama ¡ sangrienta ironía !—«nuestra gloriosa transformación política»—y da órdenes para que se proceda al juramento de la Constitución en todos aquellos puntos que aun dominaban los españoles. En fin, aunque está bien seguro que los rebeldes «no se hallan en situación de escuchar proposición alguna sin el reconocimiento preliminar de su independencia», sigue obedeciendo al gobierno que, a su vez, obedece a la opinión y ésta, a los políticos ignorantes y charlatanes, los cuales siguen sosteniendo que los americanos no tienen motivo alguno para continuar la guerra ; así que propone a Bolívar un armisticio como preparativo de la paz.

Las negociaciones no terminan inmediatamente, porque Bolívar quiere, en efecto, que, antes de otros preparativos, España reconozca a Colombia como Estado independiente ; y con tesón y dignidad rechaza la nota de insurrecto y sedicioso de que se le moteja. No habla sólo en nombre de Colombia, sino de toda América : es el hombre. el héroe de toda la América española. «V. E., escribe a Morillo el 21 de septiembre de 1820, nos propone un armisticio, cuyo objeto parece ser

(1) ANTONIO RODRIGUEZ VILLA: El teniente coronel don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de la Puerta, t. IV, pág. 206.

*la paz de América*». Y el 9 de noviembre: «Si se nos obliga a continuar la guerra después del feliz cambio en el gobierno español, nuestras *aspiraciones se extenderán a toda América*». Cuatro días más tarde, teniendo noticia de que se operaba un movimiento de tropas españolas, le escribe: «Si V. E. creyendo que pueda imponernos las condiciones de este armisticio, avanza sus posiciones, yo afirmo que no lo aceptaré jamás y que V. E. será responsable ante la humanidad y ante su nación de la nueva guerra sangrienta, cuyo resultado ha de ser: *la emancipación de toda América*, o su exterminio completo».

Se llega por fin a las negociaciones hacia últimos del mismo mes, nombrándose plenipotenciarios por una y otra parte, tan pronto como Morillo se decide a reconocer a Bolívar como presidente de la República colombiana. Ello no le impide que guarde para él una admiración sin límites, de que dió pruebas inequívocas en una célebre entrevista: «Los dos generales, escribe O'Leary, que asistió a ella, siendo el encargado de hacer las presentaciones, se apearon tendiéndose cordialmente la mano, encaminándose después hacia la aldea más próxima, donde Morillo había mandado preparar un modesto banquete en honor de su ilustre huésped. En la mesa y durante todo el día se habló largamente de los incidentes de la campaña, presidiendo un sentimiento de noble generosidad en todas las conversaciones de este día memorable en los fastos de Colombia. Entrambos generales dieron ejemplo de tolerancia mutua: el Libertador parecía haber olvidado la fidelidad mal aconsejada de los que habían privado a la patria de sus hijos más distinguidos; Morillo, por su parte, y con el mismo tacto, dió muestras de respeto hacia la política inflexible que había seguido su rival para asegurar la

independencia de Colombia. Ambos se hacían lenguas de la constancia de su adversario ante los obstáculos que habían tenido que superar de los hombres y de los acontecimientos» (1).

Hay que leer en O'Leary el relato de esta jornada, en la que entrambos jefes dieron muestras de delicadeza y cortesía caballerescas. La entrevista había sido precedida de un tratado llamado de «regularización de la guerra», firmado en Trujillo el 25 de noviembre del mismo año por los plenipotenciarios, que ponía fin a atrocidades tales como la ejecución de los prisioneros y civiles que se habían cometido hasta entonces por una y otra parte. Por fin se firmó el armisticio, que debía durar seis meses, entre Morillo y Bolívar.

Poco después, Morillo fué llamado a España. Uno de los vencedores de Napoleón tuvo la «honra de ser vencido por Bolívar» (2).



En febrero de 1821, la revolución de la ciudad de Maracaibo, que se hallaba en poder de los españoles y se declaró por la República, rompió el armisticio, comenzándose las hostilidades a fines de abril; sin que los españoles dispusieran de más de 11,000 hombres en toda esta región.

En Carabobo se traba una batalla terrible, donde la legión británica realizó proezas tales que decidió la suerte de la jornada a favor de las tropas de la independencia. El general La Torre huye hasta Valencia con el resto del ejército, para refugiarse más tarde en Puerto Cabello. Esta victoria precipitó la liberación de Ve-

(1) Obra citada, t. II.

(2) CHATEUBRIAND: El Congreso de Verona. c. VIII.

nezuela, en la que los españoles sólo conservarán algunos puertos. La campaña de Nueva Granada había terminado hacía dos años con la victoria de Boyacá ; la de Venezuela puede considerarse como acabada después de la batalla de Carabobo ; al menos, lo que resta por hacer, no hará necesaria la presencia del jefe, Bolívar, el cual, siempre incansable, dirige una mirada de águila hacia el sur, yendo a dirigir la campaña del Ecuador.

«Cada nuevo triunfo le abre nuevas ambiciones y nuevos horizontes. Para consolidar la libertad de su país, es preciso que toda América quede libre, que no haya para Castilla, en todo el continente, un solo punto del territorio donde pueda asentar el pie y seguir amenazando. Para llevar adelante su plan bien concebido, hay que limpiar de enemigos el Ecuador, uniéndole a la gran Colombia. Con este fin, escribe repetidas veces a Valdés para que precipite sus movimientos sobre Quito, al mismo tiempo que él encarga a Sucre el mando del ejército del Sur» (1).

El Libertador no aguarda que se termine una operación para emprender otra que dista muchos cientos de leguas. Sucre ha conseguido una victoria en Yagachi, pero se ha dejado batir en Guachi ; llega Bolívar, al comenzar el 1822, toma el mando y derrota a los españoles en Bombona. Sucre los persigue en Pichina y se apodera de Quito (mayo). Asambleas populares de Quito y Guayaquil decretan la unión con la gran Colombia, quedando Bolívar dueño de las provincias del Ecuador.

Pero la situación general está lejos de ser del todo

---

(1) J. D. MONSALVE: El ideal político del Libertador Simón Bolívar (pág. 174).

Esta obra, una de las recientes que se acaban de publicar acerca de Bolívar, es también una de las mejores.

tranquila. El tesón de los españoles que se encuentra con el de los independientes hace retroceder a éstos en varios puntos : en Venezuela (1), los realistas siguen en posesión de Coro, que les sirve de base de operaciones ; el general Morales, que entonces manda en calidad de jefe de las tropas del norte, obtiene algunas ventajas, logra después apoderarse de Maracaibo y termina por invadir las provincias de Trujillo y Mérida. El Gobierno colombiano proclama la ley marcial : Bolívar acude a Guayaquil para conjurar el peligro ; pero ya antes de su llegada Morales se vió precisado a retroceder. Entonces el Libertador se vuelve hacia el sur, que es donde los ejércitos de la República acababan de experimentar algunas derrotas. De todas partes se le reclama, y a todas partes va.

Para formarse una idea de la situación del Libertador entre los peligros del sur causados por las derrotas de Moquegua, Ica, Toraca, y los peligros que creaba en el norte un jefe peligroso y tenaz como Morales, no hay más que examinar un mapa de América del Sur ; se dará, entonces, uno cuenta que, desde el puerto de Guayaquil, Bolívar tenía que dirigir su vista ochocientas leguas al norte y otras ochocientas al sur ; todo un continente pedía su vigilancia. No hay que olvidar que

(1) En Venezuela no pasa nada desde hace más de dos años, y no pasará nada, porque no hay ejército... según SEIGNOBOS.

«En el norte, habiendo vuelto a Europa el ejército español, Bolívar y Páez dispersaron en una batalla final lo que aún quedaba de las tropas españolas (1821).» Obra citada, pág. 598.

Por consiguiente, el ejército español habría abandonado Venezuela y se habría refugiado en España, no como resultado de una batalla y de un desastre militar, sino después de haberse firmado el armisticio. Esto es mucha ignorancia y harto inverisímil. Seignobos, siempre inseguro, añade luego estas líneas: «Quedaba aún un ejército español retirado en la meseta que hoy llamamos Bolivia».

Bolivia no es una meseta; pero Seignobos se halla en geografía tan fuerte como en historia.

entonces la América carecía de vías de comunicación. La sola idea de tener que colocar el pie en el estribo de Guayaquil para ir a combatir contra Morales en los Andes de Venezuela nos da la medida de las dificultades que se oponían al Libertador por parte de su misma voluntad y por la obra que quería llevar a cabo (1).

(1) R. BLANCO FOMBONA: Nota a las Cartas de Bolívar.

## XIII

## DEBERES DEL LEGISLADOR

Volvamos a la política parlamentaria.

Los representantes del pueblo soberano (que, en realidad no representaban más que un pequeño número de burgueses, funcionarios y oficiales) (1) derramaron lágrimas de ternura al escuchar el discurso en que Bolívar desarrollaba su proyecto de Constitución; después, mientras el presidente-dictador arrojaba a los españoles de América, siguieron reflexionando y trabajando.

Seis meses se pasaron así: examinando, corrigiendo y destruyendo la Constitución de Bolívar. Los representantes aceptaban de muy buen grado al Libertador como soberano temporal, pero no querían comprometer el porvenir, porque el porvenir era de ellos. A pesar de sus protestaciones, comprendieron que su Senado here-

(1) Las elecciones se efectuaron de una manera imperfecta: en muchos distritos, sólo votaron los jefes militares.
J. GIL FORTOUL: Obra citada, t. I, pág. 272.

ditario, compuesto en parte de generales victoriosos, era una institución aristocrática ; ahora bien : «las cosas no parece que puedan recibir una esencia contraria a lo que ellas son ; sino que, desde que esta esencia contraria se acerca, ellas perecen o se alejan» (1). La democracia no puede recibir una esencia contraria a la suya ; ni quiere retirarse ni perecer. Por eso el Congreso rechazaba la creación del Senado ; a lo más, aceptará senadores vitalicios, pero sin que esto haya de durar mucho tiempo.

Se renuncia, como pide Bolívar, al sistema federal que había dado muy malos resultados y se proclama la República «una e indivisible» ; más no se dejan seducir por sus argumentos a favor de un poder ejecutivo fuerte : allí no debe haber otra soberanía que la del Parlamento.

El poder moral también dió lugar a discusiones acaloradas. Según el diario de sesiones, unos le consideran como la idea más feliz para activar el perfeccionamiento de las instituciones sociales ; otros dijeron que se trataba de una inquisición no menos funesta que la otra religiosa ; todos estuvieron acordes en que su establecimiento, en las presentes circunstancias, era muy difícil, si no imposible. Finalmente, el Congreso decidió que este asunto quedara sin resolver ; que los artículos relativos al poder moral figuraran como apéndice en la Constitución y que se invitara a los sabios de todos los países para que emitieran su parecer sobre el asunto, pues siendo sabios, debían ser considerados como ciudadanos de todos los países. Si los sabios dármatas, escoceses y bátavos encontraban sublime la idea, se ensayarían los medios de realizarla en América.

(1) PLATON: Phedon.

Bolívar comprendió que su edificio se venía abajo; que los diputados no quieren templar la democracia con instituciones permanentes, y que aun sospechaban de él que aspiraba a la tiranía. Lo que más le aflije es que sus mismos amigos censuren sus proyectos. El 26 de mayo de 1820 escribe a uno de ellos, Guillermo White, una carta de la cual extractamos los siguientes pasajes:

«Paréceme que habéis censurado la creación de este Senado hereditario y la educación de los futuros senadores: lo primero está conforme con la práctica de todas las repúblicas democráticas, y lo segundo, con la razón. La educación es la que forma al hombre moral; luego para formar un legislador seguramente que tendremos que educarle en una escuela de moral, de justicia y de leyes... El oficio de mi Senado es templar la democracia absoluta; gracias a él, la forma de un gobierno absoluto se halla atenuada con otra institución, porque es principio admitido en política que el *gobierno democrático absoluto es tan tirano como el absolutismo.* Por lo tanto, sólo podrá haber libertad bajo un gobierno templado. ¿Cómo queréis que yo atempere una democracia si no es con una institución aristocrática?»

No habla desde la tribuna del Congreso, está escribiendo a un amigo: no teniendo necesidad de andar con rodeos, reconoce forzosamente que su Senado es *una institución aristocrática.*

«Tened la bondad de leer atentamente mi discurso; no os paréis en detalles, sino miradle en conjunto. Este conjunto prueba *que tengo poca confianza en la moralidad de mis conciudadanos.* Ahora bien; sin moralidad, no hay gobierno que pueda vivir. Para afianzar esta moralidad inventé el cuarto poder, que es el que educa a los hombres para la virtud y los mantiene allí. Este poder os parece igualmente defectuoso; pero, amigo

mío, si queréis una república para Colombia, es preciso que allí haya virtud política.

»La historia antigua nos prueba que los hombres pueden ser gobernados, aun imponiéndoles preceptos muy severos, y que se someten a cuanto les impone una magistratura fuerte : Dracón dictó leyes de sangre para Atenas, y Atenas las soportó hasta que llegó Solón, que tuvo por prudente reformarlas...»

En otra carta amistosa, dirigida al doctor Gual, expresa las mismas quejas. Hablándole de los llaneros, dice :

«Yo mismo que siempre he figurado a su cabeza, no sé todavía de qué son capaces ; les trato con la mayor consideración, y esto no basta para que les pueda inspirar confianza ; aquella confianza y franqueza que debiera reinar entre camaradas y conciudadanos. Estad bien persuadido que nos hallamos sobre un abismo, o más bien sobre un volcán a punto de explotar. *Temo la paz más que la guerra.*»

* * *

Mala opinión tiene Bolívar de una gran parte de sus compatriotas ; no estará lejos el día en que pida para ellos un Dracón que les dicte leyes de sangre. Ya hemos visto lo que son los *llaneros* cuya inmoralidad le aterra. Completemos su retrato con una página de la Memoria del oficial inglés que Páez, el jefe, cita y aprueba :

«Tienen la costumbre de apropiarse el bien de otro y este vicio se halla tan arraigado en ellos que no hay temor de castigo que pueda corregirlo. Los llaneros son hombres de talla elevada, musculosos, capaces de soportar grandes fatigas, sobrios, aunque bribones, astutos, prontos para la venganza ; para satisfacer esta

pasión, no retroceden ante cualquier medio, llegando hasta los actos más sanguinarios. Por el motivo más fútil derraman la sangre de los parientes más queridos; y a no ser por la actividad y energía de su jefe, hubieran terminado por apoderarse de las riquezas de todo el país. El general Páez posee todas las dotes necesarias para mandar estas gentes y tenerlas sujetas; tal vez sea el único hombre en todo Colombia capaz de contener eficazmente su rapacidad y su pasión por el asesinato; no los sujeta a leyes, sino que fía a la fuerza para apagar sus alborotos y castigar a los culpables. Cuando alguien comete una acción que merece castigo o se opone a cumplir sus órdenes, Páez le provoca a una lucha cuerpo a cuerpo, que el otro queda obligado a aceptar conforme a la tradición, si no quiere que sus compañeros le arrojen de las filas. Así es cómo recibe el castigo de sus faltas, de manos de su mismo jefe, a quien su valentía convierte siempre en triunfador; y esto, más que todas las otras razones, acrece el respeto con que le miran soldados como los *llaneros*» (1).

Y éstos son los soldados a quienes se le ha inculcado los Derechos del Hombre y a quienes se ha enseñado que no hay más poder que el que dimana de la voluntad de las multitudes, ¡de su voluntad!

Pero hay otros indios y otros mestizos que no son llaneros. Hay razas trabajadoras, industriales, pacíficas, de venerandas costumbres que, en épocas anteriores a la llegada de los españoles, estuvieron en guerra con otras razas guerreras, feroces y nómadas, rechazadas por éstas lejos de la costa. Estos indios de las altas mesetas, conservadores, religiosos, tradicionalistas, «hallaban, al principio de la guerra, repugnancia en

(1) JOSE ANTONIO PAEZ, Obra citada, pág. 179.

servir al lado de los llaneros, cuyas costumbres licenciosas, y su poco respeto para con los bienes y la vida del prójimo les ponía espanto» (1). En vísperas de la revolución, Stevenson dice que, de un modo general, los indios y los mestizos son extraordinariamente dóciles, afables y obsequiosos : «Cuantos se hallan empleados en las ciudades lo están en calidad de domésticos, siendo muy útiles desde este punto de vista, por la igualdad constante de su carácter y entera sumisión. Si se les trata bien, se encariñan con la casa en que han vivido, y quedan satisfechos con la menor recompensa» (2).

Sus amos, los blancos en nada les ceden a los pueblos más civilizados de Europa : «No vacilo en asegurar que toda persona que haya residido largo tiempo en América del Sur y haya conocido de cerca las costumbres y afecciones domésticas de estas gentes, declarará, sin duda alguna, que el afecto conyugal y paterno, la piedad filial, la benevolencia, un carácter excelente y la hospitalidad son virtudes que se encuentran más o menos en cada familia» (3).

Este es el cuadro idílico que traza un viajero inglés a propósito de los peruanos. Ahora bien ; poco más tarde, el Perú se halla en plena anarquía y parte de sus habitantes se conducen como los *llaneros*. El mismo Bolívar, en su «Carta de Jamaica», pondera las buenas costumbres de los chilenos y prevé que su Estado ha de llegar a ser un modelo de república honrada, laboriosa y próspera. Pocos años han pasado, y Chile se halla igualmente a merced de la demagogia : chilenos, perua-

(1) MONSALVE: Obra citada, t. I, pág. 438.
(2) MONSALVE: Obra citada: t. II, págs. 356-357.
(3) MONSALVE: Obra citada, t. I, págs. 297, 303, 306.

nos y colombianos tenían buena necesidad de ser contenidos con leyes de sangre.

¿Hay, pues, en toda la América una regresión general, traída por las nuevas instituciones, puesto que se hace un llamamiento a otras para restablecer el orden? ¿Es cierto que las instituciones pueden tener influencia sobre las costumbres? (1).

* * *

La Constitución de Angostura (1819) fué revisada, corregida y aumentada dos años más tarde (no se daba mano a la pluma en esto de trazar nuevas Constituciones) por el Congreso de Rosario de Cúcuta, que es quien organizó la grande y efímera República de Colombia. Restringe el derecho de sufragio, privando a los jornaleros y a criados de los derechos de todo ciudadano; lo cual no dejaba de ser una violación de los sagrados principios de la democracia. Bolívar hubiera deseado que se hubiera ido más lejos en este asunto, privando también de estos derechos a todos los que no supiesen leer y escribir; con lo cual quedaban eliminados de las urnas casi todos los negros, un gran número de indios y muchos blancos. Se votó su proposición, mas indicando que no comenzaría a regir hasta 1840. En 1821, no existía suficiente número de electores para que pudieran merecer el hermoso nombre de gobierno democrático.

En Angostura, se había adoptado el principio o como principio la inamovilidad de los senadores; los constituyentes de Cúcuta limitaron a ocho años su mandato; decretando el Congreso que, después de diez años, se

(1) BONALD: Teoría del poder político y religioso en la sociedad civil, t. I, pág. 479.

revisara la Constitución con el fin de «perfeccionar el edificio de la felicidad pública». Mientras tanto, confirma los poderes dictatoriales de Bolívar para mientras dure la guerra.

Por lo tanto, la obra política del Libertador, previendo ya el fin de la guerra, acaba de ser destruída por completo. El porvenir se le presenta tanto más sombrío cuanto que la Constitución de Cúcuta no satisface ya a los venezolanos que comienzan a manifestar su descontento por verse unidos en un solo Estado con Nueva Granada. Una gran república no puede vivir si no es con un gobierno fuerte, y los políticos de Caracas no están dispuestos a sufrir una autoridad que ponga freno a sus ambiciones políticas.

# XIV

## BOLIVAR EN EL PERU PONE FIN A LAS GUERRAS DE LA INDEPENDENCIA

En junio de 1816, un Congreso reunido en Tucumán proclama la independencia absoluta de las provincias del Plata (futura Argentina), pero reservándose la cuestión de la forma de gobierno. Durante otros cuatro años, Buenos Aires hará diligencias para conseguir un rey español, que Fernando VII le negará obstinadamente, u otra rama, italiana o francesa, de la familia borbónica, a cuya elección pondrá su veto Inglaterra.

Por esta época el nuevo Estado atraviesa una de las peores situaciones: España, a quien permanecen fieles la mayoría de los habitantes de provincias, se halla a punto de reconquistar todo el país, no obstante el heroísmo de los soldados de la independencia, del sacrificio y actividad de los verdaderos patriotas, entre los cuales se distinguen los monjes de la Universidad, obispos y párrocos de aldea. La causa nacional se halla gravemente comprometida. Como consecuencia de una serie de fracasos que la pusieron a dos dedos de perder-

se, se confió el mando de los ejércitos a San Martín, que, siguiendo una táctica parecida a la de Bolívar, concibió el proyecto de llevar la guerra a países vecinos sin haber purgado de enemigos el propio territorio. En efecto, la independencia no podía asegurarse mientras los españoles pudieran reclutar ejércitos en Chile y Perú, que habían vuelto a tomar, y dirigirlos contra las provincias del Plata.

Comienza por invadir Chile a la cabeza de un pequeño ejército, que va engrosando poco a poco con elementos de esta misma nación, pudiendo batir a los españoles en varios encuentros. En septiembre de 1820, el ejército de los libertadores desembarca en Perú y, después de una campaña que duró once meses, San Martín entra victorioso en Lima, la capital, el 12 de julio de 1821, quedando proclamada la independencia del Perú el 28 de septiembre de este mismo año, tomando San Martín el título de Protector, y ejerciendo una verdadera dictadura : dictadura política y militar, tanto más necesaria cuanto que los españoles no se dan por vencidos y prosiguen la lucha, a la que se adhiere parte de la población, mientras los políticos demagogos sólo aguardan que la patria se halle libre para introducir en ella el desorden.

Los españoles se aprovechan de este desorden para emprender una vigorosa ofensiva, que les trae como resultado una gran victoria ganada el 7 de marzo de 1822. San Martín, presa de toda clase de dificultades, se cree obligado a presentar la dimisión, y se retira, después de haber celebrado una entrevista con Bolívar sobre quien va a recaer definitivamente la tarea de salvar el Perú y ser, por lo tanto, el Libertador de toda la América española.

El Congreso peruano reemplazó a San Martín, jefe

de Estado, por un directorio compuesto de tres miembros, cuyo único oficio había de ser únicamente sancionar con su firma las decisiones del Congreso, que se reserva las prerrogativas del poder; quedando así como dueños del gobierno los diputados más ambiciosos que supieran sobreponerse a los demás por su audacia o por sus declamaciones.

Naturalmente, este Congreso elaboró una nueva Constitución «impregnada de un espíritu avanzado y tan liberal como lo permitían las circunstancias de la época» (1), según nos dice un historiador sudamericano. Mientras se hallaban entretenidos en tan sublime tarea y se traía a cuento a Licurgo y los Romanos, a los Enciclopedistas, el *Espíritu de las Leyes* y el *Contrato social,* era tan grande la miseria que cundía por todas partes que morían de hambre cientos de ciudadanos; que los soldados, medio desnudos, se veían precisados a alimentarse con carne de burro o de caballo. Una vez más, el Perú necesitaba las armas de los países vecinos para no volver a caer por completo en poder de los españoles. Pero los parlamentarios rechazan desdeñosamente las ofertas de Bolívar y ponen trabas a las operaciones del ejército peruano. Derrotado y todo, el Congreso «se preocupa más de las cosas de la política que de los asuntos de la guerra» (1). Al contrario, el ejército se preocupa más de las cosas de política: los oficiales dan órdenes al Congreso, exigen la supresión del directorio y la elevación de Riva Agüero para presidente de la República. Y como Riva Agüero había sido elevado por facciosos, se conduce también como tal. Jefe de Estado continuará siéndolo también del par-

(1) GONZALO BULNES: Ultimas campañas de la independencia del Perú, pág. 32.
(2) GONBALO BULNES: Obra citada, pág. 174.

tido. Jefes de otros partidos y restos de partidos se levantarán contra él, teniéndose unos por más demócratas que los otros ; de las disputas pasarán a los tiros de revólver, y de los tiros, a las puñaladas. El presidente llama a San Martín para que venga en su socorro, obteniendo una negativa en términos despreciativos. Después se pone al habla secretamente con el general español, y entabla relaciones para traicionar a la República.

Es reemplazado por Torres Tagle, que también hará traición : «El mismo Torres Tagle (escribe el cronista español contemporáneo), primer magistrado de la República, y Berindoaga, ministro de la guerra, abrieron las negociaciones con el general Canterac con el fin de restaurar en Lima la autoridad del rey en todo su esplendor. El primero, queriendo borrar la mancha de su conducta desleal, ofreció la entrega de los fuertes del Callao y trabajar cuanto pudiera por la causa realista» (1). San Martín, al saber estos acontecimientos, escribió : «Dios salve al Perú», añadiendo después, como justo homenaje a su rival en la gloria, la frase siguiente : «Creo que todo el poder del Ser Supremo es insuficiente para librar este desgraciado país. Sólo Bolívar, apoyado por la fuerza, es capaz de llevar a cabo tamaña empresa».

Antes de que se llevaran a cabo las últimas traiciones, ya el gobierno peruano había hecho un llamamiento a Bolívar para que viniera en su auxilio. Interviene, al fin, con su pequeño ejército de veteranos, al que se unen otros reclutas fervorosos ; éste será el hombre que, en medio del peligro, sabrá contener a la multitud y a

(1) MARIANO TORRENTE: Obra citada, t. IV, pág. 445.

los políticos con el ascendiente de su carácter y de su genio.

* * *

Bolívar, con autorización del Parlamento colombiano, parte hacia el sur, habiéndole precedido su lugarteniente Antonio José de Sucre, quien, por una hábil maniobra, obliga al general español Canterac a que abandone la capital. Bolívar entró allí el 1 de septiembre de 1823, tomando posesión inmediatamente de todos los poderes civiles y militares. «La República peruana marcha, a pasos de gigante, hacia su total ruina ; el Congreso lo comprende y persuadido que a graves males es preciso acudir con medios violentos, vuelve a investir a Bolívar de la dictadura absoluta para no llegar al supremo desastre» (1).

A pesar de su primer triunfo, la situación no puede ser más trágica : el Perú, más que nunca, es presa de los horrores de una guerra civil, a la que se añade la más sangrienta tiranía ; las cajas del Estado, exhaustas ; crece el número de hambrientos, y el de bandidos también ; los soldados tienen que ir de puerta en puerta mendigando el pan. Entre tanto, los soñadores continúan fabricando Constituciones, previendo el fin de los poderes dictatoriales de Bolívar. El caos, la disolución ; y los españoles dueños de las tres cuartas partes del país.

«Todo concurría, añade el cronista real, a llenar de gozo y confianza a los buenos realistas que daban como cierto su triunfo completo ; como indiscutible, el aplastamiento de todos los insurrectos del alto y bajo Perú ;

(1) MARIANO TORRENTE: Obra citada, t. IV, pág. 448.

como probable, la restauración del poder real en las provincias vecinas ; llegando en sus buenos deseos y conjeturas a vislumbrar la total ruina del genio del mal en la América del Sur, y tal vez, en la del Norte» (1).

Pero Bolívar no se desalienta ; con imperturbable serenidad pone orden en todo, hasta en el caos ; se ocupa de los menores detalles de administración y, en el momento en que todo parece hundirse, crea escuelas, funda una universidad, visita minas y se preocupa de mejorar la suerte de los obreros.

Parece haber traspasado los límites que un cuerpo humano bien templado puede soportar en punto a fatigas físicas y morales : la fiebre le abrasa, viéndose obligado a retirarse de la ciudad para tomar reposo. Allí le sorprenden con noticias poco halagüeñas respecto a la situación peruana y a los progresos del enemigo : durante su ausencia, los españoles se habían vuelto a apoderar de Lima, 29 de febrero de 1824, a consecuencia de la traición de Torres Tagle, del ministro de la Guerra y numerosos oficiales y altos funcionarios. El fin de todo se creía tanto más fatal cuanto más cercano a la tumba se suponía al salvador. «¿Qué pensáis hacer, le preguntó un amigo con lágrimas en los ojos? «Triunfar», respondió simplemente.

Reúne todas las tropas de que podía disponer y, a primeros de agosto del mismo año, consigue en Junín una importante victoria sobre los españoles. Poco más tarde, recibe la comunicación de una ley votada en el Congreso colombiano, que le despojaba de los poderes extraordinarios y del mando de la expedición en el Perú. No es esta la primera vez que los políticos de la democracia pretenden desligarse del gran patriota republi-

(1) MARIANO TORRENTE: Obra citada, t. IV, pág. 44.

cano. Colombia es ahora libre, si bien se halla sacudida por convulsiones anárquicas : «Mientras que allá creáis nuevos pueblos, escribe un poco después Soublette a Bolívar, nosotros, aquí (en Bogotá) nos entretenemos en puerilidades y futesas, de tal modo que, si seguimos avanzando por ese camino, terminaremos todos en una casa de locos. El Congreso se halla reunido ; la Cámara de representantes del pueblo presenta el aspecto de un volcán que lo va a arrasar todo». Son numerosos los ciudadanos que piden un rey para salvar la patria ; o que Bolívar se ciña la corona, si bien éste se opone terminantemente. Y como el héroe está viudo, sin hijos, y resuelto a que ninguna otra mujer ocupe el puesto de la primera que adoró, quieren que la sucesión al trono se asegure con un príncipe heredero tomado de los Borbones. Esto es lo que temen los demagogos que han llegado a ser casi omnipotentes, bien que ellos se destrocen unos a otros. Esta es la razón y no otra, por qué se oponen a que Bolívar salve el Perú y, con el Perú, las demás repúblicas jóvenes, aunque hayan de hundirse estos nuevos Estados.

Ahora bien, la decisión del Congreso colombiano llegaba tarde : pocos días antes de recibir la comunicación, Bolívar abandonaba el ejército y se dirigía a la costa para reclutar allí tropas de refresco ; los generales reunidos en Consejo de Guerra le habían suplicado, con tanto respeto como insistencia, que delegara el mando en uno de ellos. No es que no tengan confianza en él : ¡ al contrario ! Pero es que era casi cierto que las operaciones militares que se avecinaban tendrían consecuencias terribles para la causa de la independencia. Si llega a sobrevenir la derrota que se teme, si el Perú todo vuelve a los españoles, si la libertad de América entera se halla en peligro, no hay en todo el Continente más que

un solo hombre capaz de reanimar los ánimos, de levantar un ejército, de disciplinarle y trabar la lucha : Bolívar. Es preciso, por lo tanto, que su prestigio no se disminuya con un gran desastre ; es preciso que quede alguna esperanza suprema a la República y a la libertad ; porque si hubiere venido a menos, o desapareciese, ninguna otra podría ofrecer confianza. Bolívar se rinde a estos razonamientos ; abandona sus soldados, pero el genio, la fe, la audacia, la disciplina a que les ha sometido, y sus enseñanzas quedarán entre ellos. Se los confía al heroico e íntegro Antonio José de Sucre que, como él, lleva en su sangre y en su espíritu muchos siglos de virtudes cívicas y militares.

España y América libre, el virrey Laserna y el general Sucre con sus respectivos ejércitos (el de éste, muy inferior en número) se encuentran en Ayacucho, teniendo lugar el choque supremo el 9 de diciembre de 1824, alcanzando Sucre la más brillante de las victorias. El virrey, con su cuartel general y demás soldados que no habían sucumbido en el campo de batalla, cayeron prisioneros, excepción hecha de algunos pocos que lograron huir.

«Mi general, se acabó la guerra, quedando consolidada la libertad del Perú. Ninguna cosa me llena más de orgullo que haber cumplido la comisión que me habéis encargado.» Así escribía Sucre al Libertador el mismo día de la victoria. Traza luego algunas indicaciones sobre las medidas que va a tomar, pidiendo algunos grados y recompensas para los que mejor se habían conducido, concluyendo : «Adiós, mi general ; esta carta va mal escrita, las ideas están embrolladas, pero en sí vale algo, pues contiene la nueva de una gran victoria y la libertad del Perú. Como recompensa para mí, sólo pido conservar vuestra amistad».

Este acontecimiento que se acaba de narrar de modo tan sencillo es uno de los más considerables en la historia del mundo : España queda ya sin un ejército importante en América ; la guerra de la independencia se halla virtualmente terminada ; la acción de Bolívar conquistador toca a su fin ; en cambio, los generales demagogos y los profesionales de la política anárquica, que ya comienza a despuntar, van a tener el campo libre, para desgracia de los nuevos Estados.

El triunfo de Ayacucho se celebró oficialmente y con manifestaciones populares, espontáneas y unánimes, en América entera, comprendiendo los Estados Unidos. Hecho único en la historia universal : un solo hombre, el vencedor (que es Bolívar, aunque no haya dirigido personalmente las operaciones) encarna en este momento la alegría, la voluntad y las aspiraciones de todo un continente (1).

---

(1) Hay pocos capítulos en la historia del mundo como este de la liberación del Perú, que muestre más hasta donde puede llegar la ignorancia de ciertos historiadores y la mala fe de otros. A causa de las discordias civiles, este país, no pudo salvarse a sí mismo; su debilidad y su estado anárquico constituyen un peligro inminente para las Repúblicas ya constituídas. El presidente Riva Agüero va a facilitar su reconquista por los españoles; Torres Tagle, su sucesor, hará lo mismo.

«Había ya sospechas acerca del marqués de TorresTagle, presidente del Perú; se temía, con fundamento, que siguiera las huellas de su predecesor, entendiéndose con los españoles, y estas razones motivaron el que se nombrase dictador a Bolívar. Mientras el Libertador permaneció en Lima, todo estuvo tranquilo; pero tan pronto como volvió a Trujillo para reducir a la obediencia a Riva Agüero, el marqués promovió secretamente la revolución entre los negros que formaban la guarnición del Callao, logrando su propósito.»

ESTEVENSON: Obra citada, t. III, pág. 366.

Bolívar, por lo tanto, se encontró con la peor de las situaciones; salió adelante, sin embargo, allí donde Napoleón tal vez hubiera fracasado, y logró establecer la disciplina en todas partes, salvando el Perú y las demás Repúblicas. Parece que los historiadores que hacen profesión de republicanos debieran dedicarse a tejerle coronas: ¡Pero no! Toman el partido opuesto y hablan de él como de

El Congreso peruano decreta honores extraordinarios en favor de Bolívar «Padre y salvador de la patria», y le confía el poder ejecutivo con el título de presidente ; título que rehusa el Libertador ; pero no pudiendo resistir a la voz del pueblo, a quien el pánico de la anarquía tiene sobrecogido y que cree no puede vivir sin su salvador, lo acepta por una corta temporada, hasta la convocación del próximo Congreso.

Las provincias del alto Perú que, bajo el antiguo régimen, formaban parte del virreinato de Buenos Aires, se reúnen para formar una República independiente que toma el nombre de Bolivia, en honor del Libertador.

Los españoles siguen ocupando la plaza fuerte del Callao ; pero el general Bartolomé Salom la sitia y se apodera de ella el día 23 de enero de 1826, quedando libre de enemigos la costa del Pacífico. Chile, para quien era un peligro inminente la proximidad de este puerto de guerra, respira al fin, viendo asegurada su independencia.

---

un tirano, haciéndole responsable de la anarquía... que ya hacía estragos muchos años antes de que se hubiera desarrollado...

«El Congreso pudo instalarse en la capital; pero sólo tuvo prisa por llamar al gobierno, a un adversario de Riva Agüero, al borracho e incapaz Torres Tagle (16 de agosto). El Perú tuvo entonces dos presidentes rivales el uno del otro... La causa parecía perdida. Ahora es cuando Bolívar se dirige a Lima, donde el Congreso le nombra generalísimo (1.º de septiembre). El Libertador comenzó por desembarazarse de Riva Agüero y de Torres Tagle; abolió la Constitución que apenas acababa de terminar el Congreso y, después de haber conseguido de esta asamblea poderes dictatoriales, se apresuró a disolverla: política violenta que trajo consigo pronunciamientos militares. Bolívar tuvo que retirarse a Trujillo y marchar a Colombia a buscar refuerzos.»

LAVISSE Y RAMBAUD: Obra citada, t. X, pág. 841.

# XV

## LA CONSTITUCION DE BOLIVIA Y LA HERENCIA SOCIOCRATICA

Bellas esperanzas parece que comenzaban a sonreir de nuevo. La imaginación de Bolívar iluminada, calentada por la victoria, se abandona al optimismo por algún tiempo : la República de Bolivia, hija de su espada, le aclama como a un semidiós y le pide leyes. Redacta una Constitución, la ofrece a su hija, y espera que los demás Estados que también le deben la existencia, no tardarán en adoptarla también, cuando se convenzan de los buenos resultados que trae su aplicación.

El primer problema que se le presenta es el del poder estable y continuo, independiente de la elección popular ; y, puesto que no se quiere un Senado hereditario, otorga los caracteres de independencia y perpetuidad al ejecutivo : el presidente de la República será cargo vitalicio. Esto ya constituía un progreso ; y si se detenía allí, las elecciones serían menos frecuentes, pero las habría al fin, a la muerte del presidente o en caso de dimisión. Por otra parte, el jefe del poder ejecu-

tivo, que trae su origen de una lucha entre partidos, será siempre hombre de un partido y gobernará por y para el partido. ¿Y quién sabe si las crisis de la elección, por estar más distantes, llegarían a ser más peligrosas?

Bolívar no puede ignorar lo que significa una crisis en los Estados Unidos del Norte, tan celebrados por su orden, prosperidad creciente y sabia política. Por esta época, un francés, entusiasmado con las ideas liberales, Alejo de Tocqueville, descubre a la vez la América anglosajona y la democracia; recoge documentos, toma notas para una gran obra que escribirá a la vuelta y en la que ha de proponer la joven democracia norteamericana como modelo para los Estados atrasados de Europa, anunciándoles «el advenimiento próximo, irresistible, universal de la Democracia en el mundo» (1). Esta admiración de Tocqueville no es ciega: comprende los defectos y vicios del régimen, los señala; pero se consuela pensando que la democracia norteamericana se

(1) La democracia en América: Advertencia de la 10 edición: «Tocqueville... pondera tanto la igualdad, que llega hasta la exageración; igualdad que desmiente el estado actual de todas las grandes nacionalidades, comprendiendo la misma de los Estados Unidos... Muchos capítulos de esta obra, por su fondo y por su forma, son verdaderas obras maestras, pero están en contradicción con otras y no van acordes con las conclusiones que deriva. El autor, en efecto, afirma en redondo que el gobierno exclusivo de las clases inferiores ha producido la grandeza actual de los Estados Unidos, pero no lo demuestra. Describe muy a medias la Constitución de este país, y no menciona la influencia preponderante que ejercían, en la misma época de su viaje a América, los grandes propietarios de los Estados del Sur. Bajo este aspecto, Miguel Chevalier, que estudiaba la América en la misma época, nos ha transmitido una idea más exacta de esta Constitución (Cartas sobre la América del Norte, París, 1826, página 175). Se explican esas lagunas cuando se estudia el modo de ser del autor: si hubiera aspirado a ser completo, hubiera comprometido la unidad necesaria a la obra de arte, que es lo que él intentaba; esto hubiera sido más útil y más verdadero; pero en un pueblo en que tanto se estima la obra literaria, no hubiera llamado tanto la atención.»

F. LE PLAY: La Reforma social en Francia, t. III, págs. 272-273.

corregirá con la edad : así lo exige la teoría del progreso.

Nos traza el cuadro siguiente, que él mismo llama «crisis de la elección» en la mejor de las democracias : «Mucho antes de que llegue el momento señalado, la elección, por decirlo así, viene a ser el mayor, el único asunto que preocupa los espíritus. Las facciones redoblan su ardor ; cuantas pasiones ficticias ha podido crear la imaginación en un país feliz y tranquilo, se agitan a medida que se aproxima el gran día. Por su lado, el presidente queda absorbido por el único cuidado que le interesa : su propia defensa. *Ya no gobierna con miras puestas en el Estado, sino en su reelección* ; se doblega ante la mayoría ; y a menudo en vez de hacer frente a sus pasiones desbordadas como es su deber, corre al encuentro para satisfacerlas. A medida que se acerca la elección, se redoblan las intrigas, y la agitación febril se extiende más ; los ciudadanos se dividen en muchos bandos, tomando cada uno el nombre de su candidato ; la nación entera cae en un estado calenturiento, viniendo a ser la elección el texto obligado de los papeles públicos, el asunto de las conversaciones populares, el solo interés del presente» (1).

(1) Obra citada, t. 1, pág. 218.

Nos hallamos en el caso de exclamar: ¡Basta! El cuadro es acabado. Pudiéramos decir que no hace falta la fecha: todo está sucediendo en el siglo XX como si nos halláramos en 1826. Pero hay en eso un inconveniente, un peligro más bien, que no señala Tocqueville: si la crisis de la elección de presidente mediante sufragio universal coincidiera con otros acontecimientos en que se ventila el honor de las naciones (la existencia misma), por medio de la guerra, ¿qué haría un presidente en cuyas manos se halla un poder tan grande, mayor a veces que el de un rey constitucional, y que gobierna no con vistas al bien del Estado, sino a su propia reelección?» Si no piensa más que en el interés del Estado, corre riesgo de ser víctima de su adversario o adversarios, que ellos también seguirán las inspiraciones de grandes financieros e industriales quienes, por medio de la prensa y el oro y otros medios pondrán la opinión contra él

Si esto sucede en los Estados Unidos, en esta República que ha realizado, según se dice, el ideal de la democracia, y que todas las otras se deben apresurar por imitar, ¿qué no ha de suceder en Colombia, y en Bolivia, y qué no sucederá en el Perú? Es preciso, por lo tanto, evitar en los Estados sudamericanos los males que resultarían inevitablemente de unas elecciones presidenciales, aun a largo plazo. Con este fin, Bolívar coloca por encima de su Constitución un presidente vitalicio, asistido de un vicepresidente, que a la vez es presidente del Consejo de ministros, nombrado por él y encargado de sucederle.

«El presidente de la República, nos dice en el mensaje que acompaña a su plan, será en nuestra Constitución como el sol que, fijo en su centro, da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua, por-

---

haciendo que triunfe su propia causa, que no será ciertamente la causa de la nación. Porque, ya se sabe, la plutocracia es la que manda en la democracia. En fin, no podrá evitar que «una nación entera» venga a caer en «un estado febril» en momentos en que más necesaria es la calma y la razón.

Hace medio siglo que los teorizantes hubieran respondido que este caso no era para temer, puesto que los Estados demócratas son esencialmente pacíficos; en especial, la República norteamericana estaba destinada a gozar de una paz perpetua, gracias a sus leyes, a su situación geográfica y al carácter de sus habitantes. Los hechos hubieran venido a desmentirlos; pero unos, ignorantes y amigos de meterse en todo, no llegaron a conocerlos; otros, doctrinarios empedernidos, hubieran hecho como si no existieran y seguirían creyendo que no podía suceder cosa semejante. Psicólogos como G. Tarde, historiadores como Seignobos, quedaron estupefactos, en 1898, al descubrir el imperialismo norteamericano y confesaron ingenuamente su fracaso.

G. Tarde atribuye el poderío y riquezas de los Estados Unidos a los sentimientos «altamente religiosos» de los primeros colonos y al carácter moral de las instituciones que son las que han salvado el país «hasta ahora» (1898). «Digo hasta ahora, para no prejuzgar un porvenir sombrío a nuestros ojos, después de lo que hemos visto ha sucedido en la guerra contra España. En ella se han revelado, entre los descendientes de puritanos, que también quisieron ser conquistadores como sus padres, instintos de presa que han aumentado con

que en todo régimen sin jerarquía, es preciso más que en los otros, que haya un punto fijo alrededor del cual se muevan los magistrados y demás ciudadanos, los hombres y las cosas.»

Hay un precedente, de fecha próxima y en país vecino que Bolívar no puede menos de invocar : «La isla de Haití, después de haber probado todos los gobiernos conocidos y algunos otros, tuvo que recurrir al ilustre Petión para que la salvara ; se confiaron a él y ya los destinos de Haití dejaron de ser vacilantes. Nombrado Petión presidente vitalicio, con facultad de nombrar a su vez sucesor, ni la muerte de este gran hombre, ni la toma de posesión por el nuevo presidente causaron el menor peligro en el Estado ; todo marchó bajo el digno Boyer como si se tratara de un rey legítimo : prueba inequívoca de que un presidente vitalicio con facultad

---

la satisfacción de los primeros» (Las transformaciones del poder, página 252).

¡Hasta ahora! Queda uno confundido ante tal ignorancia, o ceguera: desde 1828, un oficial inglés que ni era psicólogo ni historiador de oficio, Belford H. Wilson, definía el imperialismo de los Estados Unidos, cuya política quedaba bien establecida para todo un siglo. Mencionemos algunos hechos que hubieran debido turbar un poco, antes de 1898, la quietud y seguridad de nuestros teorizantes:

1.º En 1811, el gobierno norteamericano redacta una carta de los Estados que forman o deben formar parte de la Unión, por cualquier medio que sea; los límites son los que ha de alcanzar 37 años más tarde, con motivo de la guerra con Méjico. Otra guerra más está prevista allí, porque también se habla de la isla de Cuba. El representante diplomático de España escribe a su gobierno con motivo de esta carta, a que hemos hecho referencia (CARLOS PEREYRA: El mito de Monroe);

2.º A partir de 1823, los documentos diplomáticos y políticos de los Estados Unidos contienen amenazas contra Europa, a propósito de Cuba;

3.º En 1846, guerra de conquista contra la República mejicana, guerra prevista y preparada desde hacía treinta años y que al fin se declaró siguiendo los impulsos del partido democrático.

La República vencida hubo de ceder a la República victoriosa casi la mitad de su territorio.

de nombrar sucesor es la inspiración más sublime que ha brotado de la república».

Inspiración sublime, pase; puesto que la retórica entonces a la moda exige tales epítetos; inspiración republicana, sí; pero democrática, en modo alguno. La República de Haití necesitaría que el régimen inaugurado por Petion se perpetuara y aun, que fuera mejorándose en sentido antidemocrático; pero los políticos de las Antillas no son de ese parecer, y ya tomarán la revancha.

Hay otros precedentes, si bien tratándose de monarquías, como el de Rusia, que cita Montesquieu, y que, por lo tanto, no podía ser desconocido por Bolívar. Antes de que formara un gran Estado, Rusia tuvo reyes con facultad de elegir sucesores.

«Conforme a las Constituciones de Moscovia, el zar puede elegir sucesor a quien quiera, sea de su familia, o sea de otra. Este modo de sucesión causa mil trastornos que hacen inseguro el trono, y la sucesión un tanto arbitraria. Siendo el orden de sucesión lo que más importa conocer al pueblo, será tenido por mejor el que más hiera la vista: como el nacimiento y cierta clase de nacimiento; sólo así se destierran las intrigas y se apaga toda ambición ; tampoco se captará la voluntad de un príncipe débil, ni se hará hablar a los moribundos» (1).

A Bolívar le ha afectado los vicios que señala Montesquieu: las ambiciones que rodearían el lecho de un príncipe débil y los peligros que trae consigo hacer hablar a uno que se está muriendo. El quiere evitarlos, fija un sistema que corta por anticipado estos abusos asegurando la sucesión a un presidente del Consejo

(1) Obra citada, lib. V, c. XIV.

que, caso de que muera aquel a quien va a reemplazar, tendrá ya práctica y habrá experimentado las responsabilidades del poder. Una vez más, el Libertador se muestra republicano, aristócrata, autoritario y antidemócrata, estableciendo la herencia sociocrática que, más tarde, preconizará Augusto Comte como el mejor de los gobiernos (1).

Según la Constitución boliviana, el presidente es el jefe irresponsable de la administración del Estado. Este presidente nombra su vicepresidente y sus ministros, pudiendo revocar ese nombramiento, promulga leyes, y vela por su cumplimiento ; convoca el Cuerpo legislativo, dispone libremente del ejército para defender la República, y le manda en persona tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra ; dispone de la milicia nacional para el gobierno interior, nombra los oficiales de toda categoría, da patentes de corso, dirige las negociaciones diplomáticas y nombra representantes de la República en el extranjero ; a él toca el derecho de indulto, y el veto para las leyes votadas por el Cuerpo legislativo : es todo un soberano constitucional. A la cabeza del Estado hay, pues, un presidente inamovible, independiente de la voluntad del pueblo. ¿Qué habrá en la

(1) «La dictadura hereditaria, ¿es el gobierno por el que se pronunciaba Comte? Se puede decir que sí y que no; quería efectivamente una dictadura hereditaria, pero basada en cierta clase de herencia. Aconsejaba no la herencia que se apoya en el nacimiento, sino la herencia que resulta de la elección, que es lo que él llama herencia sociocrática. En una palabra: quería que cada gobierno, lo mismo que si se tratara de otro funcionario, escogiese él mismo su sucesor; salvo, para los funcionarios, la ratificación de la elección por autoridades superiores. Pensaba, en efecto, que tal manera de trasmitir los poderes, además de alejar el peligro de la anarquía con motivo de la elección y asegurar por otra parte el lazo de continuidad, era el más propio para que pudiera suministrar dignos gobernantes».
LEON DE MONTESQUIEU: Obra citada, p. 268.

base? La doctrina democrática responde: la voluntad del pueblo soberano, es decir: el sufragio universal. Bolívar responde: ¡No!, el sufragio restringido; y comienza por privar de este derecho a todos los de Bolivia que no saben leer ni escribir, a los mendigos, a todos los que se hallan bajo las órdenes de un patrón en calidad de sirvientes domésticos, esto es: a todos los criados, a todos los obreros agrícolas; también retira ese derecho a los deudores que obran fraudulentamente con sus acreedores, a los jugadores y borrachos, a los que promueven escándalos en las elecciones y a los que compran los votos: casi las tres cuartas partes de la República se encuentran así excluídas del todo en la participación del gobierno: los Derechos del Hombre han quedado violados.

Los ciudadanos, cuyo número queda bien reducido con esta selección, nombran electores a razón de uno por cada diez; el conjunto de electores da lugar al cuerpo electoral que, al lado del ejecutivo, del legislativo y del judicial, constituye un cuarto poder del Estado. No se limita, en efecto, a elegir diputados; el cuerpo electoral de cada provincia, renovado cada cuatro años, es una verdadera asamblea provincial que se reúne todos los años una vez para ejercer ciertas atribuciones: procede a la revisión de listas electorales, excluyendo de ellas a los ciudadanos que, como consecuencia de algún cambio y condena, han perdido el derecho, e inscribe a otros que se han hecho dignos de figurar en ellas; propone al poder ejecutivo candidatos para la prefectura del departamento y gobierno de la provincia, para las plazas vacantes de corregidor, párroco y vicario; a los prefectos, para plazas de alcaldes y jueces de paz; al Senado, para jueces de primera instancia, etc. La Asamblea electoral tiene el derecho de pedir a las Cámaras todo lo

que juzgue favorable para el bienestar de los ciudadanos y entablar recurso contra denegaciones de justicia y actos arbitrarios.

El cuerpo electoral se encuentra, por lo tanto, excesivamente reducido, y sus electores privilegiados, que forman una verdadera oligarquía, ejercen atribuciones que les convierten en dueños de la administración provincial y común, participando de una manera activa y directa del gobierno de la nación, puesto que se les otorga el derecho de inspección y pueden tomar la iniciativa de proponer leyes al poder legislativo (1).

---

(1) Nos hallamos aquí con nuevas analogías entre las ideas políticas de Bolívar y las que Renán expondrá más tarde:

«Aplicado a la elección del soberano, la elección fomenta el charlatanismo, destruye por anticipado el prestigio del electo, obligándole a humillarse ante aquellos que deben obedecer. Con mayor motivo hay que aplicar estas objeciones al caso en que intervenga el sufragio universal... Se puede conceder que todo ciudadano tiene su derecho a intervenir en el gobierno de la cosa pública; pero es preciso reglamentar ese derecho y aclarar su ejercicio. Admítase que cien ciudadanos de un mismo cantón elijan su elector correspondiente; lo cual vendría a dar 80,000 electores para toda Francia. Estos 80,000 electores se distribuirían en colegios departamentales; de los cuales cada fracción cantonal se reuniría en la capital del cantón, daría sus audiencias y votaría por todo el departamento...

El mandato electoral pudiera conferirse por quince o veinte años; si se formara un colegio electoral para cada elección particular, se perdería casi todas las ventajas de la reforma de que se trata.

«...Electores de segundo grado serían los aristócratas locales, autoridades, notables, que habían de ser vitalicios. Estos electores deberían reunirse por cantones en tiempos de crisis; serían los guardianes de las costumbres, custodios de la hacienda pública, ocupando el puesto de hombres graves y experimentados. Los consejos generales de departamento pudieran funcionar de manera análoga, ligeramente modificados.»

(La reforma intelectual y moral, p. 45, 85).

Más que en el proyecto de Renán, cada colegio electoral forma, en este de Bolívar, una verdadera aristocracia; bien que en el primero haya un solo elector por cada cien ciudadanos, y en este segundo, sea uno por cada diez. No obstante aquí, el porcentaje de electores es menor que en el de Renán, porque los electores en la constitución de Bolívar son resultado de una primera selección.

Pero es que Bolívar no oye la gran voz de Robespierre que grita : «¿ La ley es expresión de la voluntad general cuando la mayor parte para quien es dada no concurre de alguna manera a su formación ? No. ¿ Los hombres son iguales en derechos, cuando unos gozan exclusivamente de la facultad de ser elegidos miembros del cuerpo legislativo y demás cargos públicos, otros sólo el de nombrarlos, y otros quedan privados de toda clase de derechos ? No... En fin : ¿ es soberana la nación cuando el mayor número de individuos que la integran se halla despojado de los derechos políticos que constituyen la soberanía ? No...» (1).

Si hubiera que hacer una diferencia, continúa Robespierre en el mismo discurso, ésta sería a favor de los pobres. «Si la balanza pudiera no ser igual, ¿ no debiera inclinarse a favor de los que son menos acomodados ?» Los pobres obreros, los humildes aldeanos iletrados tienen más derechos que los hombres instruídos para poder participar del gobierno de la nación (2) ; porque tienen más virtudes, son más sensibles ; y de esas virtudes y de esa sensibilidad sacan ellos más conocimiento, más ciencia y experiencia que otros por el estudio.

El Libertador no oye estos clamores, pero otros los escuchan.

* * *

Bolívar sigue su objeto que es reemplazar la dominación de los españoles de la metrópoli con una oligar-

---

(1) Discurso sobre la necesidad de echar abajo el marco-plata (11 de agosto de 1791).

Hagamos notar que, conforme a la doctrina democrática, el poder legislativo representa la voluntad general, sin restricción, sin condición alguna. Para ella, la virtud y el talento sólo es preciso cuando se trata de funcionarios.

(2) ¿Por qué? Después de haber dicho que sólo se debe tener

quía nacional. Al mismo tiempo asegura el porvenir de la República y su existencia misma ; al menos, las hubiera asegurado, si su edificio no hubiera venido tan pronto abajo. A partir de 1825, se le acusa cada día más de que pretende erigirse en dictador tiránico, inamovible, en un verdadero César. La verdad es que, si lo hubiera pretendido, habría hecho todo lo posible para no conseguirlo jamás, cimentando su Estado en un reducido número de electores ; puesto que la historia de todos los tiempos demuestra que la dictadura y el imperio son productos de la democracia. Proudhon lo observará en 1863 :

«El sufragio universal, de cualquier modo que se haya practicado, ha recibido siempre su consagración de un partido republicano y democrático, jamás de un emperador, de una aristocracia o de un rey. Una vez establecido, ese mismo sufragio se torna contra sus autores y produce, en lugar de la República, de que se le suponía expresión, la dictadura perpetua, el imperio. Así vemos que en Roma, la democracia termina, por sufragio universal en el cesarismo ; en Francia, el pueblo de Danton, de Robespierre y de Marat ha votado siete veces el imperio : en 1800, 1802, 1804, 1815, 1848, 1851 y 1852. ¿De dónde puede venir este cambio ? Hasta el presente, lo mismo la República que la Monarquía constitucional, han tenido como condición de permanencia la preponderancia de una aristocracia o burguesía ;

---

en cuenta la mayoría de voluntades, el demagogo se contradice a sí mismo: hace intervenir a la virtud y, adulando bajamente a las turbas, este abogado burgués que hace la revolución en provecho de los burgueses y de los abogados, hace de la virtud un monopolio del pueblo. Por lo demás, esto no pasa de una comedia: ni una sola de las asambleas de la Revolución francesa ha sido elegida por mayoría de habitantes, conforme a los principios.

la intervención popular le ha sido siempre nefasta. ¿Es que no será posible la conciliación del sufragio universal y la República?» (1).

Bolívar responde que no, categóricamente: los discursos preliminares de sus dos proyectos de Constitución y su correspondencia nos prueban que no creía en la posibilidad de una República durable y próspera bajo el régimen democrático del sufragio universal; su convicción, la insistencia para que adopten su programa, demuestran la sinceridad de sus sentimientos republicanos. Harto bien conoce la historia de Francia, a partir de 1789, y la historia de Roma para que pueda ignorar que los emperadores son creados, aclamados y adorados por el pueblo. Ahora bien; a ese pueblo que le pide sus solicitudes, Bolívar le arrebata el medio de expresar su voluntad, y entrega el gobierno y toda la máquina de la administración a una burguesía suspicaz que desconfiará de él, porque teme ser despojada. La ley histórica va a cumplirse en América más que en parte alguna: Bolívar no llegará a ser César, pero tras él, y con ocasión del triunfo de sus ideas democráticas, parte de la

---

(1) Las democracias juramentadas y refractarias, p. 16.

Nuestra magna y democrática Enciclopedia Larousse nos da una definición exacta de la palabra cesarismo:

«Dominación de soberanos, elevados al gobierno por la democracia, pero revestidos de poder absoluto.»

Hay soberanos que no son absolutos, pero estos de origen democrático lo son.

Larousse cita en seguida a Proudhon, y luego este pensamiento del liberal Julio Simón:

«El cesarismo, es la democracia sin libertad.»

Democracia y libertad no son sinónimos; más bien, la democracia no es compatible con la libertad, puesto que aquella es quien engendra el cesarismo como término de su evolución.

Cuando una democracia no termina en el cesarismo, concluye por ser esclava de los que más dinero tienen: es un fenómeno que se observa hoy mejor que en ninguna otra época; nuestros demócratas son en realidad verdaderos plutócratas.

América española será gobernada por Cesarillos que, llenando su boca con el nombre de demócratas y aun conservando la palabra República (ni más ni menos, como en tiempo de los emperadores romanos), restablecerán el absolutismo, o más bien la tiranía. Bajo su despotismo continuarán llamándose libres, lisonjeándose con declamaciones hueras, y el nombre de rey será lanzado a la execración pública (lo mismo, siempre, que en la Roma imperial).

* * *

En la Constitución boliviana, el cuerpo legislativo se compone de tres Cámaras : la de tribunos, la de senadores y la de censores ; cada una compuesta de treinta miembros. Tienen sus atribuciones comunes : reunidas en Congreso, nombran el primer presidente de la República y confirman los poderes de sus sucesores ; en tiempo de guerra o de peligro extraordinario, le invisten de todos los poderes que se precisen para salir adelante ; sus miembros pueden ser nombrados ministros y vicepresidentes de la República, pero dejando, entonces, de formar parte del Cuerpo legislativo.

Las principales atribuciones de los *tribunos* son : las relativas a finanzas, obras públicas, ejército, marina, asuntos extranjeros, naturalización. A esta Cámara pertenece declarar la guerra, hacer o recibir proposiciones de paz a ruegos del gobierno. Las leyes votadas por ella deberán ser revisadas por el Senado. Sus miembros son elegidos cada cuatro años, renovándose por mitad cada dos.

Las principales atribuciones del *Senado* se refieren

a asuntos judiciales y eclesiásticos ; nombra funcionarios a petición de los cuerpos electorales. Los senadores son elegidos cada ocho años, y se renuevan por mitad cada cuatro.

La Cámara de los *censores* vela por el cumplimiento de la Constitución, ejecución de las leyes y tratados de paz ; es la encargada de denunciar al Senado las infracciones cometidas, pudiendo exigir la suspensión de los ministros y del vicepresidente de la República, si así lo requiere la salud de la misma ; puede acusarlos en caso de traición, concusión o violación manifiesta de las leyes fundamentales del Estado. Si el Senado estima que es fundada la acusación, las tres Cámaras se reúnen para proceder en juicio.

Las leyes relativas a la imprenta, planes de estudios, métodos de enseñanza pública, bellas artes, ciencias, atribución de recompensas nacionales para los que más se han distinguido en sus servicios por la patria pertenecen a la jurisdicción de esta Cámara. El cargo de censor dura toda la vida ; no pudiendo lograr Bolívar que el cargo fuera hereditario, le ha hecho lo más inamovible que cabe, y así coloca junto al presidente un poder más estable que el de los tribunos y senadores. Esta Cámara de censores tiene algunas de las atribuciones que Bolívar otorgaba al poder moral ; como éste, también aquella Cámara recuerda el Areópago de Atenas, cuyos miembros eran igualmente vitalicios. Evidentemente Bolívar se inspiró en Solón.

«Para el Areópago, Solón reservó la custodia de las leyes, tocando a este Senado el velar por la Constitución. Como se hallaba dotado de la más alta autoridad y la más extendida, vigilaba a los ciudadanos y castigaba a los infractores, porque disponía severamente del derecho de imponer una multa o un castigo... A todas

estas prerrogativas añadió Solón la de juzgar los complots urdidos contra la democracia» (1).

Más, en el sistema de Bolívar, parte de estas atribuciones del Areópago se hallaban distribuídas entre el Senado y la Cámara de los tribunos, por ser las tres Cámaras reunidas las encargadas de juzgar los crímenes cometidos contra la Constitución que hubieran sido denunciados por los censores.

* * *

El Congreso de Bolívar adoptó la Constitución que le ofrecía el Libertador, no introduciendo sino ligeras modificaciones, y un artículo en que se declaraba religión del Estado la católica, apostólica y romana, con exclusión de todas las demás ; Bolívar había dejado a un lado esta cuestión, no por indiferencia, y menos por hostilidad, puesto que era católico práctico (2). El lo explica de este modo :

«En una Constitución política no se debe prescribir una profesión religiosa ; pues, según las mejores doctrinas acerca de las leyes fundamentales, las últimas sirven de garantía a los derechos civiles y políticos. Como la religión no pertenece a ninguno de éstos, es de otra naturaleza indefinible en el orden social y pertenece al orden intelectual... La religión es la ley de la conciencia. Toda ley que se da sobre este asunto, la anula ; porque, poniendo la necesidad sobre el deber, quita todo mérito a la fe que es la base de la religión. Los

(1) ARISTOTELES: Constitución de Atenas, c. VIII.

(2) «Hoy, domingo, el Libertador ha ido solo a misa. Siempre, cuando nos hallábamos ausentes, nos mandaba llamar para que le acompañáramos. Mientras ha permanecido en Bucaramanga, no ha dejado una sola vez de ir a misa los días de fiesta.»

PERU DE LACROIX: Obra citada, p. 90.

preceptos y dogmas sagrados son útiles, luminosos, de una evidencia metafísica ; todos debemos profesarlos, pero es un deber moral, no político.»

Para él, la libertad del culto y, por consiguiente, los derechos y privilegios de las autoridades eclesiásticas se hallan implícitamente contenidos en las leyes que garantizan las libertades civiles. Tampoco se había preocupado de los cultos no católicos, porque apenas si existían en la América española.

* * *

La Constitución de Bolívar suscitó tales entusiasmos que vinieron a llenar de ilusiones al autor de la misma : «No es sólo la Constitución de Bolívar, escribía un contemporáneo, haciéndose intérprete de la admiración general ; esa Constitución es el compendio de cuanto los hombres han aprendido en el arte de gobernar, el germen de una dicha inmensa que se desarrollará en medio de las sociedades que tuvieren la fortuna de adoptarla» (1).

Un movimiento se dibujó en Colombia al adoptarla : Bolívar la presentó a los colegios electorales del Perú, quienes la aceptaron sin modificación alguna, ofreciendo la presidencia vitalicia a su Libertador. Aquí durará dos años ; en marzo de 1828, los peruanos la reemplazarán por otra más democrática.

Como todo estaba por hacer en Bolivia, y ninguna rueda funcionaba de las que establecía la Constitución, el Congreso nombró inmediatamente toda clase de funcionarios ; los diputados se aprovecharon en seguida

(1) ANTONIO LEOCADIO GUZMAN: Ojeada sobre el proyecto de Constitución que el Libertador ha presentado a la República Bolivar.

y se adjudicaron los mejores puestos; cosa que no dejó de llamar la atención de un honrado oficial irlandés del ejército libertador: «Muchos de esos diputados tornaron a sus hogares con muy buenos empleos, lo que ya fué el principio de un error» (1). Y el principio del banquete.

Antes de separarse, tenían que elegir el primer presidente de la República. Bolívar, previendo las dificultades que había de hallar este magistrado supremo, en sus principios, para organizar el gobierno y demás administraciones, buscó un candidato que, por sus virtudes, talentos y patriotismo presentase el mayor número de garantías. Obedeciendo a sus indicaciones, fué elegido el mariscal Sucre. El vencedor de Ayacucho, el amigo íntimo, el fiel compañero y lugarteniente de Bolívar es, quizá (a pesar de haber elegido un lugar secundario durante su corta existencia), la figura más saliente de la América del Sur desde el punto de vista de la bondad de carácter y virtudes morales; ni una mancha, ni una sombra, en su vida del todo pura: así que la elección no podía ser más acertada.

Sucre, que hubiera preferido volver a Colombia, había, desde un principio, rechazado la presidencia. La aceptó a instancias de Bolívar, mas por dos años solamente, pasados los cuales la entregaría a su primer ministro para que la desempeñara definitivamente. Trató de gobernar con prudencia y honradez. A los dos meses fué víctima de un atentado, en que un oficial trató de asesinarle. Al año siguiente estalla una revolución, en la que fué herido dos veces; poco más tarde, el Perú invade Bolivia con pretexto de que Sucre

(1) Independencia americana. Recuerdos de FRANCISCO BURDETT O'CONNOR (edición de la Biblioteca Ayacucho) p. 210.

se opone a un proyecto de confederación de ambos países: el Perú acababa de abolir la Constitución de Bolívar y no admitía que el país vecino la conservase.

«Se sabe muy bien, hace notar O'Connor en sus Memorias, que la invasión de Bolivia por el general Gamarra, tuvo por objeto abolir la Constitución de este país, lo mismo que la presidencia vitalicia, que había cerrado la puerta a tantas ambiciones» (1). No les basta a los demagogos peruanos caer ellos en la anarquía, quieren arrastrar también a sus vecinos: la democracia hace proselitismo a mano armada.

Este primer encuentro entre Perú y Bolivia dura poco; su fin coincide con el término que Sucre se había fijado: para experiencia, basta. Los ambiciosos que hablan en nombre del pueblo no pueden soportar la sola idea de que pueda ser presidente vitalicio, que pueda nombrar su sucesor, y que no les llegue a ellos nunca el turno: odian tanto al presidente inamovible como a la Constitución que le ha conferido tal poder, aunque le haya usado sólo por el bien común y no del partido. Los partidos (que todos piden para sus hombres honores y distinciones) se agitan. La situación llega a ser insostenible (2): Sucre se ve obligado a presentar la

---

(1) Obra citada, p. 250.

(2) Leemos en la Historia general de Lavisse: «Habiéndole suplicado una constitución la República de Bolivia, él (Bolívar) se hizo bastante autoritario y logró por medio de adulaciones, la presidencia vitalicia... Las tropas colombianas fueron expulsadas de Bolivia, y Bolívar con Sucre depuestos en sus poderes». (T. X, págs. 854-855).

Los estudiantes que aprenden historia en esta gran obra, están persuadidos que Bolívar fué presidente de Bolivia desde 1826 a 1828, y que se mantuvo en el poder gracias a tropas colombianas, que al fin eran extranjeras; pero es que ignoran las funciones de Sucre. M. Debidour no sabe qué título darle: no sabe que el presidente era Sucre y que Bolívar no estaba en Bolivia.

dimisión y abandonar el país que se le había entregado para siempre.

Vuelve a Colombia, donde toma un puesto de segundo lugar para seguir sirviendo a la patria, que es América. No podrá continuar así mucho tiempo: antes de un año, el héroe de Ayacucho, muere asesinado.

# XVI

## EL JUAN JACOBO AMERICANO REFORMA LA ENSEÑANZA

Al comenzar el año 1824, el pasado con todos sus errores y quimeras se impone a Bolívar—a su corazón siempre fiel y vibrante más que a su inteligencia desengañada—en la persona de un aparecido: acaba de saber que Simón Rodríguez, cansado de andar errante por Europa, ha vuelto a América y se encuentra en Bogotá. Escribe en seguida, el 19 de enero, a su antiguo preceptor una carta patética digna de Saint-Preux, desahoga su ternura en el seno del amigo de la naturaleza y le ruega que venga a juntarse con él: «¡Maestro! ¡Amigo mío! ¡Mi Robinsón! Usted en Colombia, usted en Bogotá y sin haber escrito! Sois el hombre más raro del mundo...»

En frases de un romanticismo trasnochado invita al profesor a que venga a contemplar la naturaleza desde la altura de los Andes: «Venid al Chimborazo: profa-

nad con vuestro pie atrevido la escala de los Titanes, la corona de la Tierra, estas almenas inexpugnables del Nuevo Universo...» Y termina con este llamamiento : «Amigo, si todos estos atractivos irresistibles no os arrancan de un vuelo hacia mí, acudiré a un epíteto más fuerte : yo invoco la amistad...»

Rodríguez se halla en el colmo de la alegría ; después de una separación tan larga, su discípulo, que ha llegado a ser el hombre más ilustre y más poderoso de América, no le ha olvidado ; Bolívar no ha dejado de ser a sus ojos lo que era en su adolescencia, lo que el mismo preceptor sigue siendo. Con su discípulo presidente de la República, Robinsón puede ya aplicar sus principios, que son los de Rousseau revisados y amplificados por una imaginación tan lógica en sus consecuencias como tropical : el educador del joven aristócrata y millonario, llegará a ser también el educador del pobre pueblo. Destruirá todo lo pasado, abolirá la superstición romana, creará Mundo y Hombre nuevos : se convertirá en el verdadero fundador de la Sociedad americana regenerada.

Sin embargo, no acude inmediatamente al llamamiento de Bolívar, a causa de que el general Santander le ha dado ocasión de comenzar su obra de salvación de la humanidad, confiándole la dirección de una escuela ; así que, a pesar de su deseo de abrazar al Libertador, Rodríguez se queda en Bogotá ; ante todo, el deber. Pero es el caso que el gobierno no le proporciona todo el dinero que necesita para realizar su sueño dorado ; se le guardan, sí, los respetos, que se deben al profesor y amigo de Bolívar ; pero también es evidente que, si no hubiera sido eso, no hubieran tardado mucho en despedirle. Apenas ha reunido una docena de alumnos cuando, en lugar de enseñarles a leer y escribir y los

elementos de aritmética, les enseña oficios manuales (1) ; de lo cual se quejan los padres.

El reformador termina por abandonar a estos ingratos. Además, una escuela pequeña, con recursos mezquinos, no es a propósito para campo de experimentación : hay que hacer las cosas en grande : quiere todas las escuelas y mucho dinero. Para ello es preciso ver a Bolívar que es el único que le puede dar autoridad, revestirle de un alto cargo y confiarle los créditos precisos. Al fin logra encontrarlo en Lima a principios del año siguiente. El Libertador le estrecha la mano y le abraza con cariño, diciéndole lo que, dos años más tarde, recordará con amargura : «La obra que voy a emprender exige vuestra presencia ; y vos, para terminar la vuestra, necesitáis de la mía» (2).

El reformador, que no ha cambiado, no se da cuenta que su discípulo ya no es el mismo. Bolívar ha conservado un sincero afecto hacia su preceptor, se lo guardará siempre ; pero la carta del 19 de enero no es menos un deber de estilo (estilo malo) como las otras que escribía a su prima de París para distraerla (3). En todo caso, a quien él llama es al amigo, al hombre encariñado con la naturaleza, no al colaborador.

Bolívar tiene la debilidad de escucharle ; le nombra director e inspector de Instrucción pública y Beneficencia, hace que le acompañe en un viaje con todo su séquito y encarga que vaya fundando escuelas y hospitales en las ciudades del tránsito. Así lo cumple Rodríguez,

---

(1) Carta del doctor Miguel Peña a Bolivar, 21 de marzo, 1824.

(2) Carta del 30 de septiembre de 1827.

(3) Naturalmente, hay escritores que tienen esta carta por «sublime», para ellos, también es «sublime» la carta a Fanny. El manifiesto de Cartagena y las cartas políticas de Bolívar en las que no se hallan declamaciones por el estilo, no les parecen tan admirables.

deteniéndose después en Chuquisaca (Bolivia) que es donde el Libertador le ha asignado la residencia para que funde y dirija una Escuela Modelo.

El pedagogo vagabundo nos da a conocer, en una de sus obras, las cualidades que debe reunir y condiciones que ha de llenar el Director de la Escuela.

«El director de una obra semejante, escribe, ha de poseer más aptitudes que el presidente de la República. Vengamos a cuentas :

»1.°, moralidad (sin gazmoñerías monásticas y sin escrúpulos) ; 2.°, espíritu social (por razonamiento, y no por imitación o conveniencia) ; 3.°, conocimiento práctico y acabado de las artes, oficios, ciencias exactas, etc., y de la economía ; 4.°, conocimiento práctico del pueblo y, para ello, haber viajado mucho por todos los países en que haya algo que aprender, y con intención de aprender ; 5.°, maneras finas (sin afectación) ; 6.°, carácter popular, para que sepa doblegarse y tratar de igual a igual con el ignorante y, sobre todo, con los niños ; 7.°, discreción para hacer sentir su superioridad sin humillar a nadie. Debe ser además : 8.°, comunicativo ; 9.°, de humor siempre igual ; 10, sano, robusto y activo para poder acudir a todos los lugares donde se trabaja ; 11, hábil y despabilado, y 12, desinteresado, prudente, etc. ; en fin : «hombre de mundo» (1).

Un hombre así, con todas estas cualidades, no había más que uno en toda la América del Sur en 1826 : Simón Rodríguez. El no lo duda, al menos.

La Escuela se inauguró el 1 de enero de 1826, y como Bolívar había remitido una suma considerable al

---

(1) El Libertador del mediodía de América y sus compañeros defendidos por un amigo de la causa social, p. 173.

director, comenzó a funcionar, según nos dice el apologista del Juan Jacobo de Caracas, «con todas las apariencias de estabilidad». «Desgraciadamente, añade, un proyecto tan bien meditado y acariciado, fracasó ; el espíritu de Rodríguez era harto innovador para el medio y la época ; no podía acomodarse con el metódico Sucre y mucho menos con la obscurantista y reaccionaria sociedad en que se movía» (1). Difícil será encontrar otro personaje más cómico, inconscientemente desde luego, como el biógrafo de Rodríguez ; en esto se iguala con su héroe.

Como Bolívar, el mariscal Sucre, en contacto permanente con la realidad de la vida y del gobierno, hombre de armas y de administración había enviado al *Emilio* a que se regocijara con las estrellas ; los caballos de batalla habían quitado la costumbre a estos dos jefes de andar a horcajadas por las nubes y establecer allí su residencia. El «filósofo» no podía ser comprendido por estos militares. Aun quedaban en la inteligencia de éstos algunas huellas de las malas lecturas literarias, filosóficas y políticas ; no las suficientes, sin embargo, para que pretendiesen aplicar a la educación del pueblo las teorías del ciudadano de Ginebra ; su opinión era la misma que la de los padres de familia. Estos eran «demasiado obscurantistas y reaccionarios» para exigir de un pedagogo que enseñara a leer y escribir a niños de seis a diez años ; Rodríguez, por el contrario, creía que estos niños debían aprender en seguida un oficio bajo la mirada vigilante del institutor : un albañil y un zapatero poseen el alma sublime que se requiere para el aprendizaje ; por consiguiente, el niño debe hacerse albañil y zapatero en la escuela.

(1) F. LOZANO Y LOZANO: El Maestro del libertador, p. 97.

Rodríguez nos dice que, según el plan de Bolívar, «todos los niños deben estar decentemente vestidos, alojados, alimentados, cuidados y recibir la instrucción moral, social y religiosa» (1). La enseñanza de la religión está en el programa ; y no se trata de la religión del vicario de Saboya, sino sencillamente de la católica, apostólica y romana, proclamada religión del Estado por un artículo de la Constitución : estaban muy lejos ya aquellos años en que Bolívar no reconocía otra divinidad que el Acaso, y Emilio había optado por el Dios de sus antepasados. Pero Rodríguez no entendía la religión como este soldado. «Si yo tuviera que pintar la estupidez, dice Rousseau, pintaría un pedante enseñando el catecismo a los niños» (2). Rodríguez no es pedante, ni enfadoso, ni estúpido ; así que no enseñará el catecismo a los niños del pueblo alumbrado por el sol de la Libertad, ni la enseñó al pequeño aristócrata bajo el régimen del obscurantismo. Habrá que completar, sin embargo, la obra del maestro. Supone Rousseau que un niño rico, huérfano, aislado de la sociedad, se ha confiado a un preceptor ideal que le mantendrá en el aislamiento, de modo que el discípulo llegue a la edad de 18 años sin haber oído hablar de Dios ni haber visto una iglesia. Rodríguez, por esta vez, no ha sido tan afortunado : los doscientos niños que le han confiado tienen padres ; al entrar en la Escuela Modelo todos saben sus oraciones y van a misa : son ya del todo obscurantistas y reaccionarios. Conforme al patrón ginebrino, el educador debiera borrar totalmente del corazón de los niños toda creencia prematura y, sobre todo, las supersticiones y gazmoñerías. Pero esto es imposible ;

(1) Obra citada, pág. 168.
(2) Emile, lib. IV.

y como es imposible, Rodríguez ha decidido romper la neutralidad y oponer creencias a creencias, catecismo a catecismo, siguiendo también en ello el consejo de Juan Jacobo. Toma la cosa a pechos, y al mismo tiempo que vigila los trabajos de aquellos niños que no tienen la fortuna de ser huérfanos, les enseña el catecismo anticlerical; con lo cual viola la Constitución.

Esto es lo que indigna y levanta más a los padres de familia que son, no obstante, buenos republicanos. El gobierno toma parte en el asunto: el «metódico Sucre» escribe cartas llenas de amargura a Bolívar sobre la conducta de don Samuel Robinsón (porque Rodríguez había conservado este apellido, el tercero): «En Cochabamba se ha indispuesto con todos y los ha insultado tratándolos de ignorantes y brutos; cosa que ha desagradado a estas gentes, como es natural. Pero lo que más alarma ha causado de todo es esto que ha dicho: que o poco ha de durar en el poder, o antes de seis meses no queda en Bolivia restos de la religión de Jesucristo. Juzgad el mal que se nos echa encima partiendo de un sujeto tan estimado de vos y encargado de la educación de la juventud. Parece mentira que un hombre de talento como don Samuel diga tales tonterías» (1).

Mas no es eso todo; los demócratas cuestan caros: necesitan muchos funcionarios. Sucre debía sospecharlo; y Rodríguez se encarga de presentarle algunas pruebas de lo mismo. El presidente de Bolivia escribe al Libertador que «está descontento del sistema de don Samuel»: el director e inspector general de Instrucción pública y Beneficencia dispone de un presupuesto respetable, pero este hombre es una sima. No es que dilapide el presupuesto o parte de él en provecho personal ¡No!

(1) Carta del 10 de julio de 1826.

Rodríguez es muy honrado, bien que cínico y mentiroso ; es un austero republicano. Pero, sin dar cuenta al ministro, nombra tantos subdirectores, profesores, pasantes y empleados de toda categoría, y les asigna generosamente tales sueldos que el departamento de Instrucción pública y Beneficencia se convierte en un artículo de lujo que el Estado no puede soportar. Decididamente cuesta muy caro formar obreros iliteratos y ateos, conforme a los principios del preceptor de Emilio.

En Cochabamba, don Samuel ha fundado un hospital de pobres para el cual le entregan una renta anual de dos mil pesos. Con esta cantidad, él no puede sostener más de quince pobres, porque, en su mayor parte, queda entre las manos de los empleados. «Yo le tengo desaprobado, escribe Sucre, porque el hospital de Bogotá mantiene cien pobres con una cantidad de tres mil pesos.» Sucre cita otros ejemplos y habla de un carpintero francés «que por su calidad de francés gana cinco pesos diarios, y no hace nada desde ha cinco meses» (1). Ese pícaro francés debe ser algún puro demócrata, o antiguo mostrenco de un club de jacobinos que ha tenido que ir a encallar en Cochabamba para hallar allí su filón.

En fin, don Samuel, como todos los demagogos que disfrutan de una partecita de autoridad pública, se hace insoportable, duro, tiránico con los subordinados y con los superiores : tiene un altercado con el presidente de la República, porque, sin su consentimiento, ha mandado recoger un mendigo ; nombra empleados sin tener atribuciones ; se enfada porque el Congreso se ocupa de cuestiones de educación y del presupuesto de escuelas.

(1) Carta del 27 de mayo de 1826.

El quiere ser maestro único, absoluto. Sucre da el nombre de *francesadas* a las extravagancias pedagógicas, financieras y sociales de Rodríguez ; y es que en 1825, Francia, que tanto había dado que hablar a fines del siglo precedente, no gozaba de buena reputación entre los hombres de Estado de América meridional.

En pocas palabras : en cuanto a enseñanza y beneficencia, el trastorno de creencias y costumbres, la tiranía de un sectario, el despilfarro de bienes. Al cabo de unos meses, todo el mundo queda harto y Rodríguez se ve obligado a presentar la dimisión.



Rodríguez escribe muchas cartas a Bolívar llenas de recriminaciones por ver despreciado su genio ; en una de ellas le recomienda un carpintero francés llamado Bruto : sin duda debía ser aquel de quien se quejaba Sucre. El Libertador no le contesta ; indudablemente que también se halla harto de él. Don Samuel se dirige al general Salom : «Me hallo, le escribe, en la peor de la situaciones por que puede atravesar un hombre como yo : no tengo un céntimo ; vivo de empréstitos. Decid a Bolívar que me escriba» (1). Un año más tarde, todavía se atreve a dirigirse a su discípulo ; se compara a Cristóbal Colón, de quien se burlaron porque prometía tierras nuevas : «¿Quién sabe, si tan pronto como yo haya presentado a los Congresos de América la dirección de una libertad que ellos buscan en vano, no surgirá otro Vespucio que dé su nombre a mi Nuevo Mundo?» (2). La carta tiene unas quince páginas. Bo-

(1) Carta del 4 de septiembre de 1826.
(2) Carta del 30 de septiembre de 1827.

lívar no quiso más oir hablar de Rodríguez para la dirección de Instrucción pública y Beneficencia ; pero tenía harto buen corazón para que pudiera abandonarle, y así procuró que nada le faltase.

Rodríguez escribe y publica un libro : *El Libertador de la América del Sur y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social,* que termina con una apología de la Escuela Modelo, de que ya conocemos algunos fragmentos. En seguida el Juan Jacobo de Caracas vuelve a emprender el curso de su existencia errática : de 1826 a 1854, año de su muerte, recorre toda la América con el fin de extender por el pueblo los beneficios de su método, hallando alumnos en todos los sitios ; si bien no se le tolera por largo tiempo. Les enseña todo, agricultura lo mismo que anatomía ; y para habituar a los niños a la contemplación del cuerpo humano, el institutor, amigo de la naturaleza, se pasea desnudo por entre ellos. Rousseau no había llegado a tanto, ni había pensado en ello ; pero el genio de don Samuel completa el de Juan Jacobo.

Con frecuencia los municipios o los gobiernos le confían direcciones de establecimientos, porque a pesar del fracaso de su Escuela Modelo (fracaso que él atribuye a intrigas reaccionarias y a la envidia de los frailes, lo cual le da cierta aureola) el antiguo profesor de Bolivia sigue gozando de gran prestigio. Cuando no encuentra discípulos, se dedica a un oficio ; en diferentes países se le ha visto fabricar cerillas, polvos, o dedicarse a las labores del campo, etc.

Ya es menos intransigente : enseña a leer y escribir, pero prohibe a los niños toda clase de libros : «Nos decía (escribe uno de sus antiguos discípulos) : Tratad de amontonar ideas, y si os preguntan qué es lo que hacéis, responded : Todo y nada». Su idea fija era la

propagación de las virtudes y luces sociales... Sostenía que era de todo punto imposible efectuar reformas sociales si no es procurando que una nueva generación quedara incomunicada de las demás sociedades corrompidas y corruptoras. El sueño de toda su vida era hacer un ensayo con niños de ambos sexos que pudieran ser educados en una isla al abrigo de los vicios encarnados en nuestras sociedades» (1).

Es una idea que hubiera seducido a Rousseau, que sólo se atrevió a obrar en teoría y sobre un solo individuo ; transportar toda una generación de niños de baja edad a islas en que no vieran a sus padres, donde no hubiera iglesias ni sacerdotes, donde nunca se hablara de Dios, de reyes, de guerras, de patria, de familia, etcétera : he aquí el único medio que resta por tentar, toda vez que los demás han fracasado, para romper el lazo entre el presente y el pasado, entre los vivos y los muertos ; para formar una sociedad nueva y volver a crear el paraíso terrestre.

Muchos se burlarán de las teorías de Rodríguez, que en realidad no debieran sino ponerse en contradicción con ellas mismas ; si el autor del *Emilio* tiene razón, si los doctrinarios de la tiranía democrática están en lo cierto, si el Estado, pontífice soberano, lo mismo en lo temporal que en lo espiritual, tiene el derecho de imponer sus dogmas y substituir (por medio de la educación de los niños) su voluntad por la de los padres y madres de familia, entonces Simón Rodríguez tiene razón : sus concepciones no son más que desarrollo lógico, necesario, de las teorías que desenvolvió el filósofo de la opresión jacobina.

Por todas las ciudades por donde pasa, Rodríguez

(1) Carta de Pedro S. Cruzada a Vicuña Mackenna.

busca un editor de sus obras ; pero ninguno se preocupa del *Contrato* del Rousseau venezolano. Para colmo de males, todos sus manuscritos desaparecieron en un incendio, precisamente cuando el gobierno del Ecuador proyectaba editarlos a sus expensas. «Este incendio, dice el pobre filósofo, redujo a pavesas el baúl que encerraba el dichoso porvenir del Nuevo Mundo.» Ya había publicado la apología de Bolívar y la introducción a su *Tratado acerca de las luces y virtudes sociales*. En Lima, él mismo había intentado publicar por entregas su gran obra : *Sociedades americanas en* 1828, de que sólo apareció un fascículo : El autor tenía necesidad de dinero (había muerto ya Bolívar) y no salían subscriptores ; el público o no comprendía esas filosofías, o las desaprobaba.

Esta última obra, aunque incompleta, ha encontrado en nuestra época admiradores y entusiastas apologistas que han vengado a Rodríguez de la indiferencia de sus contemporáneos : «Es un libro maravilloso», escribe F. Lozano y Lozano, que es uno de los que han analizado el sistema pedagógico de Rodríguez, sin tener en cuenta lo que el hombre naturalista de Caracas ha tomado del hombre naturalista de Ginebra ; encuentra genial el sistema político de don Samuel, como todo lo que ha salido de su cerebro ; pero, añade : presenta un gran inconveniente : «Es irrealizable». No se puede ser más cómico.

En cuanto al sistema de instrucción, es perfecto : sólo de él podrá salir la verdadera República, la sociedad definitiva del Nuevo Mundo. Y no se nos diga que son necesarios muchos siglos para formar un pueblo. «¡ Bastan cinco años para señalar un pueblo a cada República !» (1).

(1) LOZANO Y LOZANO: Obra citada, pág. 269.

Estos sueños y demás divagaciones de destructores que no son capaces de levantar ni una miserable casucha en lugar de los soberbios edificios que acaban de destruir, forman todavía el encanto de muchos americanos (y europeos), retrógrados que se creen progresistas ; en particular encantan al apologista de *El maestro del Libertador,* que concluye muy seriamente : «Tesis como las de Rodríguez, unas han sido ya puestas en práctica por los países más avanzados en materia de instrucción pública ; otras, luchan para triunfar, y triunfarán. En esta gran cruzada por la emancipación del pueblo, cada victoria que se gana es una victoria para el clarividente pensador americano».

## XVII

## LOS GRANDES PLANES Y LA ANARQUIA

1825 : después de una guerra larga, gloriosa y cruel, España queda expulsada definitivamente del continente americano ; el que ha asestado golpes más terribles y decisivos a su dominación tres veces secular ha sido el Libertador, presidente de la gran República de Colombia. Es también dueño del Perú, que no quiere otro gobernante más que a él ; fundador y protector de Bolivia, árbitro de los destinos de todas las posesiones españolas emancipadas ; Europa entera tiene fijos en él los ojos. Todas las audacias, todas las esperanzas parecían permitidas.

España, vencida, teme otros desastres que la están amenazando desde hace quince años ; peores todavía que la pérdida de su inmenso territorio de Ultramar : teme la invasión del ejército colombiano que está a punto de llegar en socorro de los liberales de la antigua metrópoli : Esto sería la epopeya del regreso. Los descendientes y herederos de los conquistadores del siglo XVI traerían consigo los indios y mestizos a la con-

quista de la madre-patria. Corsarios colombianos, dueños del mar, llegan hasta aguas europeas y africanas; surcan el Mediterráneo occidental y siembran la inquietud, a veces el terror, en los puertos españoles. La comunicación marítima entre unos y otros queda a veces interrumpida. El comercio de las islas Canarias se halla estancado, siendo numerosas las familias en ruinas. Es esta una situación que comienza a inquietar a las cancillerías: el embajador de Francia en Madrid, M. de Moustiers, escribe el 28 de febrero de 1826, al barón de Damás, ministro de Negocios Extranjeros: «Reina la consternación en todos los puertos, como consecuencia de las hostilidades ejercidas con la Regencia de Argelia y los perjuicios causados por los corsarios colombianos. El espíritu revolucionario hace más progresos en estos puertos que en las ciudades del interior, no siendo dudoso que si una escuadra americana se presentara en las costas de España, el desbordamiento revolucionario no podría ser contenido».

Bolívar quiere lanzarse a la mar, pero, por de pronto, para conquistar y librar las Antillas, que habían quedado bajo la dominación de los españoles. Es un proyecto que maduró largamente: «Ha llegado la hora, escribe el 27 de enero de 1827, de darse a la mar, llevar la guerra a los españoles, arrancarles la isla de Puerto Rico, que nos servirá de escala para ir a la Habana, si nos conviene. De todos modos, estoy resuelto a llevar una expedición a Puerto Rico, que nos traerá inmensas ventajas para el exterior y el interior».

Para realizar estos planes y demás que concibe su genio, para que las jóvenes repúblicas afligidas con las guerras de emancipación puedan llegar a ser prósperas y temidas, hay que realizar la unión de esos nuevos Es-

tados. Era esta la aspiración de toda su vida: había soñado con ella, la había preparado desde su juventud, desde el principio de la guerra. Leemos en un documento de 1813, que indudablemente ha sido inspirado por él y tal vez redactado: «¿Por qué la América del Sur no se ha de reunir bajo un gobierno único y central? El espectáculo que nos ofrece Europa inundada en sangre para establecer un equilibrio, siempre alterado, debe servir de ejemplo a nuestra política para salvarla de estos escollos sangrientos... Vos, a quien América contempla victorioso, vos que sois la admiración y la esperanza de vuestros conciudadanos, vos sois el más a propósito para llevar a cabo las aspiraciones de todas las regiones del sur y para que os ocupéis, desde ahora, de fundar la gran nación y preservarla al mismo tiempo de los escollos que ha atraído sobre Europa el sistema de sus nacionalidades. Además del equilibrio continental que busca Europa donde parece que se ha de hallar menos, en el seno de la guerra y de las agitaciones, hay otro, que es el que nos importa a nosotros: el equilibrio del universo. La ambición de los Estados europeos lleva la esclavitud a las demás partes del mundo, todas estas partes del mundo deben procurar establecer un equilibrio entre ellas y Europa para anular la preponderancia de ésta. A esto llamo yo el equilibrio del universo, y es el que debe entrar en el cálculo de la política americana.

«Es indispensable que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir con éxito a las agresiones que pueda tentar contra ella la ambición europea; este gran coloso, que debe hacer frente al otro coloso, no puede ser otro que la reunión de toda la América meridional en un solo cuerpo de nación a fin de que un solo gobierno pueda aplicar sus grandes resortes a un solo objeto

que es resistir a las tentativas del extranjero, al mismo tiempo que desarrollar en el interior una mutua cooperación de todos ; lo cual nos levantaría a la cima del poder y de la prosperidad»( 1).

Dos años después, Bolívar escribía en su famosa «Carta de Jamaica» : «Es una idea grandiosa la que pretende formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación, con un solo lazo que una las partes entre sí y con el todo : el origen, la lengua, las costumbres, la religión son las mismas ; debería haber, por consiguiente, un gobierno único, confederando los distintos Estados que le formasen».

No obstante, él reconoce que esta unión de todas las repúblicas hispanoamericanas bajo un solo gobierno es irrealizable ; pero la unidad, dentro de la diversidad, es posible, tratándose de intereses comunes, a pesar de los climas diferentes, situaciones diversas, intereses encontrados, costumbres y caracteres de cada una de las regiones en que se divide la América. Su ideal es constituir en Panamá un Congreso de repúblicas americanas y hacer que acudan a él otros Estados del mundo civilizado. A partir de 1815, lanza las bases de una Conferencia de la Paz y una Sociedad de las Naciones.

«Sería hermoso que el istmo de Panamá llegara a ser para nosotros lo que el istmo de Corinto para los griegos. ¡ Quiera Dios que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de representantes de las repúblicas, reinos e imperios, para discutir los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo !»

En 1818, presenta oficialmente su proyecto de un

(1) Informe del Secretario de Relaciones extranjeras (31 de diciembre de 1813) N.º 30 de la Gaceta de Caracas.

Congreso americano al gobierno de Buenos Aires: «Tan pronto como las armas de Venezuela, escribe él a Pueyrredón, hayan completado la obra de su independencia, o circunstancias más propicias nos permitan comunicarnos con frecuencia y establecer relaciones más estrechas, nos apresuraremos con el mayor interés posible, a preparar, en cuanto está de nuestra parte, el Pacto Americano que, formando de todas las repúblicas un solo cuerpo político, presente al mundo la América con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo entre las naciones de la antigüedad. América así unida, si el cielo nos permite realizar nuestros votos, podrá ser llamada la reina de las naciones, madre de las repúblicas».

Hizo gestiones cerca de todos los gobiernos americanos y, al fin, convoca para el mes de junio de 1826 un Congreso internacional americano en Panamá. Colombia, América Central, Perú y Méjico designan sus representantes; el presidente Sucre deja que Bolívar elija él mismo los representantes de Bolivia; los demás gobiernos hispanoamericanos y el Brasil no respondieron a la invitación. Los Estados Unidos aceptan el ser representados pero a condición de que los asuntos que se traten en Panamá sean «compatibles con su neutralidad»: lo cual significa que el gobierno de Wáshington, que los republicanos y demócratas norteamericanos libres del yugo inglés gracias a la intervención de los extranjeros, no quieren que los americanos del Sur vayan a librar a Cuba y Puerto Rico del poder español, ni que se intente abolir allí la esclavitud. En virtud de la doctrina de Monroe, Cuba y Puerto Rico deben quedar bajo la dominación española hasta el día en que pasen (por anexión o protectorado) a poder de los Estados Unidos.

No entramos en detalles sobre las deliberaciones del Congreso de Panamá, el cual, no abarcando más que una exigua minoría de Estados representados, lleva camino del fracaso; de allí no podían salir sino decisiones sin fuerza alguna que ni siquiera fueron ratificadas; pero bien podemos sacar de este episodio de la historia de América indicaciones y avisos para el porvenir. Hoy más que nunca, los patriotas hispanoamericanos piden con todas sus ansias que se realice el ideal del Libertador. El fracaso fué debido a la mala voluntad de muchos gobiernos sudamericanos y, más aún, a la oposición tenaz, abierta unas veces, oculta otras, pero siempre inquietante de los Estados Unidos que ya desde esta época manifestaron su propósito de ser los únicos dueños del Nuevo Mundo, y que veían en el genio organizador de Bolívar un obstáculo a sus ambiciones.

En 1829, un oficial inglés, Bedford H. Wilson, que había sido ayuda de campo del Libertador, dirigía a éste, desde los Estados Unidos, por donde andaba viajando, cartas cuya reunión ofrecen un cuadro de la vida política de la República norteamericana, de sus ambiciones e intrigas; cartas llenas de verdad, de perspicacia y clara visión del porvenir; hay páginas enteras, sobre todo en lo que se refiere a la intervención en la política de Méjico que son hoy tan verdaderas como en 1829. El 1 de abril le escribe comunicándole las instrucciones dadas por el gobierno de Washington a sus plenipotenciarios en el Congreso de Panamá:

«V. E. podrá ver por esta carta el puesto de dominador que este país quiere adoptar en los asuntos de la América antes española. Siguiendo su costumbre y aparentando profesar siempre el liberalismo y el mayor

desinterés, este gobierno encarga a sus agentes el oficio de extender por todas las repúblicas el germen fecundo de la discordia e impedir que se establezca lo que él llama despotismo, es decir: la libertad práctica. Hablando de despotismo, es V. E. a quien se alude, lo mismo que a sus proyectos; no es otro el origen de la facción yorkina de Méjico; M. Clay vería con gusto que se extendieran otras parecidas por los demás Estados. De ahí también la animosidad contra V. E. considerado como el protector de la independencia en toda la América del Sur. Si lograran echaros abajo, quedaría abierto el campo a todas las intrigas norteamericanas; y entonces los pueblos no rehusarían aceptar la «libertad yorquina» que reina entre sus hermanos mejicanos...» (1).

Y en otra carta: «...No he encontrado un solo norteamericano que hable bien de V. E.: los papeles públicos que circulan del uno al otro extremo de los Estados Unidos sólo hacen calumniar y denigrar los actos y la reputación de V. E. y de Colombia. Sería inútil empeñarse en contener el torrente de mentiras que se publican cada día; y si es que se presentan ocasiones de desmentirlas con los hechos, los directores de periódicos salen del apuro diciendo que ellos nada tienen que ver con los hechos, que lo importante son los principios; y siguen con la campaña de difamación».

* * *

---

(1) Desde que Méjico logró su independencia efectiva, toda su política interior se halló concentrada en dos logios masónicas enemigas la una de la otra: la logia escocesa, republicana, patriota, nacionalista; la yorkina, fundada por el ministro de los Estados Unidos, demagógica, anticatólica, entregada por completo a la república de los anglo-sajones, cuyo fin era laborar por la política yanqui, que no era otra que de desmembración de Méjico.

Para hacer frente a la oposición de los Estados Unidos y librar por completo toda la América expulsando de Cuba y Puerto Rico los gobernadores españoles, para preparar una inteligencia de todas las repúblicas con vistas a la paz y prosperidad en el Nuevo Mundo, sería preciso que los nuevos Estados estuvieran animados de sentimientos fraternales unos con respecto a otros y que reinara la paz entre los ciudadanos de un mismo país; pero la mayor parte se tienen envidia mutua: de ahí que unos se hacen la guerra, o la están elaborando; y ya en el mismo seno de cada nación nuevamente formada, la demagogia sangrienta y la anarquía desatan tempestades peores que las de la guerra.

Desde que la batalla de Ayacucho puso fin a las hostilidades y aseguró definitivamente la independencia de Colombia, la situación no ha cesado de empeorar: el gran Estado fundado por Bolívar se viene a la ruina, siendo del todo evidente que el Ecuador y Venezuela quieren formar nación distinta de Nueva Granada. Hay otra amenaza mayor en puertas: y es que está a punto de que desaparezca la idea misma de nación o Estado, desmenuzada por centenares, por miles de generales, coroneles, suboficiales, abogados, periodistas que todos a su vez quieren ser dueños y gobernantes de una nación, de una ciudad, aunque no sea más que de un grupo; lo importante es satisfacer ambiciones malsanas, sonsacar oro y plata y apoderarse de todo. Todos se sienten capaces de reemplazar a Bolívar, sea en un pueblo, sea en una provincia: invocan para ello y contra el Libertador, los Derechos del Hombre y la Soberanía de los pueblos, llenando los periódicos y las asambleas de sus arengas contra el tirano.

Y, sin embargo, los males acumulados por una larga guerra fratricida son tan espantosos que tal vez no

hayan conocido igual en el curso de la historia : es la ruina completa. La población, sobre todo la de raza blanca, ha sido diezmada ; en ciertas regiones ha quedado reducida a la mitad a causa de las privaciones, hambres y matanzas ; los ricos, arruinados ; los pobres no pueden matar el hambre ; por todas partes no se ven más que logreros que, durante la guerra y la política asesina, han levantado gruesas fortunas sobre el desastre, más otros que comercian con el lodo y con la sangre. El Tesoro público se halla exhausto ; no entran los impuestos ; no se ven más que robos, engaños, concusiones ; y todo ello acompañado de discursos encendidos y llamamientos a las más bajas pasiones de la multitud a quien emborrachan con promesas, y ante cuyos ojos hacen reverberar Constituciones nuevas o cada vez más perfectas.

«Desde hace diez y seis años (escribe Bolívar a Páez, el 8 de agosto de 1826) se vienen amontonando tantos combustibles donde va a estallar el incendio que, tal vez, dé al traste con nuestras victorias, nuestras glorias, la felicidad del pueblo y la libertad de todos. Pronto, creo yo, no van a quedar ni las cenizas de cuanto habemos hecho.

«...La prensa, tribunal espontáneo y órgano de la calumnia, ha exacerbado las opiniones y entregado a los ultrajes a cuantos han merecido bien de la patria. Ha introducido, además, el espíritu de aislamiento en cada individuo ; pues lanzando a los cuatro vientos los escándalos de todos, ha logrado que se desconfíe de todos...

»El poder ejecutivo, guiado por esta tribuna engañosa y por asambleas de legisladores que todo lo enredan, ha ido en busca de una perfectibilidad prematura y nos ha sepultado en un océano de leyes y de ins-

tituciones buenas, pero superfluas para el momento. El espíritu militar ha sufrido más en estas guerras civiles que en las de nuestros enemigos; hasta su arrogancia ha quedado mermada.

»Creedme: tenemos a nuestros pies un volcán, cuyos síntomas ni son poéticos, ni ficticios, puesto que son verdaderos, sin que yo pueda atisbar el medio de hacer frente a tantas dificultades como se nos presentan. Nos hallábamos, como por milagro, en un estado de equilibrio accidental, como esas dos tempestades furiosas que se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas, apoyadas la una en la otra, y en una calma que parece verdadera, pero que sólo dura un instante. Los marinos conocen bien este fenómeno. Ese punto dado era yo; las tempestades, Venezuela y Cundinamarca; el apoyo, se hallaba entre las dos, y el momento de que desapareciera llegó en el período constitucional de la primera elección. Ya no hay más calma, ni tempestades, ni punto de reunión que dé origen a esa calma momentánea y prodigiosa: todo va a sepultarse en el seno primitivo de la creación, la materia. Sí, la materia; porque todo irá a parar a la nada.

»...Los odios apagados entre las diferentes clases volverán a galope, como todas las cosas violentas y retenidas; cada pensamiento querrá ser soberano, cada puño, arrebatar el bastón de mando, cada toga, el traje del más turbulento. Gritos de sedición resonarán por todas partes; y lo que es más horrible de todo es que estoy diciendo una pura verdad.»

Bolívar en esta carta de 1826, emplea el tiempo futuro; bien pudiera haber empleado el presente, porque ya esos gritos se están oyendo por doquier. En Venezuela, Páez, su lugarteniente y amigo, es uno de los mayores responsables de la anarquía y de la sepa-

ración, que tendrá lugar cuatro años más tarde. En Bogotá, es Santander. Este no posee ninguna cualidad ni virtud cívica o militar que han hecho de Páez, a pesar de sus errores y faltas, una figura legendaria en los fastos de la guerra de la independencia, llegando a ser, como presidente de la República venezolana, gran servidor de la nación. Pero Santander, el general que no ha hecho la guerra, el logrero de la paz, de la democracia y de la anarquía, es hombre nefasto entre todos. Mientras Bolívar está librando el Ecuador y el Perú y funda Bolivia, Santander, vicepresidente de Colombia y jefe del poder ejecutivo en ausencia del Libertador-presidente, suscita a éste dificultades y urde contra él intrigas parlamentarias. Concluída la guerra, estima él que el héroe de los campos de batalla, el organizador de la victoria, debe desaparecer, cediéndole el puesto.

Ahora bien, el genio político de Bolívar es tan necesario a la nación como lo ha sido su genio militar; ante el caos que amenaza acabar con todo, los pueblos sólo en él ponen sus esperanzas y a él acuden. Le llaman de todas partes, y a todas partes acude; se multiplica con una actividad prodigiosa y un cariño siempre creciente hasta el día en que sus fuerzas morales y físicas ya no pueden más.

Uno de los mejores historiadores americanos resume la situación con este juicio penetrante: «Dictadura y anarquía son los términos entre los cuales se mueve la existencia de la República desde 1826: dictadura, donde se halla Bolívar; anarquía, muy lejos de él» (1).

También Páez había escrito el 1 de octubre de 1825:

---

(1) GIL FORTOUL: Obra citada, t. I, pág. 422.

«La situación de este país se asemeja mucho, en los momentos actuales, a la de Francia, cuando Napoleón, que se hallaba en Egipto, fué llamado por los primeros hombres de la Revolución, convencidos de que un gobierno que ha caído en manos de la más vil canalla no puede salvar la nación. En situación os halláis de poder decir lo que este hombre célebre dijo entonces : «Los »intrigantes se hallan a punto de perder la patria : ¡ va»mos a salvarla !»

Una ley relativa a la organización de las milicias choca contra la oposición de las municipalidades ; estallan alborotos en muchos puntos ; Páez, comandante militar de Venezuela, es retirado del empleo por el gobierno de Bogotá, que decreta su acusación ; la ciudad de Valencia toma el partido de Páez y se revela abiertamente contra el poder central, adhiriéndose otras ciudades al movimiento. Páez vuelve a tomar posesión del mando, marchando a la cabeza de partidarios, cada día más numerosos, de la ruptura con Bogotá, inclinándose unos porque Venezuela forme un Estado federado con Colombia ; y pretendiendo otros la separación completa. Convoca los colegios electorales para la elección de un Congreso constituyente que ha de reunirse en Valencia el 10 de enero de 1827. Mientras tanto ejerce la dictadura, quedando rotos todos los lazos con el poder central.

Otras ciudades permanecen fieles a la legalidad y no quieren reconocer más autoridad que a Bolívar ; la guerra fratricida va a ensangrentar de nuevo el país.

Acude Bolívar y hace su entrada triunfal en Caracas, quedando establecida la calma. Páez se somete y escribe en una proclama : «Han cesado todos nuestros males ; el Libertador ha oído de nuevo nuestros clamores y ha venido en nuestro socorro... Viene para nues-

tro bien ; no para destruir la autoridad civil y militar que yo he recibido del pueblo, sino para ayudarnos con sus consejos, con su sabiduría y con su experiencia consumada a perfeccionar la obra de reforma... Venezolanos : olvidad vuestros males : el gran Bolívar está con nosotros».

Páez tiene sus ideas en la cabeza y no renuncia a ninguna de sus ambiciones. Por otra parte, el movimiento separatista se halla demasiado extendido para que se pueda dominar la corriente. De hecho, Venezuela no forma parte de la gran República de Colombia ; pero se respeta la autoridad de Bolívar mientras se halla en el territorio ; que parta a poner orden en otro sitio, y el país volverá a caer en la anarquía.

El mismo movimiento se nota contra Colombia en los departamentos del Ecuador : antes de que Bolívar abandone el Perú, en julio de 1826, el municipio de Quito le envía delegados con instrucciones reservadas. Nadie está satisfecho con las leyes colombianas, le dicen ; los impuestos no rinden ; desde hace cinco meses, los empleados públicos y militares no cobran ; falta la seguridad personal ; la industria manufacturera, único elemento de riqueza en el Ecuador, va camino de la ruina. En fin : «la voluntad del pueblo es que el Libertador presidente se perpetúe en el gobierno supremo como presidente vitalicio o con otro título que le parezca mejor. Debemos a V. E. bienes inmensos : la libertad, la patria, la gloria ; pero nos atrevemos a pedir algo más al hombre que no pide ninguna recompensa : un gobierno estable y una tranquilidad asegurada que no puedan destruir ni el tiempo ni las revoluciones».

Poco después, Guayaquil declara que el pueblo vuelve a hacerse cargo de su soberanía, si bien remite la

suerte en manos de Bolívar: que es invitarle a la dictadura.

Bolívar corre al Ecuador, y cesa el peligro separatista. Apenas ha partido, cuando el país vuelve a caer en la anarquía. Entra de nuevo en Bogotá (noviembre de 1826) y vuelve a hacerse cargo de las funciones de presidente de la República. Casi en seguida se ve precisado a emprender una marcha acelerada hacia Caracas para pacificar Venezuela; y mientras tanto, en la otra extremidad del territorio, una división del ejército colombiano se insubordina y depone a sus jefes (enero de 1827).

Por la misma época, el pueblo de Lima se levanta, pide la destitución de los ministros y una nueva Constitución. La división que se había levantado, va a desembarcar en las costas del Ecuador, cerca de Guayaquil, provocando una revolución en esta ciudad. Por todas partes, confusión, revueltas, el caos: todo va a rodar, despeñándose en el precipicio.

Una Gran Convención tenía que haberse reunido en 1831 para dotar a Colombia de un cuerpo de leyes completo, revisar la Constitución, y hallar medios de asegurar la felicidad del pueblo. En la antigüedad, Licurgo dió un código a sus compatriotas, código que les devolvió la felicidad. Un éxito parecido debiera esperarse ahora, toda vez que los colombianos son libres, piensan según su conciencia, pueden emitir sus opiniones y leer las obras sublimes de los filósofos. Para acelerar el día de la felicidad perfecta y definitiva, el Congreso nacional resuelve que va a proceder lo antes posible a las elecciones para que la Gran Convención de Colombia se reúna en la ciudad de Ocaña el 2 de marzo de 1828.

* * *

Pero son tantas las Constituciones perfectas que se han fabricado ; el parlamentarismo, las ambiciones sin freno de tanto militar y civil, los profesionales de la sedición han causado tantas ruinas y catástrofes que las personas honradas que no piden más que les dejen vivir tranquilamente con el producto de su trabajo, han perdido toda esperanza en los beneficios que anuncia una Asamblea constituyente, o un Congreso o una Convención, aunque se la califique de «grande». A voz en grito lanzan una palabra que les han enseñado a aborrecer : piden un rey, y suplican a Bolívar que se ciña la corona.

El demócrata Santander que está minando calladamente la autoridad de Bolívar, y que es el principal responsable del estado de anarquía, reconoce la existencia de esas aspiraciones y de la voluntad del pueblo. El 20 de agosto de 1826, escribe el general Rieux, intendente de Maracaibo : «Existen alteraciones en Guayaquil que han dado lugar a la formación de tres partidos, que reclaman públicamente : el primero, la separación del gobierno actual, esto es, la independencia del Ecuador ; el segundo, la federación ; el tercero, que es el más poderoso, un rey constitucional. En Quito, la cuestión es más grave, porque allí todo el mundo pide un rey ; las autoridades mismas lo desean».

La autoridad más elevada es el general Juan José Flores, uno de los héroes de la emancipación, comandante general del Ecuador que, cuatro años más tarde, llegará a ser el primer presidente de la República ecuatoriana. Al principio de la revolución emancipadora, cuando tantos militares y civiles eran monárquicos, Flores era partidario de la República ; pero, al fin, se ha hecho realista, y ha aprendido a serlo porque no puede permanecer indiferente al bien de la patria. Escribe

a Bolívar y le dice que si no ha permitido que se proclame la monarquía en Quito, ha sido porque ignoraba las intenciones del Libertador ; pero afirma que puede contar con la opinión del ejército y de los valientes que están a sus órdenes en Quito y en Pasto : «Ellos me aseguran, dice, y yo os juro que no les faltará valor como a los militares de Méjico, y que sostendrán vuestra causa hasta la muerte». (Carta del 7 de julio de 1826.)

El 8 del mismo mes, Valdés pide a Bolívar que se revista de un poco de ánimo y se haga proclamar rey ; y afirma, como lo han hecho otros, que ese es el voto de toda la población de Quito a Guayaquil.

La cuestión de la monarquía se agita también en Bogotá, donde cuenta Bolívar con muchos partidarios para su candidatura, si bien quisieran verle casado con una princesa francesa ; así, si llegaba a morir sin sucesión, el trono vendría a ser hereditario de la casa real de Francia.

En la carta del 1 de octubre de 1825 que hemos citado ya antes, Páez había propuesto a Bolívar, para salvar al país de «la vil canalla» que había hecho presa en él, que siguiera el ejemplo de Napoleón a su vuelta de Egipto. ¿Es que era partidario de la monarquía? Después lo ha negado ; pero la palabra importa poco : es evidente que en esta época, Páez, como casi todo el mundo, como los hombres más ilustres del período heroico tales como Briceño Méndez, el mariscal Sucre, los Urdaneta, los Montilla, los Ibarra, deseaba un gobierno aristocrático o cesarino, y que este gobierno se concentrase en las manos de Bolívar. Lo deseaba y lo proponía por escrito :

Ahora bien, Bolívar rehusa la corona que se le ofrece de todas partes.

«Yo no soy Napoleón, dice escribiendo a Páez, ni

quiero serlo ; tampoco quiero imitar a César, y mucho menos a Itúrbide : ejemplos así me parecen indignos de mi gloria ; el título de Libertador es superior a cuantos ha podido recibir el orgullo humano, y me es imposible degradarle.» (6 de marzo de 1826.)

Santander, después de haber conocido esta respuesta, escribe a Bolívar : «Estoy admirado de ver la audacia de Páez al proponeros una medida deshonrosa para vos hasta el extremo y, además, completamente anárquica. ¡ Pobre Colombia después de diez y seis años de guerra, y con un proyecto tan poco popular ! ¡ Malaventurados trabajos y malaventurado el nombre hasta hoy inmortal de Bolívar ! Vuestra respuesta a Páez no me parece tan fulminante como pensáis...».

¡ Oh, el apóstol ! Tiembla por la República, o más bien por el régimen de demagogia y anarquía, gracias al cual podrá él conseguir lo que pretende. Y llama anárquico al régimen por el que suspira tanta gente, a fin de que renazca el orden y la paz en una nación que se desmorona ; y excita a los periodistas, a los abogados, a todos los profesionales del desorden a escribir artículos y folletos contra el tirano. Y cuanto más protesta Bolívar servir fielmente a la Constitución republicana y respetar las prerrogativas del Parlamento, más arreciarán las acusaciones contra él, violentas siempre y nada leales.

Bolívar sigue siendo republicano, pero las ilusiones que aun conservaba se le van desprendiendo a jirones : el 30 de abril de 1827 escribe a sir Roberto Wilson : «Una monarquía goza de derechos y prerrogativas capaces de darle una autoridad suficiente para reprimir el mal y trabajar útilmente por la felicidad de sus súbditos. Un magistrado republicano, esclavo del pueblo, sólo puede llegar a ser su víctima. Por un lado, le apri-

sionan las leyes ; las circunstancias, por otro. Así que, por muy superior que se me suponga de lo que soy realmente, me es imposible de todo punto hacer frente a las dificultades que me rodean. Yo quisiera vencerlas todas, pero no quiero pasar como tirano a los ojos de la posteridad. Las malas leyes y la mala administración han dado al traste con la República, arruinada ya con la guerra. La corrupción ha venido a envenenar hasta la sangre y a quitarnos toda esperanza de salvación».

* * *

Las noticias que recibe, desde hace un año, de los demás países de América son desesperantes ; las que va a recibir en el año próximo, que es el año de la Gran Convención serán peores. Tomemos algunos pasajes de la colección de textos de O'Leary :

«La anarquía sigue aumentando en Perú ; no hay quien tenga autoridad suficiente para contenerla. Los mismos liberales se encarnizan unos contra otros, y todos quieren ser jefes de partido.» (B. O'Higgins, 20 de noviembre de 1826.)

«La situación en Buenos Aires sigue empeorando... Los coroneles Escalada y Lavalle han vuelto sin un solo soldado de sus regimientos : todos se han dispersado después de una revolución, formando bandas que siembran la desolación en el campo. Por el lado de las pampas, los indios y desertores amenazan a Buenos Aires, llegando hasta las puertas de la capital... Se teme una catástrofe.» (B. O'Higgins, 20 de noviembre de 1826.)

«Las últimas noticias de Guatemala y de Buenos Aires son una terrible lección contra los demagogos. América podría levantarse si Colombia consolidara su gobierno. De nuestra Convención depende la suerte de

otros Estados; porque si de ahí viene la estabilidad es evidente que desde todos los puntos se invocará el nombre de V. E. para verse libres de la anarquía.» (J. J. Flores, 29 de enero de 1828.)

«El Perú continúa siendo administrado de la peor manera. Las procacidades de la prensa es cosa horrible: maldiciones, blasfemias, insolencias, necedades, puerilidades, crímenes de partidos, calumnias, frivolidades mismas, todo se pone en juego para desacreditar a los personajes amigos de V. E. que hoy ocupan los más altos cargos en Colombia y Bolivia.» (J. J. Flores, 14 de marzo de 1828.)

«Guatemala sigue sepultada en la anarquía, y Méjico no da un paso que merezca la estima general: falta en estos países un general Bolívar; cada jefecillo se erige en cabeza de facción. Parece que hasta las elecciones se hacen a tiros.» (Robert Wilson, 30 de octubre de 1828.)

«Este desgraciado país (Méjico) se halla entregado a las más terribles disensiones, sin gobierno, sin leyes, sin opinión, sin esperanza (por el momento, al menos) de que pueda remediar su triste estado; su territorio es un vasto campo de batalla, donde los partidos se acometen con furor... Una de las faciones, la más inicua de todas, la de los yorkinos, dispone, a su capricho, de propiedades, de la vida y de la reputación de los ciudadanos... No hay industrias; las minas no prosperan, hallándose casi todas llenas de agua... Los caminos, llenos de ladrones, sin contar los partidarios de una y otra revolución. En la ruta que va de Nueva Orleáns a Vera Cruz hay tropas de bandidos que cometen toda serie de atrocidades.» (Belfort H. Wilson, 21 de diciembre de 1828.)



Bolívar quiere esperar contra toda esperanza : ¡ si, al fin, saliera algo bueno de esta Convención ! Pero esta ilusión postrera dura poco. Escrupuloso y cándido observador de la legalidad, dirige a todas las autoridades civiles y militares instrucciones, prohibiéndoles toda ingerencia en las elecciones ; los electores deben votar según su conciencia, libremente, sin que sean objeto de amenazas, de presiones o de promesas ; pero el vicepresidente Santander pone en movimiento todos los funcionarios que son hechura suya, y a quienes ha colocado en buenos puestos mientras el Libertador hacía la guerra. Con la ayuda de todos estos que sólo esperaban la caída del héroe para lanzarse al cebo, organiza una violenta campaña de calumnias contra el «tirano». El «trabaja» las elecciones, mientras el muy escrupuloso Bolívar, inactivo, espera los resultados, lejos de la capital, retirado en Bucaramanga donde exhala sus quejas ante algunos amigos y oficiales.

«Mirad, dice un día a Perú de la Croix, mirad la conducta de Santander en Bogotá durante mi ausencia ; la de Páez en Venezuela ; la de Bermúdez en Matibrice ; la de Arismendi en Caracas ; la de Mariño, por la misma época y siempre ; la de Padilla en Cartagena, y quedaréis convencido de que todos, ocupando las más altas distinciones en Colombia, han contrariado mi marcha, han impedido la organización del país, han sembrado la discordia dando vida a los partidos, perdido la moral pública e insubordinado el ejército. Estos son los únicos autores, si bien en diferente grado, de los males de la patria, de la disolución que amenaza a la República y de la desastrosa anarquía que se prepara. Si, por el contrario, ellos y cuantos obran bajo su inspiración, hubieran marchado acordes conmigo, y de buena fe, la República, su gobierno y sus instituciones estarían fir-

mes como rocas, sin que nada pudiera, no digo echarlas abajo, pero ni siquiera hacerles vacilar. Los pueblos serían libres y dichosos, todo hubiera ido en aumento, aun la cultura y con ella el liberalismo y la verdadera libertad. Lo que yo organizaba, otros lo echaban a perder ; lo que arreglaba yo, lo desarreglaban otros. Y creédmelo : no había medio de impedírselo ; aunque hubiera soñado en medios radicales, tenía la certeza de que el remedio vendría a ser peor que la enfermedad» (1).

El modo cómo se desarrolló la campaña electoral y los resultados de las elecciones hicieron perder hasta el último rayo de esperanza. Escribe Bolívar a su amigo Rafael Arboleda, el 22 de enero de 1828 :

«La Gran Convención puede ser el sepulcro de la buena causa y de los buenos ciudadanos : tal es, al menos, la misión que se ha confiado a los electos ; resultado son de una mala fe y sería gran milagro el que no se dejaran guiar por aquellos a quienes deben su elección. De Pamplona a Popayán, de Bogotá a Cartagena, toda Nueva Granada se halla confederada contra mí... Santander es el ídolo de este pueblo, o más bien de aquellos que le representan y que se han arrogado los derechos del pueblo soberano...»

Prepara, no obstante, un mensaje presidencial que dirige a la Convención ; en él, después de trazar un cuadro de las calamidades del tiempo y demás defectos del engranaje constitucional, pasa a proponer algunos remedios. En el borrador de este mensaje, escrito de propia mano, leemos el siguiente párrafo :

«Un gobierno que salve la independencia americana, he ahí la primera necesidad popular ; este gobierno no debe estar cortado a imagen de aquellos que han

(1) PERU DE LACROIX: Obra citada, pág. 42.

contribuído a prolongar la agonía de la revolución ; si ésta no ha terminado ya al cabo de 17 años, la culpa es nuestra. La de Francia anduvo vacilante entre el *maremágnum* de agitaciones sin fin, hasta el día en que los principios de gobierno marcharon acordes con la naturaleza de las cosas y el espíritu de los ciudadanos. Un fenómeno semejante y tan cercano de la inconsciencia humana en todo lo que es actualmente especulativo, nos demuestra que aun la nación más instruída del universo, antigua y moderna, se halla impotente para resistir el empuje de las tempestades inherentes a las puras teorías. Si Francia europea, siempre soberana e independiente, no ha podido sobrellevar el peso enorme de una libertad ilimitada, ¿cómo le será dado a Colombia realizar el delirio de Robespierre y Marat? ¿Se puede pensar siquiera en tal somnambulismo político? Legisladores : guardaos de que la posteridad, con su juicio inexorable, pueda compararos con los monstruos de Francia.»

La evolución está acabada, completa, perfecta. Bolívar abre desmesuradamente los ojos ante la terrible lección de los hechos ; maldice los principios y los sofismas que arruinan los pueblos, hacen correr mares de sangre y harán que sigan corriendo. Empuñada de nuevo la dictadura, en un momento de energía, el Libertador va a tratar de salvar la República colombiana ; pero aplicando los principios de una implacable reacción.

# XVIII

## LA DICTADURA POSITIVISTA CONTRA EL YUGO DE LOS PARLANCHINES INTRIGANTES Y MILITARES POLITICOS

La Convención nacional abre sus sesiones el 2 de abril de 1828, acudiendo a ella 67 diputados de los 108 que habían sido elegidos. Ya desde el principio comienzan a dibujarse tres partidos : los separatistas, que quieren la disolución de la gran Colombia y la constitución del Ecuador, Venezuela y Nueva Granada como Estados independientes ; los partidarios de la centralización ; y entre estos dos grupos, los federalistas, que tratan de conciliar la unión de los tres países con su independencia respectiva, adoptando un régimen político y administrativo calcado sobre el de Norteamérica. Bolívar siempre ha estimado que el sistema federal era el mejor y el que más en armonía estaba con un Estado republicano ; pero, ¿qué es una Constitución perfecta en teoría, e inadaptable a la realidad ? Siempre ha creído, y ahora más que nunca, que allá en un tiempo futuro, cuya fecha no es fácil precisar, el federalismo

vendrá como consecuencia del desarrollo de las repúblicas jóvenes y de sus provincias, por la naturaleza misma de las cosas ; y será adoptado generalmente sin peligros para la unidad nacional, sin sacudidas.

Los partidarios de Bolívar constituyen la inmensa mayoría de las clases populares, pero son minoría en la Gran Convención, la cual oficialmente, es la expresión de la voluntad del pueblo. Santander, que «ha trabajado» las elecciones como un perverso muy hábil, dirige los utopistas, demagogos, parlanchines, intrigantes, profesionales del desorden, a los militares facciosos, a todos los que se han mancomunado para asaltar la autoridad del Libertador, el único respetable y respetado hasta el presente. En el fondo, en el seno del nuevo Parlamento, sólo hay dos partidos : el del orden, con Bolívar ; el de la descomposición, con Santander. Durante dos meses gozaron a sus anchas. Diez militares, veinte abogados, cincuenta profesores, otros abogados y periodistas sacan de sus bolsillos constituciones modelos ; de éstas se fabrican en todas partes, no sólo en las comisiones o en la tribuna de la Convención. Todos están seguros que si adoptan su proyecto, vendrá la felicidad para toda América ; cada uno es un nuevo Licurgo que se levanta contra Tiberio, resucitado en la persona de Bolívar. La confusión y las maniobras santanderistas son tales que los miembros de la minoría se retiran y redactan un manifiesto al pueblo de Colombia. La Constitución, no contando con número suficiente de individuos para deliberar, se disuelve. Ya no hay Parlamento, ni se ha adoptado Constitución alguna ; no hay nada. Sí, es el grito que se escucha por todas partes : todavía existe Bolívar.

El pueblo manifiesta su voluntad, ya directamente, ya por medio de sus magistrados municipales : el 13 de

junio, una reunión magna de autoridades y del pueblo de Bogotá acuerda desobedecer a todo acto o reforma que emane de una Convención, que no es resultado de la voluntad general; revocar los poderes a los diputados de provincia e invitar a Bolívar a que se encargue del gobierno de la nación con poderes amplios hasta el día en que crea oportuno convocar un nuevo Parlamento. Los otros municipios siguen este mismo ejemplo; el movimiento se propaga por Venezuela; y Páez mismo, el turbulento y ambicioso Páez, le patrocina y sanciona los votos de los cuerpos constituídos y de los ciudadanos. Las autoridades de Caracas, como antes las de Bogotá, prestan juramento de obediencia al Libertador, a él solo. Todas las personas honradas se unen ante la inminencia del peligro: todos piden un amo, un jefe, aquel que pueda salvarlos. En espera de que se elija una nueva asamblea constituyente que pueda legislar, Bolívar se halla investido de la dictadura, legalmente y por un impulso irresistible del pueblo.

Nos hallamos en el período más noble y más patético de su existencia, el que más ha merecido la admiración y reconocimiento del mundo civilizado, particularmente de su América. Sin embargo, es precisamente cuando la mayor parte de sus panegiristas americanos hablan sin entusiasmos, si es que no lo escamotean. Tienden un velo vergonzoso sobre este Bolívar de 1828, y nos hablan largo y tendido sobre las circunstancias atenuantes a su favor: «Hay que excusarle, hay que perdonarle; su genio se hallaba obscurecido bajo la influencia de una enfermedad que ya estaba minando su cuerpo: eso explica el que se hiciera clerical y reaccionario» (1). ¡Cómo! ¿Pues qué queréis que hubiera sido

(1) Las expresiones y frases entrecomadas se han sacado de la Política positiva de Augusto Comte.

si no había otro medio de salvación que el catolicismo y el retorno al «noble yugo del pasado», retorno provisional mientras llegaba el nuevo orden de cosas, que no podía esperarse de los principios revolucionarios? El cuerpo obedece a las leyes de la razón, a las que se desprenden de experiencias milenarias de la historia, las que los más sabios de la humanidad formularon antes de él, y formularán más tarde. Bolívar es el gran positivista en el poder : Augusto Comte no había publicado todavía su *Política positiva* ; como todos sus contemporáneos conocía el nombre del Libertador, pero ignoraba todo lo que estaba sucediendo en Colombia en 1828 ; Bolívar, por su parte, puede ser que ignore hasta el nombre de Comte ; pero los dos genios, el de la práctica y acción, y el de la teoría y el pensamiento, se encuentran y la conformidad es tan acabada que pudiera decirse que el filósofo francés había tenido presente los actos del dictador americano, al escribir muchas páginas de su *Política*.

«No se podrá terminar la Revolución, dice Comte, con las doctrinas que la han dado origen ; lo que ha servido para destruir no puede servir hoy para edificar.» Bolívar ha sido gran revolucionario al principio de su carrera, ha llevado hasta el extremo de la injusticia su odio contra el gobierno español ; porque «un odio ciego hacia el pasado era entonces indispensable para salir airoso del antiguo régimen». Conseguido el fin, la emancipación entera exige que «se haga justicia completa a todo lo pasado», que se suelde la cadena entre vivos y muertos, y puesto que los principios revolucionarios son destructores, «incapaces de organizar nada, si no es la duda, el desorden y la degradación», la emancipación completa pide que se escuche la lección de los muertos.

¿Qué espectáculo están dando a Colombia los que han permanecido fieles a los principios revolucionarios, las gentes sin vergüenza que los explotan? Las palabras y las frases del filósofo acuden en tropel para darnos la respuesta:

«El régimen parlamentario es incompatible con la regeneración intelectual y moral.»

«Se consume la vida en medio de una actividad es»térilmente razonadora.»

«Se fallan diariamente, con la más deplorable ligereza, sin guía y sin el menor freno, las cuestiones políticas más fundamentales.»

«Salvajes declamaciones... Eterna consagración del desorden. Insurrección del individuo contra la especie... Todas las ideas antisociales se han levantado y convertido en dogmas... Pasiones anárquicas, dogmas subversivos...»

«Según el principio fundamental del negativismo, cada uno no reconoce más autoridad que la suya.» Se entrega «cada día a la discusión las bases mismas de la Sociedad».

Resultado: la disolución, la barbarie sangrienta. Remedio contra el «yugo de los parlanchines intrigantes»: «el noble yugo del pasado» y «el advenimiento de la dictadura que exima a la doctrina orgánica de estar sometida a unas asambleas siempre dispuestas a perpetuar el estado revolucionario».

¿Qué será, pues, la dictadura de Bolívar? Héla aquí bien caracterizada, no por «clericales» y «obscurantistas», sino por la *Filosofía positiva* en algunas frases que merecían ser grabadas en bronce, y colocadas sobre la tumba del Libertador:

«*Como ningún gobierno, si ha de ser práctico, puede prescindir de una doctrina general, tal dictadura debe*

*ofrecer un carácter más o menos retrógrado a fin de llenar cumplidamente su destino transitorio ; puesto que todas las nociones de orden han ido unidas a un tipo antiguo, hasta que no surgió la concepción final. La prueba decisiva que acaba de manifestar la naturaleza anárquica del espíritu metafísico, debiera, por lo tanto, relegarle a la oposición, sin que le consintiera participar en el gobierno, como lo hizo antes de la crisis, cuando la tendencia era menospreciada. Era preciso, por consiguiente, que la dictadura de transición estuviese animada por inspiraciones católicas...»*

Era preciso algo más que «inspiraciones o inclinaciones hacia el catolicismo», en un país civilizado y de creencias católicas, como Colombia ; las medidas que iba a tomar el dictador podían, y aun debían en ciertos casos, tener un carácter transitorio. Las que se referían al ejercicio del culto, al mantenimiento y defensa de la tradición religiosa, a la cooperación del clero, y a la educación del pueblo y de las clases altas, no debían tener ese carácter. Así lo había comprendido Bolívar desde su primer contacto con las responsabilidades del poder. En sus principios, la revolución emancipadora había tenido carácter anticlerical, contrariamente a lo que sucedía en otros países. Desde 1814, el Libertador reacciona ; en calidad de jefe de un Estado cristiano, convoca una asamblea de eclesiásticos. A partir de esta fecha, los curas y los monjes se adhieren, cada día en mayor número, a la causa de la independencia ; constituyen sus firmes sostenes y contribuyen poderosamente a interesar a los pueblos.

Pero al terminar la guerra de la independencia, empujados por la demagogia y la anarquía, se habían votado algunas leyes contrarias a los derechos de la Iglesia : el Dictador proclama oficialmente por decreto que

la religión católica, apostólica y romana es la religión del Estado, y que el gobierno la sostendrá y protegerá. «La religión, escribe él a Rafael Arbalado, el 29 de julio de 1828, es el gran entusiasmo que yo quiero reanimar para utilizarlo contra todas las pasiones de la demagogia.» Para ello, comienza por abrogar la ley que ponía obstáculos al reclutamiento del clero regular prohibiendo la entrada en los conventos, como novicios, a jóvenes menores de 25 años. Bolívar prescribe la vuelta al derecho canónico ; pero añade una condición : las diferentes órdenes religiosas se pondrán de acuerdo con el gobierno, que les dará instrucciones para volver a encargarse de su papel bienhechor cerca de los indígenas.

La revolución y el parlamentarismo triunfantes han proclamado los Derechos del Hombre : en lo sucesivo todos los colombianos serán iguales, bien que Bolívar (que atropella con los principios, cuando éstos son mortíferos) no permita que sean todos electores. Ya no habrá distinciones de razas ni de color. ¡ Muy hermoso para el papel ! ; pero no basta que se escriban frases en ciertas proclamas y que pomposamente se digan desde una tribuna para que inmediatamente produzcan sus efectos : para que un salvaje se convierta en civilizado, y un iletrado en hombre instruído. En teoría, el nuevo régimen levanta a los indígenas a la dignidad de ciudadanos, librándolos del absolutismo español. En realidad, nada ha hecho por ellos ; su suerte es bastante peor que antes : la era de la Libertad lo es también de los grandes azotes, agravados. Suprimió la República el tributo a que estaban sometidos, y que tantas declamaciones había arrancado a los «filósofos» de Europa, pero no suprimió más que la palabra : el tributo quedó reemplazado por cierto número de impuestos, cuyo total

era muy superior al único tributo que pagaban antiguamente. Los indígenas que no querían reventar de hambre por una frase, piden a Bolívar que de nuevo les someta al impuesto que pagaban en tiempo de la monarquía ; el dictador accede a sus peticiones y decreta que «los indígenas colombianos pagarán, desde la edad de 18 años hasta los 50, una contribución especial que se llamará contribución especial de indígenas». Quedó restablecido el tributo, pero se le da otro nombre para que no pudiera chocar a los liberales de Europa y a los demócratas de América.

Siendo iguales todos los ciudadanos, debían todos ser soldados ; por eso, la República ha instituído el servicio militar obligatorio, al cual se hallan sometidos los indígenas lo mismo que los mestizos y los blancos. El dictador, sin embargo, restablece la ley del antiguo régimen y decreta que «los indígenas estarán exentos de todo servicio de armas, a menos que ellos se comprometan voluntariamente».

En las ciudades y en villas algo importantes, los había que se habían ido educando poco a poco, de generación en generación, elevándose sobre los demás de su raza y tomando parte en la vida social instaurada por España ; muchos habían jugado un papel importante en la obra de la emancipación, encontrando Bolívar, entre ellos, buenos colaboradores y acabados sirvientes del Estado. Pero había otros en las estepas y flancos de las montañas que no habían salido todavía del estado salvaje, o que habían dado pocos pasos para salir de él. La educación de éstos había sido confiada por el gobierno de su Majestad a las órdenes religiosas : hecho histórico que los enemigos hacen constar de muy mala gana, rodeando de calumnias la importancia y valor de tal empresa. La civilización de América es obra de monjes es-

pañoles ; no es que estos monjes sólo hayan convertido los indígenas al catolicismo sin derramar una gota de sangre, sino que han hecho de maestros de escuela, de profesores de agricultura, artes y oficios, etc. Ahora bien, a consecuencia de los males que trajo consigo la guerra y de las leyes contra los conventos, este trabajo secular quedó interrumpido : las misiones desaparecieron ; se palpa por todas partes cierto retrogradación a la barbarie ancestral y hacia la miseria, porque los fabricantes de Constituciones y los «filósofos» no han hallado medio de reemplazar a estos educadores. Condorcet había dicho que pronto los «filósofos» se encargarían del bienestar y de la civilización de los países bárbaros : su profecía no se ha cumplido ni en América, ni en ninguna parte del mundo. Por eso, Bolívar, católico en religión, y positivista en política, hace un llamamiento a los educadores que durante tres siglos habían dado pruebas admirables de sus excelentes métodos. A la cabeza del decreto sobre reclutamiento de religiosos, escribe :

«Considerando : 1.° Que a consecuencia de la guerra prolongada que ha tenido que sostener Colombia para asegurar su independencia, las Misiones que había en las provincias de Cumaná, Barcelona, Maracaibo, Casanare, Guyana y sur de los Andes de Popayán y de Quito, han quedado destruídas ;

»2.° Que los indígenas, a quienes los misioneros habían traído a una vida sedentaria y agrícola, se han vuelto a dispersar en gran parte, abandonando sus aldeas y escondiéndose de nuevo en los bosques con gran perjuicio del Estado ;

»3.° Que es de absoluta necesidad restablecer lo antes posible las antiguas Misiones de Colombia para reedificar las aldeas de los indígenas e instruirlos en la

religión, en la moral y en las artes necesarias para la vida;

»4.° Que no se puede conseguir esto sin la mediación de las órdenes regulares, a quien hay que aumentar y conservar para que haya ministros que sirvan en las Misiones, predicando y enseñando en las aldeas la religión y moral;

»5.° Que todo esto choca con el grave obstáculo de la ley que prohibe a las tales órdenes admitir novicios menores de 25 años...»

En resumen: los indios huyen a los bosques y se vuelven salvajes miserables y vagabundos, 1.°, porque se hallan privados de sus educadores; 2.°, porque no pueden soportar impuestos aplastantes; 3.°, porque se les incorpora a la fuerza en filas. Atendiendo al interés inmediato del Estado y con las miras puestas en una gran obra civilizadora, Bolívar acaba de tomar las medidas que acabamos de reseñar; y es una de las razones por las cuales llueven sobre él los calificativos de reaccionario, clerical y tirano. Pero no se añade qué es lo que se debía hacer en este caso, toda vez que lo que se ha ensayado después del Libertador, y fuera de su método, ha traído necesariamente la ruina.

Para salvar el ejército de la indisciplina, de la corrupción, de las locas y culpables ambiciones que constituyen una amenaza constante para la tranquilidad y seguridad misma de la nación, el dictador ha tenido que recurrir a nuevas leyes y poner en vigor viejas ordenanzas reales.

Al arzobispo de Bogotá le nombra consejero de Estado; reforma todas las administraciones y da órdenes severas para acabar con la malversación de los fondos públicos.

* * *

Los explotadores del desorden, desde el simple ladrón de caminos hasta los generales politiqueros, todos lanzan gritos de odio y cólera :

«Todo estaba combinado para acabar con la disolución y el desorden en la República ; pero suscitó contra Bolívar la animosidad de aquellos que habían sufrido con la supresión de empleos y el odio de los ladrones, porque eran muchos a los que había mandado cortar las manos : éstos se adhirieron al partido de Santander. También en Venezuela hace promulgar decretos terribles contra los ladrones y defraudadores del Fisco ; decretos a los cuales no escaparán ni el mismo Páez y Mariño, su segundo, convictos de irregularidades en la Tesorería. De aquí los odios concentrados y secretos que estallan en momento oportuno y producen la tempestad del desastre» (1).

Esta tempestad no tarda en desencadenarse : todos los partidarios y explotadores del desorden, oficiales indisciplinados, parlanchines intrigantes, se agrupan alrededor de Santander, que es quien está preparando una vasta conspiración. Tiene su plan : se crearán logias masónicas y sociedades secretas en todas las ciudades de Colombia, a cuyo cargo correrá un extenso movimiento de protesta contra la dictadura reaccionaria ; se convocará inmediatamente el nuevo Parlamento ; por todas partes, se fomentarán sediciones militares ; y mientras tanto, Santander, que ha sido nombrado ministro plenipotenciario en Wáshington, seguirá en su puesto. La revolución contra Bolívar se hará estando ausente aquél, quien volverá en momento oportuno : cuando el movimiento haya triunfado. Entonces será aclamado por el pueblo, nombrado jefe de la nación y el Liber-

(1) C. A. VILLANUEVA: El imperio de los Andes, **pág. 290.**

tador, entregado a la execración del público, enviado a un destierro, de donde no volverá jamás.

Pero entre sus tropas, las hay impacientes y exaltadas a quienes parece que todo eso es ir muy despacio ; así, que forman una junta revolucionaria, cuyo fin, como dirá más tarde uno de ellos ante sus jueces, era apoderarse de Bolívar y sus ministros y poner a la cabeza del Gobierno al jefe constitucional de la nación, Santander, quien dispondría de la suerte de los usurpadores. Santander, más prudente, les hace observar que no es cosa tan fácil desembarazarse de una dictadura que tiene su apoyo en el mismo pueblo, y que el ir muy aprisa en este negocio es lo mismo que caminar al fracaso. Prefiere que los acontecimientos se desarrollen mientras él representa en los Estados Unidos al gobierno contra el cual se está conspirando : si el golpe no resulta, quedará al abrigo de toda represión dictatorial ; ni siquiera se le podrá acusar de complicado y, esperando días mejores, seguirá desempeñando el cargo de ministro plenipotenciario de Bolívar cerca de Norteamérica.

Cada vez más impacientes, los conjurados no quieren escuchar los consejos de Santander, y recurren a un medio más expeditivo : Si logran apoderarse de Bolívar, ¿por qué no matarle en seguida? En la noche del 25 de septiembre de 1828, doce conjurados, precedidos de 25 soldados al mando de sus oficiales, fuerzan la entrada de la casa donde se halla el dictador, después de haber asesinado al centinela, y sorprendido y desarmado a los demás soldados de la guardia ; se lanzan luego al cuarto de Bolívar ; pero a éste le queda tiempo para saltar por la ventana a la calle y desaparecer a favor de la obscuridad. Una brigada de artillería, sobornada también por los conjurados, ataca el cuartel ; mas

acogida a tiros por las tropas fieles, huye precipitadamente. En el espacio de pocas horas, la rebelión queda sofocada, si bien hubo que deplorar la muerte de soldados y oficiales que estaban cumpliendo con su deber. Antes de terminar la noche, Bolívar pudo volver a su palacio.

Todos los conjurados, cuyo nombre reveló uno de ellos, fueron detenidos y juzgados sumariamente : catorce, sentenciados a muerte y ejecutados ; entre ellos : el general Padilla (1), un coronel, un comandante y un profesor de la Universidad. Otros fueron indultados por Bolívar. A Santander, también lo detuvieron ; los jueces reconocieron que no había tomado parte en la sedición ; mas quedaron plenamente convencidos que era el alma de una conjuración que tenía organizado un vasto complot contra la seguridad del Estado : así que también fué sentenciado a muerte, de acuerdo con los artículos del código que se referían a este caso. Bolívar, sin embargo, con una generosidad que se hubiera calificado de cobardía, conmutó esta pena por las de destierro y degradación.

El dictador continúa su obra salvadora. Ya hemos visto que, allá en su juventud, cuando hizo el segundo viaje por Europa, los masones habían trabajado cerca de él ; pero que habiéndoles hallado harto ridículos y, a veces, peligrosos, rompió los lazos no muy fuertes con

---

(1) «En Bogotá, se formó una conspiración contra el «Libertador», que éste supo reprimir haciendo desaparecer a varios patriotas ilustres, entre ellos Padilla».

LAVISSE Y RAMBAUD, Obra citada, t. X, pág. 855.

¡Asesinos transformados por la historia en patriotas ilustres! Pero esa misma historia tiene buen cuidado de callar que «esos patriotas» eran asesinos del Libertador. Quiere decirnos que los conspiradores eran unas personas honradas que buscaban simplemente, como era su derecho, cambiar la forma de gobierno, y que el tirano cruel los hizo fusilar contra toda justicia.

que le tenían ligado. Bajo su mando, la francmasonería no desempeñó ningún papel en Colombia, ni en Venezuela hasta 1820. Ni logias había. La primera se fundó en Bogotá, en 1820, gracias al vicepresidente Santander que aprovechó el momento en que Bolívar, comandante de los ejércitos libertadores, se hallaba lejos de la ciudad. Esta logia llegó pronto a ser el centro de intrigas políticas ; más tarde, de la demagogia y de la anarquía : allí se había tramado el asesinato de Bolívar ; y lo habían tramado los secuaces de Santander. Por un decreto de diciembre de 1828, se ordena, bajo las penas más severas, la clausura de las logias y la disolución de todas las sociedades secretas.

También la universidad venía a ser un centro de propaganda anárquica : profesores y alumnos habían sido comprometidos en la conspiración de septiembre. Bolívar reforma el plan de estudios, y dirige a las universidades, por medio del ministro del Interior, una circular, cuyos párrafos principales son éstos :

«Los escandalosos acontecimientos que se produjeron en la capital con motivo de la conspiración abortada del 25 de septiembre último, la parte que desgraciadamente tomaron en ella algunos estudiantes jóvenes de la universidad, la protesta de muchos honrados padres de familia que deploran la corrupción harto frecuente de la juventud, han persuadido al Libertador-Presidente que el plan general de estudios tiene, sin duda, defectos esenciales que exigen un pronto remedio para cortar en su raíz los males de que está amenazada la patria por los vicios y la inmoralidad de los jóvenes.

»S. E., estudiando atentamente el plan de estudios, ha creído hallar el origen de tanto mal en las ciencias políticas que se enseñan a la juventud, desde el primer año en que entra en la Universidad, cuando aún no tie-

nen juicio suficiente para separar de los principios las modificaciones y circunstancias propias de cada país. Este mal ha crecido con la elección de autores para el estudio de los principios de la legislación, como Benthan y otros, quienes, al lado de máximas luminosas, contienen otra multitud que son contrarias a la religión, a la moralidad y a la tranquilidad de los pueblos ; las primicias las hemos tocado ya. Hay que añadir a todo esto, que mientras se daba a beber a grandes tragos el veneno destructor de toda religión y moral, que es lo que pretenden sus autores, no se cuidaba de proporcionar a esos jóvenes los verdaderos principios de una y otra, con los cuales hubieran podido resistir a los ataques de máximas impías e irreligiosas que se extendían por doquier.

»Con el fin de evitar estos escollos, el Libertador-Presidente, de acuerdo con su Consejo de ministros y visto el informe de la Universidad central de Bogotá, ha resuelto introducir los cambios siguientes en el plan de estudios :

»1.° Que se aplique toda diligencia posible para el restablecimiento del latín, necesario a la vez para el conocimiento de la religión y de las bellas letras.

»2.° Que se procure que los estudiantes de filosofía dediquen la mayor parte del segundo año al estudio de la moral y del derecho natural.

»3.° Que queden en suspenso y sin ejercicio las clases de : principios de legislación universal, derecho público político, de constitución y de ciencia administrativa.

»4.° Que se dedique cuatro años al estudio de derecho civil romano, derecho nacional y jurisprudencia canónica.

»5.° Que todos los jóvenes estén obligados a asistir

a un curso sobre los fundamentos y apología de la religión católica, romana, y su historia.»

La colaboración con el clero cada día se iba acentuando más. Los que ven en este «clericalismo» de 1828 el error momentáneo de un gran hombre que, en sus últimos días, ha llegado a perder el juicio, ignoran, o fingen ignorar que fué ésta regla constante de su política, a partir de 1814 hasta su muerte. Un año antes de hacerse cargo de la dictadura, había reunido a varios obispos y, ante ellos, se expresó en los siguientes términos :

«La causa más grande nos congrega hoy : el bien de la Iglesia y el bien de Colombia. Una cadena más fuerte, y más brillante que los astros del firmamento, nos une de nuevo a la Iglesia de Roma que es fuente celestial. Los descendientes del trono de San Pedro han sido siempre nuestros padres ; pero la guerra nos había dejado huérfanos, como corderos que balan en busca de la madre que han perdido. La madre tierna los ha encontrado y los conduce al redil : acaba de darnos pastores dignos de Colombia y dignos de Ella. Estos ilustres príncipes y padres del rebaño son nuestros lazos sagrados con el cielo y con la tierra. Ellos serán nuestros guías, los modelos de la religión y de las virtudes cívicas. La unión del incensario con la espada de la ley es el arca verdadera de la alianza.»

Lo que hace, por lo tanto, es consolidarse como jefe de un Estado católico. No sueña ya, en presencia de la desmoralización creciente, con aquel Poder moral, laico, tiránico y retrógrado, que fué uno de sus errores pasajeros ; el solo poder moral legítimo y eficaz es el poder espiritual, no sujeto al temporal ; el único que ha civilizado la América y puede impedir que caiga de nuevo en la anarquía y retroceda a la barbarie. Así que, antes

de que concluyera la guerra y se consolidara la independencia efectiva en todas partes, una de sus principales preocupaciones fué la de tratar directamente con el Vaticano y proveer de titulares los curatos y obispados. Al fin lo consigue, y todas las plazas van a estar ocupadas : el 7 de noviembre de 1828, escribe al Papa, con ocasión de haber nombrado nuevos obispos :

«Reciba Su Santidad la expresión de nuestra inmensa gratitud y la de los pueblos de esta República, junto con las pruebas más sinceras de adhesión a la Silla Apostólica. Todavía quedan vacantes algunos obispados en Colombia. Para los de Quito y Guyana hemos propuesto a Vuestra Santidad los eclesiásticos que, por sus virtudes, saber y méritos, hemos creído dignos de ocuparlas... Dentro de poco dirigiremos a Su Santidad nuestras peticiones para los demás obispados. Conforme a la disciplina que rige en esta Iglesia, desde su fundación, y a fin de protegerla más eficazmente, el gobierno de Colombia se ha declarado en el ejercicio del Patronato que venía perteneciendo a los reyes de España. Este acto fué inspirado por las necesidades de las mismas iglesias, donde se temía que peligrase la jurisdicción eclesiástica, por falta de prebendados ; para cumplir los cánones que no permitían largos interregnos y por interés de la misma religión ; la cual, defendida por el gobierno con toda su fuerza, no sería atacada. Tenemos grandes esperanzas de que Vuestra Santidad tendrá muy en cuenta estas justas razones y ratificará las medidas que hemos tomado... Vuestra Santidad puede contar con nuestro propósito decidido de sostener el catolicismo en esta República. Su Presidente pide y espera para él y para su pueblo la Bendición Apostólica del Padre de los creyentes.»

El Libertador toma otras medidas de orden admi-

nistrativo, comercial e industrial. Excepto los ladrones, los explotadores de la guerra y del desorden, todo el mundo se halla empobrecido, arruinado, o camino de la indigencia ; las grandes industrias han desaparecido o están a punto de desaparecer ; su cuidado será hacerlas revivir. Siendo las minas una de las principales fuentes de riqueza para la nación y manantial de recursos para el Tesoro público, se aplica a favorecer su renacimiento, exceptuando del servicio militar a todos los que ayuden en esta empresa, de cerca o de lejos : desde los directores y contramaestres hasta los obreros, ya sean constructores de casas, o molinos, o canales para la extracción y laboreo de minerales y piedras preciosas.

Como algunos años antes, en plena anarquía peruana, tiene ahora la vista en todo y vela por el cumplimiento de los menores detalles en sus dominios. Con tanto trabajo, acaba de gastar su salud, estropeada ya por su prodigiosa actividad durante los quince años que duró la guerra. La obra del resurgimiento nacional tampoco podrá acabarla pacíficamente : la anarquía, que acecha alrededor de él y destruye a medida que él edifica, acabará por arrebatarlo todo y labrar la tumba para el Libertador.

## XIX

## EL CALVARIO Y LA MUERTE DE BOLIVAR

La anarquía rebrama en derredor y le ataca por el punto más flaco. Bolívar es el mejor guerrero y el político más clarividente de toda América : como guerrero, no se detiene en su carrera por nada ni por nadie ; como hombre de Estado, queda a mitad de camino ; y finalmente queda reducido a la impotencia por la ambición de legar a la posteridad un nombre aureolado con la más pura de las glorias : para la Historia quiere ser el Libertador sin tacha ni reproche, el Napoleón del Nuevo Mundo, pero un Napoleón que sea bendecido por todos los pueblos. El temor de que pueda ser calificado de tirano constituye para él una verdadera obsesión. No obstante, cuanto mayores son las protestas de respeto a la Constitución y a la representación nacional, más se le acusa de tirano ; cuanto más se empeña en rechazar la corona que se le ofrece, más le cubren de injurias los mercaderes de la democracia que no cesan de decir y escribir violentos libelos acusándole de

que quiere ser rey : es un encarnizamiento inaudito el que ponen para que Bolívar pierda la estima del pueblo ; lo cual bastaría para demostrar que no fué un tirano ; porque si lo hubiera sido, hubiera hecho callar a sus enemigos, aunque no fuera más que con el terror. Un tirano no se deja atacar por periodistas, ni oradores, ni autores de libelos : los mete presos, o los manda fusilar.

Por este miedo a pasar por tirano, tanto como por su generosidad nativa, Bolívar ha pecado de indulgente para con algunos de los asesinos y conspiradores de que hablamos antes : el bien de la sociedad pedía que hubiera fusilado a Santander y a dos o tres centenares más de demagogos. Pero si uno de sus ministros le hubiera propuesto esta hecatombe, hubiera retrocedido de espanto ; y no obstante era el único medio de poner orden en casa y hacer eficaces sus enérgicos y sabios decretos : la reacción de Bolívar es implacable y acabada en estos decretos, pero no en los medios de asegurar su ejecución. Ha corrido a mares la sangre de los inocentes, la anarquía y la ruina se han enseñoreado de todo, porque el dictador es hombre sensible y no tirano bienhechor, y porque no quiere cortar las cabezas de la hidra.

Por otra parte, ya antes de 1828 y 1829 es cuando se debía haber procedido a esta operación quirúrgica y ejercer una terrible y saludable dictadura ; pero Bolívar, el «tirano», no se hubiera atrevido a aceptar esta dictadura ¡ en detrimento de las leyes constitucionales ! En 1829, es ya demasiado tarde : la anarquía lo va a sumergir todo ; y si bien es cierto que la lucidez de su espíritu sigue siendo muy grande, le faltan fuerzas físicas para soportar la pesada labor que se le echa encima de todos los lados. En fin : que él ha perdido toda espe-

ranza y considera inevitable el hundimiento : se halla, por lo tanto, desde todos los puntos de vista que se considere, en la peor de las disposiciones.

En su «Carta de Jamaica» había predicho, con asombrosa precisión de detalles, más de cien años de historia hispanoamericana. A partir de 1815, cuando la América estaba aún bajo el dominio español, Bolívar, fijos los ojos en el espectáculo que iban a ofrecer los conflictos de fuerzas sociales, anuncia las luchas inmediatas de diez naciones, y su desarrollo secular. Hoy, al cabo de un siglo, el continente obedece a estas predicciones como si se tratara de una fortuna siniestra (1).

Ha previsto que algunos de esos nuevos Estados serán tan infelices que devorarán sus propios elementos en revoluciones presentes y futuras : predicción que se ha realizado más allá de lo que él temía, no sólo en Colombia, sino también en otras Repúblicas ; de algunas de éstas recibe, en 1829, noticias que acaban por oprimirle ; habla de ellas con sus amigos :

«En Buenos Aires se están cometiendo atrocidades dignas de facinerosos... En cinco días, Bolivia ha tenido tres presidentes : dos, asesinados... Chile se halla en manos ineptas y vacilantes... En Méjico, no hay más que escándalos y crímenes... En Guatemala crecen las dificultades.» (Carta del 6 de abril de 1829.)

«Son muchas las revoluciones de Buenos Aires. Dorrego, era verdadero jefe del Gobierno, constitucionalmente ; y, a pesar de ello, el coronel Lavalle guerrea contra él, le persigue, le hace prisionero y lo manda fusilar sin más leyes que el capricho ; luego se encara-

(1) F. GARCIA CALDERON: Las democracias latinas de América, pág. 63.

ma en el poder y gobierna liberalmente a la tártara.» (Carta del 6 de mayo de 1829.)

Sir R. Wilson le escribe desde Londres el 30 de enero: «En Méjico reinan la debilidad, la desmoralización, la anarquía más espantosa y destructora de todas... El pueblo se halla tiranizado de modo tal que hay muchos que echan de menos la antigua esclavitud».

De lo que pasa en Colombia y en toda América, el Libertador saca conclusiones desconsoladoras: «América es ingobernable; todos los que hemos trabajado por la causa de la Revolución, hemos perdido el tiempo; estos países caerán infaliblemente en manos de una multitud desenfrenada para ir a parar en seguida a la de tiranos de todo color y raza. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, ahí llegaría América en su último período...»

«Ni quieren reyes, ni presidentes vitalicios, ni mucho menos aristocracia. ¿Por qué no se ahogan todos de una sola vez en el ruidoso y alegre océano de la anarquía?» (Carta del 3 de septiembre de 1829.)

Allá se lanzan, aunque no sea de una vez: la gran Colombia está destrozada; Venezuela y Ecuador tampoco siguen un gobierno central; unos pocos oficiales levantan batallones y regimientos enteros sin que ahora el Libertador tenga fuerza para montar a caballo y marchar del extremo norte al extremo sur, de un océano al otro océano para que el orden quede restablecido a su paso como en 1826. Por otra parte, la empresa es superior a un solo hombre: hacían falta veinte Bolívares, y no hay más que uno; o, por lo menos, sería preciso un lugarteniente como Sucre en cada cantón, en cada ciudad: y no hay más que un Sucre, que también perece asesinado por un general de la demagogia, Obando.

«La América, escribe Bolívar al doctor Castillo, el 1 de junio de 1829, la América que yo he librado de sus enemigos y a quien yo he dado una libertad que no merecía, me destroza en pedazos con todas las furias de sus viles pasiones. No, amigo mío, no ; yo no seré mártir ; me cuesta muy caro abandonar a mis amigos ; pero es imposible poder soportar los desdenes injuriosos de tantos liberales del mundo que prefieren los crímenes que consigo trae la anarquía al bienestar y al reposo.»

Y es que los liberales franceses se habían declarado contra Bolívar que, antes, había sido su ídolo : Benjamín Constant había escrito un artículo en que le acusaba de ser un usurpador y de no mantener su autoridad más que a fuerza de ejecuciones y asesinatos. Para defender su honor, sólo cuenta en Europa con el abate Pradt ; pero bien sabe Bolívar a qué atenerse sobre los escritos de este abate demócrata, y su apología : es un servidor a quien hay que pasarle su renta. Ambos continentes se ponen de acuerdo para calificarle de tirano : el cáliz de amargura y del hastío se desborda y tiembla entre las manos del enfermo...

* * *

«El castigo gobierna la humanidad entera ; el castigo la preserva ; el castigo vela, mientras las guardias humanas duermen. El sabio considera el castigo como el complemento de la justicia. Que un monarca indolente afloje en el castigo, y el más fuerte acabará por asar vivo al más débil ; la humanidad entera se mantiene dentro del orden gracias al castigo ; porque la inocencia, apenas si se encuentra, y sólo el temor de las penas es el que permite al universo disfrutar de la

dicha que se le ha concedido. Todas las clases se corromperían, todas las barreras quedarían rotas, no habría más que confusión entre los hombres, si no hubiera penas o éstas se infligieran injustamente ; mas cuando la Pena, con enlutado semblante y ojos inflamados avanza para destruir el crimen, el pueblo se ha salvado, si el juez no se doblega» (1).

Por no haber sabido castigar, es condenado el Libertador, y el pueblo con él. Prisionero de una legalidad suicida, por cuyo respeto oye gritos salvajes desde todos los puntos, fija el día 2 de enero de 1830 como último de su dictadura ; en esta misma fecha se reunirá en Bogotá un Congreso constituyente, y allí los utopistas y demagogos van a tener su día feliz : todos llevan preparadas, en bien del pueblo, nuevas Constituciones democráticas, nuevos Códigos más perfectos que los de Licurgo. Hasta hay todavía personas buenas e ingenuas que piden a Bolívar otra Constitución ; pero él responde a uno de ellos, al doctor Vergara, el 31 de agosto de 1829, que ya tiene trazadas bastantes :

«Me decís que estáis esperando con impaciencia mi vuelta a Bogotá para estudiar una Constitución que yo mismo debo presentar al Congreso constituyente. ¡ Ay, amigo mío !, estoy desilusionado con tantas Constituciones : es cosa que está hoy a la moda, pero su fracaso se acentúa cada día más. Hice dos en menos de diez años : la primera ha sufrido alteraciones fundamentales y ha sido abolida con estrépito últimamente ; la segunda, apenas duró dos o tres años ; y aunque recientemente se ha levantado de su caída, no durará más que un pedazo de pan.»

¡ Sí, por cierto ! Estamos en tiempos de pedir mo-

(1) JOSE DE MAISTRE: Veladas de S. Petersburgo.

delos de Constituciones a los griegos, romanos, franceses, ingleses y a la gran democracia norteamericana. El Perú, que Bolívar había salvado, vuelve a caer en las simas de la anarquía ; su Congreso declara la guerra al Libertador ; el ejército invade Colombia, devasta las regiones del sur y es derrotado al fin, el 27 de febrero de 1829, si bien no se firma la paz hasta el 22 de septiembre. Apenas los peruanos se ven libres de este peligro, estalla la guerra civil ; el general Córdoba, con sus tropas, levanta bandera contra la tiranía de Bolívar y porque se ponga en vigor una Constitución que estaba abolida. Este, al menos, no inventa nada nuevo.

En el campo, con motivo de la elección del Congreso constituyente, se reaviva la lucha entre federalistas y centralistas ; en Venezuela, la ciudad de Valencia da la señal de insubordinación y rompe los lazos que la unían con Colombia ; un grupo de facciosos que se arrogan la representación del pueblo decreta la separación, proclama a Páez como jefe del Estado venezolano, y condena a Bolívar al destierro (diciembre de 1829).

Pocos días después, se reúne en Bogotá el Congreso constituyente ; Bolívar, siempre respetuoso con las leyes fundamentales de la nación, se despoja de la dictadura, y presenta a la vez la dimisión como presidente de la República. Ya la había presentado otras muchas veces, si bien se la habían rechazado ; esta vez se le acepta, porque ya no necesitan de él, y porque él es el único obstáculo para que dejen de hartarse las pasiones demagógicas y los apetitos más bajos. Y, en medio de la anarquía creciente, de los gritos de venganza, y los tiros de fusil, aún se redacta una Constitución que se brinda a las provincias venezolanas y del Ecuador ; Constitución que éstas rechazan.

La gran Colombia se hunde : su fundador, el Libertador, el genio militar más grande del Nuevo Mundo, es un enfermo caduco contra el cual se desatan las amenazas y las imprecaciones de los mismos a quienes él ha librado, de oficiales, de funcionarios, de hombres políticos que se lo deben todo. Y aunque ha renunciado al poder, que su misma enfermedad le impediría ejercer con tino, todavía se le teme, y piden que sea condenado al destierro : no habrá un momento de reposo hasta que muera el Padre de la patria.

Ha pensado expatriarse e ir a concluir sus días en Europa ; ¿pero dispondrá de medios suficientes para no caer en la peor de las miserias? El Congreso ha votado a su favor una pensión anual de treinta mil pesos ; pero no se le paga. De su inmensa fortuna, ya no le restan más que unos jirones que penosamente disputa a los jueces y gentes de negocios ; así que, descorazonado por triquiñuelas sin cuento, escribe el 6 de diciembre de 1829, a Angel Alamo : «Abandonad ya mi defensa, y que el juez y mi enemigo se apoderen de mi propiedad. Ya los conozco : ¡godos infames! Dejad, por lo tanto, este asunto ; moriré como nací : desnudo. Vos, que tenéis dinero, ya me daréis de comer cuando yo no tenga para ello...». Su tío materno pone a su disposición diez mil pesos ; pero su salud no le permitirá emprender un viaje tan largo ni siquiera podrá ir a las Antillas. Su leal Bedford Wilson escribe el 27 de noviembre de 1830 : «S. E. embarcará mañana para Santa Marta en el bergantín *Manuel*, que pertenece a M. Mier ; su mayor deseo hubiera sido ir a los Montes Azules de Jamaica, pero el general Montilla logrará disuadirle. Su salud está muy quebrada ; no le queda vida para recorrer la mitad del camino que le separa de Bogotá, y

aun dudo que pueda llegar hasta Ocaña, ni siquiera a pequeñas jornadas...»

Llega, por fin, a Santa Marta, donde le esperaban algunos amigos, el 1 de diciembre. No puede andar, y hay que bajarle a tierra sobre una silla de manos. Un español, Joaquín Mier, le ofrece hospitalidad en su casa de campo donde es atendido por un médico francés, el doctor Reverend.

El día 10, en pleno uso de sus facultades, se confiesa y dicta su testamento, que encabeza con una profesión de fe católica. Habría que copiar aquí el diario y la *Relación* enteras, escritas por el médico Reverend. Ofrezcamos, al menos, algunos pasajes al lector :

«...Una vez, me dirigió bruscamente la palabra : «¿ Y qué has venido a buscar en este país ?—La liber»tad.—¿ Y la habéis hallado ?—Sí, mi general.—Pues »sois más feliz que yo : yo todavía no la he hallado... »Pero, añadió él con un tono animado, volved a vuestra »hermosa Francia donde flota aún la gloriosa bandera »tricolor ; no se puede vivir aquí donde hay tanto cana»lla». Fué esta la única vez que oí de sus labios palabras malsonantes contra sus conciudadanos...

»En otra ocasión, estando leyendo los periódicos, el Libertador me preguntó : «¿ Qué leéis ?—Noticias de »Francia, mi general.—¿ Se referirán, sin duda, a la »revolución de julio ?—Sí, señor.—¿ Querríais volver a »Francia ?—De muy buena gana.—Entonces, curadme, »doctor, e iremos los dos juntos...»

En el relato de las *Tres Gloriosas*, que leía el doctor, faltaba un detalle que hubiera hecho brillar un rayo de alegría en la faz doliente del pobre Libertador, y que le hubiera hecho ver que en París todavía se le seguía adorando : Los revolucionarios acababan de en-

trar en el Ayuntamiento de la villa cantando un himno en que se contienen estos versos :

Le feu sacré des républiques
Jaillit autour de Bolivar,
Les rochers de deux Amériques
Des peuples sont le boulevard.

Sigue escribiendo el doctor Reverend :

«Por la noche, en medio de su delirio, creía hallarse entre soldados que le adoraban, y decía : ¡ Vamos, vamos !... Estas gentes no quieren que permanezcamos en esta tierra... ¡ Vamos, muchachos ! ¡ Que lleven mi baúl a bordo de la fragata !»

«El párroco de la aldea de Mamatoco, acompañado de los acólitos y algunos pobres indígenas, vino por la noche, a pie, a traer el Viático a Simón Bolívar. ¡ Qué contraste !»

Después del testamento, dirige su última proclama al pueblo, que termina con estas palabras : «¡ Colombianos ! Mis votos postreros son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen las luchas de partidos, bajaré tranquilo al sepulcro».

Dictadas estas últimas frases, escribe B. Reverend, Bolívar añadió con voz ronca : «Sí, al sepulcro : así me pagan mis compatriotas, pero yo los perdono. ¡ Quiera Dios que pueda llevar conmigo la seguridad de que siempre permanecerán unidos !»

«En fin : llegó el día de luto, que fué el 17 de diciembre de 1830.» Para sepultar decentemente al gran patricio, fundador de Repúblicas, hubo que pedir a un vecino una camisa limpia...

* * *

La noticia de la muerte del Libertador llegó a Maracaibo el 21 de enero. El gobernador de la provincia

era un liberal o un demócrata que tenía muchos puntos de contacto con todos aquellos funcionarios de que el partido de Santander había inundado las administraciones ; se apresuró a dar parte de la noticia al ministro del Interior por medio de una carta que bien merece los honores de que la conozca la posteridad más remota : «...No hay la menor duda ; todos los informes y todas las noticias están acordes ; me apresuro a participar al Gobierno la nueva de este gran acontecimiento que, seguro, ha de producir innumerables bienes a la causa de la libertad y felicidad del país : Bolívar, el genio del mal, la torcida de la discordia o, por mejor decir, el opresor de su patria, ha dejado de existir y de promover males, que sin cesar llovían sobre sus compatriotas... Su muerte que, en otras circunstancias y en tiempos de gazmoñería, hubiera sido un día de duelo para los colombianos y les hubiera impresionado dolorosamente, hoy es un motivo poderoso de regocijo, porque viene a constituir la paz y tranquilidad de todos. ¡ Qué golpe tan funesto para sus partidarios, y qué lección para todo el mundo ! Este hecho manifiesta bien a las claras la protección con que nos favorece el Ser Supremo. Me felicito con vos por tan grata nueva...»

Después de haber referido el triunfo de los demagogos, anarquistas y criminales, la pasión y muerte de Bolívar, su víctima ; después de haber transcrito esta carta, el historiador queda dispensado de sacar conclusiones.

FIN




UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00051097016